COZY MYSTERY

EVE CALDER

Y SOLO QUEDARON LAS MIGAS



Kate McGuire tiene que reinventarse. Tras el cierre del restaurante donde trabajaba como pastelera, la cancelación de su boda con un rico heredero y la pérdida de su apartamento, Kate deja Nueva York y se instala en Coral Cay, el pueblo de Florida donde iba a ir de luna de miel. Pronto encuentra trabajo como dependienta en la panadería The Cookie House, cuyo propietario, Sam Hepplewhite, no levanta cabeza desde que enviudó. Mientras busca piso, Kate se aloja en el almacén de la panadería, pero comienzan los problemas. Kate, su nueva amiga Maxi y el perro Oliver se dispondrán a descubrir qué se cuece en Coral Cay.

Eve Calder

Y solo quedaron las migas

The Cookie House Mysteries
1

Título original: *And Then There Were Crumbs*
Eve Calder, 2019
Traducción: Iria Rebolo, 2025
Diseño de cubierta: Louise McHugh

Revisión: 1.0

 10/10/2025

CAPÍTULO UNO

Al girar en la calle principal de Coral Cay, llamada irónicamente Main Street, Kate McGuire consultó el reloj por tercera vez en diez minutos. La entrevista era en media hora y su viejo y chirriante Toyota estaba haciendo unos ruidos que no le gustaban nada.

Sin apartar los ojos de la carretera, buscó a tientas con la mano derecha la caja de la panadería del asiento del copiloto y la abrió. Una pequeña y perfecta galleta. Había comprado una docena antes de salir del hotel aquella mañana. Después de dos entrevistas laborales consecutivas, y sin trabajo, solo quedaba una superviviente en la caja. Se la llevó a la boca. Saboreó la mantequilla, el azúcar y la canela. La felicidad.

Cuando Kate aminoró la marcha, el todoterreno rojo de detrás tocó el claxon.

La siguiente entrevista era una apuesta arriesgada: ayudante de cocina. Como era pastelera de formación, el puesto no era su opción preferida, pero llevaba más de una semana en la ciudad e innumerables entrevistas, llamadas telefónicas y visitas sin previo aviso que no habían dado resultado, así que cuando un compañero del CIA la llamó y le habló de un restaurante de pescado en el continente que buscaba un ayudante de cocina, Kate solicitó una entrevista enseguida.

Por suerte, con la brisa de la isla y las ventanillas bajadas, podía

darle un respiro al motor y prescindir del aire acondicionado.

Kate miró por el retrovisor y lo vio. O creyó verlo. Tres coches más atrás. El coche plateado. Lo había visto un par de veces en los últimos días, siempre conducido por un tipo que iba solo. Unas veces llevaba una gorra de béisbol, otras, un sombrero panamá, o uno de pesca, y gafas de sol. Siempre gafas de sol.

«No seas idiota —se reprendió a sí misma—. Probablemente, ni siquiera sea el mismo tipo. Esto es el sur de Florida. Todo el mundo lleva sombrero y gafas de sol, y lo más probable es que alguna empresa de alquiler local tenga una flota de coches idénticos».

De repente, el Toyota vibró, tembló y se detuvo. Empezó a salir vapor de debajo del capó. ¿O era humo?

—¡No! —protestó Kate.

Accionó el seguro del capó y salió a toda prisa del coche. Levantó el capó con dos dedos y se echó hacia atrás. Salió vapor y un acre humo negro, junto con un hedor de goma quemada.

Muerto. Definitivamente muerto. Igual que sus perspectivas profesionales.

El todoterreno volvió a tocar el claxon: tres pitidos largos y fuertes.

—¡Maldita sea! —dijo Kate en voz baja. Una remota oportunidad de ganar un sueldo, y se había esfumado junto con sus ruedas. ¿En qué estaba pensando cuando dejó Nueva York sin trabajo y ni tan siquiera una posibilidad de conseguir uno?

Kate sabía que debía sacar el coche de la carretera, pero no había aparcamientos libres cerca. Además, ¿cómo había que acercarse a algo que echaba humo como un volcán? ¿Y si explotaba?

Lástima que su pequeño sobrino Billy no estuviera allí. Le encantaban las explosiones.

—Vaya, hacía tiempo que no veía uno de estos.

Kate levantó la vista y vio a un hombre corpulento con una camisa hawaiana amarilla y naranja, pantalones cortos de color canela y guantes de trabajo de ante gris que se acercaba al coche.

Una grúa verde lima estaba aparcada en doble fila detrás de ella.

—Es mi última creación: coche flambeado —dijo Kate con desgana.

—Todavía no está flambeado. Está más bien *fumé*.

Lo miró de nuevo. No había conocido a muchos mecánicos de coches que dominaran el lenguaje culinario francés. Pero, después de ocho años en la ciudad, sin coche, tampoco había conocido a muchos mecánicos.

El camisa hawaiana ya se había concentrado en el motor.

—Antes de que empieces, no tengo dinero para pagarte ahora —le dijo Kate, dirigiéndose a la parte posterior de su cabeza morena y ceñuda mientras esquivaba la columna de humo—. No tengo trabajo y ando escasa de dinero. Iba de camino a una entrevista laboral justo cuando ha ocurrido esto.

—¿Así que quieres dejarlo aquí? —dijo el hombretón, volviéndose para dedicarle una media sonrisa. En el reflejo de sus gafas de sol curvadas Kate pudo ver su propia cara de agobio.

Aparentemente de la nada, él sacó un trapo azul y lo utilizó para retorcer y girar algunas piezas del motor. Los efluvios nocivos cesaron. Dio un paso atrás y bajó con cuidado el capó.

El todoterreno tocó el claxon. Se le unió un coro desafinado de tráfico atascado.

El camisa hawaiana se puso en medio de la calle, se colocó las gafas de sol sobre la frente y miró al conductor del todoterreno.

—Pasa por aquí —dijo, haciendo un gesto con la muñeca.

El estruendo cesó.

—Mira, diagnóstico gratuito —dijo acercándose a Kate—. Este coche sufre un caso agudo de abandono. No es mortal, pero va a necesitar mucho cariño antes de que puedas volver a conducirlo. Lleva demasiado tiempo guardado.

—¿Cómo lo sabes?

Él la miró fijamente.

—Vivo en Manhattan —dijo Kate—. Lo guardaba en casa de mi hermana, en Nueva Jersey. Me prometió que Dave el diácono lo

arrancaría al menos una vez a la semana y yo le pagaba el lavado y el cambio de aceite un par de veces al año.

—¿Dave el diácono?

—Su marido.

—Nada más lejos de mí que dudar de la palabra de un miembro de la Iglesia, pero nadie ha tocado este motor desde los Juegos Olímpicos de Londres, aparte del par de latas de aceite que alguien ha debido echar hace poco.

—Lo llevé a su taller antes de meterme en la autopista. Le echaron gasolina y aceite.

El camisa hawaiana sacudió la cabeza con desgana.

Una fila de coches serpenteaba lenta y cuidadosamente alrededor del renqueante sedán, pero ni un pitido ni un bocinazo. Kate estaba asombrada.

Cuando pasó el coche plateado, el conductor se giró. Kate se fijó en la gorra de color canela y en la pegatina de la ventanilla trasera con una palmera naranja chillón: Sunshine Rental Car.

—¿Y de qué es la entrevista de trabajo? —preguntó el hombretón, con las manos en las caderas.

—Ayudante de cocina en un lugar llamado Fish-a-Palooza, en el continente.

—Sí, ya, estuve una vez —dijo.

—¿Así que lo conoces?

—Lo suficiente como para saber que nadie va allí dos veces. Atienden sobre todo a turistas. Lo sabe todo el mundo. Pescado congelado. ¿Eres chef?

—Pastelera. Formada en el CIA. No la agencia de espionaje, la otra.

—Sí, el Culinary Institute of America. Entendido. ¿Y qué hace una pastelera de Nueva York intentando conseguir trabajo en una marisquería de segunda?

—Es una larga historia —dijo Kate, suspirando profundamente—. La versión corta es que el restaurante para el que trabajaba cerró, mi edificio de apartamentos cambió de propiedad y cancelé mi boda.

—La tormenta perfecta —dijo él con naturalidad.

—Más o menos. Por cierto, soy Kate McGuire —dijo ella tendiéndole la mano.

—Gabriel Louden… Gabe —dijo él, estrechándosela cordialmente —. ¿Por qué Coral Cay?

—Íbamos a pasar aquí nuestra luna de miel. Pensé que podría conseguir un trabajo y empezar de nuevo. Vendí casi todo lo que tenía, liquidé mis ahorros y mi fondo de pensiones, y… Bueno, aquí estoy.

—Sí, solemos ver casos parecidos por aquí. La gente que quiere empezar de nuevo se va al oeste o viene al sur. Esto es lo más al sur que puedes ir sin caer al agua.

—Bueno, eso me tranquiliza. Estaré en buena compañía.

—Entre el calor y los mosquitos, la mayoría no pasan del primer verano —dijo él frotándose la nuca—. Dante tenía razón.

—¿Sobre Coral Cay?

—Sobre el infierno. Afirmó que los mejores códigos postales del inframundo están bañados en un calor abrasador, lo que describe con bastante precisión el final del verano. Los lugareños sostienen que es más caliente que el infierno y el doble de húmedo.

—Mira, eso sería un buen eslogan para el póster de la oficina de turismo —dijo Kate.

—Luego está la temporada de huracanes, que oficialmente empieza en junio, pero, entre tú y yo, agosto y septiembre son lo peor.

—¿El huracán Irma afectó mucho aquí?

—Tuvimos suerte con él. Apenas un golpe de refilón. Unas cuantas tejas sueltas y algunos nos quedamos sin electricidad uno o dos días, pero eso fue todo. Realmente afortunados. ¿Cuál es tu plan B?

—¿Mi plan B? —preguntó.

—Tu plan de emergencia, en caso de que esto no funcione. ¿Volver a Manhattan? ¿A Miami? ¿Disney World? Todo el mundo tiene un plan B.

—¿Después de lo de hoy? Billete de avión a Nueva Jersey a vivir con mi hermana, Dave el diácono y los gemelos.

—¿Los gemelos?

—Uno toca el violín doce horas al día muy mal. Al otro le gusta hacer explotar cosas y, ahora mismo, es mi favorito.

Gabe sonrió.

—Así que no hay plan B…

—Diez días en un hotel. He pasado unas vacaciones estupendas, pero no me ha llegado ninguna oferta de trabajo. Aún tengo algunos ahorros, pero estoy sin ingresos, así que no puedo conseguir un lugar donde vivir. Y mis cosas, o lo que queda de ellas, están guardadas en un almacén en el continente, a las afueras de Hibiscus Springs. Incluso he pensado en vivir allí temporalmente, pero estoy casi segura de que no tiene cañerías. Además, ahora tendría que hacer autostop —dijo Kate, señalando su coche con la cabeza.

—Bueno, en mi humilde opinión, has esquivado una bala con lo de Fish-a-Palooza. Y no dejes que lo que te he dicho te asuste. Coral Cay es un lugar estupendo para establecerse. Sé de una oferta de trabajo aquí mismo, en la ciudad —dijo, chasqueando los dedos de repente—. Te iría como anillo al dedo. Es en una panadería. El sueldo será una mierda. El jefe es un viejo cascarrabias y un verdadero tacaño, pero es bueno en lo que hace, buenos panes. La masa madre se deshace en la boca. Lo bueno es que pasa bastante tiempo en la playa con una botella de ron y un detector de metales, así que probablemente no esté muy encima de ti. Creo que serías una candidata perfecta.

—¿Por mis credenciales?

—Porque eres la única persona que conozco lo suficientemente desesperada como para solicitar el trabajo. Pero nunca se sabe. «El camino al paraíso comienza en el infierno».

—Vaya, deberías escribir el anuncio para el puesto de trabajo.

—Dante sí que entendía la vida. Se dice que Sam Hepplewhite, el panadero, está a punto de vender el local, The Cookie House. Pero yo no te he dicho nada. Así pues, el trabajo es temporal, en el mejor

de los casos, pero te daría tiempo para conseguir algo mejor, y cualquier cosa es mejor que Fish-a-Palooza. Además, a pesar de todo, Sam es un buen tipo y necesita ayuda. Si puedes encontrar una habitación de alquiler, todo solucionado.

—Si digo que sí, ¿me ayudarás a empujar esta cosa por un acantilado? Preferiblemente uno muy empinado.

Él se bajó las gafas de sol y acarició el capó.

—No está tan mal. Solo protesta por los años de abandono. Ve a hablar con Sam. La panadería está calle arriba. A ver qué pasa. Mientras tanto, remolcaré a Gwendolyn hasta la tienda. Podemos aparcarla fuera hasta que decidas lo que quieres hacer. ¿Te parece bien?

Kate negó con la cabeza.

—No tengo suficiente dinero para pagar el remolque ni para el depósito, y mi tarjeta de crédito está al límite en este momento. Supongo que no aceptarás un cheque de otro estado.

—No te preocupes por eso ahora. Tengo un terreno vacío detrás del garaje, hay mucho espacio.

Metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una cartera, que abrió para mostrar una tarjeta de visita con la inscripción GABE'S GARAGE, la dirección y el número de teléfono, y la caricatura de un coche sonriente.

—Te lo pagaré —prometió Kate—. Hasta el último centavo.

—No lo dudo. Además: «El que ve una necesidad y espera a que le pidan ayuda es tan cruel como si la hubiera rechazado».

—¿Dante?

—Sí. Y si una o dos hogazas de esa masa madre cayeran del cielo, desde luego no las rechazaría.

CAPÍTULO DOS

Mientras caminaba por Main Street, Kate sintió que estaba experimentando el auténtico Coral Cay por primera vez. En la semana que llevaba allí, había pasado cada minuto en la playa y en las zonas turísticas. Pensó que era allí donde podrían necesitar una pastelera profesional y tal vez conseguiría un trabajo. Ahora estaba viendo el centro a pie. El ambiente era agradable y reconfortante. Una brisa fresca del océano portaba el aroma del agua salada mezclado con un toque tropical.

El centro de la ciudad, de estilo floridano, podría haber sido construido a finales del siglo XIX o el día anterior. Las tiendas, impecablemente conservadas, eran un arcoíris de colores pastel. Flores brillantes brotaban de las jardineras y las macetas de piedra a lo largo de la calle. Las anchas aceras estaban impolutas, como si les sacasen brillo cada día.

Había algo curioso: en la puerta de muchas tiendas tenían cuencos para perros llenos de agua y cada uno de ellos era diferente. Algunos eran de porcelana o gres; otros, de acero inoxidable o de plástico de colores brillantes, y uno, en la parte de fuera del estudio de cerámica Seize the Clay, parecía hecho a mano.

A Kate también le sorprendió ver tantos turistas. Era fácil distinguirlos luciendo bronceados, ropa veraniega nueva y gafas de sol caras. Pero con una oficina de correos, una tienda de comestibles, una librería y comercios con otros artículos de primera

necesidad Coral Cay era como una pequeña gran ciudad. Tenía la impresión de que si los turistas desaparecieran al día siguiente —o más adelante, cuando llegara lo peor del calor veraniego, según Gabe—, los lugareños seguirían adelante sin problemas.

Al mirar el escaparate de una tienda, Kate vio reflejada en el cristal una figura que no era la suya: alguien con gorra de béisbol y gafas de sol. Se giró y lo vio, al otro lado de la calle, observando un escaparate, con una bolsa de la compra de color verde menta colgando de una mano. ¿El mismo tipo del coche? No lo sabía.

«Esto es una locura —pensó—. No llevo un fajo de billetes ni tarjetas de crédito, y no conozco a nadie en la ciudad. ¿Quién podría estar siguiéndome?».

Cuando miró hacia abajo, un gran perro de color avena le bloqueaba el paso. Parecía un caniche. Un caniche grande. Pero, en lugar de rizos, tenía el pelaje liso. El perro la miró fijamente, casi expectante, como si la reconociera. Kate se dio cuenta de que llevaba un collar azul, pero no tenía correa. ¿Un macho? Miró a su alrededor en busca del dueño. Nadie parecía echarlo de menos ni nadie le prestaba atención.

Sentado sobre las patas traseras, sus ojos negros como botones estudiaron el rostro de Kate. ¿Estaba preocupado?

—¡Eh, hola! —dijo Kate.

Él le ofreció amablemente una pata, tal como un nuevo conocido le hubiera ofrecido la mano. Ella, dudando, extendió la mano y la estrechó suavemente. Su pelaje era increíblemente suave, como el peluche de un niño. Le acarició la nuca. Sedoso. Limpio. Él olfateó su mano y sus rodillas con avidez. Entonces Kate se dio cuenta de que llevaba dos placas de metal en el cuello y las cogió. La de arriba decía: OLIVER, CORAL CAY, FL.

—Hola, Oliver —le dijo, deslizando la mano para rascarle la oreja.

No había ninguna dirección, pero en una ciudad pequeña eso probablemente no era necesario. ¿Era él la razón de tantos cuencos de agua?

Kate se levantó y miró por encima del hombro. El desconocido

había desaparecido. Empezó a caminar de nuevo por la calle. Oliver la seguía, igualando sus pasos.

Entonces la vio al final de la manzana: The Cookie House. Un delicado color rosa atardecer con un gran cartel que reafirmaba su nombre. El edificio parecía una antigua casa victoriana —con adornos de pan de jengibre blanco— que claramente había vivido tiempos mejores. La pintura rosa estaba desgastada en algunas partes y dejaba al descubierto un verde sucio debajo. Las contraventanas estaban descascarilladas y las jardineras del segundo piso, vacías, salvo por una planta muerta.

Kate volvió a notar el viejo nudo de preocupación. Sacó el móvil. Si tenía suerte, podría cambiar la entrevista de Fish-a-Palooza. A lo mejor había una línea de autobús que la llevara. O, en el peor de los casos, podía coger un taxi. Si conseguía el trabajo, valdría la pena.

Pero nada. Comprobó la pantalla del móvil. Ni una línea de cobertura.

—No puedo volver atrás, tengo que seguir adelante —suspiró, y Oliver la miró, desconcertado.

Vale, The Cookie House no era un restaurante francés de lujo, como su último trabajo, pero tampoco era un oscuro almacén ni la sala de recreativos de Jeanine.

Se giró. El hombre de la gorra de béisbol había vuelto a aparecer; estaba de pie delante de otra tienda, charlando con alguien que ella identificó como un lugareño.

Seguro que el pobre está matando el tiempo esperando a su mujer.

Justo al lado del porche, Kate levantó el teléfono hacia el cielo intentando captar algo de señal. Nada.

Cuando subió los escalones, el perro se adelantó corriendo. Saltó a uno de los dos bancos blancos que flanqueaban la puerta principal de la panadería, dio unas cuantas vueltas y se estiró. Relajado, con una pata cruzada despreocupadamente sobre la otra, ladeó la cabeza y la miró.

—Vale, Oliver, deséame suerte —le dijo Kate, y habría jurado que

el animal le sonrió.

Mientras que el exterior de la panadería estaba descuidado, el interior era todo lo contrario. Todas las superficies, desde las vitrinas hasta los suelos de madera y los mostradores de acero inoxidable, estaban relucientes. Parecía que la mayor parte de la planta baja estaba dedicada al obrador, oculto tras un par de puertas batientes. La tienda olía a pan recién horneado, mantequilla y levadura.

Kate se colocó al fondo y esperó su turno. Al ser un negocio unipersonal, los clientes tendrían prioridad sobre las entrevistas de trabajo, razonó. Además, así tendría tiempo de echar un vistazo al local; no es que lo estuviera intentando posponer.

Un hombre muy bronceado con una barriga cervecera cubierta por una camiseta de golf amarillo limón se situó frente al mostrador de la panadería.

—¿Cómo están hoy las galletas saladas de *cheddar*?

Kate percibió su acento de Brooklyn y sintió una punzada de nostalgia.

—Si no estuvieran buenas, no las haría —dijo el dueño—. ¿Cuántas quieres?

—Pero ¿son del día? —preguntó la mujer del cliente, que había combinado su vestido de verano con unas alpargatas rosas altísimas y un sombrero de paja a juego del tamaño de una rueda de camión —. ¿Y los ingredientes son de la zona?

—Las he hecho esta mañana —respondió el panadero—. Los ingredientes son de mi almacén. ¿Quieren o no?

—Nos llevamos media docena —dijo el marido con decisión.

Cuando la pareja de turistas salió, una rubia de mediana edad se acercó al mostrador. Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros desgastados, el pelo recogido en una coleta alta y desordenada y una gorra descolorida de los Marlins.

—Hola, Sam —dijo con una sonrisa—. Necesito una hogaza de masa madre y dos de las integrales.

—¿Las quieres cortadas en rebanadas, Sadie?

—Solo las integrales. Los niños están de vacaciones y me están

dejando sin nada en la casa.

—Ya, así son los críos.

Kate echó un vistazo a la panadería. *Focaccia*. Pan de maíz. Varios tipos de galletas saladas, incluida una con crema agria y cebollino, y unos cinco tipos de pan, entre ellos pan de pita integral y *naan*.

Pero nada de dulce. Ni pasteles, ni *cupcakes*, ni galletas. Ni tartas o delicadas tartaletas. Ni palmeras o caracolas con un relleno dulce y cremoso. Ni siquiera un dónut. ¿Qué clase de pastelería se quedaba sin dulces? «Debe de tener más en la parte de atrás», pensó.

La puerta principal se abrió de golpe y un grupo de niños entró gritando.

—Tranquilos, pequeños *gremlins* —dijo una mujer que estaba detrás por encima del estruendo. Cuando entró por la puerta, Kate vio que estaba muy embarazada—. ¡Bobby, no toques el cristal! Becky, deja de pinchar a tu hermano mayor. —Kate se hizo a un lado para dejarles más espacio. La mujer sonrió tímidamente—. Necesitaba salir de la playa y alejarme un rato del sol y les he prometido galletas.

—Excelente idea —dijo Kate.

—A ver, delincuentes, venid aquí y callaos o nos vamos. ¡Jennie! Quita las manos del vaso. Becky, si no dejas de darle a Bobby, te vas fuera con las manos vacías. ¿Es eso lo que quieres?

Becky se sobresaltó, negó con la cabeza y se llevó las manos a los costados. A su lado, el hermano menor, que parecía tener dos años, se sacó el pulgar de la boca y adoptó la misma postura, con una sonrisa de orgullo en la cara.

—La magia de las galletas —le susurró Kate a la madre.

—Amén —replicó la mujer morena, masajeándose la espalda, mientras los cuatro niños se reunían a su alrededor.

—¿A ti también te van a dar galletas? —le preguntó Jennie a Kate.

—No exactamente. Yo hago galletas. He venido por un trabajo.

—¿Haces galletas? —preguntó Bobby—. ¿De verdad?

—Galletas, *cupcakes*, todo cosas ricas. —Luego se dirigió a la madre—: Soy pastelera.

—Dios, qué peligro. Ahora mismo, podría comer mi peso en *éclairs*, es decir, dos toneladas.

De repente, los cuatro niños se agruparon alrededor de Kate.

—¿Qué tipo de galletas vas a hacer? —preguntó Becky.

Kate se echó a reír.

—No puedo hacer ninguna de momento; todavía no me han dado el trabajo. Pero ¿qué os parece si adivino qué galletas son vuestras favoritas?

—¡Galletas! —dijo el más pequeño, levantando las manos como un árbitro que señala una falta.

—Sí, Charlie, galletas —dijo su madre, alborotándole el pelo rubio —. ¿De verdad puedes hacer eso? —le preguntó a Kate—. ¿Adivinar sus galletas favoritas?

—Después de cuatro años como *girl scout* y ocho como pastelera, te sorprenderías —dijo, con sus ojos color ámbar centelleando.

—A ver, ¿cuáles me gustan a mí? —preguntó Bobby.

Kate se tomó un minuto y reflexionó.

—De avena. Sin pasas.

Bobby puso los ojos como platos.

—¿Cómo lo has sabido?

Ella sonrió misteriosamente.

—¿Y yo? ¿Y yo? —chilló Becky, saltando arriba y abajo—. ¿Cuáles me gustan a mí?

—De mantequilla de cacahuete. Preferiblemente con trocitos de chocolate.

—¡Hala, sí! —dijo Becky, girándose hacia el mostrador.

—¿A que no sabes cuál es la mía? —se atrevió a decir su hermana mayor.

—Ah, un reto —dijo Kate, volviendo a centrarse—. Veamos. Déjame que piense… ¡Galletas de limón!

—¡Halaaaa! —dijo la niña—. ¿Eres bruja?

Kate se encogió de hombros y se puso en cuclillas hasta quedar a la altura de Charlie.

—Y apuesto a que a ti te gustan las galletas con formas de animales. —Bajó la voz para que solo él pudiera oírla—. Y las de chocolate son tus favoritas.

Él sonrió y asintió enérgicamente.

—Es increíble —dijo su madre—. ¡Eres una adivinadora de galletas!

—Oye, dime qué tipo de galletas me gustan a mí —preguntó una voz detrás de ella.

Kate se giró y vio a un joven con pantalones cortos morados y chanclas azules.

—Galletas de mantequilla —dijo Kate sin vacilar.

—¡Flipo! ¡Es increíble!

—¿A que no sabes cuáles me gustan a mí? —dijo la rubia que estaba a su lado, vestida con un mono amarillo de playa. Se cruzó de brazos y observó a Kate con mirada desafiante.

Kate respiró hondo y miró a la mujer de arriba abajo.

—Bueno, le dices a la gente que no comes postre —empezó Kate —, pero la verdad es que venderías a tu abuela por una docena de galletas finas y crujientes salpicadas de chocolate, y te gusta mojarlas en leche.

La mujer se quedó boquiabierta y se puso roja.

—Por si te sirve de algo, a mí también me encantan —añadió Kate.

—Hermanita, te ha calado —dijo el chico chasqueando los dedos —. Oye, Sam, tienes que ver esto. Esta mujer es genial. Es una adivinadora de galletas.

—No vendo galletas, Justin —dijo el panadero en tono seco—. Pan y bollos. Nada de cosas raras.

—¿No hay galletas? —dijeron los tres niños mayores al unísono mientras la sonrisa de Charlie se desvanecía.

—Si queréis dulces, hay una heladería al otro lado de Main Street —dijo el panadero—. También venden golosinas.

—Pero este sitio se llama The Cookie House —dijo la madre, con la voz media octava más aguda—. ¿Cómo puede llamarlo así y no vender galletas?

El panadero se encogió de hombros.

Kate se agachó y dijo a los niños en voz baja:

—Esas galletas de crema agria acaban de salir del horno. Lo sé por la forma en que irradian calor. Y parece una buena hornada. ¿Veis que están doradas uniformemente? Hay un banco vacío en el porche. Podéis sentaros un rato a la sombra y hacer un pícnic.

La madre dio una palmada.

—Vale, niños, primero un picoteo y luego ¡un helado!

—¡Helado! ¡Helado! —cantaron los niños, saltando una y otra vez.

—Voy a comprar una docena de galletas de nata agria. Vosotros tres, ¡fuera! Buscad un sitio para sentaros en el porche y cuidad de vuestro hermanito.

—Sí, mamiiii —dijo Jennie, agarrando a Charlie de la mano mientras Bobby mantenía la puerta abierta.

—Ojalá pudiera tener la mitad de su energía —dijo la madre, viéndolos bailar, saltar y brincar hasta el porche—. Buena suerte con la entrevista de trabajo —dijo, bajando la voz—. A este cascarrabias le vendrías muy bien.

—Buah, qué pasada. Me encantaría saber cómo lo haces —dijo Justin, recogiendo dos panes de masa madre y dirigiéndose a la puerta.

Su hermana se adelantó, ignorándolos a ambos.

—¿Puedo ayudarte? —le dijo el panadero a Kate.

—Soy Kate McGuire y vengo por el trabajo. —Señaló el cartel de SE BUSCA AYUDANTE del escaparate. *Esto es lo que hay. A por todas o de vuelta a casa. Literalmente*. Respiró hondo y empezó a hablar—: Me gradué en el Culinary Institute of America con un título en panadería y pastelería. He sido pastelera profesional en Manhattan durante los últimos ocho años y tengo una larga lista de excelentes referencias.

A continuación, le entregó una carpeta negra que contenía su currículum y dos páginas de referencias en papel blanco cremoso.

—No eres adecuada para el puesto —dijo bruscamente el hombre, golpeando la carpeta contra el mostrador.

—¿Cómo dice?

—No vendo pasteles ni nada de eso. Necesito a alguien que atienda el mostrador y que ayude a llevar y traer suministros del almacén. Un título sofisticado no sirve de nada.

Kate se acercó al escaparate, cogió el cartel de Se busca ayudante y lo examinó. Miró fuera. Había un hombre sentado en un banco al otro lado de la calle. La mitad superior de su cuerpo estaba totalmente oculta por el periódico que leía, pero a sus pies había una bolsa verde de la compra que le resultaba familiar.

—¿Cuánto tiempo lleva buscando ayuda? —dijo en voz baja, volviéndose hacia el panadero. Él se encogió de hombros—. Este cartel está descolorido, así que supongo que hace bastante. Es el final de la temporada turística y también el comienzo de las vacaciones de verano, pero no parece que le vaya muy bien, a pesar de que hornea una masa madre de primera clase. Ha sido directo, y le devolveré el favor. No quiero este trabajo a largo plazo. Me mudo a Coral Cay y busco un puesto permanente como pastelera, pero necesito algo que me ayude mientras tanto. Como sabe, la pastelería es un trabajo duro. Me he pasado los últimos ocho años de pie todo el día, todos los días, en una cocina asfixiante, machacando masa y cargando provisiones.

Kate cruzó mentalmente los dedos por detrás de la espalda por lo último que había dicho porque, en realidad, en el restaurante, los ayudantes de camarero, los lavaplatos y los repartidores hacían todo el trabajo pesado.

Hepplewhite volvió a encogerse de hombros, pero se dio cuenta de que no había dicho que no. Al menos, no rotundamente.

—¿Cuánto paga por el trabajo? —preguntó Kate.

—El salario mínimo, siete con veinticinco la hora.

—Ese es el salario mínimo nacional —dijo ella—. Pero el salario

mínimo de Florida es de ocho con diez la hora.

—Que yo sepa, Florida aún forma parte del país. El salario es de siete con veinticinco la hora.

Kate puso los ojos en blanco para sus adentros. Ese tipo era más estricto que Dave el diácono. Nunca se había esforzado tanto para conseguir un trabajo que no quería. Por el rabillo del ojo, vio un pasillo estrecho. Recordó las jardineras del segundo piso y la planta muerta.

—¿Qué hay arriba?

—El almacén. Como he dicho, no es trabajo para una chica.

—¿Usa todas las habitaciones de arriba para los suministros de panadería?

—Solo una, en la parte trasera de la casa.

—¿Y las habitaciones de la parte delantera?

—Solo hay dos habitaciones. La de la parte trasera para los suministros de panadería y la otra para los productos de limpieza y algunos trastos viejos. ¿Por qué?

—Le propongo un trato —dijo Kate—. Aceptaré sus siete con veinticinco la hora si me deja instalarme en el almacén. Solo durante un par de días, hasta que pueda alquilar un sitio en la ciudad.

El panadero negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que este trabajo no es para ti. Además, este local es comercial. No se puede vivir aquí. Probablemente sea una infracción del código sanitario.

De repente, Kate recordó algo, algo que Gabe había mencionado. *No perdería nada por intentarlo*.

—Esta es mi oferta: si no le gusta mi trabajo, puede despedirme y no le costará ni un céntimo, me iré sin finiquito. Pero ¿no estaría bien tener a alguien que se ocupe de la tienda, cuando usted quiera descansar? *Con el detector de metales y la botella de ron*. Además, ya le he demostrado que soy muy buena con los clientes —añadió.

Con las manos apoyadas en el mostrador, el panadero entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. Por primera vez, parecía estar realmente considerando la propuesta.

—Yo horneo —dijo finalmente—. Tú te ocupas del mostrador y de ir a por provisiones de vez en cuando. Y déjate de tonterías de galletas. Yo no vendo esa porquería y no voy a empezar ahora.

—Me parece bien. Haré que envíen mis cosas desde el hotel y puedo empezar esta tarde. ¿Cómo debo llamarle?

—Me llamo Sam Hepplewhite. Señor Hepplewhite para ti. Si alguien pregunta, di que sigues alojada en el hotel. No quiero que los de Sanidad sospechen. De todos modos, no creo que dures ni una semana.

CAPÍTULO TRES

A las seis en punto, Sam se dirigió a la puerta principal, giró el cartel de ABIERTO a CERRADO y echó el pestillo.

—Se acabó por hoy. Volveré mañana por la mañana.

A Kate le apetecía descansar. Quizá un paseo por la playa. Llevaba tres horas atendiendo a los clientes mientras Sam desaparecía en el obrador durante largos ratos.

En el ya desaparecido Soleil había llegado a ser una pastelera de éxito y reconocida. Ahora lo más cerca que estaba de la repostería era manejando la cortadora de pan.

Pero le gustaba la gente. Era una mezcla interesante y ecléctica de turistas y lugareños, y le sorprendió lo mucho que llegaban a compartir en apenas unos minutos de conversación. Los turistas estaban de vacaciones y tenían una actitud relajada ante todo, razonó, y los habitantes del pequeño pueblo de Coral Cay parecían acostumbrados a que todo el mundo conociera sus asuntos.

La alegre octogenaria Sunny Eisenberg había invitado a Kate a clases de yoga en su estudio, que estaba junto a la plaza.

—El secreto de la juventud es la flexibilidad —le había confiado a Kate—, y todo depende de la columna vertebral. No importa la edad que tengas. Si tu columna es flexible, seguirás siendo joven.

Dicho esto, Sunny se había estirado hacia atrás y había seguido bajando, ejecutando un impresionante puente. Se había oído un estruendo procedente del obrador. Sunny se había enderezado,

riendo, y se había recolocado su pelo corto color champán con una mano.

—No le hagas caso a ese viejo amargado. Llevo años intentando que pruebe una clase, pero está demasiado anclado en sus costumbres. Teme que si alguna vez se suelta, se romperá en pedazos. —Había bajado la voz y le había susurrado a Kate—: ¡Y puede que lo haga!

Más tarde, había entrado una mujer en la tienda con un paquete de flores amarillas envueltas en papel de periódico. Apenas llegaba al metro setenta, tenía el pelo negro y brillante y vibraba de energía como un colibrí en pleno vuelo.

—Son para Sam —había dicho, entregándole las flores a Kate—. Azucenas amarillas de mi jardín. Mi nombre es Maxi Más-Buchanan. Dirijo Flowers Maximus, aquí al lado.

—Tu jardín es increíble —había dicho Kate—. Parece sacado de una revista.

—Es un trabajo en proceso —había replicado Maxi con una voz que a Kate le había parecido musical—, con énfasis en «trabajo». ¿Te gustan las plantas?

—Me encantan, sobre todo las flores, pero, como vivo en Nueva York y no tengo jardín, no he tenido ocasión de probar a cultivar nada.

—Entonces estás en el lugar adecuado —había dicho Maxi, sonriendo—. Las flores de esta ciudad son espectaculares —había añadido, puntuando la afirmación con las dos manos abiertas.

De repente, Hepplewhite había llegado del obrador.

—¿Esos niños tuyos no han ido al colegio?

Kate se había quedado boquiabierta. Había sido la primera vez que había visto al panadero iniciar una conversación.

—Los tres son el terror —había respondido Maxi con una sonrisa —. Le he dicho a Peter que si no está en casa para cenar a las seis, los llevaré a su oficina, los dejaré allí y me iré a un hotel.

Mientras Maxi y Hepplewhite debatían las ventajas relativas del pan de maíz frente a los panecillos de *brioche* con pollo asado, Kate

se había dirigido al obrador con las flores. Había quitado las hojas de periódico, había cogido un jarrón limpio de la encimera, lo había llenado y las había sumergido suavemente en el agua. De vuelta a la tienda, había colocado el jarrón con cuidado encima del mostrador y había admirado las vibrantes flores amarillas.

—¿Hay algún secreto para cultivar flores tan bonitas? —había preguntado Kate.

—Si les das cariño, las plantas lo notan —había dicho Maxi con una sonrisa—. Y cuando tienes que madrugar, tomarte unas tazas de café cubano fuerte tampoco hace daño. Cuando Sam te dé un descanso, ven y te invito a tomar uno. Y no dejes que este viejo bribón te haga trabajar demasiado —había dicho guiñándole un ojo.

Kate se había dado cuenta de que cuando Hepplewhite había llenado el pedido de Maxi de una docena de *brioches*, en realidad había puesto catorce y había añadido una hogaza de *challah* en la bolsa sin cobrarle.

—A su marido le gusta —había dicho el panadero más tarde, encogiéndose de hombros.

Mientras miraba el reloj y se dirigía a la puerta trasera, Hepplewhite gritó por encima del hombro:

—¡No queda mucho en las cajas, pero puedes envolverlo y llevarlo a la despensa de atrás!

«Yo quería este trabajo —se recordó Kate con calma—. Supliqué para que me lo diera. Soy imbécil».

—Señor Hepplewhite, me gustaría ir a cenar algo y quizá dar un paseo antes de instalarme arriba. ¿Sería posible tener una llave para poder volver a entrar?

Él resopló.

—Hay latas de carne en la despensa y manzanas en la nevera. Sírvete el pan que sobra. Ya habrá tiempo para las llaves mañana, si todavía estás aquí. Tengo que irme ya.

«Sí, el ron y los detectores de metales te esperan», pensó Kate.

Hepplewhite había estado actuando de forma extraña toda la tarde. Inexplicablemente, cada vez que la tienda estaba

completamente vacía, se apoderaba del obrador. Sin embargo, cuando aparecían clientes, se quedaba en la tienda, como si no se fiara para dejarla con la caja.

No cocinaba. Por lo que Kate podía ver, todo en el obrador permanecía intacto. ¿Estaría observándola a través de cámaras de seguridad secretas? ¿Escondiendo algo? ¿O echando un trago?

Esa tarde Kate había salido varias veces al porche con una galleta de *cheddar* en el bolsillo del delantal, pero Oliver no estaba.

Lo bueno era que el tipo de la gorra de béisbol también había desaparecido. Después de que Hepplewhite se marchara, Kate se puso a buscar algo para cenar. La ventaja de tener que cenar de la despensa de Sam Hepplewhite era que no gastaría nada de dinero. Toda una ventaja, desde luego.

Además, había cosas peores que estar encerrada en una panadería.

Pero ¿qué pasaba con el edicto de «nada de pasteles»? Había intentado averiguar las preferencias de Hepplewhite un par de veces. Pensó que podría hornear un lote para romper el hielo, pero se quedó en blanco. Nada de nada.

Esto no es posible, ¿no?

Kate estaba sufriendo un grave síndrome de abstinencia y se le antojaban galletas de chocolate.

«Tiene sentido —razonó—. Es lo más casero que hay. Bien doraditas, aún calientes y ligeramente blandas del horno. Con el chocolate derretido y pegajoso. Acompañadas de un vaso alto y frío de leche».

Hepplewhite le había dicho que ni hablar de galletas o de venderlas en la tienda, pero no que no pudiera cocinarlas para ella.

Sin embargo, una rápida inspección del obrador no reveló ni una pizca de chocolate. Tendría que esperar hasta que pudiera ir a comprar al día siguiente.

Hepplewhite había vendido todo el pan de masa madre, pero la *focaccia* tenía un aspecto maravilloso; con su tomillo, su romero y su sal gruesa, olía deliciosamente.

Las latas de carne resultaron ser un par de latas de atún, unas cuantas latas de jamón asqueroso y media caja de latas de carne enlatada de la marca Spam. Mejor el atún.

«Qué ironía —pensó—. He descartado el Fish-a-Palooza cuando me he enterado de que sirven pescado congelado y ahora estoy comiendo cosas enlatadas y trabajando por el salario mínimo, y ni siquiera el salario mínimo de verdad».

Fue a la nevera y cogió una manzana, un limón y el aceite de oliva. Luego buscó albahaca y orégano en la despensa. Picó y mezcló un poco y ya tenía una ensalada de atún bastante decente. Cortó un buen trozo de *focaccia*, lo partió por la mitad y untó las dos mitades con ensalada de atún.

Como su equipaje seguía desaparecido y no había ni una revista, Kate no sabía qué hacer. Buscó en el obrador algo para leer mientras comía. Ni siquiera había un libro de cocina o un archivo de recetas. Pero, ya que tenía mucho que hacer en los próximos días, podía hacer una lista y organizarse. Cogió un cuaderno de la encimera, cerca del teléfono, y lo abrió.

Lo que encontró la dejó atónita: una lista de preguntas seguida de nombres que reconocía. Estaba escrita con una extraña caligrafía enmarañada. Pasó la página: más nombres. Eran sus referencias laborales.

«Eso es lo que ha estado haciendo en el obrador toda la tarde —se dio cuenta—. Debe de haberlos llamado por teléfono».

Fascinada, leyó mientras comía. Una parte de ella se sentía culpable, como si estuviera escuchando a escondidas. La otra parte quería saber exactamente qué habían dicho.

Hepplewhite había esbozado sus preguntas en la primera página: ¿HONRADA? ¿ES DE FIAR? ¿HA ROBADO ALGO ALGUNA VEZ? ¿HA SIDO ARRESTADA ALGUNA VEZ? ¿HA SIDO SOSPECHOSA DE ALGO? ¿ESTAFADORA? Esto iba seguido por una página tras otra de nombres y marcas de verificación en la mayoría de ellos.

De vez en cuando había notas cortas, también: PUNTUAL, CONCIENZUDA, HONESTA, TRABAJA DURO, NO ROBA, NO ESTAFA, NO LADRONA.

«Tampoco es que sean grandes comentarios sobre mis habilidades de pastelería», pensó secamente.

Vale, así que el tipo quería asegurarse de que podía confiar en ella a solas en la tienda. Solo esperaba que no les hubiera dicho que le pagaba menos del salario mínimo o que vivía en su almacén.

Media hora más tarde, después de repostar, Kate se quitó el delantal a rayas azules y blancas. «Ha llegado la hora de inspeccionar el nuevo local», decidió.

En el oscuro pasillo del piso de arriba, buscó a tientas un interruptor en la pared y encendió la luz del techo. Medio esperando que estuviera cerrada, giró el picaporte y abrió la puerta con cautela. No cabía duda de que era un almacén.

Dos estanterías de acero inoxidable de tamaño industrial flanqueaban la pared izquierda, repletas de cubos y botes de productos de limpieza, toallas de papel y rollos de papel higiénico. Sam Hepplewhite no solo había acaparado el mercado, sino que había comprado lo suficiente para durar hasta el Apocalipsis y algo más.

Las dos grandes ventanas en la parte trasera de la habitación estaban desnudas. No había cortinas ni persianas, pero eran enormes. Durante el día, esa habitación sería luminosa y soleada, incluso podría ver el mar y, sin duda, olería la brisa salada.

¡Chúpate esa, Manhattan!

Había un buen número de cajas de mudanza apiladas desordenadamente junto a la otra pared. Se acercó, tiró de una y la abrió. Lo que descubrió la dejó perpleja.

CAPÍTULO CUATRO

La caja era una auténtica mina de suministros de repostería: bandejas para galletas, boles para mezclar, moldes para magdalenas, batidores, cucharas de madera… Desconcertada, Kate cerró la caja, la volvió a colocar en la pila y abrió otra. Contenía más de lo mismo, además de media docena de libros de cocina con títulos que reconoció, básicos para cualquier pastelero serio. Tenía sus propios ejemplares en el hotel.

¿Qué ocultaba Hepplewhite?

Volvió a colocar la caja en su sitio y echó un vistazo a la habitación. Con ese suelo de madera y el techo alto, sin duda tenía posibilidades. Casi era una pena que solo fuera para un par de noches.

Kate abrió una puerta a la derecha, esperando encontrar un armario, pero era un cuarto de baño diminuto. Muy bien organizado para que cupiera un lavabo de pedestal blanco bajo un pequeño espejo de marco dorado y una combinación de bañera y ducha. Sobre la bañera, una vidriera redonda y alta con la imagen de una flor roja.

Kate estaba asombrada.

La capa de polvo sobre el lavabo hacía evidente que el cuarto de baño no se había usado en años y la ducha necesitaba una cortina. Abrió el grifo del lavabo y tiró de la cadena. Ambos funcionaban.

«En Nueva York, Hepplewhite podría haber llamado a esto

"estudio" y haberlo alquilado por una pequeña fortuna», pensó.

Al volver a la sala principal, Kate vio un gran manojo de palos de madera envueltos en lona apoyados contra una de las estanterías de acero inoxidable. Llevaba una nota amarilla con la etiqueta Catre. Reconoció la letra enmarañada del cuaderno de cocina.

Junto a aquel regalito había una puerta. Al abrirla, encontró un vestidor. Accionó el interruptor de la luz. Nada. Si había una bombilla, se había fundido.

Cogió el bulto del catre, desenrolló la lona e intentó visualizar cómo encajaban las piezas de madera. Parecía más un juego de construcción que un mueble de verdad. Tomó algo que parecía una pata e intentó encajarlo en el armazón principal. No lo consiguió. Lo apretó, se salió y cayó al suelo. «He montado tartas de boda de seis pisos que eran más fáciles», pensó.

De repente, le vino a la cabeza la cara de su exprometido: «¿Qué estará haciendo Evan ahora?».

¡Pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum! Kate dio un respingo. Los golpes continuaron.

—¡Paradise Cove Resort! —gritó una voz masculina.

¡Sus maletas! Podría cambiarse de ropa, lavarse los dientes y hojear sus libros de cocina.

—¡Ya voy! —gritó, trotando hacia abajo por las empinadas escaleras—. ¡Espere, ya voy!

Kate se dio cuenta de que la puerta trasera no tenía cerradura ni cerrojo, solo un pestillo en el pomo. Hepplewhite había vaciado la caja registradora antes de irse y probablemente no había mucho mercado para los productos de panadería robados. Así que, a falta de alguien que viviera allí, el tipo no necesitaba mucha seguridad.

Kate abrió la puerta y se encontró con un adolescente vestido con el uniforme de botones del Paradise Cove: pantalones cortos negros, camisa de lino y casco de safari. Estaba de pie junto a un carrito de golf de ocho plazas.

—¿Kate McGuire?

—Soy yo.

Miró a su alrededor con aire de conspiración.

—No estaba seguro de tener la dirección correcta. Nunca había entregado maletas en la parte trasera de una panadería. O en una panadería.

—Yo, eh… Trabajo aquí.

—Ah, bueno, puedo dejarlas en su casa, si quiere. Así las tendrá allí cuando llegue.

Señaló el carrito de golf.

—Eh… No, así está bien. Gracias.

—Bien, entonces firme aquí y quedará todo listo —dijo, sacando una tableta electrónica y un lápiz—. El resort aplicará los cargos a la tarjeta de crédito registrada. También le enviarán un recibo por correo electrónico.

Al firmar la factura, se arrepintió de no haber cogido la tableta de chocolate Ghirardelli del minibar de su habitación o las nueces de macadamia recubiertas de chocolate.

Cuando el adolescente sacó del carrito de golf sus pertenencias —dos maletas, una bolsa de viaje, tres cajas de libros y tres de mudanza llenas de sus utensilios de repostería favoritos—, Kate se dio cuenta de repente de que tenía que darle propina, y el pan sobrante del día no le iba a servir.

—¡Déjalo todo aquí! —gritó, corriendo por el obrador en busca de su bolso. Rebuscó en su cartera y sacó un billete de diez dólares. Luego se acordó de las tres pesadas cajas de libros y cogió otro billete de cinco.

Cuando se volvió, el chico miraba el obrador de la panadería como sí acabara de aterrizar en Marte.

—Soy pastelera. Me estaba alojando en el hotel hasta que empezara mi nuevo trabajo.

—¿Aquí? —preguntó dubitativo.

—Sí. Aquí tienes —dijo ella, dándole los quince dólares—. Gracias por traer mis cosas.

—Vale, pero si cambia de opinión, recogemos y transportamos —dijo. A continuación, se puso el casco, se subió al carro y se adentró

en la noche.

CAPÍTULO CINCO

Kate se incorporó en la cama, confusa al principio. A falta de cortinas o sábanas, había optado por dormir con la ropa que llevaba puesta: una blusa blanca de manga corta y una falda negra entallada. Tenía la garganta seca. Medio dormida, tardó un minuto en darse cuenta de que tenía sed.

Oyó un ruido en el obrador al que siguió un ruido metálico y el sonido de algo rodando por el suelo. Después, silencio. Miró el reloj que llevaba en la muñeca: las 00:42 h. Esperó dos minutos enteros. Nada.

Sentía la garganta como papel de lija. *Al diablo*. Se levantó del catre y salió con cuidado de puntillas al pasillo, tratando de oír más ruidos. Silencio sepulcral.

Bajó con cuidado las estrechas escaleras y se asomó al obrador. Estaba vacío. Pero la bolsa de papel que había utilizado como cubo de basura esa misma noche se había caído y había esparcido por el suelo toallitas de papel usadas, cáscaras de limón y trozos de manzana desechados. ¿Y el ruido? La lata de atún de la cena, que había rodado hasta el centro de la habitación como un tapacubos desechado.

«Menuda neoyorquina dura soy», pensó Kate, sintiéndose a la vez tonta y aliviada mientras recogía la basura, la metía en una bolsa y la dejaba junto a la puerta de atrás.

Después de lavarse las manos, cogió un vaso del armario, lo llenó

y bebió un largo trago. Rellenó el vaso y se lo llevó al piso de arriba. Después de reponer fuerzas y relajarse, Kate ya estaba somnolienta. Quizá por fin pudiera descansar unas horas.

Estaba a punto de dormirse cuando lo oyó: un arañazo. Un arañazo persistente. Venía del piso de abajo.

Kate se puso alerta al instante, pero solo había silencio.

De repente, se oyeron más arañazos. Seguidos de un sonido que reconoció: un gemido largo y lento. Seguido de otro. Luego un chasquido sordo. La puerta trasera abriéndose y cerrándose.

Era demasiado temprano para Sam Hepplewhite, pero ¿tal vez la estaba vigilando?

Pasos. Los pasos entrecortados de un hombre. Zapatos rígidos caminando suavemente por el suelo del obrador. No eran las zapatillas de Hepplewhite.

El corazón de Kate latía con fuerza. Estaba temblando.

Distinguió otro chirrido: las puertas batientes que separaban el obrador de la tienda. Luego, unos roces. El intruso se dirigía a la caja registradora. ¿Se enfadaría cuando descubriera que estaba vacía? ¿Y si decidía probar suerte arriba? ¿Y si era el tipo de la gorra de béisbol? ¿Y si iba a por ella?

Kate agarró su bolso y buscó a tientas su teléfono, lo cogió, marcó 911, pulsó Hablar y rezó.

Nada. No había cobertura.

Los únicos teléfonos que funcionaban eran los fijos, uno a cada lado de las puertas batientes del obrador. Ambos a unos palmos de distancia del intruso.

Más ruido, esta vez más fuerte.

Kate se acercó en silencio a las estanterías, procurando no hacer crujir el antiguo suelo. Tanteó en la oscuridad y su mano se aferró a una de las botellas gigantes de limpiacristales de tamaño ahorro. Se la acercó al cuerpo y giró la boquilla hasta lo que esperaba que fuera Abrir.

«No es una gran arma, pero quizá pueda cegarlo lo suficiente para escapan», pensó.

—¡Guau! ¡Guau! —Un ladrido ronco cortó el silencioso aire nocturno.

Un perro. Cerca de allí. ¿En el porche delantero?

¡Oliver!

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Insistente y más fuerte.

¡El perro está haciendo sonar la alarma!

—¡Guau, guau! ¡Guau, guau! ¡Guau, guau!

Kate oyó pasos fuertes corriendo por el obrador. Luego, la puerta trasera volvió a gemir dos veces.

¿Abierta y cerrada?

—¡Guau, guau! ¡Guau, guau! ¡Guau, guau! —A todo pulmón y a todo volumen. No se daba por vencido.

Kate bajó las escaleras. Entró de puntillas en el obrador, con el limpiacristales preparado. Todo despejado, pero la puerta trasera estaba entreabierta. Aún podía oír a Oliver ladrando en el porche. Sonaba fiero y enfadado; si no hubiera estado segura de que era él, se habría imaginado un perro mucho más grande y amenazador.

Kate entró sigilosa en la tienda. Nada. No había nadie. Solo un olor extraño. Olor a tabaco. ¿Y a *aftershave*? Además de a algo dulce. Familiar, pero no podía ubicarlo.

La caja registradora parecía intacta. Mirando a su alrededor, no pudo ver ningún daño ni que faltara nada. Echó el pestillo y abrió la puerta principal. Oliver dejó de ladrar y entró trotando.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —le dijo, cerrando la puerta y echando el pestillo tras él.

Todavía temblorosa, dejó caer el limpiacristales al suelo y abrazó al perro. Cálido y familiar, olía a aire fresco y a playa.

—Mi héroe, mi dulce y peludo héroe. Vamos, llamemos a la policía y luego iremos a por galletas.

La cola de Oliver se meneó con alegría.

Resultó que, gracias a Oliver el Perro Maravilla, la policía ya estaba «en camino», según le informó el teleoperador: «Para investigar un

incidente por ruido en el centro». Cuando el agente llegó unos minutos después, parecía sorprendido de que el perro que estaba causando todo el jaleo fuera Oliver.

—Conozco a este tipo desde que era un cachorro —dijo el rubio veinteañero, que se presentó como Kyle Hardy—. Creo que nunca le había oído ladrar —añadió, mientras le rascaba cariñosamente la oreja.

Por su parte, Oliver, que acababa de devorar tres galletas de queso *cheddar*, se sentó erguido y parecía muy orgulloso de sí mismo.

—Bueno, quizá se lo estaba guardando para el momento oportuno —dijo Kate—. Me ha salvado de verdad. Ha entrado un hombre y no tenía cobertura para llamaros. Oliver ha alertado a la caballería.

—Sí, los móviles no van bien en esta parte de la ciudad —dijo Hardy—. Por eso la mayoría de la gente de aquí tiene líneas fijas. Entonces, ha dicho «hombre». ¿Realmente ha visto un intruso?

—No. Solo he oído sus pasos por el suelo del obrador. Llevaba unos zapatos rígidos y pesados. Sonaba como un hombre.

—Mi compañero ha llamado a Sam Hepplewhite, viene hacia aquí. ¿Y qué hacía usted aquí a las…? —Echó un vistazo a su cuaderno—: ¿A la una y doce?

—Trabajo en la panadería —dijo Kate, percibiendo un giro en la conversación—. Me he mudado a Coral Cay, y el señor Hepplewhite me deja quedarme arriba unos días hasta que pueda alquilar un piso.

—Pues suerte con eso —dijo Hardy, anotando algo en el bloc—. Aún es temporada turística. ¿Se muda de dónde exactamente?

—De Manhattan. Soy pastelera.

—¿Sam Hepplewhite ha contratado a una pastelera? Qué raro. Sam no vende pasteles, pero pan buenísimo sí.

—Estoy ayudando en la tienda temporalmente.

La miró con detenimiento. Kate empezaba a preguntarse si era sospechosa.

—¿Y Sam lo confirmará?

—Sí.

—Vale, lo consultaremos con él y listo. —Hardy levantó la vista de sus notas y echó un vistazo al obrador—. ¿Ve que falte algo?

—No, no que yo haya notado, pero tendrá que preguntarle al señor Hepplewhite. Había un olor extraño. A cigarrillos, a algún tipo de perfume y a algo más. —Kate hizo una pausa, tratando de localizar ese olor, se quedó en blanco y se encogió de hombros—. La puerta de atrás estaba un poco abierta. No la he tocado, por si tienen que buscar huellas.

—Sí, pero no creo que eso vaya a ser necesario.

—¿Qué quiere decir?

—Esto es Coral Cay, no *CSI*. Por lo que cuenta, lo más probable es que hayan sido unos chicos haciendo travesuras. Vacaciones de verano.

—¿Niños que usan perfume y zapatos rígidos?

Justo entonces, Sam Hepplewhite entró por la puerta trasera. Llevaba un cortavientos azul y unos vaqueros anchos, y parecía que ni siquiera se había parado a peinarse el escaso pelo canoso. Se detuvo al ver a Kate. Por una fracción de segundo, ella habría jurado que percibió alivio en su rostro escarpado. O tal vez solo fuera falta de sueño.

—Hola, Sam —dijo Hardy—. Parece que te han visitado unos jóvenes bromistas. Echa un vistazo y dime si ves que falta algo. No había nada en la caja, supongo.

—No, la he vaciado antes de irme por la noche, Kyle. Ya lo sabes.

—Bien hecho —dijo Hardy, dándole a Hepplewhite una palmada en el hombro—. Me alegra oírlo. Ah, vamos a hablar un momento en la tienda.

Kate miró hacia abajo y se dio cuenta de que, en la confusión, Oliver había desaparecido. *Entonces, ¿dónde vive?*

Unos minutos después, los dos hombres estaban de vuelta. Hardy se paró en medio del obrador mientras Hepplewhite hacía un rápido inventario.

—No, Kyle —dijo Hepplewhite, sacudiendo la cabeza—. No ha desaparecido nada.

—Pues con eso ya está —dijo Hardy—. Ni siquiera tiene sentido rellenar el papeleo.

—¿Qué tal una taza de café caliente? —ofreció el panadero—. Voy a hacer una cafetera.

—Me encantaría, pero ya estoy fuera de turno. Estamos cortos de personal esta semana con Ben fuera, y quiero dormir un poco.

—¿Cómo tiene Ben el pie?

—El doctor dice que ni siquiera cojea. Volverá a trabajar la semana que viene. Escayolado.

Hepplewhite asintió.

Kate no tenía ni idea de quién era Ben (ni de lo que le había pasado en el pie), pero le daba un poco de miedo que no se tomaran el robo más en serio. ¿Y si había sido el hombre de la gorra de béisbol? La idea le heló la sangre. Pero si le decía a Hepplewhite que podía tener un acosador, le daría una razón más para despedirla. Y, a juzgar por las sospechas iniciales del agente Hardy —y su prisa por culpar a las juergas adolescentes—, dudaba que la tomara en serio. Por lo que a ellos respectaba, probablemente se había quedado dormida y lo había soñado todo, y el pobre Oliver solo ladraba para que le dejaran entrar en la panadería.

Hepplewhite acompañó al oficial Hardy a la calle. Kate también se dio cuenta de que había despachado al policía con una caja de galletas de crema agria y cebollino.

—Demasiado tarde para molestarse en dormir ahora —dijo él cuando reapareció en el obrador—. Será mejor que empiece a hornear para mañana. ¿Por qué no subes y descansas un poco?

No hizo falta preguntárselo dos veces. De repente, Kate estaba agotada y con Hepplewhite instalado en el obrador se sentía segura. Una vez arriba, abrió la puerta del almacén y encontró a Oliver. Tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en su bolso, la miraba con los ojos entornados y movía el rabo.

—Eres un buen chico —le dijo acariciándole el lomo—. Muy buen

chico. —Se dio cuenta de que tenía las patas demasiado grandes para su cuerpo—. Todavía estás creciendo, ¿verdad? Eres solo un cachorro. Un cachorro muy grande y muy bueno.

Galletas de jengibre.

Kate parpadeó. Oliver suspiró profundamente.

—Si tuviera galletas de jengibre, te las daría todas a ti —dijo suavemente, acariciándole la cabeza peluda—. Te diré algo —dijo Kate al cabo de unos minutos—: puede que ahora no haya galletas, pero lo arreglaré… pronto. Por ahora, hay jamón asqueroso en la despensa. Ya sé que no es solomillo ni galletas de jengibre, pero apuesto a que sabrá bastante bien.

La cola de color crema de Oliver acarició el suelo con movimientos rítmicos.

Kate bajó las escaleras a toda prisa y buscó en la despensa una de las latas. Luego cogió un plato de papel y un pequeño cuenco de cristal. El cachorro tendría sed.

Casi chocó con Hepplewhite, que venía del obrador.

—Voy a coger un par de cosas para picar —dijo Kate, sintiéndose culpable al instante.

—Mantén al perro fuera del obrador. No quiero buscarme un lío con el Departamento de Sanidad —dijo él.

—Gracias, señor Hepplewhite, se lo agradezco, pero tiene que saber que realmente había alguien aquí esta noche. No eran niños, era un hombre. Forzó la cerradura de la puerta trasera, entró por el obrador y luego se metió en la tienda.

Hepplewhite miró a Kate mientras enharinaba el mostrador con mano experta.

—Sí, me lo imaginaba. Kyle Hardy es un buen chico, conozco a sus padres, buena gente. —El panadero negó con la cabeza—. Pero ese chico no va a llegar a detective pronto.

CAPÍTULO SEIS

Cuando Kate abrió los ojos, la luz del sol entraba por las ventanas. Por una fracción de segundo, se sintió desorientada, medio esperando estar en su habitación del Paradise Cove o en su apartamento de Manhattan.

Oliver, con los ojos brillantes, la miró expectante, y ella recordó la noche anterior. El almacén. El robo. La policía.

Consultó su reloj: 7:05 h. Se había quedado dormida.

El cachorro emitió un pequeño quejido y Kate se dio cuenta de que necesitaba salir.

—Buen chico. Has sido muy paciente, ¿verdad? —La cola se movió dos veces rápidamente. Estaba claro que era un sí—. Lo único bueno de dormir vestida —le dijo Kate a Oliver mientras se pasaba un cepillo por su pelo color caramelo— es que te despiertas completamente vestida. —Rebuscó en el bolso y cogió las gafas de sol—. Vamos, precioso, salgamos a tomar el sol.

Oliver corrió escaleras abajo. En cuanto Kate abrió la puerta trasera, salió disparado. Ella la dejó entreabierta, esperando que volviera, y subió corriendo a prepararse para ir a trabajar. Veinte minutos más tarde, duchada y peinada, con unos vaqueros limpios, una sencilla camiseta blanca y sus zapatillas blancas favoritas, Kate bajó las escaleras trotando y entró en el obrador. Tenía que admitir que, en lo referente a los desplazamientos al trabajo, ese era bastante agradable.

Hepplewhite se dirigía a la tienda con una bandeja de pan caliente. Ella advirtió que The Cookie House ya estaba abierta.

—El café está en la encimera del obrador —dijo Hepplewhite por encima del hombro—. También hay panecillos.

Todo el lugar olía a pan horneado, y Kate se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Junto a la cafetera, Hepplewhite había colocado una bandeja con una taza de cristal y un plato de postre, un cartón de leche, un tarro de mermelada de naranja, mantequilla y una fuente de panecillos aún calientes del horno.

Después de dos tazas de café cargado y tres panecillos untados con mantequilla y mermelada, Kate se sentía preparada para cualquier cosa.

—Te he dejado un delantal limpio en la encimera —dijo Hepplewhite mientras cargaba una bandeja con magdalenas de maíz —. Los sucios, en el cesto de la despensa. Los limpios, en la estantería.

Kate encontró el delantal bien doblado sobre la encimera, junto a la cafetera. Con anchas rayas verticales marineras y blancas, le recordó a uno que había visto en una pastelería francesa. Se lo pasó por el cuello, lo ató en la espalda con un lazo y se sintió extrañamente animada. *Una nueva vida en Coral Cay: primer día*.

Durante las horas siguientes, los clientes no dejaron de llegar. La mayoría eran lugareños: madres haciendo recados, gente de camino al trabajo, adolescentes en busca de carbohidratos antes de ir a la playa. Y todos sentían tanta curiosidad por Kate como ella por ellos. Incluso más.

Parecía que se había corrido la voz de que Sam Hepplewhite finalmente había contratado a alguien y que vivía encima de la tienda. Por su parte, Kate sospechaba que Kyle Hardy no era un gran detective, pero sí un cotilla de primera.

Oliver había vuelto a desaparecer. «Probablemente estará en su casa —razonó Kate—. Sea cual sea su casa. ¿Pero un perro tan listo y dulce? Alguien debe de quererlo».

Después de lo acontecido la noche anterior, también buscó al hombre de la gorra de béisbol, pero había desaparecido. *¿Estará haciendo turismo o finalmente se habrá rendido después de casi ser atrapado?*

Hepplewhite seguía horneando mientras Kate atendía el mostrador. En un momento dado, cuando la tienda estaba vacía, lo vio coger una botella de licor que había debajo de la caja registradora y llevarla al obrador.

—Saborizante —dijo a modo de explicación.

Más tarde, cuando Kate olió a canela y azúcar, no pudo contener su curiosidad. Con su taza de café vacía como excusa, se apresuró a entrar en el obrador a tiempo para ver cómo Hepplewhite sacaba del horno una tanda de pan de molde junto con una bandeja de rollos de canela.

—Es mi tentempié —anunció él sin rodeos mientras ella rellenaba su taza—. No es para la tienda.

Mirando la botella de ron que había sobre la encimera, Kate se preguntó qué usaría exactamente para acompañarlos.

Justo cuando el ajetreo de la mañana había disminuido, Kate cogió una bayeta limpia y se puso a limpiar los mostradores.

Miró por las ventanas delanteras a tiempo para ver una larga limusina negra que se detenía delante de The Cookie House. Un conductor con traje negro y gorra se apeó, corrió hacia la puerta lateral del coche y la abrió de par en par.

Kate sabía que aquella zona era el néctar de los más adinerados y de no pocas celebridades, pero en el tranquilo Coral Cay la mayoría de ellos intentaban pasar desapercibidos y restar importancia a su patrimonio neto.

Este no.

Fascinada, observó cómo un hombre bien vestido salía de la limusina. Bajo y rechoncho, con pómulos prominentes y bronceado, parecía un hombre de negocios o un senador salido de un *casting*.

Tenía el cabello repleto de canas expertamente peinadas. El corte de su americana azul gritaba dinero, al igual que la camisa a rayas azules y blancas de estilo inglés, combinada con una corbata de seda de color lavanda.

Cuando agitó el dedo en la cara del conductor, Kate captó el brillo del oro en sus puños blancos. Su ex futura suegra, que procedía del dinero llegado con el *Mayflower*, lo habría descartado con una palabra empapada de ácido: «arribista».

Cuando el conductor abrió la puerta de la tienda, su pasajero entró como si fuera el dueño. El hombre examinó a Kate con una sonrisa burlona.

—Y yo que pensaba que al viejo Hepplewhite no le gustaban los dulces —dijo en voz alta, con un acento británico que delataba sus orígenes del East End—. Supongo que no sabes lo que es un *crumpet*.

—Es parecido a lo que los yanquis llamamos *muffin* inglés —respondió Kate agradablemente, alisándose el delantal—. De momento no tenemos, pero los *popovers* están deliciosos.

—Si hubiera sabido que estabas aquí, me habría pasado mucho antes —dijo él, seductor—. Soy Stewart Lord, voy a ser tu nuevo jefe.

Hepplewhite irrumpió por las puertas batientes con la bandeja de rollos de canela en una mano y una cuchara goteando glaseado en la otra.

—Ya puedes tomarte tu descanso —le dijo a Kate en voz baja, colocando la bandeja y la cuchara en un carrito junto a la pared.

Kate se marchó encantada. Había algo en Stewart Lord que le daba escalofríos.

—Vaya, vaya, Sam, veo que tienes ayudante nueva —bromeó el hombre—. Pero solo estás retrasando lo inevitable, y a tu edad no deberías tener que trabajar. Piensa que si aceptas mi generosa oferta por esta tienda, podrás pasar todo tu tiempo en la playa con ese detector de metales que tanto te gusta.

Kate no pudo resistirse a espiar desde el obrador. Acomodándose

en la dirección correcta, descubrió que también tenía una línea de visión sobre parte de la tienda.

—¿Qué quieres, Lord? —Hepplewhite preguntó de forma escueta.

—Veamos —dijo el hombre de negocios, paseándose delante de la vitrina—. Hmmm, ¿son rollos de canela lo que veo? Creía que no vendías pasteles. Se parecen a los que solía hacer mi abuela, y no he vuelto a tomar ninguno tan bueno desde que ella murió. Por supuesto, la abuela nunca permitió que entraran perros en su cocina. Espero que los de Sanidad no se enteren de eso. Son gente encantadora. Chasqueo los dedos y vienen corriendo. —Stewart Lord se inclinó y bajó la voz a un susurro áspero—. Deberías aceptar mi oferta antes de que baje el precio.

—Esto es una panadería, Lord. Pide algo o lárgate.

—¿Esa es forma de tratar a un cliente que paga? —dijo teatralmente, como si estuviera actuando para un público invisible—. Si mis empleados hicieran eso, los despediría en el acto. Por supuesto, sé lo que es dirigir una empresa. Contrato y despido a legiones, y tú solo tienes una empleada. ¿Así que esa chica encantadora es realmente tu sobrina? Esa es la historia que circula por la ciudad, ya sabes. Por supuesto, no lo dudaría ni por un minuto. Apuesto a que esos rollos son un regalo especial para ella. Huelen deliciosos.

Hepplewhite sacó una caja blanca plegada de debajo del mostrador y la montó con parsimonia. Luego cogió un cuchillo, desprendió los rollos de canela de la bandeja y los metió en la caja, cerró la tapa y se la entregó a Lord.

—Es hora de que te vayas —dijo Hepplewhite en voz baja—. Ya.

Kate se dio cuenta de que el panadero no bajaba el cuchillo.

—Por suerte para ti, mi tiempo es oro —dijo Lord, enseñando su Patek Philippe de oro. Abrió la caja de la panadería, cogió un rollo y se lo zampó de dos bocados enormes.

«Es como ver a una cobra tragarse una rata», pensó Kate mientras se asomaba desde el obrador.

—¡Ah, qué bueno! —dijo Lord, chupándose los dedos gordos—.

Hasta pronto y gracias por el desayuno.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes.

«Después del allanamiento y de Stewart Lord, una banda de música desfilando por la panadería sería francamente relajante —pensó Kate con humor—. Nueva York no tiene nada que envidiar a este lugar».

Carl Ivers, un expolicía que regentaba la ferretería, apareció para instalar un cerrojo de seguridad en la puerta trasera.

—No puedo asegurar que lo hayan forzado, pero por los arañazos que veo yo diría que sí —anunció—. ¿Quieres que le dé alguna de estas piezas a Kyle?

—No serviría de nada —dijo Hepplewhite.

—Sí, me temo que tienes razón —admitió Carl—. Pero podría quedármelas, por si acaso. Mientras tanto, este cerrojo es como el que tengo en mi casa —dijo, mostrando un modelo de plata cepillada.

—Servirá —dijo Hepplewhite.

Cuando Carl terminó, le entregó a Kate una llave nueva en un llavero de cromo brillante.

—Bienvenida a Coral Cay, y no dejes que lo que pasó anoche te dé una impresión equivocada —dijo, bajando la voz—. Aquí el crimen no es habitual. Para nada. Esa fue una de las razones por las que mi mujer y yo trasladamos a la familia desde Atlanta. Bueno, eso y la playa.

—¿Te gusta Coral Cay? —preguntó Kate mientras se centraba en el expolicía.

Galletas de azúcar y canela.

—Me encanta —dijo Carl, sin dudar—. Me chifla. No se puede comprar un trozo decente de pastel de boniato, pero, aparte de eso, es el paraíso. Especialmente para un viejo policía como yo.

Sam terminó de hornear poco antes del mediodía y anunció que tenía que hacer unos recados y que volvería con comida del *deli* de

la calle. Como la botella de ron había sido trasladada de la encimera del obrador al cubo de basura de la parte trasera, Kate sospechó que una de sus primeras paradas podría ser una licorería. Pero, tenía que admitirlo, Hepplewhite siempre parecía perfectamente sobrio, y nunca le había olido a alcohol. *¿Tal vez sea verdad que solo es un saborizante?*

Cuando Sam se marchó, Kate oyó una sirena de policía. Le siguió lo que parecía una flota de vehículos de emergencia. Estaba haciendo un pedido para Amos Tully, que regentaba el supermercado de la esquina, cuando Justin entró corriendo en la tienda. El surfista, de nuevo en pantalones cortos, esta vez de color naranja, parecía conmocionado.

—Dios mío, ¿os habéis enterado? —dijo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tully, cogiéndole a Kate una bolsa y entregándole a cambio un billete de veinte dólares.

—Stewart Lord acaba de sufrir un infarto en la parte trasera de su limusina. Ha muerto.

CAPÍTULO SIETE

Esa noche, Kate se acostó temprano. Si el hombre de la gorra de béisbol intentaba entrar otra vez, se llevaría una sorpresa. Gracias a Carl Ivers, la puerta trasera estaba reforzada con un cerrojo de seguridad.

Y, por primera vez en su vida, Kate tenía teléfono fijo. Un teléfono de cable fino de color rojo fuego que apareció por arte de magia en una estantería de su trastero-dormitorio. Debía de haber sido uno de los «recados» que tenía que hacer Hepplewhite.

Y la luz del armario también funcionaba, ahora que alguien había instalado una bombilla rosa en el casquillo.

Aun así, le costó dormir, y no fue por el catre.

Cuando Hepplewhite volvió a aparecer en la panadería a las dos de la madrugada, silbando en voz alta, dando portazos en los armarios y golpeando las cacerolas, Kate por fin se relajó.

A la mañana siguiente, armada con su propia llave y con una jornada laboral que no empezaba hasta el mediodía, se propuso salir a explorar Coral Cay. Tan solo había llegado hasta la puerta de al lado cuando vio a Oliver. Maxi estaba plantando una especie de arbusto junto a la entrada y Oliver corría en círculos a su alrededor.

—¿Te ha ayudado al menos a cavar el hoyo? —preguntó Kate desde la acera.

—Es muy bueno cavando —dijo riendo—, pero parar no se le da tan bien.

Oliver saltó hacia Kate, corrió a su alrededor varias veces y luego plantó las patas delanteras, agachó la cabeza y movió la cola. Estaba claro que era un juego, aunque los despistados humanos no supieran jugar.

Maxi acarició con ternura el suelo bajo el arbusto, luego se echó hacia atrás y se quitó los guantes de jardinería.

—No sé a ti, pero a mí me vendría bien un café, y hace fresco en el porche. ¿Quieres acompañarme?

El jardín delantero de Flowers Maximus era una maravilla. Kate nunca había visto la mayoría de las coloridas flores que llenaban los amplios parterres que rodeaban la tienda, pero reconocía algunas como la buganvilla púrpura que rebosaba de las cestas colgantes del porche y los dos limoneros que crecían en grandes macetas de barro a ambos lados de la puerta. Kate estaba hipnotizada. Olía a paraíso tropical.

Oliver lo ignoraba todo en favor del bebedero amarillo del otro extremo del porche. El cachorro salpicaba casi tanto como bebía.

—Esto es increíble —dijo Kate cuando Maxi reapareció con una bandeja—. Es una explosión de color, ¿cómo lo haces?

—Tiempo y paciencia —respondió Maxi con una sonrisa, dejando la bandeja sobre una mesa entre dos mecedoras de mimbre—. Y el clima no hace daño. Es cálido y húmedo, como una jungla. El reto es evitar que nos invadan.

Oliver se acercó trotando, dio un par de vueltas y se estiró junto a la mesa, mirando hacia arriba con esperanza. Kate supuso que no era la única que había olido la bandeja de galletas de limón. Se sirvió una galleta y la mordisqueó pensativa.

—Son deliciosas —dijo, saboreando el limón, ácido y dulce al mismo tiempo.

Maxi sonrió.

—La receta secreta de mi abuela. Tan secreta que solo la compartía con quien se la pedía.

—Si alguna vez dejas la jardinería, podrías darles a las *girl scouts* la oportunidad de hacer mucho dinero.

—El jardín es lo que las hace buenas —confesó Maxi—. El sirope de limón viene de estos dos árboles —dijo, señalando las macetas—. La cosecha del año pasado, junto con algunas hierbas de mi jardín.

—Lástima que el señor Hepplewhite no venda galletas en la pastelería —dijo Kate, cogiendo dos más de la bandeja y pasándole una a Oliver—. Están buenísimas.

—Gracias —dijo Maxi, sonriendo ampliamente—. Viniendo de ti, es un gran cumplido. ¿Así que eres de Nueva York? ¿Qué te hizo decidir venir a Coral Cay?

—Me expulsaron de la isla —dijo Kate con tono inexpresivo—. Por suerte, la isla era Manhattan. —Maxi se rio—. El restaurante para el que trabajaba quebró. Resulta que el dueño había estado malversando fondos. Mi edificio de apartamentos se vendió. Y cancelé mi boda.

—Parece que has tenido un año duro —dijo Maxi.

—Todo en el mismo día —dijo Kate tímidamente.

—¡No!

—Un mes antes de la boda —dijo Kate, sonriendo.

—¡Madre del amor hermoso! —dijo Maxi, con los ojos negros muy abiertos.

—Exacto. Así que decidí que era hora de cambiar.

—Eso es supervaliente.

—O superestúpido. El jurado aún no lo ha decidido. Así que dime, ¿qué debo saber sobre Coral Cay?

—Ay, por dónde empezar… Ahora mismo, la gran noticia en la ciudad es Stewart Lord. Ayer vi su limusina frente a la panadería. Lo conociste, ¿verdad?

—Brevemente —dijo Kate, haciendo una mueca de dolor al recordarlo—. Al parecer, quería comprar el local. ¿A qué se dedicaba?

—Se hacía llamar empresario —dijo Maxi, sirviendo con cuidado café en dos pequeñas tazas de porcelana—. Para él, eso significaba hacer mucho ruido y gastar mucho dinero. Compraba propiedades baratas, baratas, baratas. Luego construía algo y lo vendía

rápidamente o revendía el terreno. Los lugareños solían llamarlo Lord Stewart Lord. Pero solo a sus espaldas.

—¿Porque le habría molestado? —Kate preguntó.

—Porque le habría encantado —dijo Maxi, sacudiendo la cabeza —. Le encantaba llamar la atención. Para bien o para mal, y, normalmente, era para mal.

—Sí, parecía todo un encanto. ¿Qué sabes de él?

—No mucho —dijo Maxi—. Era originario de Londres, por supuesto; se le notaba en el acento. Igual que se oye un poquito de Santiago de Cuba en el mío —dijo sonriendo—. Se convirtió en un pez gordo en el sur de Florida después de los huracanes de hace unos años. Aportó dinero cuando la gente estaba desesperada e hizo una fortuna.

—¿Así que básicamente un canalla total?

—Quería el centro de Coral Cay —dijo en voz baja.

—¿Qué parte?

—Todo —dijo Maxi—. Todas las partes. Tenía una especie de gran plan para revitalizar el centro —dijo—. Se rumoreaba que quería arrasarlo para ampliar la zona turística. Más hoteles, apartamentos, casinos, quizá incluso un aeropuerto privado. ¿Es horrendo pensar que no es tan malo que se haya ido? —Se persignó rápidamente.

Kate bebió un sorbo del líquido negro que contenía su taza. Caliente y amargo, le entumeció la lengua.

—¡Oh, corazón, no! No puedes beberlo así. Necesita azúcar —dijo Maxi riendo mientras echaba en la taza unas cucharadas de azúcar moreno. —Oliver, alerta, levantó la cabeza—. Mucho azúcar y un poco de crema de coco —dijo dejando caer dos cucharadas grandes en el líquido humeante—. Ahora pruébalo.

—Ooooh, ¡qué bueno! Podría acostumbrarme a esto.

—Es adictivo —dijo Maxi con una sonrisa—, y superbueno con chocolate, también.

—Eres una mala influencia —dijo Kate, pasándole subrepticiamente otra galleta a Oliver y cogiendo una más para ella —. Como si no tuviera suficiente chocolate en mi vida. Lo único que

necesito es otro sistema de suministro de cafeína. ¿Qué quería Stewart Lord de The Cookie House? No parece ser su tipo de lugar.

—Pensó que era el eslabón débil —dijo Maxi, acomodándose en su mecedora—, debido a Sam. Lord creía que si podía conseguir una primera propiedad en el centro, también podría quedarse el resto. Como ese juego de mesa, el del dinero de color caramelo.

—¿El Monopoly? ¿Pero por qué Hepplewhite era el eslabón débil? Quiero decir que el lugar está un poco deteriorado, por fuera, al menos, pero el negocio funciona.

Maxi sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—No tanto por la panadería como por el propio Sam. Cuando Cookie murió, cambió mucho, creo que se dio por vencido.

—¿Cookie era su mujer?

—Sí. The Cookie House era su sueño. Retirarse a un pueblo de playa, abrir una panadería y simplemente disfrutar de la vida, y eso fue exactamente lo que hicieron. Ay, ojalá hubieras podido verlo entonces. El lugar era conocido por sus postres, incluso los resorts compraban cosas allí.

—¿Postres? ¿Hepplewhite vendía postres?

—Los hacía Cookie —dijo Maxi—. Su verdadero nombre era Ginger. Era mágica. Hacía todo tipo de tartas y pasteles. ¡Qué buenos! Sabía mucho de pastelería y encantaba a los clientes. Sam horneaba los panes y llevaba las cuentas. Era un punto de referencia. Todos los que visitaban Coral Cay paraban en The Cookie House.

—Debían de ser sus cosas las que encontré —dijo Kate—. Estaban guardadas en el almacén. Cajas con utensilios de repostería y libros.

Maxi asintió.

—Murió hace tres años, y fue como si a Sam se le apagara la luz. No se atrevía a hacer sus dulces y tampoco quería ver a otra persona haciéndolos. Le dolía demasiado.

—Me sorprende que no vendiera el lugar y se fuera.

—The Cookie House es el único pedazo de ella que le queda y no

piensa renunciar a él. —Maxi tomó un largo sorbo de café—. ¿Has visto la vidriera de arriba?

—¿La del baño? ¿La flor roja?

—Es una flor de jengibre. Cuando compraron la tienda, Sam y Cookie vivían encima, y Sam la hizo instalar como sorpresa para ella.

—Eso sí que es romántico.

Maxi soltó una risita.

—¿A que sí? Nunca lo dirías, pero mi padrino es un verdadero amor.

—¿Y lo del detector de metales en la playa?

Maxi sonrió.

—Eso es fácil. A los dos les encantaba ir juntos a la playa, pero si lo haces solo pareces un viejo solitario.

—Y si llevas un detector de metales, pareces un cazador de tesoros.

Maxi asintió. Kate sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea.

Miró hacia abajo. Oliver dormitaba con una sonrisita en la cara.

Mientras Maxi rellenaba las tazas, un coche de policía bajó a toda velocidad por la calle y se detuvo delante de The Cookie House. Kyle Hardy salió del coche, se ajustó el cinturón y se dirigió decidido hacia la panadería.

Sobresaltada, Kate miró a Maxi, que se detuvo a medio servir.

—Será mejor que vuelva —dijo Kate levantándose.

—Voy contigo —añadió Maxi rápidamente.

Con Oliver pisándoles los talones, las dos cruzaron el jardín delantero.

—Espera aquí —le dijo Kate a Oliver, señalando un banco en el porche de la panadería—. Ahora volvemos.

—¿Dónde está, Sam? —Estaba preguntando Hardy cuando entraron por la puerta principal. Con las manos en las caderas, se giró bruscamente al ver a Kate—. Señora McGuire, tenemos que hablar.

—No seas burro, Kyle. Ella no tiene nada que ver con esto.

—¿Nada que ver con qué? —preguntó Kate.

—Los rollos de canela que Stewart Lord se llevó de aquí —dijo Hardy—. Tú eres pastelera. ¿Los hiciste tú?

Kate empezó a contestar, pero Hepplewhite la interrumpió:

—Los hice yo, eran para mí. Un tentempié para la playa.

—No me vengas con esas, Sam. Sé que no haces pasteles. Y esta… —dijo Hardy, señalando a Kate con el pulgar—. Es su especialidad. ¿Por qué la cubres?

—Los hice yo, Kyle —insistió Hepplewhite—. Usé restos de la masa del pan de la mañana. Ella no hornea aquí, solo se ocupa del mostrador, y eso es lo que hizo toda la mañana. Ni siquiera entró en el obrador cuando los estaba horneando.

—¿Y cuando los estabas glaseando? —preguntó Hardy con dureza.

Hepplewhite negó con la cabeza.

—Estaba solo en el obrador. Salí cuando Lord apareció y empezó a montar un número, cogí los rollos y la mandé salir.

Hardy exhaló, mirando a un lado y a otro, al panadero y a Kate.

—¿De quién fue la idea de darle los rollos a Stewart Lord?

—Idea suya —dijo Hepplewhite—. De Lord.

Kate asintió.

—Yo estaba escuchando desde el obrador. Lord fue muy desagradable, le dijo al señor Hepplewhite que le diera los rollos. Pero ¿qué más da?

—¿Es eso cierto, Sam?

Hepplewhite asintió.

—Los empaqueté y se los entregué. Ni siquiera le cobré al muy miserable.

—Piénsalo muy bien, Sam —anunció Hardy con severidad, poniendo las manos en las caderas—. Declaras que tú hiciste los rollos, tú los glaseaste y tú fuiste el único que los tocó. ¿Y fuiste tú quien los empaquetó y se los dio a Stewart Lord?

—Eso es lo que he dicho, Kyle.

—¿Pero por qué importa eso? —preguntó Maxi—. El hombre tuvo

un ataque al corazón en la calle. ¿Qué importa quién le diera antes los panecillos dulces?

—Stewart Lord no tuvo un ataque al corazón —dijo Hardy, alcanzando las esposas de su cinturón—. Steward Lord fue envenenado, y el veneno estaba en esos rollos de canela.

Dio un paso hacia el panadero, hizo girar hábilmente al anciano y le esposó limpiamente las manos a la espalda. Hepplewhite abrió mucho los ojos. Se quedó con la boca abierta y los hombros caídos. Sabía lo que se avecinaba, pero solo pudo mover la cabeza en silencio.

—Samuel Hepplewhite, quedas arrestado por el asesinato de Stewart Lord. Tienes derecho a permanecer en silencio.

CAPÍTULO OCHO

—¡Kyle! ¡No tienes que esposar a Sam! —dijo Maxi, enfrentándose al oficial con cara de niño—. Lo conoces, no va a huir.

—Procedimiento, señora Más-Buchanan —dijo Kyle enérgicamente—. Puede que tuviera una buena razón, pero ha matado a un hombre.

—No lo ha hecho —insistió Maxi—. Tú lo conoces, sabes que no lo ha hecho.

—Eso no es lo que dicen las pruebas, y tenemos que seguir las pruebas. Usted está casada con un ayudante del fiscal del Estado. Lo sabe mejor que nadie —dijo, acompañando a un mudo Sam Hepplewhite hasta el coche patrulla.

Maxi y Kate los siguieron por el pasillo. Oliver saltó del banco y trotó tras ellos. La brisa se había levantado y Kate olía el ozono en el aire salado. A lo lejos, vislumbró nubes oscuras. Se avecinaba una tormenta.

—Tus pruebas son erróneas —protestó Sam—. ¡Yo no lo hice!

—Voy a cerrar la tienda, Sam —dijo Kyle en voz baja cuando llegaron a la acera—. ¿Dónde están las llaves?

—En mi bolsillo —respondió Sam, con la voz ronca.

—¡Sam, no te preocupes por nada! —gritó Maxi, corriendo hacia Sam—. Te conseguiremos un abogado, y nos vemos en la comisaría.

Hepplewhite asintió.

Kyle sacó con cuidado un llavero del bolsillo holgado de los

vaqueros del panadero, metió a este en el coche y cerró la puerta con firmeza.

Oliver, sentado sobre las patas traseras en la hierba cerca del bordillo, observó el coche y gimoteó suavemente. Los quejidos subieron de tono al final. ¿Tal vez fuera una pregunta?

Kate vio que Kyle cogía algo del asiento delantero y volvía corriendo junto a ella por el sendero. Cuando llegó al porche, cerró bien la puerta y echó la llave. Luego cogió la cinta amarilla y negra y la pegó en el marco de la puerta. Cinta para la escena del crimen.

Kate miró hacia el coche de policía y vio que el rostro de Hepplewhite se derrumbaba. El panadero se desplomó hacia delante en su asiento y ella temió que se hubiera desmayado.

Kate saltó por la pasarela detrás del policía.

—Kyle, ¿es realmente necesario? —preguntó Kate en voz baja—. Esto va a acabar con Sam y con su negocio. Míralo, le estás haciendo daño.

Él se volvió y la miró fijamente. Kyle tenía la cara de color rosa brillante y llevaba el pelo cortado a lo cepillo.

—¿Quieres confesar, señorita pastelera? Porque no creo ni por un minuto que seas inocente. Tan seguro como que estoy aquí de pie, que estás metida en esto.

—No lo estoy. Ni siquiera conocía a Steward Lord.

—Sí, bueno, eso ya lo veremos. Esto es lo que sé: fuiste tú o fue Sam. O tal vez los dos juntos. Quizá atrajiste a un viejo solitario para que te hiciera el trabajo sucio. Ahora mismo, en este momento, tengo pruebas suficientes para detenerlo y cerrar la panadería, pero no te pongas demasiado cómoda. Con un poco de suerte, volveré pronto a por ti.

—¿No es ahora cuando me dices que no me vaya de la ciudad? —dijo Kate inexpresiva.

—Esperaba que lo hicieras —dijo él, mirándola con los ojos entrecerrados antes de volver a ponerse las Ray-Ban—, porque eso también me daría motivos para arrestarte.

Kyle Hardy le dio la espalda a Kate, caminó hasta el borde del

porche, plantó los pies y puso las manos en las caderas.

—Este lugar es la escena de un crimen —anunció en voz alta a nadie en particular—. Hasta que nuestros investigadores terminen con él, nadie entra ni sale. The Cookie House está cerrada hasta nuevo aviso.

CAPÍTULO NUEVE

Mientras el coche patrulla se alejaba de la acera, los ojos de Kate lo siguieron calle abajo. Cuando por fin se dio la vuelta y miró hacia la puerta principal de The Cookie House, precintada de amarillo y negro, le asaltó otro pensamiento: no tenía hogar. Todas sus pertenencias más queridas, desde su cepillo de dientes hasta sus libros de recetas, estaban en la habitación de arriba. Solo tenía la ropa que llevaba puesta.

Como si hubiera leído su mente, Oliver, que estaba a su lado, pegado a su pierna, se apoyó en ella y la miró. Kate se agachó y le acarició el flanco suave y sedoso.

Al otro lado del jardín, Maxi se paseaba con el móvil pegado a la oreja. Gesticulaba con la mano izquierda mientras hablaba. Kate no podía oír qué decía, pero, dijera lo que dijera, la florista estaba siendo vehemente. Terminó la llamada y caminó rápidamente hacia Kate y Oliver.

—Es uno de los pocos sitios donde a veces tengo cobertura —explicó Maxi encogiéndose de hombros—. Creo que es por el árbol.

—¿Más noticias malas? —preguntó Kate tímidamente.

—No, he llamado a Peter, mi marido. Es ayudante del abogado del Estado y aprecia a Sam. Va a llamar a un abogado que conoce para que se reúna con él en la comisaría. Aun así, yo también quiero estar allí. ¿Quieres venir conmigo en coche?

—Sí, buena idea —dijo Kate, recordando el humeante montón de

chatarra que era su posesión mundana más valiosa.

Tres horas más tarde, seguían sentadas en el vestíbulo de la comisaría de policía de Coral Cay. Kate se alegraba de no estar en la sala de interrogatorios, pero notaba la mirada amenazante de Kyle Hardy cada vez que entraba.

Con su fachada de estuco y su tejado de tejas de terracota, la comisaría de Coral Cay podría haber pasado por una casa de huéspedes pequeña y algo desgastada. Y en cierto modo lo era, razonó Kate.

Nadie les permitía a ella ni a Maxi hablar con Sam. Ni siquiera les habían dicho lo que estaba pasando, pero sabían que el abogado de Sam estaba con él en algún lugar de las entrañas del edificio.

Kate recordó el cuaderno lleno de sus referencias de trabajo que estaba en el obrador. A Sam no le importaba si ella sabía cocinar, pero sí que fuera honesta. A alguien que planeara un asesinato eso no le importaría. Un asesino preferiría tener a alguien que no fuera de fiar para cargar con la culpa.

Y recordó algo más: la expresión de alivio en la cara de Sam cuando entró en la panadería después del robo. En ese momento, no sabía si se habían llevado algo de su tienda, solo que ella estaba bien y se había quedado en la panadería esa noche —y había llegado temprano la siguiente— solo para que ella se sintiera segura.

Pasara lo que pasara, Kate tenía la certeza absoluta de una cosa: Sam Hepplewhite no era un asesino.

CAPÍTULO DIEZ

Maxi dejó con decisión el vaso de papel con café frío sobre la desgastada mesa de madera.

—Tenemos que ver a Sam —dijo—. Tiene que saber que estamos aquí, que estamos de su lado.

Kate asintió, pero casi esperaba oír que Sam no podía —o no quería— recibir visitas.

—Dado que Kyle parece creer que estoy involucrada, sería más conveniente que preguntaras si podemos visitar a Sam —razonó.

—¡Ese bobo! —dijo Maxi. Ante la expresión de perplejidad de Kate, añadió—: Es un imbécil.

Maxi se acercó a la mampara de cristal, se irguió y sonrió alegremente.

—Hola, Ray, venimos a ver a Sam Hepplewhite. Ya lo hemos acordado con su abogado.

—Hola, Maxi —la saludó alegremente el policía que estaba detrás del mostrador. Sacó un portapapeles y pasó el dedo por la lista—. Sí, puedes pasar. El abogado de Sam te ha puesto en la lista de visitantes junto con una mujer llamada Kate McGuire. ¿También está aquí?

—Sí, soy yo.

Unos minutos después, estaban sentadas en sillas plegables frente a la celda de Sam, y entonces Kate comprendió por qué la gente llamaba a las cárceles «moteles de barrotes grises». En

efecto, todo era gris: las paredes, el techo, el suelo, los barrotes… y Sam.

En tres paredes había estanterías de acero que hacían las veces de bancos, y también había una cómoda de acero inoxidable metida con calzador en una esquina.

Sam, con un mono azul marino desteñido, estaba sentado solo en la celda, en el banco del extremo izquierdo, cerca de los barrotes, lejos del retrete. «Como si estuviera esperando a que lo llevaran a casa», pensó Kate.

¿Le habían dicho que no había fianza? ¿Que se quedaría hasta el juicio? ¿O más tiempo?

—Hola, Sam, solo queríamos pasarnos a ver si podemos traerte algo —dijo Maxi con tono animado.

—No, estoy bien.

—Ya, claro, eso lo dices ahora, pero esta noche voy a hacer fricasé de pollo picante, arroz esponjoso y plátanos fritos. ¿Qué te parece si te traigo un poco para almorzar mañana temprano?

Sam sacudió la cabeza enérgicamente.

—No es necesario, se supone que aquí hay pensión completa.

—¿Y algunas de tus cosas? —dijo Maxi suavemente—. ¿Un par de libros? ¿Tal vez tu kit de afeitado?

Sam volvió a negar con la cabeza.

—No te preocupes, no creo que esté permitido.

Kate se dio cuenta de que el viejo panadero no las miraba a los ojos. Parecía dirigirse a un punto en una pared lejana en vez de a ellas.

—Han precintado The Cookie House —dijo Kate en voz baja.

Sam abrió mucho los ojos. La miró por primera vez como si acabara de darse cuenta de que estaba allí.

—No —dijo.

Kate asintió.

—La han declarado escena del crimen. Kyle no nos dice nada, aparte de que está cerrada por ahora.

—Kyle es un maldito… —dijo Sam antes de callarse—. No puede.

Es lo único que me queda de ella… —Luego se calló de nuevo y miró hacia abajo—. Yo no lo hice —dijo finalmente—. ¿Qué sentido tendría?

—Lo sabemos —dijo Maxi con tono tranquilizador—, y todo el pueblo lo va a saber también.

—Mi abogado no —espetó Sam—. Quiere decirle al mundo que estoy más loco que una cabra.

Fuera lo que fuera lo que aquejaba a Sam Hepplewhite, su mente funcionaba a la perfección, con lucidez. Sin embargo, el resto de él se había rendido, en cuerpo y alma. No le importaba lo que comía, ni su aspecto, ni siquiera tener algunas pertenencias para alegrar su celda. Lo único que le importaba estaba precintado como la escena de un crimen.

—¿Y si pudiéramos mantener la panadería en funcionamiento? —dijo Kate. Salió de su boca antes de darse cuenta de que lo había dicho—. Solo hasta que salgas.

El cuerpo de Sam se hundió contra la pared gris. Su rostro volvió a relajarse. Abrió los ojos azules y la miró fijamente.

—¿Lo harías? ¿Podrías?

Maxi sonrió y miró a Kate.

—Yo podría ayudar —dijo—. La floristería está justo al lado. Y, por cierto, ¿te acuerdas de la planta muerta de tu jardinera? Ya te puedes despedir de ella.

Kate respiró hondo. Miró a Sam, tímida y esperanzada, y luego a Maxi.

—Bueno, ahora estoy oficialmente sin trabajo, así que, si te parece bien que esté allí y me encargue del local, puedo hacerlo. Pero no sé cuándo nos dejará reabrir la policía o qué impedimentos puede haber.

—No quiero que lo hagáis por caridad —dijo Sam, desafiante—. Puedo pagarte, tengo algo de dinero ahorrado.

Kate sonrió. Si el orgullo de Sam estaba volviendo, era una buena señal.

—¡Yuju! —dijo Maxi con una sonrisa—. Vamos a montar una

panadería.

—Te tomo la palabra, socia —dijo Kate estrechándole la mano—. Vamos a regentar una panadería.

CAPÍTULO ONCE

—¿Podrías dejarme en la zona turística? —dijo Kate mientras subían al maltrecho *jeep* de Maxi—. Voy a reservar en el hotel, solo hasta que pueda volver a The Cookie House.

—He oído cosas horribles de ese lujoso complejo —dijo Maxi—: chinches del tamaño de cucarachas, cucarachas del tamaño de ratas y ratas del tamaño de perros.

Kate sonrió.

—Sí, eso explica todos los famosos que he visto por la piscina esta semana.

—En serio, los cocineros del resort no podrían freír un plátano si sus vidas dependieran de ello. Ese sitio no tiene personalidad. Tienes que probar el verdadero Coral Cay. ¿Qué tal una auténtica comida casera servida en una gran mesa de pícnic bajo un árbol del pomelo?

—No puedo aceptar eso. Ya es muy tarde, y tienes familia.

—Bueno, ¿qué es una persona más en la cena? Obviamente, estaba de broma con lo de los bichos y las ratas, pero si te vas aquedar, tienes que empezar a comer cosas de aquí. Los resorts son geniales, pero son su-per-ca-ros y sosos, sosos, sosos. Un poco de comida cubana te pondrá una sonrisa en la cara, y la habitación de invitados es encantadora, si no te molestan las cortinas de *Star Wars*.

—No quiero molestar a tus hijos o a tu marido. El hotel será solo por esta noche, luego podré volver a The Cookie House. Además, todas mis cosas están allí, en el almacén.

—Vaya, chica, odio decírtelo, pero estuve hablando con Ray, y dice que la panadería va a estar cerrada durante unos días más, al menos, y algunas de tus cosas están en el laboratorio criminalístico. Pero mira el lado bueno.

—¿Cuál es?

—Conozco a una cubana muy elegante que puede prestarte algunos trapitos. Solo que…, como dicen las señoras ricas…, están «ligeramente usados». Y la farmacia del pueblo abre hasta tarde, así que puedes comprar un cepillo de dientes y esas cosas.

Kate se acordó del hombre de la gorra de béisbol. ¿Y si iba tras ella? ¿Y si la había seguido hasta casa de Maxi? Si toda esa situación con Sam era de alguna manera culpa suya, ya era bastante malo. Pero no podía involucrar a la familia de Maxi.

—No puedo. Lo siento.

—Vale, ¿es por la comida cubana picante o por las cortinas de *Star Wars*?

Kate se rio. ¿Por qué sentía que podía contarle cualquier cosa a Maxi sin ser juzgada?

—La verdad es que creo que me están siguiendo. Sé que suena paranoico, pero temo que pueda estar relacionado con el robo en la panadería. He ido viendo a un tipo durante una semana en diferentes sitios, y esa tarde lo vi un montón de veces. Conducía unos metros por detrás de mí cuando mi coche se averió y más tarde, cuando fui caminando a la panadería, también me estaba siguiendo. Luego, durante mi entrevista de trabajo, aparcó justo enfrente. Espero estar equivocada, pero si no es así, no quiero que me siga hasta tu casa. Estaré a salvo en el hotel, tienen mucha seguridad, y tu familia también estará más segura así.

—¿Viste bien a ese tipo?

—La verdad es que no, solo de lejos. Creo que lo vi varias veces la semana pasada. Siempre llevaba gafas de sol grandes y un

sombrero diferente cada vez. Es posible que solo sean imaginaciones mías y, como Kyle estaba tan convencido de que el robo era una broma de adolescentes, no lo mencioné. Esperaba estar equivocada. Quería estar equivocada. Debí haber dicho algo.

—Deja de culparte. Kyle es un idiota. Por qué lo dejan encargarse del asesinato de Lord es el verdadero misterio.

—Es posible que no sea más que un turista que visita la ciudad y quiere ver las mismas cosas que yo —razonó Kate—. Pero no lo sé. Y, después del allanamiento, admito que estoy asustada. No quiero correr riesgos, y tú tienes una familia que proteger.

Maxi asintió.

—Tienes que hablar con Peter. Trabaja con casos así continuamente. Ven a cenar. Puedes hablar con él y luego te llevamos al hotel. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

CAPÍTULO DOCE

En cuanto abrieron la puerta principal de la casa de Maxi, la florista fue asaltada por una pandilla de niños. Resultó que la mayoría eran hijos suyos.

—¿Puede quedarse Zachary a cenar? —suplicó uno de los mayores. Kate calculó que tenía unos siete años—. Mamá, ¿por favor? ¿Por favor? Le he dicho lo bueno que está el fricasé de pollo, ¡y no me cree! ¿Por favor?

Kate miró y vio al otro niño, también de unos siete años, de pie a un lado. Zach. Parecía ansioso.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —dijo un niño más pequeño, de unos cinco años, mientras rebotaba sobre unas robustas piernas cortas—. ¡Me han puesto una pegatina en la siesta! ¡Un el brazo! ¿Quieres verla? ¿Quieres verla? Mamá. Tiene un camión.

Mientras tanto, la más pequeña, una niña de unos dos años, se agarraba a la pernera de los vaqueros blancos de Maxi y se aferraba con todas sus fuerzas. Miró a Kate con unos ojos grandes y oscuros y sonrió.

—Y Zach nunca ha comido plátanos fritos. ¿Te lo puedes creer? Ni una sola vez.

—Bueno, Miguelito, tenemos que ampliar la educación culinaria de Zach —dijo Maxi mientras subía a la niña a su cadera y le plantaba un beso en la mejilla—. Zach, nos encantaría que te quedaras a cenar. Llama a tu madre y asegúrate de que no hay

problema. Y dile que podemos llevarte a casa después.

—¡Toma! ¡Te dije que no le importaría! —gritó Michael—. ¡Vamos, llámala desde mi habitación! —Y los dos salieron corriendo.

Sin dejar de acunar a la niña, Maxi se agachó y miró la pegatina de su hijo pequeño, que había cambiado los saltitos por balancearse de puntillas. Al mirarla más de cerca, Kate se dio cuenta de que la pegatina era en realidad una tirita.

—¡Qué bonito, Javier! ¿Cómo te lo has hecho? —le preguntó Maxi, dándole un beso en la frente y alborotándole el ondulado pelo negro.

—Jessica me ha mordido —dijo él con desgana.

—¿Qué me dices? Supongo que habrá una nota de la señorita Maxwell, ¿no? —preguntó Maxi.

Javier asintió.

—Dice que tienes que firmarla y que se la tengo que llevar mañana.

—Mmmm —dijo Maxi—. ¿Ha sido la misma Jessica que te quitó el *cupcake* en la fiesta de cumpleaños de Bobby?

Javier asintió con la cabeza.

—La señorita Maxwell dice que le gusto, pero yo creo que es asquerosa.

—Yo también conozco a una Jessica —dijo Kate *sotto voce*—, la nueva «amiga» de mi exprometido —explicó—. Estoy totalmente de acuerdo con Javier.

Javier, sintiendo que tenía un alma gemela, miró a Kate y asintió con seriedad. Maxi soltó una risita.

—De acuerdo, para ti, mi joven señor, agua oxigenada, y mucha. Ve a lavarte eso y nos vemos en el baño. Y lavar significa usar jabón. ¡Jabón!

—Sí, mamá —contestó él y salió disparado.

Cuando se había ido, Maxi dijo:

—Esperemos que la señorita Jessica se haya vacunado.

—Amén —dijo Kate con una sonrisa.

Al mirar a su alrededor, Kate se asombró de lo parecida que era

la casa de Maxi a la propia Maxi: luminosa, alegre y agradable. El sol entraba a raudales por las ventanas resplandecientes y cada rincón parecía albergar una planta floreciente o flores de colores. Aunque había juguetes por todas partes —y ruido constante—, era un caos feliz.

La fragancia que salía de la cocina hizo que a Kate se le hiciera la boca agua. Sabrosa y picante. Carnosa. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ambas se habían saltado la comida.

—Entonces, ¿te ha traído tu abuela un tentempié, Elena? —le preguntó Maxi a la chiquitina que tenía en brazos—. ¿Quieres picar algo mientras preparo la cena?

La más pequeña de los Más-Buchanan asintió enérgicamente.

—Me lo imaginaba —dijo Maxi. Y se dirigió a Kate—: Debes de estar hambrienta. Yo, desde luego, lo estoy.

—Me encantaría ayudar con la cena —se ofreció Kate—. ¿Qué te parecería contar con una *sous chef*? Así tal vez pueda aprender el secreto del pollo…

—Fricasé picante de pollo —intervino Maxi con una sonrisa—. Es como el estofado de pollo, pero mejor. Y es la receta de mi madre, que lo ha estado cocinando a fuego lento toda la tarde. Ya debería estar deshaciéndose. ¡Oh, huele tan bien! Después de atender a Javier, pondré el arroz, freiré algunos plátanos y la echaré de la cocina un rato, si lo consigo, porque si le digo que va a ser reemplazada por una chef profesional vamos a tener a una cubana enfadada. Será mejor que te sirvas una copa de vino y me hagas compañía. Podemos hacer una pequeña degustación antes de cenar para compensar la comida que nos hemos saltado.

—Bueno, si insistes.

—Si te hace sentir mejor, puedes ayudar a poner la mesa.

—De pastelera a camarera en dos semanas —dijo Kate, sonriendo—. Mis profesores de cocina estarían horrorizados.

—Por cierto, puede que los platos y los vasos no combinen, pero la comida es muy buena. No la hay mejor. Mi mami es una cocinera de primera.

—Oh, sí —dijo Kate cuando por fin probó el guiso de pollo picante—. Tu madre podría abrir un restaurante. Esto está buenísimo.

—¿Verdad? —dijo Maxi mientras se llevaba un trozo a la boca y cerraba los ojos—. No es solo comida cubana, es buena comida cubana.

—¡Deja algo para la cena! —Se oyó una voz femenina severa desde el cuarto de estar.

Maxi soltó una risita.

—*Flashback* al instituto. ¡Sí, mami! ¡Es que está tan bueno! ¡Muy bueno! ¡Y no habíamos comido!

—Podría darnos una clase. He trabajado con profesionales que nunca han hecho algo tan delicioso. ¿Pero estás segura de que le parece bien que haya más gente en la mesa?

—Siempre tenemos gente extra en la mesa. Peter, los niños, mi mami…, alguien siempre trae amigos. En parte es la razón por la que pusimos una mesa grande en el jardín.

—¿En parte?

—Debajo de ese gran árbol, al atardecer, corren las mejores brisas. Incluso con el calor del verano. Es como aire acondicionado natural. Aunque hay que tener cuidado en noviembre y diciembre.

—¿Por qué?

Kate se preguntó si habría otra racha de huracanes a finales de año.

—Los pomelos. Estás ahí sentada, tan tranquila, y, ¡pum!, te cae uno justo en la cabeza. Son como pelotas grandes y duras. Yo quería que los niños usaran casco, pero Peter me disuadió. Procuramos recogerlos todos. Así que tomamos mucho zumo de pomelo y hacemos hielo de pomelo y pomelo a la parrilla. A la parrilla es lo mejor. Peter los corta por la mitad y los asa hasta que tienen esas marcas de carbón. Yo los pongo en una bandeja y los rocío con un poco de miel. Riquísimos.

Ambas oyeron abrirse y cerrarse la puerta principal.

—¡Eh, nena! Sea lo que sea, huele genial.

—Hola, mi amor —dijo Maxi con una sonrisa—. Ahora vuelvo.

Kate acunó su copa de vino medio vacía, miró alrededor de la cálida cocina y se preguntó: ¿podrían ella y Evan haber llegado a estar así alguna vez? ¿Alegres y hogareños? ¿Quizá si hubiera podido convencerlo de que visitara Coral Cay? ¿Si no hubiera conocido a Jessica?

Lo dudaba.

Evan era Evan. Por eso se había enamorado de él y por eso nunca habría funcionado. No a largo plazo, al menos. Él también debió de darse cuenta. Últimamente sus llamadas telefónicas habían disminuido. Al principio, justo después de que ella le arrojara el anillo de compromiso aquella horrible noche, él la llamaba una docena de veces cada día y le enviaba flores. Poco a poco, cuando ella se negó a contestar (y rechazó las flores), las llamadas se redujeron a unas pocas al día. Luego, una vez al día, más o menos. Y la última semana: nada.

Técnicamente, ella había roto el compromiso, pero seguía siendo doloroso. Duro. Casi se alegró de que su teléfono estuviera inaccesible en The Cookie House. Ojos que no ven, corazón que no siente.

«Al diablo con eso y al diablo con él —decidió—. Esto no va de lo que podría haber sido. Aquí es donde estoy ahora, y voy a cenar bajo un árbol de pomelo. Evan Thorpe no puede hacerlo en Manhattan. Esté con quien esté».

—Vale —dijo Maxi, reapareciendo—, Peter va a bañar a las tropas y las llevará a la mesa. Y, como ya la has puesto, estamos listos. —Cogió la botella de vino de la nevera, se volvió hacia Kate y sonrió—. Pastelera o no, una buena comida cubana puede cambiarte la vida.

CAPÍTULO TRECE

La cena de Maxi estaba tan buena como había prometido. El arroz ligero y sabroso absorbía el intenso y picante guiso, y que resaltaba el dulzor de los plátanos fritos. Todos los comensales se sirvieron al menos dos raciones. Kate se dio cuenta de que tanto Michael como Zach volvieron a por una tercera.

—Esperanza, tu fricasé está delicioso —le dijo Peter a su suegra mientras le llenaba la copa de vino—. Fantástico.

—Gracias —respondió ella, sonriendo tímidamente.

Kate estaba maravillada con aquel «comedón» al aire libre. Se parecía a las fotos que había visto en los libros de cocina toscana. Una gran mesa de granja bajo los árboles, con una exuberante alfombra verde y flores por todas partes. El árbol lucía una saludable profusión de hojas brillantes, y si aquella nube verde era un indicio de la cosecha de ese año, los niños Más-Buchanan iban a necesitar de verdad los cascos.

Y Maxi tenía razón: la brisa fresca y salada, impregnada del aroma de las flores tropicales, era mejor que el aire acondicionado. ¿Hacía solo unas semanas que estaba tragando humo de tubos de escape y soportando horarios de trabajo mortales en la ciudad? Sonrió. Coral Cay era sin duda un paso en la dirección correcta.

Los niños se fueron de la mesa, seguidos de Esperanza, que entró a ver sus telenovelas, y los tres se quedaron a disfrutar del fresco de la tarde.

—Maxi me ha dicho que tienes un pequeño problema —dijo Peter en voz baja—. Un acosador.

—No sé realmente qué o quién es. Solo sé que empecé a verlo más o menos un día después de llegar a Coral Cay. Con regularidad. La tarde del robo, lo vi más de lo habitual. ¿Y lo del robo? No fueron adolescentes.

—Vale —dijo Peter alentadoramente—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca he visto a un adolescente que lleve zapatos rígidos. Oí los pasos por el suelo del obrador. Era un hombre. Un hombre de pasos decididos.

—¿Y qué llevaba puesto ese hombre cuando lo viste? —preguntó Peter.

—Gorra de béisbol color canela, pantalones cortos color caqui, una especie de camisa hawaiana, azul, creo, y gafas de sol. Siempre lleva gafas de sol grandes.

—Entonces probablemente no llevara zapatos rígidos.

—Tienes razón —dijo Kate—. A menos que fuera a casa a cambiarse, y no creo que se pusiera zapatos de vestir para un allanamiento. Todo lo contrario.

—Así que el acosador probablemente no sea el ladrón —concluyó Peter.

—Espera, ¿me crees? ¿Lo del acosador? ¿No piensas que estoy loca?

—Este hombre vive conmigo, mi madre y mis tres hijos —dijo Maxi, inclinándose hacia delante—. Ha visto la locura de cerca y en persona. No te ofendas, pero tú no cumples los requisitos.

Peter sonrió y dio un sorbo a su café.

—Mira, según mi experiencia, las mujeres tenéis un radar bastante bueno —dijo finalmente—. Y ese tipo ha activado el tuyo, por la razón que sea. La parte animal de tu cerebro, la parte que detecta el peligro, te está intentando decir algo. Mi consejo es que le hagas caso. Toma algunas precauciones. No te vayas sola. Hablaré con Ben. Así, si ves al tipo de nuevo, puedes llamar a la comisaría. Ben no tiene que arrestarlo para tener una charla y averiguar quién

es.

—¿Y qué pasa con el ladrón? —intervino Maxi.

—Desafortunadamente, ese caso lo lleva Kyle y lo ha destrozado. Ni siquiera tomó huellas dactilares.

—Bobo —concluyó Maxi.

—Bobo de competición —coincidió Peter.

Kate sonreía. Al verlos juntos, no pudo evitarlo. Peter era tranquilo e inflexible. Maxi era un colibrí: movimiento y energía constantes. El yin y el yang.

—La panadería está cerrada por ahora —dijo Peter—. Y he oído que también van a patrullar mucho por esa zona. Pondrán coches de rastreo regulares. Así que si el ladrón quiere volver a intentarlo, déjalo.

—¿Y Sam? —dijo Maxi—. ¿Podemos conseguir que lo liberen? ¿Al menos antes del juicio?

—Sabes que no puedo hablar de eso.

Maxi lo miró.

—Me alegro de que no sea mi caso. Tendría que recusarme.

—Solo si quisieras seguir teniendo una esposa con la que volver a casa —dijo Maxi con una sonrisa—. Él no lo hizo. Sabes que no lo hizo.

—No me imagino al Sam que conozco haciendo eso. Es como de la familia. Se ha sentado en esta mesa más veces de las que puedo recordar, y Stewart Lord era un matón sádico. No le bastaba con conseguir lo que quería, le gustaba destrozar a la gente. Iba a por Sam y la panadería desde hacía tiempo. Tal vez Sam simplemente petó. Quiero decir que, en ese caso, casi no lo culparía.

—¿Enajenación mental transitoria? —preguntó Kate.

—Más bien cordura mental transitoria —dijo Peter—. Lord era lo que sus propios compatriotas llaman un mal bicho. ¿Lo llegaste a conocer?

—Yo estaba despachando cuando entró aquella mañana. Empezó a mirarme lascivamente y, de repente, Sam me echó de la tienda.

Peter asintió.

—Esa es una buena descripción de ambos.

Kate rodeó la taza de café con las dos manos mientras el canto de un pájaro penetraba en el aire nocturno. Si no se hubiera marchado, si hubiera esperado a Stewart, ¿estaría Sam a salvo en casa ahora mismo?

—Así pues, si el ladrón va detrás de la panadería y no de ti, ¿por qué no te quedas aquí hasta que la panadería vuelva a abrir? —preguntó Maxi—. Confía en mí, nadie en su sano juicio entrará en esta casa.

—Solo si me dejáis ayudar en casa —dijo Kate—. ¿Qué tal si empiezo horneando una tanda de galletas? Bueno, si no te importa que haya alguien más en tu cocina.

—¿Estás de broma? —dijo Maxi—. Cualquiera que quiera cocinar en mi cocina es bienvenido.

CAPÍTULO CATORCE

—Si no te molestan los personajes de dibujos animados, te buscaré un cepillo de dientes nuevo —dijo Maxi—. Puedes elegir entre Bob Esponja o Batman. Y tengo un pijama y una bata que te servirán. No los he estrenado y son elegantes a la par que prácticos.

—Batman, sin duda —dijo Kate—. No sé cómo agradecértelo. Tus hijos me van a odiar por echarlos de su habitación.

—Puedes compensarlos con galletas. En serio, están muy emocionados. Estamos montando una fiesta de pijamas de campamento en la sala con una tienda de campaña y todo con la que Peter se está peleando ahora mismo. La madre de Zach ha dicho que podía pasar la noche aquí.

—Fiesta de pijamas de campamento, ¿eh? Eso requiere unas galletas especiales. Tal vez unas con malvavisco y también otras con trocitos de chocolate. A todo el mundo le encantan las de chocolate.

—Me sentaré contigo y te veré trabajar —dijo Maxi con una sonrisa—. Me parece el mejor trato del mundo.

—Tu cocina es estupenda —dijo Kate, mirando a su alrededor—. No he vuelto a cocinar desde que hice las maletas y me fui de Manhattan y lo he echado mucho de menos.

—¿Tenías una cocina grande en tu casa? —preguntó Maxi mientras sacaba de los armarios bandejas para galletas, cuencos, cucharas y un colador. Se dirigió a otro armario y sacó harina, dos

tipos de azúcar y dos bolsas de pepitas de chocolate.

—Diminuta. Era un rincón de un estudio. Todo en una habitación —añadió Kate—. Formica blanca de los años cincuenta por todas partes. Pero la nevera y la cocina eran nuevas, y me encantaba. Allí perfeccionaba mis recetas antes de hacerlas en el restaurante. —Kate examinó los ingredientes y sonrió—. ¿Tienes malvaviscos o chocolatinas?

Maxi se dirigió a la despensa, cogió un taburete y lo colocó junto al frigorífico. Se subió, abrió el armario superior y sacó una bolsa de malvaviscos y tres tabletas de chocolate gigantes.

—Mi alijo secreto —explicó.

—Es por una buena causa, lo juro —dijo Kate con una sonrisa—. Ya las hice una vez para una fiesta de Halloween. La base es como un *snickerdoodle*, una galleta de azúcar y canela, pero sin canela, y con mucho menos azúcar. Pero la galleta tiene el mismo sabor y la misma textura, y encima, chocolate derretido y un malvavisco tostado. La última vez, usé un soplete del restaurante, pero creo que podemos conseguir el mismo efecto con el horno, si lo hago bien.

—Eso suena delicioso. Yo me comeré las que se quemen.

—Bien, porque como es un horno nuevo para mí y a una altitud diferente podría chamuscar el primer lote. Pero no se lo digas a nadie.

—¡Por favor! Por aquí, nos comemos los errores. Peter los llama mis «pasteles de fracaso». Saben bien, solo que tienen un aspecto peculiar.

Kate no tardó en darse cuenta de que era imposible mantener el secreto de las galletas en una casa llena de niños. Veinte minutos más tarde, ya tenía a toda la chiquillería presente.

—Eso huele bien —dijo Michael—. ¿Qué es?

Kate miró a Maxi, que asintió.

—Se llaman «galletas de campamento» —dijo Kate—. Están cubiertas de chocolate derretido y malvaviscos tostados.

—¡Muy bien! —dijo Zach.

—¡Genial! —dijo Michael.

—¡Sí, guay! —dijo Javier.

—¡Galletas! —exclamó Elena—. Galleta, galleta, galleta… —cantó.

—Sí, mi amor —dijo Maxi—. Galleta, galleta, galleta.

Kate sacó la primera tanda. Hasta ahí, todo bien.

—Vale, ¿quién quiere ayudarme a cubrirlas con chocolate y malvaviscos? —preguntó mientras colocaba las bandejas de galletas en los paños de cocina que había puesto sobre la encimera.

Los niños le respondieron con un coro de «¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!» y Maxi les limpió las manos a todos.

—Nunca se es demasiado cuidadoso —dijo guiñando un ojo.

—Bien, ahora las galletas están muy calientes, así que no las toquéis. Poned un trozo de chocolate encima y luego uno de estos malvaviscos grandes.

—¿Y luego podremos comérnoslas? —preguntó Javier.

—Luego las volveremos a meter en el horno durante un par de minutos y después ya podremos comerlas.

—Esa es la parte que me gusta —dijo él solemnemente. Su hermana asintió.

—Enseguida, cariño —dijo Maxi, abrazándolo—. Enseguida.

Como eran dos adultas y cuatro niños, acabaron en un momento. Kate colocó las dos bandejas en el horno, lo encendió y cruzó los dedos. Pensó que podía salir bien o mal.

—Vale, chicos, observad —dijo—. Si miráis por la ventana del horno, podréis ver cómo se tuestan los malvaviscos. Se irán poniendo marrones, y será entonces cuando estarán pegajosos y buenos.

Durante los primeros treinta segundos, no pasó nada. Luego, como si se abriera una flor, aparecieron manchas doradas en la parte superior de todos los malvaviscos, que se fueron oscureciendo poco a poco hasta adquirir un color marrón intenso.

—¡Ya está! —declaró Kate—. Todo el mundo un paso atrás.

—¡Vale, niños, sentaos todos a la mesa! —dijo Maxi en tono protector, mientras Kate cogía otro paño de cocina, sacaba las bandejas de galletas del horno y las colocaba con cuidado sobre la

encimera.

—¿Podemos comérnoslas ya? —suplicó Javier.

—Todavía no —dijo Kate—. No hay nada más caliente que un malvavisco caliente. Te quemaría la boca. Dales un par de minutos para que se enfríen y ya está.

—El tiempo justo para servir un poco de leche —dijo Maxi—. ¿Quién quiere?

Cuando todas las manos se alzaron, incluida la de Elena, les dio a cada uno un antiguo tarro de mermelada y los llenó cuidadosamente con leche fría. Kate tocó con cuidado una de las galletas. Le pareció lo bastante fría como para probarla. Rompió un trozo. Caliente, derretida y maravillosa. Listo. Cogió una espátula, puso las galletas en un plato y las colocó en el centro de la mesa de la cocina.

—Creo que ya podéis empezar —dijo a los niños.

—¡Huelen bien! —dijo Zach—. Y parecen *s'mores*.

—¡Jo, tío! —dijo Michael, cogiendo una galleta y dándole un gran mordisco.

—¡Mojar! —Elena declaró, sumergiendo la galleta en su vaso—. ¡Oh, galleta rica!

—No creo que sepa qué es una galleta mala —dijo Maxi guiñando un ojo—. Pero yo tampoco. ¡Oh, muy buena! Te he visto hacerlas, cada paso, y todavía no sé cómo pueden saber tan bien. Y la parte de la galleta es tan ligera…

Kate sonrió.

—¡Me gustan las galletas de campamento! —dijo Javier, cogiendo otra—. ¡Y me gusta acampar!

Maxi puso cuatro galletas en una bandeja con dos vasos de leche fresca y la llevó a la habitación contigua:

—Para mi mami y el montador de tiendas.

Mientras estaba fuera, los niños se comieron las galletas restantes.

Cuando Javier cogió la bandeja vacía con las dos manos y la limpió a lametazos, a Kate casi le da una contractura intentando no reírse.

—Javier Peter Más-Buchanan, ¡eso no se hace! —Dijo Maxi entrando de nuevo en la cocina—. Lo sabes muy bien. A ver, chicos, ¿qué le decís a Kate?

—¡Gracias! —dijeron todos al unísono.

—Galleta, galleta, galleta —balbuceó Elena feliz.

—¡Bien, hora del baño para Javier y Elena! Miguel, esta noche te libras porque tienes un invitado. Tu padre me ha dicho que le diga que la tienda está lista y que puedes coger los sacos de dormir del armario.

—¡Genial! —dijo Michael mientras él y Zach corrían a la habitación de al lado.

Mientras Maxi preparaba a sus hijos pequeños para irse a la cama y Peter entretenía a Michael y Zach con historias de fantasmas, Kate siguió horneando. Le gustaba volver a hacer algo con sus propias manos. Se sentía útil. Hizo varias tandas de galletas con pepitas de chocolate, sabiendo que a los niños también les encantarían.

Mientras mezclaba más masa, Kate pensó en Sam y en cómo se había animado cuando ella se ofreció voluntaria para mantener la panadería. ¿Cómo iba a hacerlo?

Maxi había planeado llevarle a Sam temprano un almuerzo de estofado de pollo picante, plátanos y arroz. Comida casera y reconfortante. Las galletas serían perfectas como postre. ¿Pero qué clase de galletas haces para un hombre que odia las galletas?

Durante los años que estuvo vendiendo galletas de las *girl scouts* y horneando profesionalmente, nunca se había topado con nadie a quien no le gustaran las galletas. Lo admitieran o no. Un famoso chef con estrella Michelin incluso guardaba un alijo secreto de galletas de chocolate y menta en la nevera de su restaurante de lujo. Para emergencias.

Sin embargo, al intentar adivinar las galletas favoritas de Sam, se quedó en blanco. Por primera vez. Por alguna razón, le vino a la

mente el rostro suave y borroso de Oliver. Sonrió.

Galletas de jengibre.

¿Tendría Maxi los ingredientes necesarios? Kate echó un vistazo rápido a la nevera y encontró un tarro grande de melaza. En la despensa descubrió un bote industrial de jengibre en polvo, además de canela y clavo en abundancia y otra bolsa de medio kilo de azúcar moreno. Todo listo para empezar.

Acababa de extender la masa y la estaba cortando en pequeños círculos con un vaso cuando apareció Maxi. Aún tenía las puntas de su pelo negro húmedas y marcas de agua en la camiseta fucsia.

—La hora del baño es una batalla —dijo—, incluso encantándoles el agua. Eso huele bien. Especiado.

—Galletas de jengibre para Oliver y Sam.

—A Oliver le encantan las galletas de jengibre —dijo Maxi—. Y a Sam también le encantan. O le encantaban antes de que Cookie…, eh…, falleciera. ¿Cómo lo has sabido?

—Llámalo corazonada. He pensado en hacer muchas para poner algunas con la comida de Sam y darle el resto al dueño de Oliver. ¿Quién es su dueño?

—Oliver es el dueño de Oliver —dijo Maxi—. Es como el perro del pueblo.

—Pero tendrá que vivir en algún sitio —dijo Kate.

Maxi negó con la cabeza.

—No. Apareció un día por el centro, hace unos tres meses. Tendrías que haberlo visto. No era más que una bolita de pelusa color crema —dijo, separando las manos unos treinta centímetros—. Ni siquiera sabíamos qué era exactamente. Quizá un cruce de labrador y caniche. O un cruce de golden retriever y caniche. Nadie lo sabe con seguridad, y Oliver no lo dice. El caso es que todo el mundo se lo quería quedar, y un par de personas intentaron adoptarlo. Aceptaba su hospitalidad durante un par de días, pero luego se iba. Por supuesto, pensé que lo que realmente necesitaba era una familia con niños pequeños, así que me lo traje a casa y se quedó más de una semana, casi dos. Pero una mañana, ¡puf!, se

había esfumado. Oliver ama a todo el mundo, pero nunca se queda en un lugar demasiado tiempo, así que se ha convertido en el perro del pueblo. Todos le sacan agua y le dan de comer. Yo lo baño regularmente en la floristería, porque tengo una manguera y un fregadero grande. Se queda en diferentes casas, una o dos noches cada vez, como si fuera un hotel. Y hay una clínica veterinaria móvil que pasa regularmente. Lo llevo allí para los chequeos y las vacunas. Annie Kim, nuestra farmacéutica, le da una pastilla para el corazón una vez al mes. Pero Oliver básicamente ha decidido que no pertenece a nadie. Es su propio perro.

—Por eso en su placa pone Coral Cay.

—Se la puso Sam. Quería asegurarse de que la gente supiera que no es un perro callejero, que tiene un hogar. También lleva microchip. La dirección y el teléfono son del ayuntamiento, y lo pagamos entre todos. La última vez que Oliver tuvo que ponerse una ronda de vacunas, diez personas diferentes me querían dar dinero para costearlas. Por ello ahora el secretario municipal ha creado un Fondo Oliver.

—Y yo que pensaba que Nueva York tenía historias raras… —dijo Kate, sonriendo.

—Aún no has visto nada —dijo Maxi, tapándose un bostezo con la mano—. Lo siento, me he levantado muy temprano, y todavía tengo cosas que hacer. Voy a hacer café. Café cubano. ¿Quieres un poco?

Kate recordó el líquido fuerte y oscuro de esa mañana. ¿Había sido esa mañana? Un poco de cafeína en ese momento era exactamente lo que necesitaba.

—Sí, por favor. ¿Le has dicho a Peter que vamos a llevar la panadería durante un tiempo?

Maxi se encogió de hombros mientras medía cuidadosamente el café de aroma intenso y penetrante.

—Creo que se lo huele. Mejor se lo digo después, cuando podamos hablar tranquilos. Ahora les está contando historias de miedo a los chicos. Usando linternas que hacen de fogata. Y no sé

decirte quién se está divirtiendo más.

—He estado pensando —dijo Kate mientras extendía más masa— que si queremos que la gente vuelva a The Cookie House, tendremos que hacer algo de *marketing* llamativo.

—Veo por dónde vas. Sam es esa panadería. Sin sus panes, los lugareños no van a ir.

—No solo eso —añadió Kate—. Todo el mundo menciona «panadería» y «asesinato» en la misma frase, y eso no es precisamente bueno para el negocio.

—Tenemos que limpiar el nombre de Sam —declaró Maxi, poniendo con cuidado la cafetera en el fuego.

—Exacto. Solo lo conozco desde hace un par de días, pero sé que es buena gente. Además, ¿veneno? Ese es el arma de un cobarde. Sean cuales sean los defectos de Sam, no es un cobarde.

Maxi soltó una risita.

—Mi padrino no sabe ser cobarde. Es demasiado directo. Otra razón por la que es como de la familia. Pero hay algo más, algo que debes saber. Sam amaba tanto a Cookie… Ella era su corazón. ¿Usar The Cookie House para matar a alguien? Él nunca haría eso. Ni siquiera al horrible Stewart Lord.

Kate asintió.

—Eso tiene sentido. No de una forma que se pueda presentar ante un jurado, pero lo entiendo. ¿Crees que la gente de aquí, de Coral Cay, piensa que es inocente?

—Por lo que sé de este pueblo, creo que habrá dos bandos —dijo Maxi, levantando dos dedos—. Primero, gente como nosotros, que sabe que no lo hizo. Y, segundo, gente como mi Peter, que cree que hay una míiiinima posibilidad, pero no lo culparía ni un poquito.

—Entonces, ¿quién mató realmente a Stewart Lord? —preguntó Kate en voz alta.

Maxi chasqueó los dedos.

—Tengo una idea. Pero vamos a necesitar más galletas. Muchas más.

—¿Sobornar a un guardia de la cárcel? —dijo Kate animada.

Maxi sacudió su brillante cabeza.

—Mejor. Pertenezco a un club de lectura. La mayoría de los miembros son empresarios locales. Leemos novelas de misterio y suspense. Un poco de *true crime*, también. Nos llamamos los Irregulares de Coral Cay. Es un buen grupo, y es divertido. Nos reunimos una vez al mes más o menos. Comemos un poco, hablamos de libros, de negocios, de misterios.

—Bebéis un poco de vino… —sugirió Kate.

—¡Oh, el vino! Esa es la mejor parte. Harper Duval es el anfitrión. Creo que aún no lo conoces. Regenta la tienda de vinos del pueblo y es rico, muy rico. Su casa es magnifica. Tiene una bodega, donde nos reunimos. Estantes llenos de vino por todas partes. Como una cueva y con clima controlado. Solo que, como estamos en el sur de Florida, no es una bodega de verdad, subterránea. Pero es fantástica —dijo Maxi, extendiendo las manos—, como sacada de una película. ¡Y la comida! Sirve los quesos y las carnes más deliciosos. Mis favoritos la última vez fueron un jamón importado de Italia y un queso mantecoso de Dinamarca. Estaban buenísimos. Cuando nos reunimos, todos llevamos platos para compartir. Lo mejor de lo mejor. Por eso necesitamos tus galletas, y pronto. La próxima reunión es el domingo por la tarde. Pasado mañana.

—Haré tantas como necesitéis —dijo Kate, desconcertada—. ¿Pero cómo va a ayudar eso a Sam?

—Esta gente es lista. Lo ven todo. Conocen esta ciudad, y les encantan los misterios. Quién mató a Stewart Lord es un misterio, un verdadero misterio, y ha ocurrido aquí mismo, en nuestra calle principal. Todos conocíamos a la víctima. Todos conocemos a Sam. Si tú y yo podemos persuadir al club para que lo investigue, tal vez podamos juntar nuestras cabezas y resolverlo.

CAPÍTULO QUINCE

La casa de Harper Duval era como Maxi la había descrito. Incluso mejor. Una mansión encalada de estilo floridano, que parecía haber formado parte del paisaje durante al menos ciento cincuenta años, con un porche señorial, rodeada de robles que goteaban musgo español y una verja de hierro forjado. Maxi dijo que tenía menos de una década.

—Harper y Caroline la construyeron nada más mudarse a la ciudad. La casa de sus sueños. Desde aquí no se ve —dijo mientras dirigía el coche hacia un lugar cubierto de hierba cerca del atestado camino de entrada—, pero está en un acantilado que da a la playa. Se ve el mar desde casi todas las habitaciones.

—Vaya, supongo que el dinero no era un problema —dijo Kate.

—No. Están forrados, así que cuando Harper se ofreció a ser el anfitrión permanente del club, estuvimos encantados. Su casa es casi tan buena como su comida. El hombre tiene un gusto excelente. Lo gracioso es que pensé que querría tomarse un descanso mientras Caroline está fuera, pero creo que le ayuda a mantenerse ocupado.

—¿Fuera? ¿Adónde ha ido?

—A rehabilitación —dijo Maxi en voz baja—. Por beber.

—¿Dirige una tienda de vinos y su mujer es alcohólica?

—Curioso, ¿verdad? La tienda siempre ha sido más de él que de ella, y aún no han decidido qué van a hacer con ella cuando vuelva, pero supongo que la bodega tendrá que desaparecer.

Se quedaron en silencio un momento, digiriendo eso último, mientras Maxi aparcaba el coche, enderezaba el volante y sacaba las llaves.

—¿Estás segura de que a tu club le parecerá bien que me acople a la fiesta? —dijo Kate, alisándose un mechón rebelde de su pelo color caramelo—. No soy socia del club y no he leído el libro. Ni siquiera sé qué libro es.

—*El misterioso caso de Styles*. Y por supuesto que no les importará. Les llevas dos cosas a las que no pueden resistirse: postre y misterio. Créeme, les encantarás.

Kate esperaba que su amiga tuviera razón. Maxi y ella habían echado cuentas y habían calculado que necesitarían unas cuatro docenas de galletas con pepitas de chocolate para la reunión. Por ello, mientras Maxi había pasado la mañana del sábado en la floristería, Kate había ido al supermercado de Amos Tully a por provisiones.

Después de dejarle la comida a Sam el sábado por la tarde, Kate había planeado ir a buscar a Oliver para darle su regalo de galletas de jengibre, pero cuando habían salido de la comisaría, estaba allí mismo revolcándose en la hierba como si las hubiera estado esperando. Después de que se hubiera comido las tres primeras galletas, Kate había tratado de atraer al perro al coche de Maxi.

—Se quedará un tiempo, pero no esperes nada permanente —había advertido Maxi cuando entraron en su casa.

—Ojalá alguien me hubiera advertido lo mismo con Evan —había dicho Kate con una sonrisa.

Había dedicado la mayor parte de la tarde y la noche a hornear para el club de lectura, con alguna hornada extra para la familia, por supuesto. «Además, una cierta cantidad de degustación formaba parte del proceso», había razonado Kate. Tenía que asegurarse de que no había perdido su toque.

Habían metido su preciada carga en una colección de enormes *tuppers* de vidrio de Maxi con tapas de silicona de colores.

—Es igual que cuando llevamos comida a Miami para las cenas

familiares —había confesado Maxi—. A lo grande.

Ahora que Kate estaba delante de la puerta del palacio de Harper Duval, las mariposas de su estómago parecían más bien pterodáctilos. No conocía a nadie y estaba entrando en casa de un desconocido para pedirle un favor. Un gran favor.

Entonces recordó a Sam sentado solo en esa celda gris. Parecía tan esperanzado cuando ella se ofreció a llevar la panadería… Contaba con ella. Contaba con ellas.

Kate respiró hondo, cuadró los hombros, se irguió y esbozó una sonrisa. «Finge hasta que lo logres», decía uno de sus profesores de cocina. Pues bien, ella fingiría hasta lograrlo. Hasta que liberaran a Sam.

—Relájate, compañera, lo lograremos —dijo Maxi mientras pulsaba el timbre.

—Sí, lo lograremos —asintió Kate.

El hombre que abrió la puerta era unos diez centímetros más alto que Kate y probablemente le sacaba por lo menos veinte años. Tenía el pelo castaño claro ondulado, espeso y elegante, y vestía ropa informal pero cara. Llevaba una americana azul con pantalones de lino blanco y una camisa amarillo limón, abierta por el cuello, que resaltaba su bronceado.

—Maxi, bienvenida —dijo, dando un paso atrás—. Me alegro de que hayas venido. Y has traído a una amiga, ¡fantástico!

—Harp, te presento a Kate McGuire —dijo Maxi, entrando en el vestíbulo de dos pisos repleto de suelos de mármol, un espejo de filigrana dorada y una enorme araña de cristal—. Se acaba de mudar a Coral Cay desde Nueva York. Es pastelera. Kate, él es Harper Duval, nuestro anfitrión. También dirige In Vino Veritas, la mejor tienda de vinos de Coral Cay.

—De eso soy culpable. Y es la única tienda de vinos en Coral Cay, pero aceptaré el cumplido a pesar de eso. Y, por favor, llámame Harp.

—Venimos cargadas de galletas —añadió Kate tímidamente, mostrando los *tuppers*.

—Entonces, por favor, permítanme aliviarlas de su carga, señoras —dijo el hombre afablemente, levantando los recipientes de sus manos—. Llegan en el momento justo, acabamos de abrir el vino. Permítanme traerles una copa.

Cuando su anfitrión se volvió para guiarlas al interior de la casa, Maxi y Kate intercambiaron miradas. Maxi se encogió de hombros.

—Estamos en la bodega —dijo Harp por encima del hombro, con una voz grave que dejaba entrever un refinado acento sureño—, y espero que vengáis con apetito porque tenemos una gran variedad de comida. Maxi, he conseguido un pavo artesanal ahumado al nogal de Vermont que creo que te va a encantar. Y hay un delicioso asado de ternera *wagyu*, tan tierna que se puede cortar con cuchara. Y Annie Kim ha traído unas deliciosas tortitas de cebolleta.

Entraron en la cocina, que era enorme. Kate observó el espacio y se dio cuenta de que era tres veces más grande que la cocina de su apartamento de Manhattan. Harper Duval cogió una jarra de la encimera y sirvió tres copas.

—A ver qué os parece esto —dijo, entregándoles las copas con líquido rubí—. Un Zinfandel del valle de Napa muy agradable. Combina bien con carnes rojas, ahumados y, en mi humilde opinión, con casi todo. Si tal cosa fuera posible, lo tendría fluyendo de los grifos como el agua.

—Yo haría lo mismo, pero con café —dijo Kate con una sonrisa.

—Oh, qué bueno está —dijo Maxi después de probarlo—. Delicioso.

—Está buenísimo —dijo Kate, dando un sorbo y sintiendo cómo su calidez se extendía desde la boca hasta su interior—. Gracias.

—Es lo menos que puedo hacer. Además, ¿de qué sirven las cosas buenas sin amigos con los que compartirlas?

Harp bebió otro sorbo y sonrió satisfecho. Dejó la copa y cogió una gran bandeja redonda de teca de la encimera que tenía detrás. Abriendo cada uno de los recipientes de cristal, dispuso hábilmente las galletas, añadiendo capa sobre capa en espiral, hasta que el resultado se asemejó a una gigantesca flor de galleta.

—Huelen de maravilla —dijo, lanzando una mirada furtiva a Kate —. ¿Estoy en lo cierto al suponer que debemos agradecérselo a nuestra nueva repostera residente?

—Por supuesto —dijo Maxi—. Sus galletas son fantásticas. Está pasando unos días en casa y mis hijos ya están dispuestos a adoptarla.

Kate sintió que un rubor se extendía por sus mejillas. Esperaba que no se notara.

—No, he tenido ayuda para hacer estas. Queríamos hacer suficientes para que todo el mundo pudiera tomar unas cuantas —explicó.

—Eso es muy generoso. Y tenemos a todo el grupo esta noche. Lo pasarás bien. ¿Te gusta Agatha Christie?

—Me encanta, pero tengo que admitir que hace tiempo que no la leo.

—No te preocupes. Si te gustan la buena comida y un buen misterio, te irá bien. —Harp cogió su copa con una mano y equilibró la bandeja con la otra—. Bueno, señoras, ¿nos vamos a la cueva?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Si Kate no lo hubiera sabido, habría jurado que estaban en una bodega de verdad. A pocos pasos de la cocina, la bodega de los Duval hacía honor a su nombre. Las paredes eran de yeso y el suelo, de piedra. La habitación estaba hecha con ese toque de artesanía que requiere montones de dinero para conseguirlo. Y parecía una auténtica cueva. Kate calculaba que había al menos una docena de invitados, pero no parecía abarrotada en absoluto.

Estantes de madera cargados de botellas se alineaban en las paredes, algunas estaban empotradas, y, aunque la madera brillaba por su pulido y cuidado, muchas de las botellas tenían una ligera capa de polvo.

El aire era frío. ¿El climatizador que había mencionado Maxi? Y no había ni una sola ventana. Lo único que le faltaba para ser una verdadera bodega subterránea eran unas escaleras.

Incluso con el considerable tamaño de la habitación, Kate sintió el mismo cosquilleo de claustrofobia que siempre la había ensombrecido en el polvoriento sótano de Jeanine.

«Finge hasta que lo logres, finge hasta que lo logres», canturreó en silencio mientras bebía otro sorbo de vino.

—Kate, ella es Sunny Eisenberg —dijo Maxi—. Dirige el estudio de yoga que hay al lado de Main Street.

—Nos conocimos en la panadería —dijo Sunny, estrechando la mano de Kate amablemente—. Pero aún no has aceptado mi oferta

de una clase gratis.

—Ten cuidado —advirtió Maxi—. Si alguien puede engancharte al yoga, esa es Sunny. Yo voy un par de veces a la semana.

—Una de mis mejores alumnas —dijo Sunny con una sonrisa—. Horrible lo de la panadería. Dicen por ahí que han detenido a Sam. ¿En qué demonios están pensando? Ese hombre tiene lo mismo de asesino que yo.

—Nosotras pensamos lo mismo —dijo Maxi, asintiendo—. De hecho, hemos prometido ayudarle a mantener la panadería abierta hasta que se arregle este lío.

—¡Bien por vosotras, chicas! Avisadme cuando volváis a abrir; pasaré a por algunas cosas. No se lo digáis a nadie, pero creo que los panecillos de Sam son la verdadera razón por la que la gente va a mi clase de las seis de la mañana. Después pongo un poco de mermelada local y mantequilla. Los alumnos creen que no los oigo, pero lo llaman «estirar y untar». Y dejan limpios los platos.

—¿Los pasteleros hacen panecillos? —susurró Maxi mientras Sunny se alejaba del alcance del oído.

—Sí, aunque voy a tener que hacer unos cuantos lotes de práctica de mis panes. Aquí hay mucha más humedad.

—¿Eso importa? Creía que eso era, ¿cómo se dice?, un cuento de viejas.

—Importa más de lo que creerías, pero sé cómo adaptarme, solo necesito hacer unas cuantas pruebas.

—Mi cocina está a tu disposición. —Maxi soltó una risita—. Y me pido comerme cualquier intento que salga mal. Qué bien, Rosie y André están aquí. Te encantarán. Tienen una tienda de antigüedades. Hay un par en Coral Cay, pero la suya es la mejor: As Time Goes By. Algunas cosas son muy caras, pero también tienen gangas. Cosas bonitas que realmente puedes usar, nada de trastos viejos. Ah, y algunas joyas preciosas.

Kate miró al otro lado de la habitación y vio a una pareja muy atractiva. Ambos parecían rondar la treintena. Ella era alta y guapa, con la piel color moka, el pelo muy corto y, al menos a los ojos de

Kate, sin una pizca de maquillaje. Su marido era igual de alto, de piel aceitunada, corpulento, de pelo oscuro y con entradas. Cada uno con su copa en la mano, se inclinaron el uno hacia el otro, riendo. Una broma privada, un momento íntimo. Kate sonrió.

—¿Conocen a Sam?

—Aquí todo el mundo conoce a Sam. Pero sí, les cae bien, y les ha ayudado un par de veces. Conoces a Carl Ivers, ¿verdad? —dijo Maxi, mirando al expolicía que hablaba con Amos Tully y una escultural mujer afroamericana con un vestido amarillo de seda aguada.

—Sí, cambió las cerraduras de las puertas de Sam después del robo. ¿Es su mujer?

—Minette. Es un encanto y una gran cocinera. Si tienes suerte, te invitarán a cenar. Esta noche ha traído un plato de macarrones con queso que te hará llorar. Desmenuza beicon crujiente por encima y hay otro sabor que no puedo reconocer, lis lo más. El caso es que Carl puede ser clave para nuestra misión si conseguimos que se ponga de nuestro lado —añadió Maxi, dejando la idea en el aire.

—Por si sirve de algo, me pareció que no estaba muy contento con la investigación de Kyle sobre el allanamiento.

—¿Ves? Eso es una buena señal.

—Dudo en preguntar, pero ¿Kyle Hardy es parte del grupo?

—Nooo. Tenemos una estricta regla de «bobos no». Está escrita en los estatutos. Ahora en serio, no creo que ese chico lea mucho. Ben viene a veces, cuando puede, pero con todo lo que está pasando en la ciudad no creo que lo vayamos a ver durante un tiempo, y eso me tranquiliza.

—¿Por qué?

—Tampoco creo que esté contento con Kyle, pero es muy leal, y puede que sienta que tiene que apoyar al departamento esté de acuerdo o no.

—¿Quién es el hombre que habla con Harp?

—Es el doctor Patel, Rakesh Patel. Es el médico de cabecera de la ciudad. Sería de gran ayuda tenerlo de nuestro lado, también. Es

superlógico. ¿Cuál es la palabra que usó Peter? «Metódico». ¿Y ves a la mujer que está colocando los platos en la mesa del bufé? Es Annie Kim. Sus padres son los dueños de la farmacia, y ella se unió a ellos como farmacéutica hace un par de años. También es buenísima haciendo surf. Esa chica es capaz de bailar sobre las olas. Ha ganado un par de competiciones y es muy fan de Agatha Christie. De hecho, ella sugirió el libro de esta noche, el primero de la autora.

—Por eso me resultaba familiar. Lo leí, pero hace siglos.

Al otro lado de la sala, Harp sonrió y alzó su copa hacia ellas.

—Uuuh, le gustas a alguien —dijo Maxi en voz baja.

—Está casado y no es mi tipo en absoluto.

—No estoy diciendo que vaya a intentar nada —susurró Maxi—, pero en la cocina te miraba como si fueras una botella de vino tinto de esas que tanto le gustan.

—No, creo que solo estaba siendo un buen anfitrión —dijo Kate. Pero el nudo en el estómago le decía lo contrario.

Harp era guapo y, sin duda, tenía carisma, pero tan solo la idea llenaba a Kate de temor. A decir verdad, seguía queriendo a Evan. Lo había dejado, había puesto mil cuatrocientos kilómetros de por medio y no pensaba volver con él, pero seguía queriéndolo. Además, lo último que necesitaba era otro *playboy*.

—¿Quién es esa? —preguntó, inclinando la barbilla hacia la mesa del bufé, donde Annie charlaba con una mujer de complexión robusta y pelo corto.

—Es Barb Showalter, la dueña de la librería Coral Cay Books. Este club es idea suya. Aunque Harp es el anfitrión, ella es la líder, la presidenta. ¿Y esa joven pareja de ahí que está hablando con Gabe? Tienes que conocerlos. Tienen un *pub* muy popular, justo en Main Street, Oy&Begorra, uno de los mayores clientes de Sam.

Gabe vio a Kate y Maxi y los saludó con la mano. Kate sonrió y devolvió el gesto.

—¿Oy&Begorra? —preguntó Kate.

Maxi se dio cuenta de la expresión de desconcierto de su amiga.

—Bridget O'Hanlon y Andy Levy. Recién casados. Su restaurante

es estupendo. Es como un *pub* irlandés y una gran charcutería judía, todo en uno. Peter y yo comemos allí muy a menudo. Hacen una carne que se derrite en la boca y es asequible, no como la de los sitios turísticos. El café también es bueno, aunque no tanto como el mío, pero casi.

Kate respiró hondo, intentando liberar la tensión que sentía. ¿Y si no lo conseguían? ¿Qué le pasaría a Sam? Dio un pequeño sorbo de vino. Maxi le dio unas palmaditas en el brazo y sonrió.

—Todo va a salir bien. Son amigos. Solo vamos a compartir una buena comida y a charlar.

Kate asintió, repitiendo el mantra en su cabeza.

—Muy bien, señoras y señores —dijo Harp al grupo—, el bufé está oficialmente abierto. Sírvanse este delicioso banquete. —Levantó una jarra de vino medio vacía—. Y, como sin duda ya sabéis, aquí el bar nunca cierra.

Los invitados soltaron una carcajada y Maxi y Kate intercambiaron una mirada cómplice.

Mientras los miembros del club se arremolinaban en torno a la mesa del bufé, Kate dio un paso atrás y lo valoró desde el punto de vista de una profesional de la cocina. La selección era deslumbrante. Al menos cuatro tipos de carnes y un surtido igual de quesos importados compartían espacio con una abundante selección de mantequillas, mostazas, condimentos y encurtidos. Los invitados también habían llenado la mesa de manjares, como los famosos macarrones con queso de Minette Ivers, dos tipos diferentes de quiches y una enorme fuente de aromática lasaña. También había ensaladas de patata, ensaladas frías y guisos. Una mesa de bebidas se hundía bajo el peso de jarras de limonada, té helado, sangría y varias botellas de vino. Junto a ella, en el suelo, una nevera refrescaba un botín de cervezas de importación.

—Avergüenza a un monarca Tudor, ¿no? —dijo Gabe, dándole un plato de porcelana blanca. El mecánico vestía una camisa hawaiana azul cielo y unos chinos planchados. Llevaba unas gafas de sol reflectantes en la cabeza.

—Nunca he visto nada igual fuera de un restaurante o un hotel —admitió Kate.

—Harp no hace las cosas a medias y utiliza estos eventos para dar a conocer los productos de su tienda. De ese modo, también se promociona —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Te estás adaptando bien? Me he enterado de lo de Sam.

—Estoy bien, pero estoy preocupada por él y él está más preocupado por la panadería que por otra cosa. Maxi y yo le hemos prometido que la llevaremos por él temporalmente.

Gabe sonrió.

—Eso me encaja con el Sam que conozco y me alegro de que la mantengáis en marcha, pero —agregó rápidamente— vas a tener que trabajar duro para poder conseguir una masa madre como la suya. Ah, por cierto, Gwendolyn está muy bien. De hecho, está muy muy bien.

Kate tardó unos segundos en acordarse de que Gwendolyn era como él había apodado a su coche averiado.

—¿Has estado trabajando en él? ¿En ella? —No sabía si sentirse agradecida u horrorizada. Quería su coche. De hecho, lo necesitaba. Pero no tenía dinero, y su única perspectiva de un cheque de pago estaba en la cárcel local.

—Nada importante, solo he limpiado algunos de los sistemas y le he quitado un poco de suciedad. Lo he hecho en mi tiempo libre y sin facturas. No puedo llevar una panadería, pero puedo ayudar a alguien que está ayudando a un amigo.

—Un momento, ¿ya lo sabías?

Sonrió.

—Este es un pueblo muy pequeño. La cobertura de telefonía móvil puede que no sea muy buena, pero estamos conectados de otras maneras. Si puedo ayudar a Sam de alguna forma, solo tienes que decirlo. Ese tipo es como su masa madre: crujiente por fuera, suave y caliente por dentro, pero no le digas que he dicho eso.

Kate se relajó. Quizá todo saliera bien después de todo. Olió la comida y, por primera vez en todo el día, se sintió realmente

hambrienta. Recordó el sabio consejo de una amiga gastrónoma sobre los bufés: sáltate la cesta del pan y prueba una cucharada de cada cosa; después, vuelve a por más de lo que esté más rico.

Al observar la mesa, Kate sospechó que todo estaba muy bueno. Cuando alcanzó a Maxi, su amiga se había sentado junto a los Brand.

—Rosie, André, ella es Kate McGuire. Kate, Rosie y André Armand. Dirigen As Time Goes By. Kate es pastelera. Se ha mudado a Coral Cay y probablemente necesitará pasar a por algunas cosas.

—Oh, decorar un sitio nuevo siempre es divertido —dijo Rosie, sonriendo—. ¿De dónde te has mudado?

—De Nueva York —dijo Kate—. Manhattan.

André sonrió a su mujer.

—Hemos hecho unas compras estupendas en los cinco distritos —dijo con un ligero acento francés—. El año pasado incluso conseguimos entradas de última hora para *Hamilton*. ¿La has visto?

—Mi prometido y yo… Mi exprometido y yo fuimos la primavera pasada. Fue fantástico.

Kate recordó con una punzada de nostalgia que había sido una noche mágica. Más aún porque Evan y ella acababan de enamorarse.

—¿Estás decorando una casa o un apartamento? —preguntó Rosie, cortando un trozo de lasaña con el tenedor.

—Una habitación, en realidad.

—Se está quedando en la panadería hasta que encuentre un sitio —explicó Maxi—. Sam le alquila una habitación arriba.

—Nos enteramos del incidente con Stewart Lord —dijo André—. ¿Cómo está Sam?

—Tan bien como cabría esperar —dijo Maxi—. Está preocupado por The Cookie House. Nos ha pedido que la mantengamos abierta hasta que se solucione todo.

—Bien —dijo Rosie enfáticamente—. Sam no le haría daño a nadie bajo ningún concepto. Ni siquiera a Lord Stewart Lord.

—Ese hombre era una serpiente —dijo André; su suave acento

francés envolvió la última palabra—. Quería convertir esta ciudad en una especie de patio de recreo de vacaciones para los muy ricos y que los que vivimos y trabajamos aquí nos fuéramos, ¡Zas! No había lugar en sus planes para gente como nosotros.

Rosie dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo de su marido.

—Una de nuestras clientas trabajaba para él, Muriel Hopkins. ¿La llegaste a conocer?

Maxi negó con la cabeza.

—Digamos que contaba algunas historias —dijo Rosie—. Ese hombre era un ogro. La forma en que trataba a sus empleados… Era monstruoso. Ni siquiera era humano.

—¿Has hablado con ella últimamente? —preguntó Kate—. Tengo curiosidad por saber qué pasará ahora con sus grandes planes.

«Y quién heredará su fortuna», pensó.

André sacudió la cabeza con tristeza.

—Murió —dijo—. El mes pasado. Un ataque al corazón. No es que fuera muy mayor, pero tenía problemas de corazón.

—Fue estrés, puro y duro —añadió Rosie—. Ese hombre la mataba a trabajar. Esperaba que estuviera a su disposición las veinticuatro horas del día. Cualquier locura que quisiera, cuando quisiera. Y la mitad de las veces cambiaba de opinión en el último momento y exigía otra cosa. Creo que el *coullion* lo hizo a propósito.

—Eso es horrible —dijo Maxi.

—*¿Coullion?* —preguntó Kate al mismo tiempo.

André se rio a carcajadas y se le puso la cara colorada. Golpeó el hombro de su mujer con el suyo.

—Lo siento, se me ha escapado —dijo Rosie con una sonrisa avergonzada—. Jerga francesa. Digamos que si estuviéramos hablando de un toro, sería la parte que probablemente no te comerías. Lo siento, pero si quieren a alguien que llore en el funeral de ese hombre, van a tener que alquilar plañideras por horas.

Maxi, terminando un bocado de macarrones con queso, asintió.

—No creemos que Sam lo hiciera —dijo Kate—, pero Stewart

Lord tenía muchos enemigos. Esperábamos que tal vez los Irregulares de Coral Cay pudieran echarle un vistazo al asunto y averiguar qué pasó realmente.

—¿Resolver un misterio de verdad? —preguntó Rosie.

—¿Por qué no? —dijo Maxi—. Ha sucedido en nuestra ciudad y dicen que lo ha hecho uno de los nuestros. Es como los rompecabezas de los libros que leemos. Pasó en el obrador de una panadería cerrada, pero Sam era el único que estaba allí y sabemos que no fue él…

—¡Un misterio en una habitación cerrada! —exclamó André.

—Exacto —dijo Kate—. Entonces, ¿quién es el verdadero culpable y cómo lo hizo?

Rosie y André intercambiaron una mirada y ambos sonrieron al unísono.

—Cuenta con nosotros —dijo ella.

Kate hizo una rápida cuenta mental. Con Gabe y Sunny, eran cinco de los catorce Irregulares, además de ella. Aún les quedaba mucho para ganarse al grupo. Y Maxi tenía razón, el doctor Patel y Carl Ivers serían cruciales. Tener a Harp o a Barb de su lado tampoco les vendría mal.

—¿Cómo se llevan Sam y Barb? —preguntó Kate en voz baja mientras Rosie y André se dirigían a la cola del bufé a por los segundos.

—Como el perro y el gato —dijo Maxi—. Nunca están de acuerdo en nada, excepto en lo de Stewart Lord. Y Cookie. Barb y Cookie eran amigas. La verdad es que Cookie no se llevaba mal con nadie.

—¿Qué hacía Cookie antes de llegar aquí?

—Era maestra de escuela primaria, y era genial con los niños. Incluso mis hijos se portaban bien con ella. Igual que contigo.

Kate sonrió.

—Pronto se hartarán de mí o de dormir en el salón. ¿Crees que Barb apoyará a Sam?

Maxi sonrió.

—Ha ido a visitarlo esta mañana. Le ha llevado una bolsa de

libros y revistas para que se entretenga.

—Me sorprende que los haya aceptado —dijo Kate.

—Le ha dicho que eran excedentes y que, o los tiraba, o tendría que pagar para devolverlos. Al menos, esa es la historia que he oído.

—Parece que está de su lado.

—Barb es práctica —dijo Maxi—. Tanto si cree que Sam es inocente como si no, está contenta de que Lord ya no esté.

—¿Quién no lo está? —dijo Kate en voz baja—. La lista de sospechosos aumenta por momentos. Me encantaría saber qué pasará con los planes de Lord para el centro ahora que no está. ¿Supongo que no has oído nada al respecto por el pueblo?

—Todo tipo de especulaciones. No hay noticias reales. Todavía no.

A su pesar, Kate y Maxi volvieron a la cola del bufé. Kate cortó unas lonchas del pavo ahumado de Harp y las dejó caer sobre una de las tartaletas de cebolleta. Siguió con una buena porción de quiche de cebolla caramelizada, mientras Maxi se zambullía en la lasaña.

—Nuez moscada —le susurró Kate a su amiga mientras se repartían lo poco que quedaba de los macarrones con queso de Minette.

—¿Qué? —preguntó Maxi, desconcertada.

—El sutil sabor que no sabías identificar. Minette utiliza una pizca de nuez moscada. Resalta el dulzor del queso.

Maxi probó un bocado de su propio plato y suspiró feliz.

—Mmmm, eso es. ¡Qué bueno! Mira, al menos hemos resuelto un misterio.

Mientras se acababan el almuerzo, Kate se dio cuenta de que Maxi tenía razón: aunque las comidas del hotel habían sido de primera, nunca había comido mejor en su vida que en los dos últimos días. Entre la casa de su amiga y la comida del club de lectura, Coral Cay, el auténtico Coral Cay, era un paraíso gastronómico.

Menos mal que no tenía coche. Caminando un poco más quemaría calorías.

Cuando Barb Showalter pasó al frente de la sala, Maxi y Kate intercambiaron un gesto de asentimiento.

—Bien, gente, ahora que hemos limpiado nuestros platos y diezmado la colección de vinos del pobre Harp, es hora de hablar de la verdadera razón por la que estamos todos aquí: uno de los clásicos de la mismísima reina del crimen.

La florista levantó la mano.

—Maxi, ¿algo que añadir? Tienes la palabra.

Se levantó.

—Sí, pero no se trata del libro. Todos vivís aquí, así que todos habéis oído las noticias. Sam Hepplewhite es amigo nuestro. Es un hombre amable y decente, no un asesino. Él y Cookie nos han ayudado a muchos de nosotros a lo largo de los años con dinero, con tiempo, con consejos… Sam es una parte importante de Coral Cay, y una parte importante de nuestra comunidad del centro, también. Así que, en lugar de hablar de un asesinato misterioso en un libro, propongo que hablemos del verdadero asesinato misterioso que ha ocurrido aquí mismo, en nuestra propia ciudad.

Barb enarcó las cejas y recorrió la sala con la mirada. Algunos miembros parecían igualmente desconcertados, otros asintieron a Maxi.

—Vale, hagámoslo bien —dijo la líder del club—. ¿Qué tal si lo sometemos a votación? Los que estén a favor de dedicar parte de esta reunión al asesinato de Stewart Lord que levanten la mano.

Kate miró a su alrededor con avidez. Todas las manos de la sala se alzaron, excepto una: Carl Ivers. Minette le dio un codazo en las costillas y él levantó la mano tímidamente.

—Muy bien, es unánime —concluyó Barb—. Tenemos un lema. ¿Quién quiere intervenir primero?

Carl extendió completamente el brazo. Barb asintió.

—Mirad, amigos, el crimen, el crimen de verdad, es un tema muy complejo. He sido policía y detective la mayor parte de mi vida

laboral. No es lo que se lee en los libros o se ve en la televisión. Las pistas no siempre coinciden. No tenemos la ciencia forense de Dick Tracy, y los asesinos no siempre son monstruos, a veces son gente normal que se pasa de la raya.

—¿Quién es Dick Tracy? —Oyó Kate que Bridget le preguntaba a Andy. Él se encogió de hombros.

—Lo que digo —concluyó el policía retirado— es que esta es una de las ocasiones en las que conviene dejar el trabajo a los profesionales cualificados. No es como pintar el salón o cambiar el grifo del baño. Creedme, cuando se trata de trabajo policial, es mejor no hacer chapuzas.

—¿Y si los profesionales han detenido al hombre equivocado? —desafió Sunny.

Minette asintió, mirando a su marido. Hubo un murmullo general de acuerdo.

—Para eso están los tribunales —dijo Carl desde su asiento—. Escucharán todos los hechos. Si Sam es inocente, saldrá libre. Maxi, estás casada con un ayudante del fiscal. Sabes que es verdad.

—Pero a veces se cometen errores —replicó Maxi—. Y a veces la gente, la gente real, tiene que pagar por algo que no ha hecho. No estoy diciendo que todo el mundo deba coger una lupa y arrastrarse entre los arbustos. Solo digo que, en esta sala, tenemos los ojos y los oídos de Coral Cay. Como esas cámaras de seguridad que tienen por todo Londres, solo que con gente. Podemos compartir lo que sabemos, y si descubrimos algo, se lo comunicamos a Ben.

Carl asintió.

—Vale, si lo planteas así, podría ser útil. Pero recuerda: somos testigos, no detectives. —Dijo esto último con suavidad a Minette, que lo miró con el ceño fruncido y luego volvió la cabeza.

—Espera, tengo algo que podría ayudar —dijo Harp, saliendo de la bodega y dejando la puerta abierta tras de sí. Volvió cargando con una gran pizarra plegable—. La compré para la tienda, pero puede ser útil para esto. Podemos anotar lo que se nos vaya ocurriendo.

—Bien pensado —dijo el doctor Patel, asintiendo.

—Tengo una pregunta —dijo Barb bruscamente—. Todo el inundo dice que Sam estaba solo en la panadería cuando hizo los rollos, pero no lo estaba. Tú estabas allí —dijo señalando a Kate—. ¿Cómo sabemos que no fuiste tú?

—Barb… —dijo Harp.

—No, tiene razón —dijo Kate, poniéndose en pie—, y es una pregunta justa. En primer lugar, Sam me contrató únicamente como ayudante de mostrador. Aunque soy pastelera, no me dejaba cocinar; no era lo que necesitaba. En segundo lugar, comprobó mis referencias y mis credenciales a fondo. Quiero decir que llamó a casi todos los sitios en los que he trabajado en los últimos ocho años, además de a varios de mis instructores del Instituto Culinario. Ni siquiera se interesó por mis habilidades de pastelería o por mi título. Quería verificar que soy honrada y digna de confianza, y lo hizo. Por último, y tal vez lo más importante, estuvo solo en el obrador horneando toda esa mañana. Yo estaba trabajando en el mostrador. Cuando Stewart Lord entró en la tienda, Sam salió con los rollos ya terminados y me pidió que me marchara. Así pues, tienes la palabra de Sam, y la mía, de que nunca estuve sola con esos rollos de canela.

—Y todo eso está en el informe policial —añadió Carl, asintiendo.

—Lo que no dice el informe policial es que me mudé aquí desde Manhattan hace una semana. Sam me dio un trabajo temporal y me dejó vivir arriba hasta que encontrara un piso de alquiler y un trabajo permanente en alguno de los resorts. Esa mañana fue la primera y única vez que vi a Stewart Lord. Nunca había oído hablar de él, pero sé que Sam es un buen tipo y que él no lo hizo. Sencillamente no sé quién lo hizo, y Sam tampoco lo sabe; está tan desconcertado con todo esto como el resto de nosotros.

Cuando Kate terminó, se le doblaron las rodillas y se dejó caer en la silla. Maxi sonrió alentadoramente. Barb asintió, aparentemente satisfecha, y Harp esbozó una pequeña sonrisa.

—Bien, ¿qué sabemos? —preguntó él con la tiza preparada.

—Lord trataba muy mal a sus empleados —dijo André—.

Conocíamos a su ayudante y a veces hablábamos. Algunas de las historias que contaba… —Sacudió la cabeza.

—Vale, Lord era un mal jefe —dijo Harp, escribiendo pulcramente «Empleados» y «Mal jefe» entre paréntesis en la pizarra—. Eso significa que sus trabajadores podrían tener un motivo. ¿Su asistente ha hablado con la policía?

—Muriel Hopkins murió el mes pasado —dijo Rosie—. Llevaba años enferma. Afección cardíaca.

Harp asintió.

—Pero la verdad es que Stewart Lord la mató a trabajo —dijo Rosie—. La machacó hasta matarla.

—¿Qué hay de todos los propietarios de casas y tiendas que compró a bajo precio después de cada tormenta? —preguntó Amos Tully—. Se rumoreaba que hacía tratos con algunas compañías de seguros para alargar el proceso de reclamación. La gente no tenía elección si quería sobrevivir. Tenían que aceptar las ofertas a la baja de Lord. Conseguía terrenos baratos. Las compañías de seguros llegaron a librarse de los pagos. Todos ganaban, menos los dueños de las propiedades.

—Vale, añadimos «Antiguos propietarios» en la lista —dijo Harp —, pero, dada la escala de los negocios de este hombre, vamos a necesitar una pizarra mucho más grande.

—Abreviémoslo por ahora —dijo Barb—. Dejemos que la policía lo investigue.

—Me parece bien.

—Si eso es realmente cierto, cualquiera de las personas de los seguros que estuviera en el acuerdo podría tener un móvil, también —dijo Andy—. Especialmente si un reportero o un regulador sospechaba lo que estaba pasando.

—Lord sería un cabo suelto —coincidió su novia.

Harp escribió «Agentes de seguros» con dos signos de interrogación.

—Dado que Lord era un exitoso hombre de negocios, un móvil económico tendría sentido —dijo el doctor Patel—. ¿Sam ganaba

algo con su muerte?

—No ganaba nada —dijo Gabe—. Lord había hecho un par de ofertas bajas por la tienda de Sam, y, aunque creo que Sam se planteaba seriamente vender la panadería, se mantuvo firme en que nunca se la vendería a Lord. Ni siquiera quería entregar el lugar a alguien que pudiera vendérsela luego a Lord. Y, desde un punto de vista práctico, Sam habría conseguido mucho más dinero de casi cualquier otra persona.

A la derecha de la pizarra, Harp escribió «SAM NO VENDIENDO A SL» y debajo, «SAM NO $».

Kate recordó haber escuchado a Sam y a Lord desde el obrador: las provocaciones, las amenazas, pero de ninguna manera pensaba compartir eso.

—Sí —añadió Maxi—. Sam también me advirtió sobre Lord. Temía que el tipo tratara de comprar Flowers Maximus por mucho menos de lo que vale, como si lo fuera a vender…

—¿Quién hereda el dinero y los negocios de Lord ahora que… ya no está? —preguntó Minette.

Carl Ivers cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—No estaba casado —dijo Rosie—. Lo supimos por Muriel. Y sus padres fallecieron.

—En los libros de Christie siempre hay un pariente desaparecido —dijo Annie—. Y sí, ya sé que esto es la vida real, pero Lord podría tener un hermano o un primo del que no sabemos nada. Estaría bien saber más sobre su familia y si tiene testamento.

—¡Ya te digo! —exclamó Andy—. Un par de rollos de canela malos y alguien se va a hacer asquerosamente rico.

—Y seguro que esa mofeta no dejará ni un céntimo a la caridad —dijo Tully.

—Así que ponemos «Familia» con un signo de interrogación —dijo Harp— y escribo «Testamento» en mayúsculas. Me gustaría echarle un vistazo yo mismo.

—A mí también —dijo el doctor Patel, inclinando ligeramente la cabeza—. «Sigue el dinero», como dicen los periodistas.

—Tenemos que saber más acerca de las mujeres de su vida —dijo Sunny—. Al fin y al cabo, el veneno es a menudo el arma de una mujer.

—O de un cobarde —dijo Kate—. Otra razón por la que no fue Sam. No es un cobarde.

—Y nunca habría usado la panadería de Cookie para matar a alguien —añadió Maxi—. La quería demasiado.

—Ese es un buen argumento —concedió Barb.

—A menos que estuviera furioso y lo hiciera por impulso —dijo Tully.

—La policía no ha revelado el nombre del veneno que se utilizó, pero, a juzgar por los efectos, no era un producto químico doméstico corriente —argumentó Annie—. Lo más probable es que fuera algún tipo de droga, y no una común. No es algo que se tenga a mano normalmente. Ese tipo de asesinato requiere planificación.

—Otra razón por la que las mujeres prefieren el veneno —concluyó Sunny.

Harp añadió «Veneno = planificación» a la lista de la derecha.

—¿Has dicho que su asistente murió el mes pasado? —preguntó Bridget.

Rosie y André asintieron.

—¿La sustituyó?

—No me he enterado de nada —dijo André—. Conocíamos a Muriel porque venía a nuestra tienda. Le encantaban las antigüedades y estaba encantada con Coral Cay. Hablaba de comprarse una casita e instalarse aquí cuando se jubilara.

—Un nuevo asistente tendría acceso a él —dijo Bridget—. Y a su comida. Quizá no quería acabar como su predecesora, y por eso escribió un nuevo guion.

Sunny sonrió, aplaudiendo con sus manos bien cuidadas.

—Mujeres al poder.

Harp escribió «Nueva ayudante» con un signo de interrogación.

—No había nadie con él esa mañana —dijo Tully—. Lo vi en la limusina en la que siempre se paseaba, pero llevaba chófer. ¿Entró el

chófer en la panadería?

Kate negó con la cabeza.

—No, esperó fuera. Lord se comió uno de los rollos delante de Sam y se llevó el resto, así que el chófer pudo haberlos cogido más tarde.

Harp escribió «Chófer» en la pizarra.

—¿Tenía Muriel algún pariente? —preguntó Gabe—. ¿Alguien que pudiera estar enfadado por su muerte y quizá quería vengarse?

—¿Venganza familiar? —preguntó Kate.

—Un móvil antiguo y consagrado —replicó Gabe—. Como en la *Ilíada*.

—No creo que Muriel tuviera mucha familia —dijo Rosie.

—Tenía un gato —intervino André.

—Y un trabajo que le ocupaba setenta horas a la semana —añadió Rosie—. Por eso era una ocasión tan especial cuando tenía unas horas para pasar por la tienda.

—Puede que Sam tuviera la oportunidad, pero no parece que tuviera un motivo —dijo Harp, estudiando la pizarra.

—Dependiendo del veneno, puede que tampoco tuviera los medios —dijo Annie—. Me encantaría ver el informe forense. —Miró a Carl—. ¿Es posible?

Él se encogió de hombros.

—Eso depende de Ben o de Kyle y de la fiscalía.

Kate miró a Maxi, que asintió ligeramente.

—Mmm, no es exactamente el tipo de caso del que se oiga hablar mucho —intervino Minette.

—¿Lo sometemos a votación? —preguntó Harp a Barb—. Para ver a qué atenernos.

Ella asintió con decisión.

—Bien, basándonos solo en lo que sabemos hasta ahora —dijo a la sala—, ¿quién cree que Sam es inocente?

Catorce brazos se levantaron.

—¿Quién cree que el caso necesita más pruebas, en un sentido o en otro?

Carl Ivers levantó una mano solitaria.

—¿Y quién está convencido de que Sam Hepplewhite mató a Stewart Lord?

Todos miraron alrededor de la sala. El rostro de Kate se relajó en una sonrisa. Maxi dio un saltito de alegría en su silla. Ni una sola mano.

CAPÍTULO DIECISIETE

A última hora de la tarde, en la cárcel, Sam parecía animado por la noticia de que sus amigos y vecinos estaban convencidos de su inocencia, y por las sobras del bufé.

—Esta lasaña está muy buena —dijo, paladeándola como si no hubiera visto comida en una semana—. ¿Quién la ha hecho?

—Andy y Bridget —dijo Maxi.

—Me lo imaginaba. Esos dos saben moverse en la cocina. Las tortitas de cebolleta son bastante sabrosas, también. Especialmente con esta carne asada. No como la carne que ponen aquí. La hamburguesa de hoy era una suela de zapato, dura y seca. Dales las gracias a todos. Todavía no sé qué va a pasar, pero gracias de todos modos.

—Lo que va a pasar es que estamos comparando puntos de vista y viendo el asesinato de Stewart Lord desde diferentes perspectivas, y todo esto es cosa de Maxi —dijo Kate—. A la policía se le está escapando algo, pero ahora tienes a todo un equipo de gente de tu lado que quiere averiguar qué pasó realmente y sacarte de aquí.

—Y un viejo pajarito me ha dicho que la unidad de investigación dejará libre la panadería mañana —dijo Maxi—. Así podremos darle un buen fregado y reabrirla en los próximos días.

Sam dejó de masticar. Miró a Maxi y luego a Kate. Luego miró al suelo. Por un momento se quedó completamente inmóvil y finalmente se secó la cara con la manga del mono azul marino.

—Salsa de tomate —murmuró.

—Espero que hayas dejado sitio para el postre —dijo Kate con naturalidad—, porque Minette te ha preparado una tarta de boniato y un pudín de plátano con obleas de vainilla desmenuzadas por encima.

—Sí —añadió Maxi—. Y se dice que Carl está en pie de guerra porque a él no le ha hecho nada.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Kate se dio la vuelta y miró el reloj del Halcón Milenario que había en la mesilla de noche: las 4:45 h.

No podía evitarlo. Estaba demasiado nerviosa para dormir. Inquieta, pero también emocionada. Y Sam contaba con ella.

Por la mañana verían por primera vez la panadería desde que Kyle ordenó cerrarla. Así revisaría qué se podía salvar, si es que quedaba algo, y qué tendría que ser reemplazado. Estaba claro que habría que tirar todos los ingredientes. No podían arriesgarse a usar nada. Pero ¿y las ollas, sartenes, herramientas y batidoras? ¿Y sus propias pertenencias? Kate sintió un nudo en el estómago. Ya se había deshecho de la mayor parte de sus cosas para mudarse allí. Entonces, ¿qué debía de quedarle exactamente?

Un bulto cálido y peludo se movió a los pies de la cama y bostezó. Oliver. La miró con sus brillantes ojos de ónice.

—Quieres salir, ¿verdad? —le dijo, acariciándole la suave cabeza —. De acuerdo, pero debemos tener cuidado de no despertar a Michael y Javier o al resto de la casa. Mucho silencio. ¿Lo prometes? —Oliver emitió un peculiar sonido—. Tomaré eso como un sí — susurró ella, acariciándole la oreja.

Rápidamente se puso el albornoz nuevo de rizo azul celeste que Maxi le había dejado. Hacía juego con la camiseta azul y el pijama de rayas pastel que lo acompañaban, aunque el pantalón de pijama le quedaba tipo pirata. Cogió la correa amarillo fluorescente y se la

colgó al cuello.

—Venga, pequeño, vamos a darte un pequeño paseo. Si usamos la puerta de la cocina, nadie sabrá que nos hemos levantado.

Kate abrió sigilosamente la puerta del dormitorio y olió a café. No podía ser. ¿O sí? Miró a Oliver.

—Recuerda —susurró—: ¡sssshhhhh!

El perro se abalanzó en dirección a la puerta, tirando de ella. Cuando llegaron a la cocina, Maxi estaba sentada leyendo el periódico.

—Buenos días, dormilona —dijo con una sonrisa—. ¿O debería decir dormilones?

—No podía dormir y Oliver necesitaba salir —dijo Kate—. No me puedo creer que estés levantada. ¿Tú también estás nerviosa?

—No, siempre me levanto a esta hora —dijo Maxi—, pero no se lo digas a nadie. Es mi preciado y oscuro secreto.

—¿Levantarte antes de que amanezca es tu preciado y oscuro secreto? —preguntó Kate.

—Uno de ellos —dijo guiñando un ojo—. ¿Te apetece un café cubano?

Kate asintió.

—Voy a sacar a este bicho y luego me tomo una taza contigo. Tú sigue leyendo el periódico.

—El jardín está vallado, ¿verdad, Oliver? Tú solo abre la puerta trasera, que él ya sabe exactamente qué hacer.

—¿Y si… riega uno de tus arbustos? Ya sabes…

—Confío en él. Además, en algún sitio tiene que hacerlo, ¿verdad, campeón?

Kate tuvo que admitir que Oliver parecía estar de acuerdo con ella. Se agachó y le soltó la correa con cuidado.

—Deja la puerta abierta. Cuando termine, volverá. Te garantizo que no se irá antes de desayunar. —Maxi se agachó, acarició la mullida cabeza de Oliver y le rascó una oreja—. Este pequeñín es un tragón, ¿verdad, precioso?

Oliver siguió los pasos de Maxi hasta la puerta. En cuanto se

abrió, salió corriendo.

—Ahora es el momento de una segunda taza para mí y una primera para ti —dijo sirviendo porciones medidas del líquido caliente y viscoso, y poniendo la crema de coco delante de Kate.

—¿Te parece bien que hornee algo? —preguntó Kate mientras echaba varias cucharadas de crema en el café.

—¡Ah, si! Mi cocina es tu cocina.

—No sé cómo agradecértelo. Hornear me tranquiliza y me ayuda a pensar, y, con todo el asunto de la panadería hoy, me vendrá muy bien.

Maxi se rio.

—Puedes agradecérmelo entrando en mi cocina a las cinco de la mañana y horneando cuando quieras. No puedo creer que tenga mi propio elfo de cocina. Cuidado, Harry Potter. Bueno, mi madre cocina, pero no a estas horas. ¿Qué vas a preparar?

Kate dio un largo trago a su taza de café y sintió cómo la cafeína galopaba en su torrente sanguíneo.

—Tengo antojo de pan de mono. Es muy fácil y va muy bien con el café.

—Oh, eso suena perfecto.

—Lo mejor de todo es que a los niños les suele encantar. En parte por el nombre, pero sobre todo porque es pringoso y está bueno.

—Si es comida, a mis chiquitos les encantará —dijo Maxi—. No hay ni un quisquilloso entre ellos.

Mientras Maxi leía el periódico, Kate pasó los siguientes minutos reuniendo ingredientes. Justo cuando lo tenía todo colocado en la encimera, Oliver entró en la cocina brincando, dio tres vueltas junto al taburete de Maxi y se acomodó en el suelo a sus pies.

Al sacar el vaso medidor del lavavajillas, Kate recordó algo que había leído una vez sobre cómo medir la calidad de una amistad, no solo por las conversaciones sinceras, sino también por los silencios cómodos. Tal vez por eso parecía que Maxi y ella se conocían desde hacía años, y no solo desde hacía unos días.

Con las ventanas abiertas, Kate percibió el aroma del jazmín y del agua salada en el aire fresco de la mañana mientras mezclaba harina, sal y azúcar. Por alguna razón, aquellas flores blancas le recordaban a las bodas, lo que, naturalmente, la llevaba de vuelta a Evan. Los buenos tiempos. Sus arrebatadores ojos azules. Sus hoyuelos. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Todavía le importaba? ¿Alguna vez la había amado de verdad?

Tiró la masa sobre la encimera enharinada con un golpe seco. Maxi levantó la vista y sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Evan. ¿Cómo lo has sabido?

—He golpeado unas cuantas bolas de masa. Antes de Peter y después.

Oliver se dio la vuelta, se estiró, bostezó y cerró los ojos.

—Me enfadé cuando me llamaba todo el rato para disculparse —explicó Kate—. Luego me enfadé aún más cuando me fui de Nueva York y dejó de llamar.

—Bueno, normal.

—Lo sé. No tiene sentido. Estoy siendo totalmente irracional.

—Estás de duelo —dijo Maxi—. No tienes que ser racional. No lo echas de menos a él. Extrañas al hombre que creías que era, y el enfado es bueno. Aférrate al enfado durante un tiempo. Eso hace que evitemos cometer el mismo error dos veces. O volver con el cabeza hueca de turno.

Kate sonrió a su pesar.

—Tienes razón. En ambas cosas. Así que prepárate para una furiosa hornada de pan de mono —dijo, cogiendo una bolsa de nueces sin cáscara y un rodillo.

Veinte minutos después, Kate metió el molde en el horno y cerró la puerta.

—He estado pensando. Si vamos a reabrir la panadería de Sam y mantenerla en marcha, necesitaremos hacer algo de *marketing*. Quiero decir que no solo Sam no va a estar allí horneando sus panes de autor, sino que algunos de los turistas podrían realmente creer

que los rollos de The Cookie House envenenaron a alguien.

—Mmm, sí —dijo Maxi, escurriendo su pequeña taza—. La mitad de los clientes de Sam vienen solo para comprar su masa madre. Deliciosa. ¿Podrías hacerla?

—La he hecho alguna vez, pero no es mi especialidad. Y mi pan no sabrá como el de Sam, aunque siga su receta a la perfección. Con el pan de masa madre el secreto es el cultivo. Es lo que fermenta el pan y una parte importante del sabor y la textura. El panadero guarda un poco cada vez que hace una hornada, dejándolo crecer para la siguiente. Algunas panaderías llevan décadas utilizando la misma línea de fermentos o incluso siglos. Pero, después de lo que ha pasado en la panadería, vamos a tener que destruir la masa madre de Sam, si la policía no lo ha hecho ya.

—¿Hay alguna manera de que podamos conseguir más?

—Bueno, podría averiguar dónde consiguió su cultivo la primera vez y, si están de acuerdo, podríamos comprarlo. Pero, aun así, no sería exactamente igual. La masa madre cambia con el tiempo. Se adapta al medioambiente, y todos los panaderos buenos tienen sus secretos, cosas que hacen para cultivarla, cambiarla y mejorarla.

—Igual que con las plantas. ¿Como si cogiéramos un esqueje del árbol madre?

—Exactamente. Pero dependiendo de cuánto tiempo la haya cultivado Sam y de lo que le haya hecho a lo largo de los años su planta podría ser muy diferente de la original.

—Aun así, parece una muy buena idea y, casi, nuestra única idea.

—La masa madre ayudará. Pero mi fuerte son los dulces y la repostería. Y tenemos una tienda llamada The Cookie House. Llámame loca, pero creo que deberíamos vender galletas. Que sea por lo que se nos conozca, nuestra tarjeta de visita.

—A Sam no le va a gustar eso —dijo Maxi, enarcando las cejas.

—Cuando Sam vuelva, tenemos que entregarle las llaves de un negocio próspero, pero si no hacemos algo drástico ahora, el negocio va a quebrar. Yo no soy Sam, no tengo sus habilidades con el pan, pero tengo mis propios talentos y creo que podemos hacer

que esto funcione.

Maxi asintió lentamente.

—Los turistas siempre se sorprenden cuando no pueden comprar galletas en The Cookie House. Los lugareños ya lo sabemos, ni siquiera preguntamos. Ojalá hubieras conocido el lugar cuando vivía Cookie. Había colas en el porche y en la acera, especialmente durante la temporada turística. Y la casa estaba tan diferente. El exterior era bonito y estaba limpio. La casa estaba pintada de un rosa muy pálido con ribetes blancos y muchas flores en el jardín. Era preciosa.

—¿Y si hiciéramos eso?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maxi, sirviendo otra taza.

—Devolver The Cookie House a lo que era cuando iba todo el mundo. Un poco de pintura, un poco de lavado a presión, un poco de trabajo de jardinería en el exterior. En la parte interior, una nueva y mejorada The Cookie House que realmente venda galletas, junto con los panes de Sam. Todo tipo de galletas. Tal vez algunos pasteles y pastas, también. Quiero decir, claro, que la gente va a la panadería a por pan, pero mejor si se pueden llevar también algo de postre para la cena o galletas para sus hijos. ¿Y los turistas que vienen a The Cookie House buscando galletas? Démosles lo que quieren.

Maxi ladeó la cabeza.

—Podríamos aprovechar este tiempo para ayudar a Sam dándole un lavado de cara a la pastelería.

—Por dentro y por fuera —añadió Kate.

—¿Y si luego quiere volver a cambiarla?

—Es su negocio, puede hacer lo que quiera. Pero, una vez que vea lo que The Cookie House puede volver a ser, puede que le guste. Puedo hacer la limpieza yo misma.

—Yo me encargo del paisajismo —añadió Maxi—. Un poco de césped, algunas flores…

—Y después de reabrir podemos pedir presupuestos para pintar el exterior. Tal vez con un plan de pago adecuado y el dinero extra

de la venta de postres podríamos hacerlo.

—Mi cabeza dice que es una muy buena idea —dijo Maxi lentamente—. Y mi corazón, que deberíamos hacerlo sin decírselo a Sam.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Después de una mañana fregando todas las superficies de la panadería, Kate se desplomó en el sofá de la floristería con una taza de café cubano. Maxi estaba preparando tres arreglos florales al mismo tiempo, pero, gracias a sus ágiles manos, era como si lo hiciera sin ningún esfuerzo.

Ajeno a todo, Oliver se entretenía con un juguete de goma rojo brillante que se había dejado en su última visita, el Kong. Su nuevo juego favorito: dejar caer el juguete de goma en forma de cono y verlo rebotar sobre el suelo de madera. Cuando por fin aterrizaba, corría hacia él, se lo llevaba a la boca y volvía a lanzarlo.

—Me gustaría hacer correr la voz de que The Cookie House va a empezar a vender galletas —dijo Kate, sintiendo que el café y el azúcar le levantaban el ánimo—. Estaba pensando en dejar muestras de galletas en algunos de los negocios de la ciudad. Llegar a un puñado de potenciales clientes cada día. Darles a cada uno una docena o así y ver si podemos generar algo de demanda. ¿Tal vez incluso dejar algunas tarjetas de visita? El problema es que no será barato y tendría que hornear en tu cocina. Al menos, por ahora.

—Ay, qué noticia tan horrible. Todos esos buenos olores saliendo de mi cocina, ¿qué pensarán los vecinos? En serio, es una idea excelente, y puedo ayudar a hornear por las tardes. Y con algo de dinero para los ingredientes. Pero a este ritmo voy a necesitar muchas más clases de yoga de Sunny.

—Hablando de Sunny, ¿qué tal si empiezo a hornear algunos panecillos para ella, solo para la clase de la mañana temprano?

—Podríamos dejarlos junto con las galletas. Sunny habla con todo el mundo. Ella sí que haría correr la voz.

Kate respiró hondo y sonrió.

—Estoy muy contenta de volver a hornear. No sé si Gabe te lo ha contado, pero me dirigía a una entrevista de trabajo en Fish-a-Palooza antes de que se me estropeara el coche.

—¡Puaj! —dijo Maxi, cortando con decisión el tallo de una rosa—. Un desperdicio total de tus talentos. Pescado congelado. Y, según dicen, hacen lo mismo con los postres. Es lo mismo que venden en el pasillo de ultracongelados del supermercado.

—Con toda la buena comida que hay por aquí, ¿cómo es que se mantienen a flote?

—Es lo que llamamos una trampa para turistas. Montones de anuncios dirigidos a los visitantes. Y también se ponen de acuerdo con los resorts y hoteles. Tienen un ambiente divertido, como de fiesta, muchas bebidas tropicales… Y el entorno es precioso. En primera línea, al lado del mar… Pero se gastan el dinero en alquiler y alcohol, no en comida. Para cuando pagas la cuenta y piensas en lo que has comido, ya te has ido, y no creo que les importe si alguna vez vuelves.

—Sí, también tenemos algunos restaurantes así en Nueva York. Por suerte, la mayoría no duran mucho. Los neoyorquinos no dudamos en decirles a los de fuera lo que pensamos de esos sitios pregunten o no. Y, una vez que se corre la voz entre los taxistas, se acabó el juego.

—¿Echas de menos la ciudad?

—Curiosamente, no —dijo Kate, sacudiendo la cabeza—. Siempre pensé que el ritmo era estimulante, enérgico, pero en los últimos tiempos estaba agotada. El otoño y el invierno eran tan fríos y grises, la primavera también… La vida cultural es maravillosa, arte, comida y música… Y para un chef los mercados, los barrios y las *food trucks* son una maravilla. Pero trabajaba dieciséis horas al día.

Cuando empecé a salir con Evan me convenció para hacer novillos de vez en cuando. Coger algún día libre aquí y allá. Ir a espectáculos, salir de noche y comer en algunos restaurantes maravillosos. Sabía muy bien cómo divertirse y cómo hacer que los demás se divirtieran. Empecé a plantearme seriamente qué quería hacer más adelante. Si podría hacer cualquier cosa que quisiera, si podría ir a cualquier parte… Entonces supe que no quería quedarme en Nueva York.

—Entonces, ¿la parte de «si podría hacer cualquier cosa que quisiera» implicaba dirigir una panadería que no hiciera galletas?

—Un restaurante. Uno sin pretensiones.

—¿En París o Roma?

—Aquí, en realidad.

—¿De verdad?

Kate asintió enérgicamente.

—Llevaba años oyendo hablar de Coral Cay a amigos gastrónomos, a otros chefs… Había leído cosas aquí y allá. Por eso quería venir aquí, al menos durante una parte de nuestra luna de miel. Esperaba que Evan se enamorara del lugar y dijera: «Quedémonos aquí». Compraríamos un pequeño café y lo llevaríamos juntos. Y pasaríamos todo nuestro tiempo libre en la playa. Estupendo, ¿verdad?

—Vale, así que, en vez de un guapo ricachón, tienes a un viejo panadero cascarrabias acusado de asesinato. Aparte de eso, lo demás es igual.

—Es estúpido porque era mi sueño y estaba esperando que él lo propusiera. ¿No es patético? Y él no habría querido trabajar en un restaurante. Ni en ningún sitio.

—¿Te enamoraste de un tipo sin trabajo?

—Independientemente rico.

—Eso es lo que la gente rica dice de los mantenidos. Lo siento, chica, hiciste lo correcto. ¿Que no necesita trabajar? Vale. ¿Pero que no quiera trabajar? Eso es ser un vago con todas las letras.

—Durante un tiempo, trabajé tanto como si lo hiciera por los dos.

Cuando Rosie y André hablaban de Muriel Hopkins, casi quería llorar. Antes de conocer a Evan era igual.

—Bueno, pero ya no —dijo Maxi—. Mírate, tomaste las riendas de tu vida y, *¡boom!*, la cambiaste.

Kate bajó la mirada. Oliver estaba delante de ella con una correa verde en la boca. Se sentó sobre sus patas traseras y la miró educadamente a los ojos.

—¿Oliver tiene una correa verde?

—Sí —dijo Maxi—. Es una de tantas. A veces aparece aquí, a veces en casa. Por eso guardo unas cuantas en ambos sitios. Creo que son menos para él y más para el humano que quiere pasear.

—Vale, pequeñín, no hace falta que me lo pidas dos veces. Vamos a dar un agradable paseo por el centro. Quizá podamos decidir a quién bombardearemos con galletas primero.

CAPÍTULO VEINTE

Mientras Kate caminaba por Main Street con Oliver, por fin cayó en la cuenta: su móvil seguía sin aparecer.

Estaba en la estantería de acero, junto al teléfono fijo rojo, cuando salió de la panadería aquella fatídica mañana. No tuvo necesidad de llevárselo porque no funcionaba en el centro de Coral Cay y no tenía que llamar a nadie. Pero ya no estaba cuando Maxi y ella revisaron su habitación, junto con quién sabe qué más.

Probablemente lo tendría la policía. Ben, esperaba. Se estremeció al pensar en Kyle Hardy leyendo sus mensajes. Revisando el registro de llamadas de su teléfono. Llamando a Evan. O a Jeanine. ¿Podía hacer eso? ¿Sería capaz?

O, peor, ¿llamaría a la madre de Evan? Amanda Throckmorton Thorpe no aguantaba a los tontos con facilidad, así que la idea de que su ex casi suegra desinflara verbalmente a un pomposo Kyle Hardy hacía sonreír a Kate.

Al diablo con eso. Ya se ocuparía de ello más tarde. En ese momento solo tenía dos cosas que hacer: averiguar quién mató realmente a Stewart Lord y poner en marcha la panadería de Sam.

Oliver emitió una mezcla entre un gemido y una pregunta.

—Vale, tres cosas —le dijo Kate a Oliver en voz alta—. Y la más importante ahora mismo es asegurarnos de dar un buen paseo.

—¡Ruff! —El movimiento de la cola de Oliver ganó velocidad. Saltando sobre las puntas de las patas, el cachorro trotaba calle

abajo.

—Ya que estamos, vamos a recoger el almuerzo. Podemos llevarlo a Flowers Maximus y hacer un pícnic en el porche.

¿Era su imaginación o la cola de Oliver se había acelerado todavía más?

Al pasar por delante del escaparate de una tienda, algo al otro lado de la calle llamó su atención. Se giró. Junto a la habitual multitud de turistas, vio una silueta familiar con una camisa hawaiana blanca y verde lima y los mismos pantalones cortos caqui que le había visto días antes. Hoy también llevaba un sombrero panamá con sus grandes gafas de sol.

El hombre de la gorra de béisbol.

Esta vez, en lugar de una bolsa de la compra, llevaba binoculares.

Instintivamente, Kate rozó el contorno de su bolsillo, pero no tenía su teléfono, y de todos modos había poca cobertura. ¿Lo sabía él? ¿Por eso se quedaba en la ciudad? ¿Era su coto de caza? Volvió a mirar hacia atrás. Se había ido.

Kate se plantó en la acera y dio un giro de trescientos sesenta grados. No vio nada. Había montones de gente, la mayoría turistas y algunos lugareños, pero el sombrero panamá había desaparecido. Sentía cómo el corazón le latía fuerte en el pecho. Alguien la golpeó por detrás. Kate se dio la vuelta.

—Lo siento —dijo al pasar una mujer vestida de verano con un bolso Birkin demasiado grande.

Detrás de ellos, una mujer con un niño pequeño miraba fijamente a Oliver.

—Mami, mira qué perrito tan mono —dijo el niño señalando.

—No te acerques, Neddie, no lo conoces. Podría morderte, y eres alérgico.

—¡Jo, mamá! ¡No lo soy! Jimmy tiene un perro y jugamos todo el tiempo, solo que nunca te lo digo.

—¡Marchando, jovencito! —dijo la madre, encogiéndose de hombros tímidamente ante Kate.

Kate se agachó y acarició la cabeza peluda de Oliver.

—Tú no muerdes, ¿verdad, bonito? —murmuró—. No, a menos que se lo merezcan.

Oliver se acercó a Kate, con un brillo travieso en los ojos. El mero contacto con su suave y esponjoso pelaje la relajó. Se levantó y volvió a mirar en todas direcciones. Nada. Pensó en volver a la floristería, pero no quería que la siguiera hasta allí. Oliver necesitaba un paseo y ella también.

¿Qué había dicho Peter? Confía en tus instintos y no vayas sola. Bueno, no había posibilidad de eso. Incluso en una tarde entre semana, Coral Cay estaba lleno de gente. Así pues, se quedaría en Main Street, entre la multitud, y continuaría dando una vuelta, con Oliver a su lado. Y, una vez que estuviera razonablemente segura de que el hombre del sombrero se había ido de verdad —y no solo estaba jugando al escondite—, cogería el almuerzo y lo llevaría a la floristería.

¿Quién era ese tipo? ¿Qué quería? Y, en un lugar donde prácticamente no conocía a nadie, ¿por qué ella?

CAPÍTULO VEINTIUNO

Para la primera fase de la nueva campaña de *marketing* de The Cookie House, Kate optó por dos recetas que eran las favoritas de amigos y clientes del restaurante: galletas con pepitas de chocolate y, para los más aventureros que no quisieran chocolate, galletas de mantequilla con ron.

Kate pensó que Maxi y ella podrían hacer la ronda por la mañana. Cada tienda recibiría una docena, mitad y mitad, en una caja con la dirección y el número de teléfono de The Cookie House. Maxi había comprado etiquetas adhesivas y cajas de regalo en una tienda de artículos para fiestas de Main Street y había imprimido el primer lote en el ordenador de su casa. En tinta azul claro, llevaban un dibujo de la tienda.

—Maxi, tienen una pinta estupenda —dijo Kate, claramente impresionada.

—Es parte de ser propietaria de una pequeña empresa —Maxi palmeó el ordenador—. Esta chica me ayuda con las facturas, la contabilidad, el *marketing* y, en caso de apuro, con esas tarjetitas que acompañan a una entrega. Cuando estás a cargo de tu propia tienda, aprendes a hacer un poco de todo.

—He pensado en empezar con los panecillos de Sunny esta noche y entregar el primer lote pasado mañana. Así podré probar la masa un par de veces.

—Me siento como el conejo de Pascua —dijo Maxi con una

sonrisa—. Solo me faltan unas orejas de plástico.

La puerta principal se cerró de golpe.

—Mi chico —anunció Maxi, levantándose—. No puedo creer que haya tenido que trabajar durante la cena.

Peter Buchanan apareció en la cocina, con el rostro serio.

—Oye, tenemos que hablar —dijo en voz baja.

—Voy con Oliver y los niños al jardín —dijo Kate, dirigiéndose hacia la puerta trasera.

—No, tú también tienes que oír esto. —Se volvió hacia Maxi y la guio hasta la mesa de la cocina—. Cariño, siéntate.

A Kate se le encogió el corazón. Sam. Tenía que ser Sam.

Peter dejó el maletín junto a la barra y dejó caer la chaqueta del traje sobre una de las sillas de la cocina.

—No hay forma fácil de decir esto.

Maxi se llevó las manos a la cara.

—Peter, dínoslo —suplicó.

Él asintió.

—Carl ha venido a la oficina esta mañana. En realidad llamó anoche, pero esa es otra historia. En cualquier caso, se ha enterado de que otra persona relacionada con Lord ha muerto recientemente. Y de la misma manera que Lord. —Peter se detuvo y respiró hondo.

—Muriel Hopkins —dijo Kate—, su ayudante. Nos enteramos ayer en la reunión del club de lectura.

—Tenía problemas de corazón —dijo Maxi—, desde hacía mucho tiempo.

Peter asintió.

—Los tuvo. Su médico dijo que era una enfermedad crónica, pero que la llevaba bien. Cuidaba su dieta, tomaba la medicación, caminaba con regularidad… En resumen, se sorprendió cuando murió tan repentinamente.

—Rosie dijo que fue por el estrés —dijo Maxi—. Por trabajar para Stewart Lord.

—Sí, el médico lo mencionó. También temía haber pasado algo por alto en su último examen, alguna complicación relacionada con

su salud… Y eso lo tiene preocupado. Está convencido de que no debería haber muerto tan joven.

Kate sintió un golpe seco en el pecho. Maxi había enmudecido y tenía los ojos muy abiertos y parecía asustada.

—La conclusión es que, después de hablar con su médico, el ayudante del fiscal que se ocupa del asesinato de Lord cree que la muerte de Muriel Hopkins merece una segunda investigación. Y, por desgracia, después de escuchar los hechos, estoy de acuerdo con él. La oficina va a solicitar la exhumación de su cuerpo. Existe la posibilidad de que Muriel Hopkins fuera envenenada. Puede que fuera asesinada por la misma persona que mató a Stewart Lord.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Kate golpeó la masa, le dio la vuelta y volvió a golpearla. Luego empezó a aporrearla.

—Si no tienes cuidado, esos panecillos van a hacer que te detengan por agresión —dijo Maxi.

—¿No lo sabías? Los pasteleros somos un colectivo violento. Batimos huevos y montamos nata, pero no se lo digas a Kyle. Ahora en serio, ¿qué le vamos a decir a Sam?

—La idea de Peter es que no le digamos nada —dijo Maxi, sorbiendo café de una taza diminuta—. Todavía no, y creo que tiene razón. Aún no sabemos nada. Un médico se siente culpable porque tal vez pasó algo por alto, y puede que así fuera. O tal vez no entendía lo horrible que era trabajar para Stewart Lord. Las horas, la presión…

—O tal vez Muriel no estaba haciendo la dieta y la rutina de ejercicios, como le dijo a su médico.

—Eso también. Hasta que hagan pruebas, no hay nada que decirle a Sam. Solo se preocuparía, y no le haría ningún bien.

—Pero ya conoces Coral Cay —dijo Kate, partiendo la bola de masa en dos, colocando cada mitad en un bol y cubriéndolas con un envoltorio de plástico—. Esta pequeña mala noticia va a ser la comidilla de la ciudad antes de que acabe la semana. Y Sam está justo ahí, en la cárcel de la comisaría, la central de los cotilleos. Se va a enterar seguro.

—Me pregunto si esto le ayudará, si ayudará a su caso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kate, empujando los cuencos hacia el otro lado de la encimera, fuera del alcance de las manitas curiosas.

—Bueno, Sam conocía a Stewart Lord, y no le gustaba en absoluto, así que alguien podría decir que tenía un móvil, a pesar de que sabemos que no lo hizo. ¿Pero Muriel Hopkins? No creo que ni siquiera la conociera. ¿Por qué iba a querer matarla? ¿Y cómo?

—Tienes razón. Si resulta que fue asesinada y podemos demostrar que Sam no lo hizo, eso debería ayudar a probar que Sam tampoco mató a Lord.

—También significa que el bobo tiene que dejarte en paz y encontrar otro sospechoso —dijo Maxi.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que dijeron Rosie y André, murió hace un mes. Tú entonces aún vivías en Nueva York, ¿no?

—Ah, sí. Tenía apartamento, trabajo y prometido. Me pregunto cuándo murió.

—Bueno, vamos a encender a mi vieja amiga y preguntarle —dijo Maxi, entrando en la sala de estar y sentándose frente al ordenador —. M-u-r-i-e-l y H-o-p-k-i-n-s. Voy a poner Florida, por si hay más de una.

—Añade obituario —sugirió Kate—. Eso debería filtrarlo más.

Maxi pulsó «Intro» y se acomodó en el asiento.

—¡Oooh!

—¿Qué?

—Esto es del periódico de Hibiscus Springs. Dice que Muriel F. Hopkins, de cincuenta y dos años, asistente administrativa en Lord Enterprises Limited, murió de un ataque al corazón. —Hizo una pausa para recorrer el texto—. El día dieciséis del mes pasado.

—Vaya —dijo Kate.

—¿Eso quiere decir algo? —dijo Maxi, levantando la vista.

Kate negó con la cabeza.

—¿Recuerdas que te dije que perdí el trabajo, el piso y a mi

prometido el mismo día? Fue ese día. Y si esto no hace que deje de compadecerme de mí misma, no sé qué lo hará.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

A la mañana siguiente, Kate y Maxi fueron al centro de la ciudad con galletas y la noticia de que The Cookie House volvería a abrir con una oferta ampliada.

—¡Ya era hora! —declaró Amos Tully mientras compartían café en vasos de papel en su almacén—. Ese viejo loco se estaba atando las manos a la espalda. ¿Qué es una panadería sin dulces? Estas están buenísimas. ¿Cómo has dicho que se llaman?

—Galletas de mantequilla al ron —dijo Kate—. Son parecidas a las galletas de mantequilla tradicionales, pero con un toque picante.

—¡Ja! Que Sam no se acerque demasiado a ellas. A ese hombre le gusta el ron. Bueno, tengo que volver a la tienda. Avisadme cuando abráis. Encargaremos de estas. Y de chocolate también.

Mientras Kate, Maxi y Oliver caminaban por la manzana con el aire fresco de la mañana, Kate se dio cuenta de que reconocía muchas de las caras, aunque aún no supiera sus nombres. La mayoría de las veces la gente saludaba o asentía con la cabeza y Maxi solía saludarlos con un entusiasta «¡Hola!». Pero la ciudad estaba extrañamente desprovista de turistas.

—Demasiado temprano —explicó Maxi—. Es lo que llamamos la hora local. Los turistas no aparecen mucho antes de las diez.

En lo alto, Kate oyó el grito de las gaviotas en la brisa salobre, mientras el dulce aroma de las flores tropicales se mezclaba con los de la comida —café, beicon, cebollas— de las tiendas y restaurantes

que se preparaban para el día. Sintió un cosquilleo de emoción.

—Vamos a la farmacia —dijo Maxi—. Annie está investigando el árbol genealógico de Lord para ver si sale alguien interesante. Tengo curiosidad por saber si ha encontrado algo que pueda ayudar a Sam.

—¿Se sabe algo del testamento de Lord? Podría haber algunas pistas en él.

—Peter me hizo jurar que guardaría el secreto, así que no puedes contarlo, pero no lo encuentran.

—Estás de broma. ¿Un tipo con tanto dinero? Eso no tiene sentido.

—Todavía están buscando. Puede ser que no lo hayan encontrado aún, pero el abogado personal de Lord dice que nunca hizo testamento. Al menos, no que él sepa. Y el tipo que dirige el departamento legal de su compañía dice que sí que tenía, pero que nunca lo ha visto. Es todo un misterio. Por eso quiero saber qué ha averiguado Annie. Pero recuerda, las cosas que nos cuenta Peter no las podemos contar. Al menos, no de momento.

Kate hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Lo juro por tres docenas de mis mejores galletas, sobre todo las de pepitas de chocolate.

—Sí, pues… a un par de esas docenas les faltaban unas cuantas galletas. Esta mañana he pillado a Javier y Michael intentando sacar algunas a escondidas de las cajas. Peter ha tenido que darles una pequeña charla sobre el respeto a la propiedad ajena.

—Bueno, hemos dejado las galletas al alcance de los niños. Eso es como ponerles una trampa.

—Eso es lo que ha dicho Peter. Por lo visto se llama «peligro atrayente». Por supuesto, aún estaba masticando una galleta mientras lo decía.

Una campanita tintineó cuando abrieron la puerta de la Farmacia Kim. Annie salió del almacén. Tenía la melena mojada.

—¡Hola, chicas! ¿Alguna novedad en el caso de Stewart Lord?

—Íbamos a preguntarte lo mismo —dijo Maxi. Y mostrándole a Annie una caja añadió—: Pero reabrimos la panadería esta semana y

te hemos traído una pequeña muestra de algunas de las novedades.

—¡Galletas! Oh, esto es genial. Acabo de volver de la playa y me muero de hambre.

—De dos tipos —dijo Kate con orgullo—: con pepitas de chocolate y de mantequilla con ron.

—Está deliciosa —dijo Annie, mordisqueando una con alegría—. ¿Os apetece un té? Mi madre ha hecho una tetera entera antes de irse. Té verde Nokcha.

—Me encantaría —dijo Kate.

—Y para ti tengo unas chuches, grandullón —dijo Annie, agachándose para rascarle la oreja a Oliver—. No puedo creer lo rápido que está creciendo.

En la trastienda de la farmacia, Annie las dirigió a una preciosa mesa baja de teca con sillas a juego. La decoración, con una alfombra roja de motivos geométricos dorados y azules, podría haber sido la de un confortable salón de una casa. Annie vio cómo Kate lo observaba todo y sonrió.

—Pasamos tanto tiempo en la tienda que vale la pena hacerla acogedora y cómoda, pero eso ya lo descubrirás tú misma.

Desenrolló un tapete de paja sobre la mesa, colocó tres delicadas tazas de té de porcelana azul y blanca y las llenó usando una tetera del mismo diseño.

—Es muy extraño —dijo Annie, poniendo la caja de galletas en el centro de la mesa—. No he sido capaz de encontrar nada sobre Lord antes de que viniera al país. Quiero decir que hay todo tipo de cosas en los periódicos sobre él y su empresa de los últimos años. La mayoría buenas, por extraño que parezca. La prensa de negocios lo adoraba. Y también los bancos. Pero no encuentro nada de su vida anterior en Londres en particular o en el Reino Unido en general. ¿Habéis descubierto algo sobre su testamento? Eso podría darme algunos nombres para buscar, especialmente si menciona a miembros de su familia.

—Nada todavía, pero espero tener noticias pronto —dijo Maxi rápidamente.

—¿Y el veneno que lo mató? ¿Alguna idea de qué era?

Maxi hizo una pausa, apretando los labios.

—No tengo una copia del informe del examen…, de la autopsia —dijo despacio, claramente atrapada entre su conciencia y su deseo de exculpar a Sam—. Todavía no, pero lo que he oído, de muy buena fuente, es que era un medicamento, justo lo que pensabas. Un medicamento para el corazón.

—Eso tendría sentido —dijo Annie con naturalidad—. En las circunstancias adecuadas, calibran la función cardíaca; en las equivocadas, pueden destrozarlo todo.

—¿Alguien en el club de lectura dijo que Lord empezó a aparecer en los titulares por aquí hace unos cinco años? —preguntó Kate.

—Sí. El sur de Florida quedó destrozado después de una temporada de huracanes realmente dura —dijo Annie, poniendo un cuenco de agua en la alfombra delante de Oliver, junto a tres chuches con forma de hueso—. Hubo una tormenta tras otra. Fue más o menos cuando él se mudó y empezó a comprar a lo grande. Antes de eso, solo he encontrado unas pocas referencias a él aquí y allá, la mayoría en revistas de negocios. Formaba parte de un grupo que compró un par de hoteles. Tenía una pequeña participación en un casino de Missouri, muy pequeña, por lo visto. Junto con otros inversores, compraron y vendieron algunos complejos turísticos y edificios de apartamentos en el oeste. Pero hace unos cinco años empezó a hacerlo a lo grande, a comprar por su cuenta, en lugar de ir con otros socios. Empezó a darse a conocer, y fue entonces cuando descubrió el sur de Florida.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Kate.

Annie sonrió.

—Ni siquiera he podido averiguar eso. Algunas noticias dicen que tenía cuarenta y cinco o cuarenta y siete años cuando murió. Otras, cincuenta o cincuenta y tres. Y he visto un artículo de hace años según el cual tendría unos cincuenta y siete. Como nunca lo conocí, no tengo ni idea.

—Cuarenta y cinco desde luego que no —declaró Maxi.

—Sí, por lo que vi aquel día en la panadería, yo habría dicho que los cincuenta y siete se acercaban más a la realidad —dijo Kate—. Me pregunto por qué la discrepancia.

—Vanidad —replicó Annie—. Además, he oído que el mundo empresarial es muy parecido a Hollywood. Cuando llegas a cierta edad, si no has hecho fortuna, se te cierran muchas puertas.

—Y a los cincuenta y siete es un poco tarde para ser la próxima revelación o el nuevo hombre del año —reflexionó Kate.

—¿Cómo le va a Sam? —preguntó Annie en voz baja.

—Mejor —dijo Maxi—. Ahora que sabe que la gente le apoya, tiene esperanza.

—Mis padres van a pasar a verlo esta tarde. Mi madre quiere llevarle comida casera. Hace un guiso de arroz con carne que es una maravilla y también le va a preparar unas alitas de pollo glaseadas que están de muerte.

—Le va a encantar —dijo Maxi—. Con suerte, conseguiremos engordarlo un poco para cuando salga. Está demasiado flaco, y un panadero flaco no es buena promoción para una panadería.

—Sam no sabe lo de las galletas, ¿verdad? —preguntó Annie, sonriendo.

—No —respondió Maxi, vaciando su taza de té.

—Yo no se lo diría todavía —dijo la farmacéutica con suavidad—. Ya habrá tiempo para eso más adelante.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Aquella tarde, Kate y Maxi se sentaron en unas sillas plegables delante de la celda de Sam y observaron cómo el panadero devoraba una buena ración de enchiladas de marisco junto con varios trozos grandes de pan de maíz a la sartén. «La vida entre rejas le está abriendo el apetito», observó Kate con aprobación. Antes, Ben le había contado a Maxi que sacaban a Sam a pasear una o dos veces al día.

—El patio trasero de la comisaría no es exactamente la playa —había admitido el detective—, pero al menos es verde y le da un poco de aire fresco y hace ejercicio.

Una pila de libros y revistas ocupaba la mitad del banco de metal de Sam, y tenía un libro de crucigramas abierto a su lado, junto a un grueso diccionario. En el segundo banco había un par de almohadas gordas y una manta de felpa a cuadros. Regalos de otros visitantes, supuso Kate. Una alfombra azul marino cubría el suelo de baldosas, antes desnudo. Kate supuso que era de los Kim. O posiblemente de Rosie y André.

Dejando a un lado la decoración de la habitación, el mayor cambio se había producido en el propio panadero. Los huecos y las arrugas de su cara se estaban rellenando. Tenía algo de color en la frente y las mejillas, y su actitud era decididamente optimista.

—¿Cómo está la panadería? —Fue lo primero que dijo al verlas—. ¿Ya está abierta?

—No exactamente —dijo Kate—. Le he dado un buen repaso esta mañana. Ahora estamos intentando programar la inspección sanitaria y tenemos que solicitar los suministros.

—Suministros Gold Coast. Tengo una cuenta. Si los llamas, irán enseguida. Pregunta por Roberta. Lleva la cuenta desde que abrimos.

Kate sacó un pequeño bloc del bolsillo y garabateó obedientemente «Suministros Gold Coast» y «Roberta».

—¿Hay algún número de cuenta o código que deba darle? —preguntó.

—No necesitas esas tonterías. Dile que eres mi asistente y que llevarás el local un tiempo. Ella te enviará lo que necesites. Conoce las cantidades correctas, también. —A Maxi le preguntó—: ¿Cómo están los niños?

—Bueno, extrañan a su tío Sam —dijo Maxi—. No les hemos dicho…

—Claro que no, son demasiado jóvenes para entender.

—Parece que has tenido visitas —dijo Kate animada.

—Las quiera o no —dijo Sam—. A mí no me dejan salir, pero sí que dejan entrar a cualquiera. Sunny Eisenberg y un amigo suyo han venido esta mañana. Han estado hablando de no sé qué *reality* de televisión. —Suspiró—. Pero han traído del *pub* galletas de huevo y queso de Bridget —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ha merecido la pena.

Maxi miró a Kate, que se esforzaba por no reírse. Por lo que Kate había ido descubriendo esa semana, Sam siempre ayudaba a los demás cuando lo necesitaban, normalmente con discreción. Estaba claro que recibir ayuda de vuelta era para él una auténtica tortura.

—¿Habéis oído algo más sobre quién mató al miserable de Lord?

Kate miró a Maxi. Ambas pensaban lo mismo: ¿habría oído algo dentro de la cárcel? ¿Qué debían contestar?

—La policía está siguiendo una nueva pista —dijo Maxi—, pero es demasiado pronto para saber nada con seguridad.

—Nosotras también estamos investigando algunas cosas —

admitió Kate—. Solo para asegurarnos de que a la policía no se le escapa nada.

Sam asintió.

—Nadie encuentra ningún registro de Lord antes de que viniera a Estados Unidos —admitió Kate—. ¿Tú sabes algo de su vida privada? ¿Si tenía familia o dónde vivía?

—No sabía nada de él, ni quería saber nada, pero parecía que él sabía mucho de mí. Y lo que no sabía, se lo inventaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kate.

—Da igual.

—Samuel Hepplewhite, no da igual —lo reprendió Maxi—. Todo el mundo en este pueblo está intentando averiguar quién mató a Stewart Lord. Porque quien lo hizo consiguió que pareciera que tú eras el culpable. Así que, si sabes algo, ¡dilo!

Kate se quedó mirando a su amiga con asombro. Sam levantó la vista y parpadeó, con una expresión de sorpresa en el rostro. Se quedó callado un largo rato.

—Llevo un pequeño negocio, algunos meses son mejores que otros —empezó titubeando—. Ya sabes… —Maxi asintió alentadoramente—. En las épocas de vacas flacas, Lord aparecía y me hacía una oferta.

—¿Siempre una oferta a la baja? —preguntó Kate suavemente.

Sam asintió.

—No sé cómo lo sabía, pero lo sabía.

—Si querías vender la panadería, podías haberla vendido por más de lo que él ofrecía —dijo Kate.

—No la venderé. Nunca.

—¿Pero por qué creía que aceptarías menos? —preguntó Kate—. Es decir, se equivocaba, pero si no se hubiera equivocado, habrías podido ir a otro sitio y conseguir un acuerdo mejor. ¿Por qué pensaba que le dirías que sí?

—Dinero rápido.

—¿Efectivo? —preguntó Maxi, con los ojos muy abiertos—. ¿Contante y sonante?

—Sí, y la comadreja aparecía cuando las cosas iban mal —dijo lentamente el panadero—. Me pasaba el dinero por la cara, prometía resolver mis problemas… O empeorarlos.

—¿Empeorarlos cómo? —preguntó Kate.

Sam negó con la cabeza.

—Nunca lo especificó, pero no paraba de decir que el negocio solo valía lo que valía el suelo que podía hacer que se hundiera… Luego se reía, como si le hiciera mucha gracia. Decía que si era listo, me iría rápido. Mientras pudiera.

Kate asintió. Era más o menos una repetición de la conversación que había oído en la panadería.

—¿Iba detrás de algún otro negocio?

Sam detuvo la cuchara a medio camino de la boca y la devolvió al cuenco.

—¿De quién? —preguntó Maxi.

Sam exhaló profundamente.

—Harp. Oí que habló con Harp.

—Eso tiene sentido —dijo Maxi—. Cuando Caroline regrese, probablemente van a tener que vender la tienda de vinos o convertirla en otra cosa. Si Lord se enteró de eso, era la presa perfecta para él.

Sam asintió.

—No sé qué le diría Harp, pero no creo que sea tan tonto como para tomarse en serio a ese fanfarrón.

—Podría haber más gente en la ciudad —dijo Maxi pensativamente—. Cuando diriges un pequeño negocio, las cosas pueden pasar de estupendas a horribles en un abrir y cerrar de ojos. Incluso la época del año puede marcar la diferencia.

El panadero asintió, cogió la cuchara y volvió a comer.

—A veces también compro algunas cosas en Sand Dollar Foods —dijo, levantando la vista entre bocado y bocado—. Pregunta por Betty, pero no se lo digas a Roberta.

—Claro que no —dijo Kate, desconcertada.

—Los artículos de limpieza, en Suministros Industriales Casey.

Habla con Junior. Si te ponen con Eddie, cuelga; es un listillo.

—Hemos estado comprando algunas cosas en la tienda de Amos Tully —dijo Kate.

—Está bien para empezar, pero no se compra al por menor para vender al por menor. No funcionará a la larga.

—Cierto —dijo Maxi mientras miraba a Sam rebañar la salsa picante de su cuenco con el pan de maíz.

—Tierno. Buena corteza.

—Miel en vez de azúcar —dijo Kate sonriendo.

El panadero asintió.

—Lamento decirlo, pero vamos a tener que sustituir la levadura madre —dijo ella en voz baja.

—¿Y Francine?

—Eh, no. La policía se llevó todo lo relacionado con la comida. Y al parecer eso incluía, eh…, a Francine.

Sam dejó de comer y se quedó mirando al suelo. Kate observó cómo trabajaba su mandíbula.

—¿Quizá el lugar donde la conseguiste originalmente podría darnos otro poco? —preguntó ella—. Y si añadiste algo o la cultivaste de cierta manera, puedo intentar reproducir esa misma fórmula.

—No hice nada. Solo apartar un poco cada día. Francine hizo el resto.

Se quedó mirando la alfombra, pero, a diferencia del otro día, no era por abatimiento ni depresión. Kate sabía que estaba reflexionando.

—Marco’s Bakery —dijo finalmente el panadero, como si hubiera tomado una decisión—. En San Francisco, en Castro Street. Habla con Marco o Sean, ellos te ayudarán. No será exactamente lo mismo, pero casi.

—Los llamaré esta tarde —dijo Kate—. A este ritmo, The Cookie House estará reabierta al público a finales de semana. Ahora, si has guardado sitio para el postre, ¿qué tal unas galletas de jengibre? He horneado unas nuevas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Mientras caminaban por Main Street, Maxi se volvió hacia Kate.

—¿De verdad crees que podremos abrir la panadería antes de que acabe la semana?

Kate asintió con la cabeza y le dio un premio de hígado a Oliver.

—Lo único que nos falta es la inspección sanitaria, y el tipo de la oficina dijo que probablemente podría enviar a alguien el jueves. Si la hacen y la pasamos, estaré todo el viernes horneando y podremos abrir el sábado por la mañana. Puede que no tenga todos los tipos de panes que ofrecía Sam, pero puedo hacer una buena selección y también algunas galletas. Solo quiero llamar a Marco's hoy y ver si están dispuestos a enviarnos otro poco de Francine.

—Cuidado, ya estás llamándola Francine tú también —dijo Maxi.

—Oye, tiene sentido: la masa madre es un ser vivo, merece tener un nombre.

—No me estoy burlando. Yo hago lo mismo con mis plantas. Pero si no andas con ojo, acabarás igual de loca que nosotros, poniendo nombres a cosas que crecen y tratando de ganarte la vida con una tienda. ¡Un delirio!

—Parece que Sam ha debido de pasarlo muy mal con el negocio durante un tiempo. Espero que unos cuantos dulces en la oferta mejoren su balance.

—Sabía que lo estaba pasando mal —dijo Maxi bajando la voz—,

pero pensaba que era porque había perdido a Cookie. No sabía lo del dinero, y debería haberlo sabido.

—Bueno, ahora ya lo sabemos y vamos a ayudar —dijo Kate mientras Oliver le cogía otro premio—. Lo que realmente quiero hacer es hablar con Harp. Tengo curiosidad por saber qué clase de oferta le hizo Lord y por qué no lo mencionó en la reunión.

—Eso me parece un poco extraño. Pero creo que lo de su esposa es un tema muy delicado en este momento. Mi abuela tenía un dicho: «Nunca se sabe lo que realmente está pasando detrás de las cortinas de un vecino». —Maxi se encogió de hombros—. Por supuesto, eso vale doble en Cuba.

—Creo que Cuba debe de parecerse mucho a Nueva York. ¡Eh, ahí está! Enfrente de Seize the Clay. Gorra de béisbol azul marino y camisa de madrás. Con la bolsa de la compra blanca grande. ¡Ese es el tipo que me ha estado siguiendo!

—Voy a llamar a Ben —dijo Maxi, cogiendo el teléfono de su bolso—. ¡Ay, no hay señal! ¡Maldita sea!

—Está cruzando la calle. ¿Crees que sabe que lo hemos visto?

—Estamos en una calle llena de gente a pleno día y tenemos un perro feroz. —Maxi miró a Oliver, que la miraba con expresión escrutadora—. Yo digo que nos acerquemos al imbécil y le preguntemos qué cree que está haciendo.

—Lo primero que se aprende en la gran ciudad es que nunca hay que exponerse ante delincuentes o locos. Puede que ellos sepan qué van a hacer a continuación, pero tú no.

—Entonces entremos en una tienda y pidamos que nos dejen llamar —dijo Maxi.

—¡Mira! Tiene que saber que lo hemos visto. ¡Camina rápido en la otra dirección! Para cuando Ben llegue, ya se habrá ido.

—Entonces volvamos a la floristería. ¿Estás segura de que era él?

—Absolutamente. Y, o yo me estoy volviendo más observadora, o él se está volviendo más descuidado. Cambia de sombreros y camisas, pero lleva las mismas gafas de sol, las mismas bermudas caqui y las mismas zapatillas grises.

—Tal vez quiere que lo veas, como esos payasos de las pelis de miedo. Volvamos a la tienda. Todavía podemos llamar a Ben. Si le decimos qué lleva puesto tal vez puedan pillarlo si lo vuelven a ver hoy.

—Buena idea. Además, quiero llamar a Marco's.

—Estaba pensando —dijo Maxi mientras seguían paseando, aunque más despacio— que podría ser buen momento para dejarle una caja de galletas a Harp. Me queda una de esta mañana. Podríamos pasar por su tienda justo antes de que cierre.

—Así no quedaríamos como un par de entrometidas —dijo Kate —. Qué lista.

—No, seremos unas buenas vecinas promocionando nuestro negocio. Y luego le preguntaremos de pasada por sus asuntos supersecretos con Stewart Lord.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Cuando llegaron al final de la manzana y divisaron The Cookie House, Kate se detuvo y la señaló con la mano. Maxi se quedó con la boca abierta. Cinco escaleras diferentes tapaban la fachada de la casa victoriana. En la mayoría de ellas había obreros con monos blancos o petos vaqueros y gorras. Unas lonas azul brillante cubrían la hierba bajo el equipo. En el jardín delantero, Carl Ivers, ataviado con un mono blanco, gritaba instrucciones a la brigada de las escaleras como si fuera un director de orquesta.

—¡Wally, sube la escalera! Empieza por arriba y trabaja hacia abajo. ¡Sammy, coge la fijadora de mano! Deshazte de esas tiras de pintura suelta. ¡Justin, suelta esa lata de pintura! No estamos listos para eso todavía. ¡Esto no es un programa de bricolaje de la tele! Hay que prepararlo antes.

—¿Pero qué…? —dijeron Maxi y Kate al unísono, boquiabiertas en la acera frente a la panadería.

Oliver se irguió y soltó tres ladridos entrecortados para anunciar su presencia. Carl se volvió y sonrió.

—¡Señoritas! Nos preguntábamos cuándo llegaríais —dijo acercándose a ellas—. Espero que no os importe, pero hemos empezado sin vosotras. Se supone que tiene que estar seco para el viernes, pero es muy poco tiempo para un lugar tan grande.

—¿Estáis pintando The Cookie House? —preguntó Maxi,

asombrada.

—Devolviéndola a su antigua gloria, que ya era hora. Supe que queríais hacerlo a un buen precio y no hay mejor precio que gratis ni mejor momento que el presente. El tipo que tenía la ferretería antes que yo tenía la carta de colores archivada, así que aquí estamos.

Kate miró al equipo. Reconoció a Justin, de la tienda, pero los otros trabajadores, la mayoría adolescentes, eran desconocidos.

—¿Quién es toda esta gente? —Las palabras salieron volando de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—Amigos y vecinos. Bueno, sobre todo sus hijos, que están de vacaciones de verano del instituto y la universidad. Les dije que teníamos una oportunidad única de pulir The Cookie House y la mayoría de ellos, o sus padres, la han querido aprovechar. Pero esto es solo el equipo de avanzadilla, los mayores vendrán más tarde. Vamos a pintar hasta que se haga de noche. Ese equipo tiene experiencia; estos otros chicos, no tanta, pero están animados y con ganas de aprender.

—Pero pensaba que creías que Sam era culpable —dijo Kate, subrayando con la voz la confusión que sentía.

—No, dije que el caso necesitaba más pruebas, y también tenemos que dejar que la policía haga su trabajo. Sam es un buen hombre y un buen vecino; vamos a ayudarlo.

—Esto es genial —dijo Maxi, con la voz entrecortada—. ¡Gracias! De corazón. Sam estará feliz.

—Bueno, esa es la otra parte —dijo Carl en voz baja—. Vamos a mantener esto entre nosotros y que lo vea cuando salga. Todo el equipo ha prometido no decir nada. —El expolicía sonrió—. Ya veremos cuánto dura eso.

Un fuerte ruido metálico cortó el aire y Carl se dio la vuelta.

—¡Danny, estabiliza esa escalera! ¡Ya! —gritó—. No puedes dar la espalda a esta panda de novatos —dijo en voz baja, mientras caminaba hacia la casa—. Ni siquiera un minuto.

—¿Sabes qué significa esto? —dijo Kate mientras Maxi se secaba las lágrimas. Su amiga negó con la cabeza, incapaz de hablar—. Que

si tenemos que alimentar a esta cuadrilla, vamos a necesitar mucha más comida.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Kate nunca había visto nada igual. Cuando se corrió la voz de que The Cookie House iba a ser reformada, empezó a llegar gente de toda la ciudad. Algunos se apuntaron para trabajar en la cuadrilla de Carl. Otros se comprometieron a llevar comida para los trabajadores durante toda la semana.

Maxi y ella pasaron las horas siguientes de pie en la acera, delante de la panadería, estrechando manos y dando las gracias a la gente. Parecía la cola de recepción de una boda.

De repente, Kate recordó la razón por la que habían vuelto corriendo a Flowers Maximus: Marco's. ¿Cómo se le había podido olvidar? ¿Y si llegaba demasiado tarde? ¿Y si no salía bien? ¿Y si la panadería tenía que volver a abrir sin su emblemática masa madre? ¿Quién era ella para dirigir un negocio?

—Ahora vuelvo —se apresuró a decirle a Maxi, que estaba hablando con Andy Levy.

Se escabulló dentro de la floristería, cogió el teléfono fijo del escritorio de Maxi y llamó a información. Mientras marcaba el número de la panadería californiana, le temblaban las manos.

—Soy Marco, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me llamo Kate McGuire y soy pastelera en The Cookie House de Coral Cay.

—¡Hola! ¿Cómo está el viejo Sam? ¿Sigue haciendo el mejor pan al este del Golden Gate?

—Sí, y por eso te llamo. Hemos tenido un pequeño percance y, bueno, hemos perdido a Francine.

—¡Oh, no! Francine era el gran orgullo de Sam. ¿Cómo se encuentra él?

—Está bien —dijo Kate, cruzando los dedos—. Ahora está… de vacaciones. Maxi, la dueña de la floristería de al lado, y yo vamos a llevar el negocio mientras él está fuera. En fin, el caso es que he hablado con Sam y, ya que vosotros le proporcionasteis la Francine original, nos preguntábamos si podríais darle otra pieza a modo de reemplazo. Y te pagaremos por ello, por supuesto.

Contuvo la respiración y rezó para que Marco fuera generoso.

—Claro, la empaquetaremos y se la entregaremos al transportista hoy mismo. Si la enviamos por correo urgente, la tendréis mañana. ¿La misma dirección?

—La misma dirección. The Cookie House en Main Street, Coral Cay. No sé cómo agradecértelo, no tienes idea de lo que esto significa.

—Me alegra oír que Sam se está tomando un descanso, lo necesitaba. Y esto va por cuenta de la casa, por cierto. Es lo menos que podemos hacer, pero me da la impresión de que no te ha contado toda la historia.

—¿Qué quieres decir?

—Sam consiguió a Francine, la Francine original, hace años en una panadería histórica de San Francisco, un negocio de 1800. Hacían pan y panecillos tradicionales de masa fermentada. Solo eso. ¡Un producto maravilloso! Desafortunadamente, cerró casi al mismo tiempo que estalló la burbuja inmobiliaria. Unos años después, cuando Sean y yo estábamos abriendo nuestro local, hicimos un *tour* de degustación por carretera. Habíamos oído hablar de algunas panaderías independientes y queríamos probarlas. ¿Pero la masa madre de Sam? Fuera de serie. Cuando supo que íbamos a abrir una panadería aquí, nos regaló un trozo de Francine. Él nos la dio a nosotros, no al revés.

—Así que la que vas a enviar por mensajero… —dijo Kate.

Marco se rio.
—La llamamos Francine Junior.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—Vaya, y yo que pensaba que me había levantado temprano —dijo Maxi mientras entraba en la cocina con unos vaqueros desteñidos y una camiseta color coral—. Hasta Oliver sigue hecho polvo. Está durmiendo en la tienda con los niños, he reconocido sus ronquidos.

Kate suspiró.

—Llevo levantada desde las tres, no podía dormir. Pero lo bueno es que acabo de preparar una cafetera de tu café especial. Dime si lo he hecho bien. Y si te apetece, puedes probar los panecillos para la clase matutina de Sunny. El único problema es cómo llevarlos hasta allí.

—¿Cata de dulces? Es exactamente el trabajo para el que nací. Hasta podría incluirlo en mis tarjetas de visita.

Kate cogió un plato de la alacena y colocó encima un panecillo de la bandeja donde se estaban enfriando en la encimera. Dejó caer una cucharada de mantequilla en el plato y se lo entregó con cuidado a Maxi. Su amiga pellizcó una esquina y se la metió en la boca. Maxi esbozó una sonrisa.

—Vale, está realmente bueno. —Cortó el panecillo por la mitad, untó un trozo con un poco de mantequilla y se lo zampó—. Con que solo hicieras estos, Sam volvería a tener éxito.

Kate sonrió.

—Eso es que tienes hambre. Pero al menos no se me han

quemado y la textura es exactamente la que buscaba.

—Si eso significa que son ligeros y esponjosos y dan ganas de comer más, lo has clavado. Vamos a tener a Sunny haciendo cola para comprarlos. Por cierto, acabo de darme cuenta de que Sunny tiene una clase a las seis de la mañana y no salen hasta casi las siete y media.

—Vaya, eso debe de ser mortal.

—Más o menos —dijo Maxi terminando la otra mitad del panecillo —. La única manera de sobrevivir es durmiendo un poco. Pero lo que estaba pensando es que, ya que es tan tarde, tal vez Peter esté dispuesto a hacer la entrega por nosotras. Ya sabes, si le damos un par para probar primero, como incentivo.

—Buena idea, mientras a él no le importe… He hecho un montón. Unas docenas para la clase y otras dos docenas a modo de prueba de la receta.

—Excelente. Eso significa que me puedo tomar otro. Mmmm, qué bueno el café… A lo mejor tienes un par de cubanos en tu árbol genealógico.

—Nah, es un viejo truco de *sous chef*… Observa a alguien un par de veces e imita lo que hace. «Finge hasta que lo logres» es como lo llamaba uno de mis instructores. Espero que funcione con la masa madre.

Maxi olfateó el aire.

—¿Estás haciendo galletas otra vez?

—Otra vez no, todavía. He pensado en hacer algunas para el equipo que viene a trabajar en la panadería hoy y algunas cajas más de regalo para la gente que trae comida.

—Todos clientes potenciales —dijo Maxi feliz—. Y lo mejor es que no tenemos que perseguirlos porque vienen ellos a nosotros.

—El lote que estás oliendo son galletas de *brownie* con nueces. Uso cacao en polvo en la masa. Muy ricas.

—Justo lo que espero que seamos nosotras pronto, muy ricas, y podremos pagar a gente para que haga nuestro trabajo, mientras dormimos una semana. Ah, por cierto, ayer llamaron del

Departamento de Sanidad y dijeron que vendrán el jueves o el viernes como muy tarde.

—Es un poco justo —dijo Kate, haciendo una pausa después de echar harina en el bol azul brillante—. Si vienen el jueves, puedo hornearlo todo el viernes y abrimos el sábado. Si vienen el viernes, podremos abrir el sábado, pero no tendremos nada que vender.

—Así que tal vez tengamos que vender al mismo ritmo que horneamos. O lo regalamos mientras lo horneamos. Todo fresco y caliente. Como una forma de dar las gracias a todo el pueblo.

—¿Regalar los primeros lotes? Eso es genial. Le va a costar a Sam un poco en suministros, además del costo de estar cerrados durante una semana, pero espero que podamos compensarlo con las ventas adicionales de postres y galletas.

—También podríamos hacer lo mismo con algunos de los clientes del restaurante. Como Oy&Begorra. E incluso In Vino Veritas. El pan y el vino son clásicos. ¿Y vino y galletas? Tampoco está tan mal.

—Lo cual me recuerda que no hemos llegado a hablar con Harp sobre Stewart Lord —dijo Kate, batiendo con determinación mantequilla y azúcar en un segundo cuenco.

—Pues lo abordaremos hoy —dijo Maxi—. Está a la vuelta de la esquina, no debería llevarnos tanto tiempo.

—Me parece bien. Me gustaría saber qué opina de este próximo lote. Estoy mezclando algo especial, una de las recetas de mi abuela: galletas de anís y almendras. Siempre las hacía en Navidad y he pensado que tal vez nos traigan buena suerte.

—Eso suena bien. Nos vendría fenomenal un poco de magia navideña.

Unos minutos más tarde, con los ingredientes húmedos suficientemente domados, Kate cogió el extracto. Sin pensarlo, le quitó el tapón al frasco y lo olió. Y todo le vino a la memoria: el robo, los pasos, el miedo… El corazón de Kate latía con fuerza. Dejó el extracto de anís y se apoyó con fuerza en la encimera.

—¡Kate! ¿Qué te pasa? —gritó Maxi desde el otro lado de la cocina.

Kate negó con la cabeza.

—No pasa nada. Estoy bien.

—Estás trabajando demasiado —dijo Maxi—. Ven y siéntate un rato. Come algo.

Kate negó con la cabeza.

—No, no es eso. Espera un momento.

Con decisión, volvió a coger el extracto. Respiró hondo e, intentando calmarse, se llevó el frasquito a la nariz e inhaló la fragancia pungente. Fue como asistir en primera fila a la noche del robo. Los recuerdos eran vividos, en tecnicolor. Los pasos amenazadores por el suelo de baldosas. El miedo mientras bajaba las escaleras hacia la puerta principal, hacia la seguridad, hacia Oliver. El alivio que inundó su cuerpo cuando se sentó en el suelo de la tienda, con los brazos alrededor del enorme cachorro a medio crecer. El olor de la playa en su pelaje. Lo cálido que se sentía. De fiar.

Junto con el hedor a cigarrillo, había otros dos olores persistentes en el aire tras la precipitada retirada del intruso, y ahora sabía qué era. Uno de ellos, el olor familiar, era a anís.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Kate miró a Maxi, que estaba sentada junto al mostrador y tenía la cara tensa, con gesto de preocupación.

—Estoy bien, de verdad —dijo Kate por fin, agarrada a la encimera, con los nudillos blancos de apretar—. Es solo que… Bueno, me he acordado de algo. Del robo. El olor. El extracto de anís.

Maxi asintió, esperando.

—¿Recuerdas cuando dije que había una extraña mezcla de olores en la tienda después de que el ladrón se fuera?

Maxi volvió a asentir.

—Lo recuerdo. Dijiste que algo te resultaba familiar, pero no podías decir qué exactamente.

—Era anís. Cigarrillos, anís y algo más… Algo que todavía no identifico, pero lo recuerdo. Dulce. Pero no era comida. Más como *aftershave* o perfume.

—Entonces, sabemos que el hombre que entró lleva zapatos rígidos, fuma, se afeita y huele a galletas de Navidad.

—Ya… Kyle Hardy estaría encantado. Podemos decirle que nos robó un Santa Claus fuera de temporada.

—Entonces no le diremos nada al bobo ni a Ben. Pero en Coral Cay no hay mucha gente que fume. Ya sabemos que fue un hombre, y eso ayuda. ¿Cuántos hombres huelen a anís?

—No muchos —admitió Kate, encogiéndose de hombros—.

¿Podría tener Sam alguna competencia que no conozcamos? ¿Otro panadero? ¿Tal vez incluso un restaurante o una tienda que vendan productos de panadería? ¿O alguien que esté planeando vender productos horneados?

—¿Crees que alguien estaba tratando de robar recetas?

—Quienquiera que fuese no se llevó dinero en efectivo. Tal vez porque lo pillaron. O tal vez porque no era eso lo que buscaba. Sam es conocido por su masa madre. A todo el mundo le encanta. ¿Y si alguien quería su receta?

—Pues están apañados —dijo Maxi—. La guarda en su cabeza. La ha hecho tantas veces que no creo que la tenga por escrito.

—Vale, ¿y si fueran a por Francine? Es como su arma secreta. Si dieran con ella, podrían ser capaces de hacer mella en su negocio. Tal vez lo suficiente para que la panadería se hunda. Sabemos que ha estado teniendo problemas económicos.

—Pero no consiguieron nada —dijo Maxi—. Y no han vuelto.

—Primero por el alboroto. Después por el asesinato.

—Y, después de que la policía cerrara The Cookie House, ya no había Francine —añadió Maxi—. Ni Sam haciendo masa fermentada. ¿Cómo es lo que dicen los pilotos? «Misión cumplida».

—Pero hoy recibiremos otro lote de masa madre —agregó Kate —. Y el viernes o el sábado encenderemos los hornos y empezaremos a hornear de nuevo.

Maxi negó con la cabeza.

—Hagamos lo que hagamos, parece que será mejor que tengamos mucho, mucho cuidado.

CAPÍTULO TREINTA

Mientras Kate paseaba por Main Street con Oliver trotando a un lado y una caja de galletas entre las manos, volvió a darse cuenta de lo bonito que era Coral Cay. Las petunias —en tonos coral, rosa fuerte, morado y amarillo— brotaban de gigantescas macetas de piedra a lo largo de todas las manzanas, mientras que el jazmín trepaba por las farolas y su aroma flotaba en el aire. Algunas tiendas incluso añadían jardineras y cestas colgantes repletas de flores a la exhibición. Algo le decía que las manos de Maxi habían tenido algo que ver. O puede que simplemente a los floridanos les encantaran las flores.

Vio su destino, In Vino Veritas, y suspiró pesadamente. Oliver levantó la vista y Kate habría jurado ver preocupación en sus ojos negros.

—No pasa nada, cariño, solo vamos a charlar. Maxi quería venir, pero tiene pedidos pendientes en la floristería, y alguien tiene que vigilar The Cookie House, por si el personal necesita algo o por si llega algún repartidor o el inspector de Sanidad.

De hecho, Maxi y ella lo habían estado valorando un rato y, al final, Kate había decidido que podía ocuparse de Harp ella sola. Y si lograba hacerlo hablar, tal vez estaría más dispuesto a contarle sus asuntos con Lord. Pero habían acordado que ella se encargaría del perro, a modo de distracción. Y, en caso de que las cosas se pusieran incómodas, tendría una excusa para irse rápidamente.

—Eres mi caballero de peluda armadura, ¿sabes?

El entusiasta cachorro estiró el cuello hacia arriba y fue casi trotando durante los pocos pasos que les quedaban para llegar. Kate respiró hondo y abrió de un tirón la ornamentada puerta. Desde fuera, la tienda de Harp tenía un aire Victoriano, con pesadas molduras y enormes ventanales. Por dentro olía a especias exóticas y se notaba el dinero. Mucho dinero.

—Vaya, pero si es la pastelera en persona —dijo el propietario, saliendo de detrás de un mostrador de mármol. Ese día había optado por el estilo informal de la Ivy League: caquis planchados y camisa azul de vestir con las mangas remangadas hasta los codos—. ¿A qué se debe esta maravillosa distracción en un día tan monótono?

—The Cookie House va a empezar a hornear galletas. Todo tipo de dulces, en realidad. Para correr la voz, vamos a compartir algunas muestras con nuestros amigos y vecinos —dijo, mostrándole la caja de regalo.

—Bueno, espero ser ambas cosas —dijo Harp con una sonrisa amable. Abrió la tapa de la caja y aspiró profundamente—. ¡Oh, Dios mío, tienen una pinta magnífica! Tan buena que podrían convertirse en mi almuerzo.

—Las oscuras son galletas de *brownie* con nueces. Y las de azúcar en polvo son de anís y almendra. Una vieja receta familiar.

—Oh, me encanta el anís. Cualquier cosa que sepa a anís, en realidad. Tenía una tía abuela que solía hacer galletas de anís. —Cogió una y le dio un pequeño mordisco—. Dios, esto realmente me lleva de vuelta a la infancia.

—Eso es lo bueno de las galletas —dijo Kate—. Comerlas es como volver a ser niño.

—En mi caso, es una etapa que no estoy seguro de haber dejado nunca. Al menos mentalmente. —Le tendió la caja abierta a Kate, que eligió una galleta de *brownie*—. Te ofrecería vino, pero estoy seguro de que eres demasiado dama como para beber a estas horas.

—No soy nada dama, pero sí que tengo demasiadas cosas que hacer esta tarde. Estamos intentando reabrir la panadería este sábado. Nos encantaría que te pasaras. El primer día, vamos a regalar todos los productos, recién salidos del horno, como agradecimiento por todo lo que estáis haciendo por Sam.

—Me he enterado de la remodelación y estaré feliz de asistir. ¿Qué tal un poco de café para acompañar estas deliciosas galletas? Tengo uno maravilloso preparándose. Con achicoria, como lo hacen en Nueva Orleans, mi ciudad natal. Suaviza las asperezas del viejo grano de café.

—Me encantaría, gracias.

Ella y Oliver lo acompañaron hasta el *office* de la esquina trasera de la tienda, donde una cafetera de cobre martillado a mano descansaba sobre el mostrador de mármol blanco. Mientras lo seguía, percibió el aroma de su perfume. Algo cítrico. A lima. O Harp había cambiado de fragancia, o no era su ladrón.

El cachorro gimió suavemente.

—Está bien —dijo *sotto voce*—. Seguiremos con tu paseo después, te lo prometo. Te estás portando muy bien.

—Me temo que no tengo nada para el joven Oliver —dijo Harp—. Esta es la primera vez que me honra con una visita. Pero me aseguraré de tener algo a mano para la próxima.

—Está bien —explicó Kate—. Solo quiere volver a su paseo. ¿Verdad, muchacho?

La expresión curiosa de Oliver decía lo contrario, pero se tumbó en el suelo junto a sus pies como una esfinge. Relajado pero alerta.

Harp dejó las galletas y, con una floritura, sacó dos tazas de porcelana del armario de caoba, junto con dos platillos a juego. Llenó la primera taza y se la entregó suavemente a Kate.

—Esta cafetera puede parecer una extravagancia —le dijo mientras ella vertía un poco de leche en la taza con un antiguo recipiente de plata de ley—, pero está más que amortizada con las horas que paso aquí. O tal vez simplemente soy un mimado. Me encantan las cosas buenas.

Echó varias cucharadas de azúcar moreno en su taza, siguió con un generoso chorro de leche y la levantó.

—¡Salud!

Kate bebió un sorbo. Harp tenía razón: con solo un poco de leche, el café era aterciopelado, tan distinto del café cubano que podría ser una bebida completamente diferente, pero igualmente deliciosa.

Kate sonrió.

—Me he dado cuenta de que todo el mundo en la ciudad parece tener su particular forma de trasladar las comodidades del hogar a sus tiendas.

—Ah, debes de haber visto la trastienda de los Kim. ¡Realmente ingeniosa! Cuando se lleva una tienda, hay que echarle muchas horas; es tremendamente agotador. Aunque lo cierto es que no me dedicaría a otra cosa. —Miró a su alrededor y suspiró—. Me encanta este sitio.

Kate vio su oportunidad.

—Pero estás pensando en vender —dijo en voz baja.

—¿Cómo lo sabes? —Él sonrió y sacudió la cabeza—. Ah, en un pueblo pequeño no se pueden tener secretos. Y si estás metida en el mundillo de los cotilleos, es que ya eres una lugareña más, no hay vuelta atrás. Sí, me lo estaba planteando. Sigo haciéndolo, de hecho. ¿Quién sabe lo que depara el futuro? Supongo que habrás oído hablar de mi situación.

Kate asintió, dando un sorbo a su café.

—Un día la vida va viento en popa y todo es perfecto. Al siguiente, no tanto. Caroline se ha puesto en contacto conmigo desde rehabilitación; al parecer, forma parte del proceso. Me dice que está aburrida. Aburrida de Coral Cay, aburrida de la tienda y, por lo visto, aburrida también de mí. Quiere mudarse a algún lugar de Europa, como París o Roma, tener una base y desde ahí viajar. «Volver al mundo», lo llama. Así que sí, estoy planteándome vender este lugar, aunque no quiera.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea.

En un acto reflejo, Kate miró hacia abajo y se fijó en los zapatos de Harp. Un par de *oxford* de aspecto muy caro.

—Es culpa mía —dijo—. No se lo había dicho a nadie hasta ahora, pero me resulta fácil hablar contigo —añadió—. Claro que uno tampoco puede contarle a la gente de aquí que su mujer ve su pintoresco pueblo como un… ¿Cómo fue lo que dijo? «Una ciénaga salobre a la que los mosquitos, los huracanes y los humanos van a morir».

—¡Vaya!

—Lo sé, mi mujer no tiene pelos en la lengua. Al menos, creo que sigue siendo mi mujer. Sigo recibiendo mensajes contradictorios al respecto. En fin, estoy divagando…

—¿Has recibido alguna oferta decente por la tienda?

—Todavía no. Lo cierto es que tampoco he estado mirando a fondo. Un interesado me hizo una oferta, pero resultó que lo que quería era un descuento por liquidación, debido a mi… complicada situación doméstica.

—Stewart Lord.

—Ah, las buenas noticias viajan rápido, pero las malas noticias aún más. El mantra de la vida del pueblo.

—Me ha sorprendido que trataras con él. Parecía tan…, eh…

—¿Delincuente?

—Exacto.

—Sí, pero era un delincuente con los recursos financieros necesarios para resolver mi problema actual. Desgraciadamente, no quiso renunciar a sus sucias ganancias, así que eso fue todo.

—Cuando le dijiste que no, ¿cómo se lo tomó?

—Mucho ruido y pocas nueces, lo cual, por lo que sé, era normal en él.

—¿Alguna amenaza?

Harp enarcó las cejas.

—Mencionó algo sobre que es mejor el dinero ahora que los remordimientos y los bolsillos vacíos después. Y me informó de que absolutamente nadie iba a hacerme una oferta mejor. Ni ninguna

oferta. Parecía bastante confiado al respecto. Supongo que era como estaba acostumbrado a negociar en su entorno.

—¿Alguna vez dijo de dónde era? Nadie consigue encontrar ninguna prueba de su existencia antes de que llegara a Estados Unidos.

—¡La trama se complica! Siempre dio a entender que era de Londres, del East End, de cuando todavía no existían todas esas galerías de arte y restaurantes de moda. Ya sabes, un chico duro de la calle. Un personaje de Dickens reconvertido. ¿Sería genial si todo eso fuera una fachada y realmente hubiera crecido en un barrio de clase media en Sheboygan?

—Pues algo en su historia no encaja. ¿Alguna vez mencionó a su familia?

—A mí no. Pero antes de hacerme la oferta solo lo había visto un par de veces. Pasó por la tienda. Le encantaba hablar sobre vinos. Aunque había algo en él, no sé…, demasiado estudiado. Recuerdo que dijo que le encantaba el *whisky*. Decía que su bebida diaria era un MacKendrick de malta única. Barrica añeja.

—MacKendrick es una buena marca. No soy bebedora de *whisky*, pero lo sé por mi trabajo en restaurantes.

—Bueno, esa variedad en concreto se vende a partir de trescientos dólares la botella. Es maravilloso disfrutar de las cosas buenas y tener los medios para hacerlo. Pero sospecho que él disfrutaba más del precio que de la bebida.

—¿Era todo pose?

—Exacto. Si le hubiera puesto un *whisky* barato, no habría notado la diferencia.

Harp sacó otra galleta espolvoreada de azúcar de la caja. Al hacerlo, Kate captó el destello de algo en su antebrazo. La esquina de un gran vendaje de color carne.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó señalando con el dedo.

—Ah, eso —dijo él alegremente—. Es un parche. Con todo lo que ha estado pasando últimamente, tuve una recaída y volví a fumar, pero ya hace casi una semana que lo he dejado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

En Main Street, a media manzana de la tienda de Harp, Kate se agachó y rascó cariñosamente la oreja de Oliver.

—¿Qué opinas? —preguntó acariciándole el flanco—. ¿Crees que es nuestro ladrón?

Le costaba conciliar la idea del *bon vivant* dueño de la tienda (y atribulado marido) con la misteriosa figura que la había aterrorizado hacía apenas una semana. Al mismo tiempo, había algo raro, pero no podía precisarlo.

—Venga, Ollie, le prometí a Maxi que no tardaríamos mucho. Está cuidando del fuerte, de los dos fuertes, ella sola. Vamos a echarle una mano y una pata.

Mientras caminaban, Kate echó un vistazo al otro lado de la calle y vio una figura familiar.

—Otra vez no —dijo en voz baja.

Con decisión, giró en la dirección contraria y se apresuró a cruzar la puerta de la tienda más cercana.

—Bienvenida a Wheels. ¿Deseas comprar, alquilar o echar un vistazo?

El acento británico de alta burguesía la sorprendió. También la chica de grandes ojos azules como la porcelana, flequillo rubio despuntado y mejillas rosadas sin una pizca de maquillaje en su piel impecable. Una perfecta rosa inglesa.

—¿Podría usar el teléfono? El teléfono fijo.

—Justo ahí, en la pared —dijo señalando—. ¿Cómo está Oliver? ¿Disfruta de sus paseos?

Kate vio que la chica tenía dos galletitas en la mano, mientras Oliver la miraba fijamente como hipnotizado. Kate cogió el auricular del teléfono de pared y marcó el 911.

—Necesito hablar con Ben —dijo con urgencia cuando la operadora se puso al teléfono.

—¿Emergencia o no emergencia?

—No es cuestión de vida o muerte, pero es muy importante. Me pidió que llamara si veía a alguien y acabo de verlo, pero se va a escapar. Por favor, necesito hablar con Ben.

—El detective Abrams está fuera de servicio, pero puedo ponerle con el oficial Hardy. Por favor, espere.

—¡No! Quiero decir que con el oficial Hardy no. Con el detective Abrams. Me dejó muy claro que hablara solo con él.

—Está comiendo. Déjeme ver si puedo localizarlo. Por favor, espere.

Se quedó esperando, impaciente. Mientras tanto, se preguntaba: «¿Sabrá el hombre de la gorra que lo he visto? ¿Se escapará otra vez?». Se le hizo un nudo en el estómago. Notaba la garganta seca. Tamborileó con los dedos sobre el auricular. ¿Dónde estaba?

Después de lo que le pareció una eternidad, Kate oyó una voz familiar en la línea.

—Detective Abrams. ¿Quién es?

—Detective, menos mal, soy Kate McGuire. El hombre de la gorra de béisbol está aquí.

—Mantén la calma. ¿Dónde estás?

Kate recorrió la tienda con la mirada.

—En una tienda de bicicletas, en el centro de la ciudad.

—Dile que estás en Wheels —dijo la chica inglesa, que obviamente había oído cada palabra—. Es probable que Ben esté al final de la calle, en el *pub*. Hoy tienen pastel de pollo —añadió servicial.

—Wheels, estoy en Wheels. El hombre estaba justo enfrente, en

la tienda que tiene el toldo azul y blanco, pero ha pasado ya un rato y probablemente se haya vuelto a escabullir.

—¿Qué lleva puesto? —preguntó el detective.

—Gorra de béisbol de color oliva desgastado, camisa hawaiana de color crema con algún tipo de estampado, pantalones cortos, gafas de sol grandes, zapatillas grises y calcetines blancos. Y lleva una gran bolsa de la compra marrón.

—Estoy en ello. Quédate donde estás, dentro de la tienda, no salgas. Iré a por ti después de peinar el vecindario. No te muevas.

—Siento haber interrumpido tu comida —dijo Kate, al borde de las lágrimas. Fue lo único que se le ocurrió decir.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La chica le dio a Kate un vaso de papel con un líquido lechoso y caliente. Olía a bergamota. Té Earl Grey.

—El té lo cura todo —afirmó—. Quizá no del todo, pero desde luego ayuda. Y también le pongo azúcar.

Kate se sintió como una idiota. Le había estropeado la comida al detective y había hecho el ridículo. Parecía una tonta histérica, y, a ese paso, todo Coral Cay se iba a enterar. Cosas de pueblo.

—Discúlpame, me siento tan estúpida… Un hombre me ha estado siguiendo desde que llegué a la ciudad…

—¿Un acosador? Eso es horrible. Aquí estarás a salvo. Además —dijo ella, sonriendo—, tenemos a Oliver, que nos protege.

—Soy Kate McGuire —dijo, extendiendo la mano—. Estoy trabajando en The Cookie House.

—Clarissa St. John. Claire. Mi novio me ha hablado de ti. Gabe Louden.

—Gabe me salvó la vida cuando llegué a la ciudad. Mi coche se averió en Main Street cuando iba de camino a una entrevista de trabajo en Fish-a-Palooza.

—Un sitio asqueroso. Esquivaste una buena bala. ¿Cómo está Sam?

—Mejor, aunque todavía estamos tratando de averiguar qué pasó realmente, para que pueda volver a casa.

—Gabe me lo contó. Quería ir a la reunión del club de lectura,

pero tenía demasiado que hacer aquí. Stewart Lord era un cerdo despreciable. Quien lo mató probablemente tuviera una buena razón.

Teniendo ese rencor y siendo británica, ¿sabría Claire más sobre Stewart Lord de lo que dejaba entrever? ¿Algo sobre su pasado oculto? Aunque, por otra parte, todos los que habían conocido al hombre de negocios parecían pensar lo mismo de él.

—¿Así que vendes bicicletas? —preguntó Kate, mirando a su alrededor.

—Las vendo, las alquilo y también las reparo. Tengo una mancha en la bata que lo demuestra —dijo Claire sonriendo—. Puede que no te hayas dado cuenta, pero para los lugareños las bicicletas son un medio muy popular para recorrer la ciudad. Sin ruido, sin contaminación, sin gasolina. Y puedes ir a donde quieras, incluso a la playa. Los turistas las suelen alquilar para las tardes; les hace sentir como si fueran de aquí. También tengo esos triciclos grandes que tanto les gustan a los jubilados. Incluso algunos de ruedas gordas que funcionan en la arena mojada, junto al mar.

Kate había visto los aparcamientos llenos de bicicletas por la ciudad y a gente yendo de aquí para allá sobre dos ruedas, pero, de algún modo, nunca había hecho la conexión.

—Solo por curiosidad, ¿cuánto costaría comprar una bicicleta? Estaba pensando en una con cestas para entregar los pedidos de la panadería.

—Tengo un par de modelos en *stock* que deberían ser de tu talla. ¿Mides alrededor de metro sesenta y cinco?

—Exacto. ¿Cómo lo has sabido?

—Los mecánicos de bicicletas somos como los sastres —dijo Claire, encogiéndose de hombros—. Y si la bici no te queda como un guante, es mejor que camines. Si es demasiado pequeña, tienes que esforzarte demasiado; si es demasiado grande, está desequilibrada. ¿Verdad, Oliver?

El cachorro levantó la vista, pero lógicamente no dijo nada.

—La que yo te recomendaría está prácticamente nueva —

continuó Claire—. Llegó hace unos meses y la he estado usando ocasionalmente para alquileres, pero podría reequiparla con cestas o soportes para cestas. De ese modo, podrías añadirlas y quitarlas según fuera necesario. Supongo que no serviría para entregar una tarta de boda, pero para lo demás te iría perfecta.

Un minuto después, Claire sacó del almacén una bicicleta de mujer de color azul celeste.

—Es de estilo retro, pero también cuenta con cinco velocidades, por lo que es bastante versátil.

—Es preciosa —dijo Kate—. Parece nueva.

—Con muy poco kilometraje, como dicen los vendedores de coches usados. Podría ponerle soportes aquí, en el portaequipajes trasero, para acomodar cestas o bandejas de diferentes tamaños. Y ya viene con la cesta de la parte delantera.

—Odio preguntar, pero ¿cuánto cuesta?

La puerta se abrió y Ben Abrams entró en la tienda.

—Señoras —dijo dando un toque en la punta de su sombrero panamá—, buenas y malas noticias. El tipo ha vuelto a escaparse.

A Kate se le desencajó la cara. Claire, que parecía casi tan alterada como Kate, le dio una palmada en el hombro.

—La buena noticia es que varios de los dueños de las tiendas han podido echarle un buen vistazo —dijo el detective—. He hablado con ellos y, si vuelven a verlo, me llamarán. Con discreción. Cuantos más ojos y oídos tengamos, mejor.

El detective hizo una pausa y sacó un pequeño bloc de espiral.

—Tengo una descripción general del sujeto: alrededor de un metro setenta, cuarenta y tantos, muy moreno, algo corpulento. —Se encogió de hombros—. Hay mucha gente así por aquí, y una de las testigos ha mencionado que tenía acento neoyorquino. Quizá de Brooklyn, aunque también podría ser del Bronx. Por lo que esa Phyllis sabe de Nueva York, podría ser Yonkers o Bean Town. Tú lo has visto un par de veces, ¿hay alguna posibilidad de que sepas quién es? ¿O hay alguna razón por la que alguien haya tenido que seguirte hasta aquí desde Nueva York?

—No, ninguna —dijo Kate sin rodeos—. Rompí con mi prometido, pero él ya está con otra; por eso rompimos. Tengo una hermana y un cuñado en Nueva Jersey, y, desde luego, no es mi cuñado. Además, ellos tienen su propia vida. Mi excasera acaba de vender su edificio de apartamentos por una pequeña fortuna, así que está feliz. El último restaurante en el que trabajé quebró, y todos están buscando trabajo. Y eso resume mi vida en Nueva York. Trabajaba dieciséis horas al día, no tenía tiempo para hacer enemigos. Además, tengo muy buena memoria para las caras. En mi negocio es importante, y nunca había visto a ese tipo antes de llegar a Coral Cay.

Ben asintió.

—De acuerdo, tenía que preguntar. Y has hecho bien en llamar. Hazlo otra vez si lo ves. No importa si estoy almorzando o cortando el césped, los operadores me localizarán.

Kate asintió y le estrechó la mano.

—Gracias. Y siento mucho lo de tu almuerzo.

—No pasa nada —dijo el detective, inclinándose para rascar amistosamente el cuello de Oliver—. Ya estaba terminando, lo único que me he perdido es el postre. Tarta de fresa. El doctor Patel probablemente te pondría una medalla por habérmela ahorrado. Ah, quería decirte que el laboratorio criminalístico ha terminado con tu móvil y los libros que recogimos de la panadería. Puedes pasar por la comisaría a recogerlos cuando quieras.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

—Cuídense, señoras, Oliver —dijo Ben, inclinando su sombrero mientras se daba la vuelta para irse—. Mantente alerta. Tenemos a todo el pueblo vigilando a ese payaso. Lo atraparemos.

Kate asintió, con una sonrisa tensa. Cuando la puerta se cerró tras él, se dejó caer contra el mostrador.

—Siento mucho que no hayan atrapado a tu villano —dijo Claire con seriedad—, pero Ben tiene razón: si todo el mundo lo está buscando, o lo atraparán, o lo ahuyentarán. Todos ganan, como decís los yanquis.

Kate sonrió a su pesar y miró con anhelo la bici azul celeste.

—Tienes razón. Voy a intentar quitármelo de la cabeza. ¿Cuánto cuesta esta preciosidad?

—Alquílala primero. Es lo que siempre recomiendo. Así puedes probar si es una buena opción para ti y para la panadería. ¿Qué tal setenta y cinco dólares a la semana por la bicicleta y un casco nuevo? Si te parece bien, lo consideraremos un anticipo, y podrías pagar los trescientos dólares restantes a plazos.

Kate echó cuentas. Trescientos setenta y cinco dólares eran mucho dinero, sobre todo porque no sabía ni cuándo ni cómo Sam podría pagarle. Pero podía cargar los primeros setenta y cinco dólares en la tarjeta; su cuenta lo soportaría. Una bicicleta le permitiría ir al estudio de yoga a primera hora de la mañana. Solo con lo que ganara de eso prácticamente la pagaría. Y si no tenía el dinero la semana siguiente, solo tendría que devolverla. Sacó la tarjeta del bolsillo de sus vaqueros y se la ofreció a Claire, sonriendo.

—Vale, ¡trato hecho!

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Maxi estaba hablando por teléfono cuando Kate entró en la floristería.

—Esto ha sido una locura desde que te has ido —dijo, mientras colgaba el teléfono—. Una locura. Se está corriendo la voz sobre Muriel. La policía está investigando su muerte. Por eso hemos perdido a algunos de la cuadrilla de pintura.

—Pero aún no tienen resultados. Es solo una teoría. Una de muchas.

—Lo sé, pero algunos padres no quieren correr ningún riesgo y les han dicho a sus hijos que volvieran a casa o que se fueran a la playa. Lo bueno es que la mayoría del equipo sigue aquí.

—Esas son buenas noticias, supongo.

—Y hay más noticias buenas. He hablado con Carl. El obrador está en muy buen estado, pero los almacenes de arriba necesitan pintura fresca. Dice que tiene una que no deja olor, ni emite gases, y que terminarán esta noche. Hay un muestrario, por si quieres elegir los colores.

Maxi le entregó un folleto a Kate.

—¿Sin compuestos orgánicos volátiles? Eso es perfecto para la panadería.

—También es seguro para las mascotas, así que será bueno para ya sabes quién.

—Son preciosos —dijo Kate, estudiando el folleto—. Me gusta

este, el amarillo mantequilla.

—El mismo que he elegido yo —confesó Maxi—. Y he pensado que tal vez ese azul clarito le iría bien al baño. Es casi blanco con un poquito de azul. Superrelajante.

—Sí, quedaría bonito. ¿Deberíamos preguntarle a Sam? Es su casa, al fin y al cabo.

—No, Sam quiere delegar, así que le dejaremos delegar. Además, después de arreglar el desastre que dejó el bobo de Kyle, esta es la parte divertida.

—Hablando de cosas divertidas, creo que me he comprado una bici.

—¿Lo crees? ¿Alguien te ha cogido el monedero y te ha dicho: «Ah, por cierto, aquí tienes una bici»?

—Más o menos. Me metí en una tienda de bicis para llamar a la policía después de ver otra vez al hombre de la gorra de béisbol.

—¡No! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—He tenido que interrumpir el almuerzo de Ben. No han conseguido atrapar al tipo. En el *pub* hoy tenían pastel de pollo y tarta de fresa. Y me he comprado una bicicleta. Bueno, la estoy alquilando durante una semana. Con opción a compra, si puedo pagarla.

—¿De la tienda de Claire?

—Sí. He pensado que podría usarla para entregas por la ciudad de la panadería. Me la va a traer mañana.

—Oh, las entregas en bicicleta son una gran idea. Galletas sobre ruedas. Galletas para llevar. Cookies on the Go. The Cookie House Express. Bueno, podemos pensar en un nombre más tarde. Y Claire te hará un buen precio seguro, no como esos lugares cerca de la parte turística. Entonces, cuéntame, ¿cómo te ha ido con Harp?

—Es un perfecto caballero, pero también podría ser nuestro ladrón.

—¿Qué? ¡No! Harp nunca robaría. Harp contrataría a alguien para robar y haría que el tipo usara guantes blancos.

—Le encanta el anís. Lleva zapatos rígidos, por supuesto, de lujo,

y fuma.

—No sabía que Harp fumara. Caroline odia el tabaco.

—Por lo visto era un viejo hábito y, con el estrés, volvió a caer, pero acaba de dejarlo. Lleva un parche. Y, según mis cálculos, lo dejó justo después del robo.

—¿Y el *aftershave*? —preguntó Maxi—. ¿Era el mismo?

—Totalmente diferente. El suyo es agradable. El otro no lo era para nada.

—Además, ¿por qué iba a hacerlo?

—No tiene sentido. Harp está pensando en vender la tienda, pero parece indeciso, y aún no la ha puesto en el mercado. Lord se enteró de la situación con Caroline y le hizo una de sus famosas ofertas a la baja. Cuando Harp la rechazó, le hizo lo mismo que a Sam: le aseguró que nadie más querría el lugar.

—Era una persona horrible —dijo Maxi—. Apretando a la gente cuando peor lo está pasando.

—Pero lo que hemos oído sobre Lord es que era un hombre de negocios muy astuto. ¿Decirle a alguien que no recibirá una oferta mejor? Eso es bastante normal. Suave, incluso. Pero Lord parecía creer que conseguir su propiedad a un precio mínimo era algo seguro. Casi como si fuera su derecho. Y cuando entró en la panadería, actuó como si ya fuera el dueño. ¿Por qué?

—¿Porque era horrible?

—No. O sea, sí que era horrible, pero creo que había algo más. ¿Dijiste que tenía planes para reurbanizar Coral Cay?

—Ese era el rumor. Más resorts turísticos y complejos de apartamentos muy caros y un casino, tal vez un campo de golf… Peter incluso escuchó que estaba investigando para hacer un aeropuerto, uno de esos para ricos.

—¿Un aeropuerto privado?

Maxi asintió.

—Eso supone demasiados problemas y planificación si lo único que has hecho son unas cuantas ofertas poco entusiastas por un par de propiedades.

—¿Qué opinas?

—La especialidad de Lord era conseguir terrenos por casi nada, después de los huracanes. ¿Y recuerdas lo que dijo Amos Tully en la reunión del club del libro? Cuando eso dejó de ser suficiente, se rumorea que hizo un trato con algunas de las compañías de seguros para retrasar los pagos. Si eso es cierto, significa que Lord intensificó su juego y aprendió a obtener aún más suelo por casi nada.

—¿Crees que aprendió algún truco nuevo? —preguntó Maxi.

—Sí —respondió Kate—. Sospecho que Stewart Lord tenía un plan. Algo grande. Algo que le habría permitido hacerse con Coral Cay por muy poco.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Aquella tarde, mientras Maxi le llevaba a Sam a la cárcel un almuerzo tardío y las buenas noticias sobre los planes de reapertura, Kate se quedó a cargo de Flowers Maximus y The Cookie House. Apremiadas por el tiempo, habían optado por uno de los pasteles de pollo de Bridget con tarta de fresas de postre. Antes de que Maxi se marchara, Kate le entregó dos cajas de galletas, ambas sin las etiquetas nuevas de The Cookie House.

—Esta es para Sam; así podrá disfrutar de un tentempié más tarde. Y esta es para Ben, por si lo ves. Al parecer, el hombre de la gorra y yo lo dejamos sin postre.

—No sé si es muy buena idea. ¿Conoces la expresión «el largo brazo de la ley»? Cuando la oigo, siempre veo a Ben en nuestra mesa durante la cena de Acción de Gracias alcanzando el pastel de cereza. A ese hombre le encantan los dulces.

Una hora más tarde, Kate no entendía cómo lo hacía Maxi. El teléfono de la florista sonaba casi sin parar. Aunque la mayoría de las llamadas eran bastante sencillas —gente que quería saber si tenía su flor favorita en *stock* o preguntar los precios de algunas plantas—, muchas eran grandes pedidos florales de última hora o cambios en los grandes pedidos florales de última hora.

Una futura novia necesitaba un presupuesto de flores para su boda, pero solo quería plantas autóctonas de temporada. ¿La fecha de la boda? O bien el próximo fin de semana, o Halloween. Aún

estaban pensándoselo. (Kate prometió que Maxi la llamaría en cuanto volviera de «otro encargo»).

Una segunda novia confesó que su padre había dicho que el presupuesto de la floristería para las rosas rojas y blancas era «jodidamente alto». ¿Qué otra cosa podía recomendar la señora Más-Buchanan que tuviera estilo y se ajustara a su presupuesto? («No se preocupe, la señora Más-Buchanan puede sugerirle algunas alternativas estupendas y se pondrá en contacto con usted esta tarde»).

Y llamaron dos hoteles. Uno tenía un huésped que planeaba una boda de última hora, otro necesitaba flores para un *baby shower* improvisado ese fin de semana: ¿podría atenderlos? (Por supuesto, Kate informó a ambos. «Y mi jefa, la señora Más-Buchanan, llamará para conocer los detalles y se encargará personalmente de los preparativos»).

Todo ello en medio de entregas para la panadería y la floristería, y llevando galletas, agua fría y limonada al equipo de pintura.

Cuando vio que el camión de UPS se detenía frente a The Cookie House, Kate abrió la puerta y cruzó volando el césped hasta la panadería. Se encontró con el repartidor justo cuando este iba por el camino de entrada cargado con una caja blanca con la inscripción MARCO'S impresa en los laterales con gruesas letras negras.

—Hola, soy Kate McGuire —dijo casi sin aliento—. Creo que esa es para mí.

—Kate McGuire de The Cookie House —dijo el joven sonriendo—. Firma ahí y estará listo —dijo entregándole la caja con una tableta electrónica encima—. Oye, ¿de verdad hacéis galletas?

—De todo tipo. Vuelve el sábado, vamos a hacer una gran reapertura para celebrarlo y regalaremos todo lo que horneemos. —Hizo una pausa y añadió—: Y las galletas de mantequilla de cacahuete son excepcionales, saladas y dulces.

—¿Con esas marcas de tenedor en la parte de arriba? Buah, esas son mis favoritas. Mi madre hace mil años que no las hace. De acuerdo, volveré el sábado. Puede que traiga algunos amigos,

también.

—Cuantos más, mejor —dijo Kate, preguntándose si necesitarían más provisiones.

Como las escaleras formaban una especie de jaula en la parte delantera de la panadería, se dirigió a la puerta trasera. Al doblar la esquina de la casa, vio a Carl Ivers sentado junto a la puerta fumando un cigarrillo.

—No se lo digas a Minette —dijo, inhalando profundamente y echando una mirada por el jardín.

La mente de Kate trabajaba contra reloj. Un cerrajero (y expolicía) sabría forzar una cerradura. Recordaba a Carl instalando un cerrojo a la mañana siguiente del robo y lo segura que se había sentido. Ahora se daba cuenta de que eso también significaba que él podía tener una llave de la panadería. Y con el proyecto de pintura, ¿quién iba a sospechar si lo viera entrar a cualquier hora? Iba a estar allí esa noche hasta tarde pintando los almacenes. Sería muy fácil para él tomarse un «descanso para fumar» y registrarlo todo en busca de lo que fuera que el ladrón quería. Echó un vistazo a sus zapatos: botas de trabajo con suelas rígidas.

—Ya no fumo —explicó—. Hace bastante tiempo… Solo uno de vez en cuando para relajarme. —Carl finalmente levanto la vista y la miró a los ojos—. ¿Qué llevas en la caja?

—Zapatos nuevos —dijo Kate rápidamente—. Los he comprado por internet.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Aquella tarde, mientras Maxi atendía el teléfono de la floristería y tecleaba en el ordenador, Kate se afanaba en la cocina de los Más-Buchanan cocinando hornada tras hornada de galletas. Al mismo tiempo, investigaba trucos y técnicas para elaborar la masa madre perfecta. Por desgracia, no podía probarla hasta pasadas veinticuatro horas. Francine Junior Junior necesitaba tiempo para adaptarse a su nuevo hogar en la despensa de Maxi y que fermentara un poco la harina.

Mientras tanto, Kate se las apañaba leyendo todos los manuales sobre masa madre que caían en sus manos, desde sistemas profesionales hasta trucos de chefs caseros. Tenía una selección de libros de cocina apilados en la encimera. Incluso había sobornado a Michael para que le cediera el iPad familiar y así poder acceder a algunos recursos en línea. El precio: un lote de galletas del sabor de su elección.

Como resultado, Michael, Javier y Elena estaban llevando a cabo negociaciones de alto nivel y a todo volumen en el estudio, mientras Oliver supervisaba desde el sofá. El sonido del timbre de la puerta los puso en marcha.

—¡Chico de la *pizza*! —gritó Michael.

—¡Pizzero, pizzero! —cantó Javier, saltando una y otra vez.

—*¡Pizza!* —exclamó Elena.

—¡Ya voy! —dijo Peter, dirigiéndose a la puerta principal, todavía

con su camisa de vestir y sus pantalones de traje.

Apenas había cruzado la puerta aquella noche cuando Maxi le informó de que le tocaba encargarse de la cena, así que se despojó de la chaqueta, se quitó la corbata y pidió *pizza*.

—Solución al nudo gordiano —informó felizmente a su mujer—. Y los niños pueden ayudarme a preparar la mesa fuera.

Cuando se sentaron todos alrededor de la mesa del jardín, Maxi lo miró y sonrió.

—Mí amor, eres un maravilloso chef italiano. Me encanta cómo cocinas.

Esperanza, con una sonrisita en la cara, cortó delicadamente su porción con cuchillo y tenedor.

—Oye, yo soy un hombre del Renacimiento normal y corriente: cocino, horneo, meto a los malos en la cárcel…

Maxi lo miró con intensidad.

—¿Cómo he podido tener tanta suerte?

—Bueno, si eso te ha impresionado, ahora vas a flipar. ¿Recuerdas los problemas que tuvimos para encontrar información sobre su majestad Stewart Lord en el Reino Unido?

Maxi y Kate asintieron mientras Javier cogía otro trozo de *pizza* con beicon y salchichas.

—Resulta que Lord no es su verdadero apellido, sino Larde. Paul Larde. Conocido en su antiguo barrio como Roly Paulie.

—¿Tenía antecedentes? —preguntó Kate.

—Algunas cosas de poca monta cuando era adolescente: hurtos, merodeos, paseos en coches ajenos. Parece que era más un aspirante que otra cosa. Y ya tenía el don de la palabra. Siempre se las arreglaba para librarse de cualquier cargo serio. Por lo visto, cuando tenía diecinueve años, su madre murió. No tenía mucho patrimonio, pero sí un buen seguro de defunción. Una especie de remanente del plan de pensiones del padre. El caso es que se suponía que cubriría los gastos y el resto lo dividirían entre Paul y su hermana, Mary.

—Creo que ya sé adónde va esto —dijo Maxi, cogiendo otro trozo

de *pizza* vegetariana y colocándolo con cuidado en el plato de papel de Elena.

Oliver, apostado en el césped cerca de la silla de la niña, no se puso pedigüeño, pero aceptaba encantado cualquier bocado que se le deslizara subrepticiamente y rescataba todo lo que cayera al suelo.

Peter sonrió.

—Sí. De algún modo, Paulie se hizo con el cheque y ambos desaparecieron. La hermana no volvió a ver a ninguno de los dos.

—¿Presentó cargos? —preguntó Kate.

—No lo vio necesario, al parecer. Conocía a Paul lo suficiente como para saber que el dinero ya habría desaparecido. El resto de los parientes tuvieron que pasar la gorra para enterrar a la madre.

—Eso es horrible —dijo Maxi.

—Pero cuadra con él —añadió Kate.

—Así que ese imperio inmobiliario lo empezó con dinero robado… —Maxi suspiró—. ¿Y qué pasará con él ahora?

—Salvo que aparezca el testamento, del que no hay rastro, su hermana se lo queda todo.

Maxi soltó una carcajada. Kate sonrió.

—Genial. —Levantó su vaso de agua—. ¡Por el karma!

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El viernes por la mañana, mientras Maxi atendía el teléfono y terminaba varios pedidos en Flowers Maximus, Kate se dirigió a la panadería. El exterior estaba casi acabado. El equipo de pintura estaba terminando la parte trasera de la casa y Carl confiaba en acabar al atardecer.

El piso de arriba estaba precioso. Gracias al producto que Carl había utilizado, el olor a pintura nueva no era sofocante. Y el pálido color amarillo mantequilla intensificaba la luz del sol. Para Kate, que había vivido durante años en un destartalado piso neoyorquino donde la mayor parte de la iluminación procedía de fluorescentes y rieles de luz, era como un vaso de agua fresca al llegar del desierto.

Y Maxi había acertado con el baño. El azul le daba un toque fresco y relajante. El lugar perfecto para darse una ducha reconstituyente después de pasar el día en el calor del obrador.

«Esto es solo temporal —se recordó Kate—. Lo siguiente en la lista después de que abra la panadería y termine la temporada turística es tener mi propia casa. Aun así —pensó mirando a su alrededor con nostalgia—, esto es precioso».

Se acercó a las ventanas abiertas y miró hacia la ciudad, sintiendo la intensa brisa en la cara. Olía a mar. Podía ver gran parte de Coral Cay, incluso un poco de agua turquesa a lo lejos. Cuando Kate miró hacia abajo, se quedó atónita. La planta muerta había desaparecido y había sido sustituida por un sano hibisco salpicado

de flores de color rosa intenso. Y en la segunda jardinera, recién pintada de blanco, había una gemela de la primera.

Maxi.

¿Pero de dónde había sacado el tiempo? Había pasado la mayor parte del día anterior colocando grandes macizos de flores a lo largo del porche y por el camino de entrada de The Cookie House. Había tenido un poco de ayuda de Bridget O'Hanlon, que había ido a llevar el almuerzo y había acabado pasando la tarde. Maxi incluso había conseguido «tomar prestados» a algunos de los chicos del equipo de Carl.

Los resultados eran espectaculares. Cerca de la casa, los parterres de petunias eran rosa intenso o blancos («porque quedarán bien con el rosa claro de la casa», le había confiado Maxi). Había puesto plantas a lo largo del camino de entrada con hojas verde oscuro y pequeñas flores blancas de dulce aroma. Y en la intersección entre el camino de entrada y la acera principal, dos enormes parterres de petunias de vibrante color añil.

—Esto llamará la atención —había explicado Maxi—. Las inmobiliarias lo llaman atractivo en la acera. Los ojos de los clientes suben por la acera y sus pies los siguen hasta la puerta principal. Ciencia.

Hasta el césped tenía buen aspecto. Kate pensó que se debía a los aspersores que Maxi conectaba para regar cada noche.

—No —había confesado finalmente la florista—. Es porque es *rye grass*. Una semilla de centeno con un poco de agua y mucho amor te dará un césped muy verde, y brota rápido, rápido, rápido.

El día anterior, mientras los demás habían estado plantando o pintando, Kate había vuelto a fregar a fondo el obrador y la zona de la tienda. Incluso había pulido el suelo. Todo estaba reluciente. Los nuevos suministros estaban apilados en el almacén y en el frigorífico, a la espera del visto bueno del inspector de Sanidad.

¡El teléfono móvil! Se había olvidado de recogerlo en la comisaría. Curiosamente, después de vivir pendiente del móvil durante años, sobre todo cuando buscaba trabajo, vivir sin él era

extrañamente estimulante. Sin interrupciones en los peores momentos, sin las insistentes demandas de Jeanine ni las continuas noticias de Amanda Thorpe… O, peor aún, la ausencia de mensajes de voz del hijo de esta. Y lo mejor de todo era que no tenía la tentación de ponerse a mirar fotos de Evan y Jessica juntos.

Era como hornear: saboreaba el lujo de centrarse completamente en lo que era real y palpable. Amigos, comida, trabajo. Era una alegría. Kate sonrió. Tal vez, inconscientemente, por eso seguía «olvidándose» de recoger el teléfono.

Oliver se apoyó en su pierna. Luego le pisó el pie. Cuando ella bajó la vista, el perro la miró directamente a los ojos y volvió a hacerlo.

—¿Intentas llamar mi atención, pequeñín? —Se arrodilló y le acarició el suave pelaje color avena del lomo, terminando con un vigoroso rascado detrás de una oreja. Su cola se movió más rápido —. ¿Sabes? Esta también es tu casa, si quieres —dijo suavemente, sentándose en el suelo—. Ya sé que no te entusiasma la idea de tener un hogar fijo, y lo entiendo, pero este sitio es muy agradable y voy a estar horneando galletas de jengibre justo abajo, así que ahí lo dejo. Yo también tenía mis reparos, pero en la última semana he perdido la costumbre de vivir sola. No sé cómo voy a hornear nada sin Michael y Javier peleando por los juguetes de fondo. O Elena cantando y rebotando en el sofá. Raro, ¿verdad? Por eso me encantaría tenerte como compañero de piso, que lo sepas. Bueno, si el lugar cumple con tus requisitos y todo eso. Pero si decides quedarte, no se lo diremos al inspector de Sanidad, lo cual es justo, porque tampoco le diremos que yo vivo aquí.

Oliver ladeó la cabeza y la escrutó. Luego dio tres vueltas y se hizo un ovillo junto a ella. Un «tal vez» clarísimo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Tres fuertes golpes en la puerta de abajo hicieron que Kate se sobresaltara.

—¡Departamento de Sanidad!

Kate se levantó de un salto.

—¡Ahora no! —le dijo a Oliver—. Llega pronto. Se suponía que no vendría hasta esta tarde, después de las tres.

El cachorro ladeó la cabeza.

Tres golpes más hicieron que el corazón de Kate se acelerara.

—¡Oh, no, está en la puerta de atrás! ¿Cómo voy a sacarte de aquí? Si vamos por el obrador, te verá.

Kate cogió el teléfono fijo rojo de la estantería y marcó un número familiar.

—Flowers Maximus, soy Maxi.

—Maxi, soy Kate. La inspectora de Sanidad está en la puerta de atrás y Oliver está en mi habitación.

—¡Vaya! ¡Cuando llueve, diluvia!

—¡Un momento! ¡Ya voy! —gritó Kate. Al teléfono susurró—: ¿Qué hacemos?

—Deja al señor Oliver arriba —dijo Maxi—. Cierra la puerta de tu habitación y deja abierta la de la parte de atrás. Voy a buscarlo. Mientras tú distraes a la inspectora, nosotros nos escaparemos.

—De acuerdo.

—¡Suerte!

Kate miró a Oliver, que parecía totalmente optimista.

—Recuerda, estate muy, muy quieto —dijo Kate, alborotándole el sedoso pelo de la parte superior de la cabeza—. Maxi estará aquí enseguida.

Bajó corriendo las escaleras y abrió de golpe la puerta de atrás.

—Hola, soy Kate McGuire —dijo casi sin aliento—. ¡Bienvenida a The Cookie House!

—Soy Stella Branch del Departamento de Sanidad del condado. Empecemos por el obrador.

Stella, con una blusa blanca de manga corta, pantalones negros rectos y un moño apretado, parecía de las que no se andaban con tonterías. Si veía a Oliver, sería el fin. Adiós, panadería. Adiós, gran reapertura. Adiós, negocio de Sam. Lo perdería todo.

Mientras Stella se agachaba para examinar la cocina y el horno, Maxi entró de puntillas por la puerta trasera. Saludó a Kate con la mano y subió silenciosamente las escaleras. Kate oyó el chirrido de una puerta que se abría. Stella se enderezó.

—¿Qué ha sido eso?

—Ruido de casa vieja —dijo Kate rápidamente—. Se asienta. Si estás aquí sola por la noche, es realmente espeluznante.

—Da miedo. Bien, veamos el frigorífico.

Kate abrió la puerta y la sujetó, dejando que la inspectora mirara primero. Al hacerlo, vio que Maxi, con Oliver en brazos, bajaba las escaleras y salía por la puerta trasera. Lo último que Kate vislumbró mientras se alejaban fue al desgarbado cachorro, con las patas delanteras apoyadas en los hombros de Maxi, sonriéndole.

Stella sacó un termómetro del bolsillo, lo sostuvo en alto y le dio varios golpecitos. Luego pulsó un botón de su reloj. Medio minuto después, pitó y comprobó la lectura.

—Cuatro grados. Perfecto. Y muy limpia. Pero no parecías estar de broma con lo de los ruidos.

Después de un agotador examen de noventa minutos que abarcó cada centímetro del obrador, la tienda, los almacenes de arriba y los baños, Stella dio a The Cookie House una nota de noventa y nueve

en su inspección sanitaria.

—He restado medio punto por tener que esperar para entrar, porque se supone que debemos tener acceso inmediato en todo momento —explicó Stella—. Y otro medio punto por las escaleras que hay tiradas en el césped del jardín trasero. Eso es un peligro para la seguridad. Entiendo que no es la entrada habitual de los clientes, pero tenemos que examinar todos los puntos de acceso. Además, tendréis una inspección sorpresa de seguimiento en los próximos treinta días. Eso sí, lo de los crujidos en una casa grande y vieja es escalofriante.

Kate se encogió de hombros.

—Acabas acostumbrándote.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Kate apareció en la puerta de Flowers Maximus.

—Sacad el champán y encended los hornos: ¡hemos pasado!

—¿Hemos pasado? —preguntó Maxi, asombrada.

—Hemos pasado. Noventa y nueve de cien. Lo hemos conseguido. Todos nosotros. Todo el pueblo. The Cookie House puede abrir sus puertas.

—Sam se pondrá muy contento.

A Maxi se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo sé —dijo Kate, tendiéndole un pañuelo—. Es un momento agridulce, pero podemos asegurarnos de que conserve la panadería y tenga algunos ingresos. Así podrá seguir luchando.

Maxi se secó los ojos.

—Tienes razón. Batalla a batalla, y esta la hemos ganado.

—Lo hemos hecho, ¿verdad, Oliver? —dijo Kate, frotándole el lomo y luego rascándole la barriga mientras su peluda cola se movía alegremente—. ¡Te has portado tan bien! Sí, señor. Y lo primero que salga de aquel obrador será un lote de tus galletas de jengibre favoritas por ser tan buen chico.

—¿Y yo qué? —dijo Maxi, con los brazos en jarras—. Yo he hecho el contrabando y el transporte, y este cachorrito pesa lo suyo. Debe de haber estado picando entre horas.

—Tú también puedes pedir lo que quieras.

—No sé, unas galletas de jengibre suenan muy bien, sobre todo

con un vaso de limonada.

—Trato hecho. Le llevaré el almuerzo a Sam y luego me pondré a hornear. Creo que si empiezo ya, tendremos suficiente para mañana, y tal vez consiga cogerle el truco a eso de la masa madre.

—¿Cómo lo llevas?

—He quemado una tanda. Otra estaba bien, si podías atravesar la corteza de hormigón, y la tercera no se ha dorado. Tal vez Francine echa de menos a Sam.

—Tal vez The Cookie House también —dijo Maxi—. Sin duda, tiene que ser más fácil hornear esas cosas en un horno profesional. Así pues, quizá deberíamos devolver a la nieta de Francine a su verdadero hogar.

—Vale —dijo Kate—, pero creo que también deberíamos dejar un poco en tu casa. Por si acaso.

—¿No creerás en serio que Carl es el ladrón? Yo no lo creo.

—Sinceramente, yo tampoco —confesó Kate—, pero así nos aseguramos de tener una reserva. Tenemos que proteger a Francine, sea quien sea el ladrón.

—Por mí de acuerdo, pero si Javier se la come, no digas que no te avisé.

Veinte minutos y un torpe paseo en bicicleta más tarde, Kate estaba sentada en una silla plegable de metal frente a la celda de Sam. «Resulta que montar en bici no es exactamente como montar en bici», reflexionó mientras veía al panadero devorar su segundo almuerzo. Y había estado a punto de chocar con una furgoneta de reparto de periódicos para demostrarlo.

—Yo siempre saco cien —dijo Sam—. ¿Qué ha pasado con el otro punto?

—Lo conseguiremos la próxima vez —contestó Kate—. Habrá una inspección sorpresa en las próximas dos semanas.

Sam asintió mientras se llevaba a la boca un poco del guiso de cerdo y pimientos de Esperanza y mojaba la salsa con un trozo de

panecillo.

—Buenos panecillos de levadura.

—También los hacemos para las clases matinales de Sunny. Parece que les gustan. Tiene algunos alumnos de más durante el verano, así que ha aumentado el pedido.

Sam volvió a asentir.

—Con respecto a la masa madre —dijo Kate—, sé que es un pan muy técnico. No perdona nada. Hace años que no lo hago, pero he estado leyendo sobre el proceso. Ya sabes, repasando los detalles. Incluso he visitado un par de panaderías y he aprendido algunas técnicas. Quiero que sea absolutamente perfecto, pero me preguntaba si tienes algún consejo o secreto que puedas compartir conmigo.

Por alguna razón, a pesar de su título y sus ocho años de experiencia, se sentía como una impostora total.

—No será perfecto.

—Bueno, sé que no será tan bueno como el tuyo —dijo Kate—. A todo el mundo en el pueblo le encanta tu masa madre, y la mía no va a ser exactamente igual, pero me estoy esforzando para que sea lo más parecida posible y los clientes sigan viniendo.

Él deslizó un papel arrugado entre los barrotes. Era la página de un libro de crucigramas. En un lado había una receta escrita a mano de pan de masa madre.

—Hazla todas las mañanas. Nunca será exactamente igual. Nunca será perfecta. Sea lo que sea. He anotado lo que puedo recordar de la mezcla. No hay secretos. Solo ámala.

Ella lo miró, perpleja. ¿Lo había oído bien?

Sam hizo una pausa.

—Francine lo sabe —dijo finalmente—. La masa lo sabe. Sabe si la amas. Sabe si quieres estar ahí, horneando. Si la amas, lo harás bien. El resto son tonterías. Un montón de ruido.

Tras eso, Sam continuó comiendo.

Kate sintió una chispa de esperanza, estaba motivada. Tal vez, después de todo, podría conseguirlo.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

De camino a casa en bicicleta, Kate decidió que era hora de adoptar las costumbres del lugar. Al menos hasta que se sintiera más segura sobre las ruedas, iría en bici, pero por las aceras. En muchas partes de Nueva York no era legal, pero sí en Florida.

Por fin había recogido su teléfono y el cargador de la policía. Estaba, como era de esperar, completamente muerto, y no tenía ninguna prisa por cargarlo.

Mientras paseaba por el centro de la ciudad, Kate planeó su primera sesión de repostería en The Cookie House. En honor a Ginger, Oliver y Maxi, la primera hornada sería de galletas de jengibre. Luego seguiría con un par de las clásicas: pepitas de chocolate y mantequilla de cacahuete.

Estaba contemplando la posibilidad de añadir unas pepitas de chocolate a una de las tandas de galletas de mantequilla de cacahuete cuando dobló la esquina y se cruzó con una figura fornida y familiar: el hombre de la gorra de béisbol. El atuendo del día: camisa hawaiana verde pálido, pantalones cargo color canela y sombrero de paja. Con las mismas gafas de sol. En lugar de una bolsa de la compra, llevaba una riñonera gris. El aspecto típico de un turista.

Kate pasó de largo como si no lo hubiera visto, pero, en lugar de dirigirse a The Cookie House o a la floristería, dobló la esquina y se

encaminó hacia Oy&Begorra. Ben no estaba en la comisaría. Y cualquier hora antes de las dos seguía siendo técnicamente la hora de comer. Además, si podía localizarlo ella misma, ¿para qué necesitaba un teléfono?

Cuando Kate bajó de la bici, vio a Ben saliendo del *pub*.

—¡Detective!

—Señorita McGuire. Buena bici. ¿Claire?

—Kate. Y sí.

Él sacudió la cabeza.

—Tarde o temprano, esa chica nos convertirá a todos.

—Acabo de verlo. Al hombre de la gorra de béisbol. Estaba delante de Coral Cay Books. Llevaba una camisa verde pálido, gafas de sol grandes, un sombrero de paja con forma de cubo y pantalones cortos color canela, con una riñonera.

—Voy para allá. ¿Te importa si te cojo la bici?

Kate le entregó la bicicleta y lo vio salir a la calzada y pedalear manzana arriba. Incluso vistiendo una americana, con un pie escayolado y una bici a todas luces demasiado pequeña, el detective conseguía que pareciera fácil.

Kate caminó rápidamente en la misma dirección. Si el tipo huía de Ben, lo perseguiría. Y lo abordaría, si era necesario. Con la acera llena de turistas y un policía en bicicleta, se sentía valiente.

Mientras volvía sobre sus pasos, casi corriendo, vio a Ben con el hombre de la gorra de béisbol. *¡Atrapado!* El detective parecía estar sereno, pero el hombre no paraba de hacer aspavientos con los brazos. Incluso sin oír lo que decía, Kate supo que estaba enfadado. *Ya era hora*.

—Oye, Kate, te presento a Manny Stenkowski. El señor Stenkowski es detective privado.

—Una profesión totalmente respetable —dijo el hombre—. Y legal.

—Acosar no lo es —espetó Kate.

—Ahí te ha pillado, Manny —dijo Ben—. ¿Quieres presentar cargos, Kate? Si lo haces, podemos llevárnoslo.

—Tío, eso es una gilipollez —dijo Manny—. ¡No podéis hacer eso! Tengo licencia. Me atengo a las reglas.

—Preferiría saber para quién trabaja —admitió Kate.

—No puedo decírtelo. Hice un juramento.

—Sí, Manny, ahora resulta que eres cura.

—Si se lo digo, perderé un cliente. Y, si ese cliente lo cuenta, perderé a todos mis clientes. Tengo dos exesposas y un beagle, y dependen de mí.

—Lo del beagle es un buen argumento —dijo Ben—. Este es el trato: nos lo dices y no te arresto por acosar, vagabundear, tirar basura y usar esos pantalones cortos todos los días de esta semana.

—No son los mismos. Tengo cinco pares y los lavo. Tienen bolsillos para guardar de todo y son oscuros para no llamar la atención.

—Deberías haberte comprado un traje entero de ese tejido —dijo Ben—. Entonces, quizá, no estaríamos aquí parados. Venga, decídete.

—Tengo el deber ético de mantener el canon de mi profesión.

—¿Canon? —Ben cogió un par de esposas del cinturón y se las mostró a Manny—. Tú, amigo mío, tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digas…

—¡Evan Thorpe! Me ha contratado Evan Thorpe.

Kate se quedó con la boca abierta. Ben miró a Kate y asintió levemente con la cabeza.

—¿Evan? ¿Por qué? ¿Qué se suponía que tenías que hacer? ¿Asustarme para que volviera corriendo a Nueva York?

—¡No! Nada de eso. El tipo está preocupado por ti. No le contestabas a las llamadas y un buen día te mudaste. Está realmente preocupado. Quiero decir que yo creo que quiere que vuelvas, pero todo lo que se suponía que debía hacer era seguirte y asegurarme de que estabas bien. Husmear y ver en qué andabas, si necesitabas algo y, de ser así, ayudarte discretamente.

—¿Cómo supo siquiera que estaba aquí?

—Rastreó tu teléfono por el continente y luego hasta el resort.

Entonces pensó que necesitaba un profesional y me contrató —terminó Manny con orgullo.

—No lo creo —dijo Ben.

—Vale, contrató a un amigo mío, pero su mujer se puso de parto, así que cogí el caso.

Ben asintió.

—¿Fumas? —preguntó Kate.

—¡No, de ninguna manera! ¿Pero qué tiene eso que ver? —preguntó Manny, perplejo.

Ben se encogió de hombros.

—¿Eres de aquí? —preguntó Kate.

—De Orlando —dijo Manny—. Pero cubrimos todo el estado. ¿Estamos en paz? —le preguntó a Ben.

El detective de policía asintió.

—No, no lo estamos —dijo Kate, repentinamente.

—¿Cómo? ¿Qué?

Ben se encogió de hombros.

—Él ha prometido no arrestarte —dijo ella, señalando al detective de policía—, pero lo primero que voy a hacer es llamar a Evan y contarle exactamente cómo he descubierto que ha contratado a un detective privado y lo furiosa que estoy.

—¡Ah, señora, no! —dijo—. Tengo…

—Sí, lo sé, dos exmujeres y un beagle —dijo ella, sonriendo—, pero, por suerte para ti, creo que podemos llegar a un acuerdo.

CAPÍTULO CUARENTA

Kate subió la bicicleta por los escalones del porche de The Cookie House, enrolló con cuidado la cadena forrada de plástico alrededor de una de las columnas laterales y la cerró con llave. Mientras lo hacía, un rayo de color avena cruzó el césped, subió corriendo los escalones y se lanzó sobre sus piernas.

—Hola, Oliver —dijo Kate, frotando los flancos del cachorro y alborotándole el pelo de la cabeza.

—¿Quién es este? —preguntó Manny.

—Este es Oliver y, lo creas o no, todavía es un cachorro. Aún está a medio crecer.

—Sí que va a ser grande —dijo el investigador privado.

—Pasa, te prepararé café.

Manny los siguió al obrador.

—Hey, qué bonito. ¿Ahora llevas tú el local?

—Lo hago por un amigo, solo temporalmente.

—Sí, me he enterado de que el dueño envenenó a alguien.

—No, no fue él. Y ha sido acusado, no condenado.

—¿Eres abogada y panadera?

—Te ofrecería galletas, pero de momento se nos han acabado —dijo mientras Manny se acomodaba en un taburete cerca del mostrador—. Vuelve mañana, las vamos a regalar, literalmente.

—¿En serio? —preguntó mientras Oliver olfateaba educadamente las rodillas del detective y luego sus zapatos, antes de acurrucarse

bajo el taburete.

—Mañana es la gran reapertura —explicó Kate—. Será divertido. Y ya no tienes que andar escondiéndote. Si quieres saber algo, pregúntamelo.

—Vale, ¿cómo es que dejaste a Thorpe? El tipo está forrado y, por lo que he oído, parece una estrella de cine.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—¿Rubia, morena o pelirroja?

—Rubia. Su agente inmobiliaria.

—Lo siento.

—No pasa nada, soy feliz aquí y espero que él lo sea allí. Y así vamos a seguir.

—No creo que sea feliz. Con ella, quiero decir. No contratas a un investigador privado cuando eres feliz. Somos como la policía: la gente solo nos llama cuando algo va mal, realmente mal. Tengo la sensación de que siente que lo abandonaste.

—Lo hice y no pienso volver. ¿Lo quieres con leche?

—Si la tienes. También un poco de azúcar, si te parece bien. Sé que debería beberlo solo, pero es que el que hacen ahora es demasiado fuerte. Si no lo diluyes un poco, parece ácido de batería.

Se agachó y rascó al cachorro detrás de una oreja.

—Guau, tiene un pelaje muy suave.

—Sí, y parece que le gustas.

—Seguro que huele a John Quincy.

Kate dejó la bandeja entre los dos sobre la encimera. Manny sacó el móvil, lo tocó varias veces y lo levantó.

—Mira.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Es John Quincy. Oficialmente, John Quincy Adams Stenkowski. Mi perro. No mentía.

Kate entornó los ojos al ver la foto. Manny, arrodillado en la hierba de lo que parecía un parque, con el brazo alrededor de un beagle de aspecto brillante.

—Este es él durmiendo en el sofá —dijo Manny mientras pasaba

las fotos.

—Es adorable —dijo Kate. Y lo era, abrazado a un balón de fútbol.

—Era un perro rastreador de cadáveres. Lo llamaron Quincy por el forense de la tele. Estuvo un año entero de entrenamiento. Encontró dos cuerpos a la primera. Gran olfato. Pero cuando lo sacaron la tercera vez, no quiso salir del camión. Ponía la cabeza sobre las patas y suspiraba. No comía, no quería jugar ni correr con otros perros. El entrenador nunca había visto nada igual.

—¿Qué le pasaba?

—Estaba deprimido. El adiestrador conocía a mi ex. Le dijo que iban a llevar al viejo Quincy a la perrera. Por supuesto, eso fue todo lo que ella necesitó oír. Margot es policía: cabeza dura, corazón blando. Lo llevó a casa esa noche. Le cambió el nombre: John Quincy Adams, como el sexto presidente. Quería que fuera más o menos igual, para que no se confundiera. Ahora es el perro más feliz que hayas visto jamás. Y se le ilumina la cara cuando entro por la puerta cada noche. Me encanta. Margot y yo nos separamos, pero compartimos a John Quincy.

Kate roció con leche su café y bebió un sorbo largo, satisfecha. Manny echó tres cucharadas colmadas de azúcar en el suyo y siguió con la leche suficiente para que el café adquiriera un color tostado claro. Hacía juego con sus pantalones cortos.

—Necesito tu ayuda —dijo Kate—. El hombre que murió se llamaba Stewart Lord.

—¿Te refieres al tipo que mató tu amigo? —Kate se echó hacia atrás y lo fulminó con la mirada.

—Vale, vale —dijo Manny, levantando las palmas de las manos en señal de rendición.

—Era promotor inmobiliario —continuó ella—. Y digamos que tenía problemas éticos.

Manny sonrió.

—Quería comprar Coral Cay.

—¿Qué parte?

—Toda, por lo visto —dijo Kate mientras las cejas de Manny daban un respingo—. El hombre tenía un ego como una catedral, pero, para empezar, quería centrarse en el centro de la ciudad. El distrito comercial.

Manny asintió. Kate respiró hondo.

—Y no es tan descabellado como parece. La especialidad de Lord era Comprar propiedades cuyo valor había bajado repentinamente. Aparecía después de un desastre natural y pagaba en efectivo, pero solo lo mínimo. O se dirigía a propietarios con problemas personales o financieros —añadió Kate, recordando a Sam y Harp—. Por lo que sé, Lord creía que el valor de la propiedad en el centro de Coral Cay iba a caer en picado en un futuro no muy lejano. Y él estaba dispuesto a sacar ventaja de eso, pero no se puede crear un huracán y mucho menos predecirlo.

—Crees que tenía algo planeado —dijo Manny.

—Lo creo, y me gustaría que averiguaras qué era.

—Caramba, no pides nada…

—Mira, no tienes que trabajar gratis. Sigue facturando a Evan. Dijo que quería ayudarme discretamente. Estarías haciendo exactamente lo que te pidió, ayudarme, tan discretamente que ni siquiera él lo sabrá.

—Vale, pero estoy bastante seguro de que no se refería a eso —dijo Manny, sacudiendo la cabeza—. Además, se supone que debo darle información sobre ti.

—Te daré información sobre mí. Incluso posaré para alguna de esas fotos robadas con teleobjetivo —dijo—. Pero lo que realmente necesito, lo que todo el mundo en esta ciudad necesita, es averiguar exactamente qué tramaba Stewart Lord y si ese plan sigue en marcha sin él.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Cuando Manny se marchó, Kate preparó el obrador para su primer proyecto, las galletas, pero, después de bajar un montón de bolsas pesadas del almacén, le apetecía un descanso. El lado positivo: entre las bolsas y la bicicleta, ¿quién necesitaba yoga?

Después de ducharse y tomarse otra taza de café, Kate reflexionó sobre la conversación con Manny. El tipo tenía buen corazón y había accedido a colaborar, por un tiempo, pero tarde o temprano se les acabarían las nuevas historias que contarle a Evan sobre su vida en Coral Cay o Evan perdería el interés. En cualquier caso, esperaba que al investigador privado se le diera mejor reunir información sobre los planes de Stewart Lord que seguirla a ella.

Kate suspiró. Por lo menos ya no tenía que preocuparse del acosador. Y Manny, desde luego, no era el ladrón. No fumaba. Dudaba que tuviera siquiera un par de zapatos rígidos. Y su colonia preferida era Old Spice, con un toque de *pizza* de ajo.

Kate abrió la nevera y cogió una bolsa de limones y un litro de agua fría. Cuando levantó la vista cinco minutos más tarde, Oliver, que llevaba dando vueltas desde el amanecer, dormitaba donde finalmente se había dejado caer, en un lugar soleado de la parte delantera de la tienda. De vez en cuando, oía su suave respiración. Kate puso la jarra en una bandeja con una pila de vasos de papel y abrió la puerta que daba al jardín trasero.

—Hola, chicos, ¿os apetece un poco de limonada fresca?

Al instante, se vio rodeada por una pandilla de adolescentes y veinteañeros sedientos, junto con unos cuantos jubilados.

—Ya casi está —dijo Carl—. Queda retocar un poco los adornos y listo.

Kate dio un paso atrás y echó un buen vistazo. Toda la casa era de un rosa suave, apenas perceptible. Contrastaba con el blanco limpio de las molduras de pan de jengibre y las contraventanas. Parecía una casa de muñecas hecha realidad, como si la hubieran glaseado con crema de mantequilla y espolvoreado con azúcar para una fiesta infantil.

—Es perfecta —dijo en voz baja—. No puedo creer lo que habéis hecho. Esto es… Es precioso.

Todos los miembros de la cuadrilla sonrieron.

—¿Qué tal más galletas? —preguntó Justin—. No sé los demás, pero yo me apunté por ellas.

Otro chico, más o menos de la misma edad, le dio un codazo.

—Cuenta con ello —dijo Kate—. La primera hornada estará lista dentro de unos cuarenta minutos. ¿Crees que podrás aguantar tanto?

—Seguro que aún estaremos aquí —respondió Carl—. Hoy vamos contra reloj, pero llegaremos, aunque tenga que volver la semana que viene y retocar algunas partes.

—Recordad —dijo Kate— que mañana abriremos la panadería para compartir el pan y las galletas con todo el mundo. Serán gratis para dar las gracias a la gente, y vosotros sois los que más os lo merecéis.

—Bueno, ya será menos —dijo Carl, rellenando su taza vacía—. Aunque no me importaría poner un cartelito en el jardín con el nombre de la ferretería y el número de teléfono, a modo de publicidad.

—Por supuesto —dijo Kate, rellenando las tazas mientras los chicos se agrupaban delante de ella—. Es más que justo. No me puedo creer lo bien que ha quedado.

—Sí, realmente necesitaba una mano de pintura —dijo Carl—. Un poco de cariño, como dijo mi Minette. Y tenía razón.

—A Sam le va a encantar —le dijo Kate a Carl en voz baja—. Es precioso. ¿Y el hecho de que os hayáis reunido para hacerlo? Le va a hacer muy feliz. Estoy deseando que lo vea.

Carl se giró bruscamente, cogió una escalera que había cerca y la hizo sonar con fuerza.

—¡Bien, chicos, se acabó el descanso! Aún nos queda trabajo por hacer y no mucho tiempo.

Los miembros de la cuadrilla, con cara de perplejidad, apuraron las bebidas, tiraron los vasos al cubo de la basura y volvieron a sus puestos. Kate estaba igual de perpleja.

—¡Galletas en unos cuarenta minutos! —dijo con entusiasmo, pero la brisa se llevó su voz.

Fiel a su palabra, y solo treinta minutos más tarde, sacó del gran horno industrial la primera rejilla cargada de bandejas con galletas de jengibre. La panadería olía a jengibre, canela y azúcar moreno. Kate introdujo en el horno grande la segunda rejilla, llena hasta arriba de bandejas con galletas de chocolate. Hacía por lo menos tres años que los hornos de The Cookie House no cocinaban galletas de verdad. ¿Qué pensaría Sam?

Atraído por el olor y el ruido, Oliver apareció bajo las puertas batientes del obrador.

—¿Has dormido bien? Llegas justo a tiempo, pero primero tenemos que dejar que se enfríen un poco. Si no, te quemarías la lengua.

Oliver ladeó la cabeza y miró primero las galletas y luego a Kate, como si estuviera sopesando sus palabras.

—Merece la pena esperar —dijo ella, acercándose y agachándose para rascarle debajo la barbilla—. Lo prometo.

Sonó el teléfono. Durante un minuto, Kate no supo de dónde procedía el sonido. Volvió a sonar. Corrió hacia el mostrador y descolgó el auricular de la pared.

—The Cookie House, soy Kate.

Por un momento, solo se oyó un sonido confuso e incoherente. Luego, una voz familiar:

—Kate, soy Maxi. Tienes que venir a la floristería ahora. ¡Rápido! ¡Es Sam!

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Casi olvidándose de apagar el horno, Kate salió corriendo por la puerta principal de la tienda con Oliver pisándole los talones. Cuando entró en Flowers Maximus, no había ni rastro de Maxi. Entonces se dio cuenta de que la figura encorvada en el pequeño sofá era Maxi.

—¿Maxi? Cariño, ¿qué ha pasado? —dijo, sentándose junto a su amiga mientras intentaba calmar el pánico que sentía en su cabeza. Al estirar la mano para tocar el hombro tembloroso de Maxi, se dio cuenta de que sus manos también temblaban.

—Sam —murmuró la florista—. No saldrá nunca. Lo han acusado de otro asesinato. Lo han acusado de matar a Muriel Hopkins.

—¡No! —Kate se llevó la mano a la boca.

Maxi asintió en silencio mientras las lágrimas le caían por la cara.

Kate se levantó y cogió una caja de pañuelos del escritorio de la florista, junto con la hoja superior del bloc de notas que había al lado del teléfono. Había un mensaje escrito que nadie parecía haber visto. Maxi podría necesitarlo más tarde.

Kate colocó con delicadeza la caja de pañuelos delante de Maxi en el pequeño sofá y volvió a sentarse.

—¿Estás segura? —Kate sabía que era una pregunta estúpida, pero tenía que preguntar. No parecía posible.

Maxi asintió, cogió un puñado de pañuelos y respiró hondo. Intentó hablar.

—Peter me ha llamado. Creo que sabía lo que iba a pasar desde hace días, pero que esperaba —dijo entrecortadamente— que las pruebas y la autopsia señalaran a otra persona.

—¿Por qué creen que Sam mató a Muriel? Ni siquiera la conocía.

Maxi sacudió la cabeza.

—No tiene sentido. Ninguno. Pero lo que la mató fue la misma droga que a Stewart Lord. Dicen que Sam intentaba matar a Lord y la pilló a ella por error.

—¿Pudo haber sido un suicidio? Lo de Muriel.

Maxi volvió a negar con la cabeza.

—Creen que la droga estaba escondida en unos bombones. Se los comió y murió. Como Lord con los panecillos dulces. El fiscal del Estado lo considera asesinato premeditado. Dice que si Sam confiesa y dice por qué lo hizo, le darán cadena perpetua.

Maxi se dobló, sollozando en silencio. Kate estaba paralizada. Se sentía como si la hubieran destripado. Estudió el mensaje telefónico: corazones garabateados con el nombre de Peter; luego, al final, una larga frase sin sentido; un nombre químico. Se lo metió en el bolsillo.

—Y no puede confesar… porque él no lo hizo —chilló Maxi entre sollozos.

«Esto no puede estar pasando», pensó Kate. Aquel viejo y dulce panadero no era un asesino maquiavélico que maquinaba, tramaba y seleccionaba víctimas. Solo quería que lo dejaran en paz para hacer pan y pasear por la playa. Y la mitad de las veces se olvidaba de comer.

—¿Qué ha dicho Peter? —preguntó Kate mientras Maxi se incorporaba y se limpiaba la cara con otro montón de pañuelos.

—Nada bueno. El ayudante del fiscal quiere trasladar a Sam de la cárcel de Coral Cay a la del continente. Cree que están siendo demasiado blandos, demasiado amables.

—Cielos —dijo Kate. Recordó el aspecto de Sam cuando llegó a la cárcel local, antes de que sus amigos y vecinos empezaran a visitarlo. Parecía un niño herido y confundido.

—¿Peter ha podido decirte algo? ¿Podemos hacer algo para

pelear?

Maxi negó con la cabeza.

—No mucho. Está moviendo hilos para tratar de mantener a Sam aquí. Pero el caso no es suyo, y el otro abogado está muy enfadado y sabe que Sam es amigo nuestro.

Oliver, que se había arrastrado hasta el sofá junto a Maxi, apoyó la cabeza en su regazo. Ella acarició distraídamente el suave pelo color crema.

De pronto, Kate recordó su extraño encuentro con Carl en el patio. Su actitud había cambiado justo después de que ella mencionara a Sam, cuando le había comentado lo mucho que le gustaría al panadero la nueva pintura cuando por fin la viera con sus propios ojos. Carl lo sabía. El expolicía ya se había enterado de la segunda ronda de acusaciones y no creía que Sam Hepplewhite volviera a ver The Cookie House.

CAPITULO CUARENTA Y TRES

Kate intentó apartar el dolor y pensar. La gran inauguración era al día siguiente. ¿Debían hacerla a pesar de todo y con el propietario de The Cookie House acusado de dos asesinatos? ¿Iría alguien?

Tenía una corazonada: si no abrían como estaba previsto, The Cookie House no volvería a abrir. Si tenía que caer, caería luchando.

—Maxi, creo que tenemos que correr la voz de que vamos a abrir mañana como estaba previsto. ¿Puedes llamar a los Irregulares de Coral Cay?

Maxi levantó la vista y se secó la cara.

—Necesitamos la ayuda de sus amigos —explicó Kate—. ¿Sabes cómo localizarlos?

Maxi asintió.

—Tengo los números de todos.

—Llámalos. Voy a volver a la tienda y hornearé sin parar la mayor parte de la noche para estar listas mañana por la mañana.

—Después de cerrar esta noche, iré a ayudarte. ¿Pero crees que deberíamos abrir con todo esto?

—Tenemos que hacerlo, especialmente con todo esto. Asúmelo, si la tienda no abre mañana por la mañana como estaba previsto, la gente empezará a evitarla. Y eso es más probable cada día que pasa. Tenemos que abrir como si nada hubiera pasado. Porque esta segunda serie de cargos es tan ridícula como la primera, y tenemos

que transmitirlo alto y claro.

—¿Y si no viene nadie? —preguntó Maxi.

—Puede que no vengan —dijo Kate, sacudiendo la cabeza—. Puede que tengamos que donar todas las galletas, los panecillos y las barras de pan a un comedor social y cerrar para siempre. Pero ahora mismo, en este momento, todavía tenemos una oportunidad, y yo digo que la aprovechemos, por Sam, por Cookie y por nosotras.

Maxi respiró hondo un par de veces y se secó la cara con los pañuelos de papel.

—Tengo los números de teléfono en mi agenda. Voy a empezar a llamar a la gente ahora mismo.

Kate tenía otra idea, pero no quería despertar las esperanzas de Maxi.

—Yo voy a la panadería. Acabo de hacer una hornada de galletas de chocolate y le he prometido a la cuadrilla unas galletas de jengibre.

Cuando entró por la puerta, lo primero que hizo Kate fue coger el teléfono. Después de una llamada, cruzó los dedos. Con un poco de suerte, al menos podrían ayudar a Peter a mantener a Sam en Coral Cay.

A pesar de la promesa de las galletas, Oliver se había quedado en la floristería con Maxi. Kate sabía que, de algún modo, el cachorro entendía lo que sucedía. Sabía que Maxi lo necesitaba.

Kate puso rápidamente el horno en marcha y continuó horneando las galletas, esperando que la interrupción no las hubiera estropeado. Nunca había parado la cocción de una hornada.

Cogió una fuente de porcelana blanca del armario y con una espátula despegó suavemente las galletas de jengibre de una de las bandejas. Las retiró con cuidado y las colocó en la bandeja. Instintivamente, cogió una de la parte superior y la probó: dulce, con ese toque especiado del jengibre y una textura crujiente y perfecta. Y era mucho más fácil hacerlas allí que en el horno de casa de Maxi.

Vació unas cuantas bandejas más, hasta que tuvo un buen

montón de galletas, y se las llevó al equipo de pintura, no sin antes forzar una sonrisa en su cara.

«Llevo una panadería, todo es normal y no tengo ni una preocupación», se dijo a sí misma, pero al mismo tiempo se preguntaba cuántos clientes tendrían mañana o si serían la única panadería del mundo que no conseguía atraer clientes aunque regalara galletas.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Kate se despertó al oír que alguien golpeaba la puerta principal. A continuación escuchó el ladrido de un perro. Muy k alto.

—¡Despertad, panaderas! Nos espera un gran día.

—¡Es Peter! —dijo Maxi, frotándose los ojos—. ¡Y Oliver! Ay, ¿qué hora es?

Kate se levantó de la mesa del obrador, donde se había quedado dormida sin querer.

—¡Las seis de la mañana! ¡Dios mío, son las seis de la mañana! Tengo que meter los panecillos en el horno para Sunny. ¡Y tenemos que abrir dentro de dos horas! No estoy preparada.

Maxi se estiró como un gato mientras se dirigía a la puerta principal.

—Esto es como la Navidad: llega tanto si estás preparada como si no. Pero estamos preparadas.

—Todavía no tengo nada de masa madre. Hay muchas galletas y muchos otros panes, pero nada elaborado con masa madre, y es el producto estrella de Sam. Me daba tanto miedo que ni lo he intentado.

—Pues abrimos sin masa madre —dijo la florista, sonriendo—. Mira a tu alrededor, tenemos producto suficiente para abrir la panadería.

Kate miró a su alrededor, asombrada. Había carros con bandejas

enfriándose y casi cada centímetro disponible del mostrador estaba cubierto de panes, bollos y galletas. Habían tenido que trabajar a destajo toda la noche, pero Maxi tenía razón. Excepto por la masa madre y los panecillos de Sunny, ya estaba todo listo.

—¿Cómo está mi chica? —preguntó Peter, entregándole a Maxi un gran vaso de cartón cuando Oliver pasó corriendo junto a ellas.

—Creo que he dormido sentada —confesó Maxi—. No lo hacía desde que a Elena le estaban saliendo los dientes. ¿Esto es lo que creo que es?

—El expreso moka doble fuerte especial de Esperanza con mucha leche y azúcar. He traído uno para cada una. He pensado que os vendría bien, junto con algunos sándwiches de beicon y huevo. Y tengo una bolsa con ropa limpia en el coche.

—Mi amor, ahora mismo me casaría contigo otra vez.

—Eso lo dices por el subidón de la cafeína. Ah, y le he prometido a Javier que te daría un mensaje: «¿Qué tiene en común un panadero con su masa?».

—Mmmmm, no lo sé —dijo ella, sorbiendo su café—. ¿Qué tiene en común un panadero con su masa?

—Que ambos tienen que levantarse temprano por la mañana —terminó él, encogiéndose de hombros—. Le he jurado que te lo contaría y eso he hecho.

—Es muy malo, verdaderamente malo —dijo ella—, pero este café es maravilloso.

—También los sándwiches. Los he hecho yo. El secreto es la mantequilla extra en la tostada.

Kate deslizó dos bandejas con los panecillos de levadura de Sunny en el horno pequeño. Cuando se volvió para cerrar la puerta, Oliver saltó y le puso las patas delanteras en las rodillas. Su cola curvada y esponjosa parecía tener vida y ritmo propios.

—Yo también te he echado de menos —le dijo suavemente, acariciándole los flancos y rascándole bajo la barbilla—. Pero sé que te has divertido con Michael, Javier y Elena. Sí, ese es mi chico.

Cogió una galleta de jengibre del mostrador, se puso un trozo en

la palma de la mano y se lo ofreció. Él, con agilidad, se lo llevó a la boca y lo hizo crujir. Kate habría jurado que sus ojos negros centellearon. Tomó otro trozo y se lo acercó. El cachorro lo retiró cuidadosamente de su mano y no dejó ni una miga.

Al salir del obrador con Oliver, Kate metió la mano en la bolsa marrón que había en el mostrador de la panadería y sacó un pequeño paquete envuelto en papel encerado.

—Me encanta la idea de comer algo que no he tenido que hacer yo misma.

—Tengo una noticia que también podría mejorar tu apetito —dijo Peter, sonriéndole a Maxi.

Kate contuvo la respiración.

—Sam se queda en la cárcel de Coral Cay —anunció—, al menos de momento.

—¡Oh, Peter! —dijo Maxi, besándole la mejilla—. Eso es maravilloso. ¿Cómo lo has conseguido?

—No puedo adjudicarme el mérito. Han sido el doctor Patel y Annie Kim.

—¿Cómo? —preguntó Maxi.

—El doctor examinó a Sam ayer por la tarde y presentó su recomendación de que se quede donde está por razones médicas. Y Annie nos dejó volver a ver los registros de farmacia de Sam y Ginger sin una citación. Prácticamente nos lo suplicó, de hecho. Incluso ayudó a Ben y a uno de los investigadores de nuestra oficina a revisar los registros durante parte de la noche, solo para que entendieran lo que estaban leyendo. En resumen, Sam no tenía acceso al medicamento que mató a Muriel Hopkins y Stewart Lord. Ni él ni Ginger lo han tomado nunca, y no es precisamente fácil de conseguir; necesitas una receta y está bastante controlado. Lo sé, no es mucho, aún tenemos que averiguar si Sam pudo haberlo comprado por internet, en el mercado negro o en una farmacia sin escrúpulos. Pero esto es lo primero que se inclina claramente a su favor. Su falta de acceso a ese medicamento, junto con la evaluación médica, ha sido suficiente para convencer a un juez de emitir una

orden judicial de emergencia. Así pues, al menos por ahora, se queda donde está.

Maxi lo besó de nuevo.

—Eres el mejor.

—Me gustaría atribuirme el mérito, pero no he sido yo. Bueno, de la evaluación médica sí, pero no se lo digas a nadie. El ayudante del fiscal del Estado está como loco. La historia oficial es que el abogado de Sam la pidió, y es verdad, aunque fui yo quien se lo sugirió. ¿Pero Annie? Fue ella la que nos llamó. Estuvo muy persistente. No pensaba colgar el teléfono hasta que alguien accediera a ver lo que había descubierto. No tengo ni idea de cómo averiguó exactamente qué droga mató a Lord y Hopkins, pero es la farmacéutica de Sam y ha hecho todo el trabajo.

Kate sonrió y se zampó lo que quedaba de su bocadillo, acercando subrepticiamente un trozo de beicon crujiente a Oliver. Maxi nunca había mencionado el nombre de la droga que había matado a Muriel Hopkins y Stewart Lord, pero lo había anotado. La florista tenía la costumbre de anotar nombres y números de conversaciones telefónicas, generalmente pedidos de flores, por si necesitaba consultarlos más tarde. Pero Maxi había estado tan alterada después de la llamada de Peter del día anterior que ni siquiera se había dado cuenta de que lo había hecho y mucho menos de que Kate se había guardado en el bolsillo aquel papelito rosa.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Mientras el cielo se oscurecía, Kate ató la bicicleta a un soporte cercano y cruzó la puerta principal del estudio de yoga de Sunny. Llamado simplemente El Estudio, le recordaba a la propia Sunny. Líneas limpias, clásico y acogedor. Paredes de yeso color crema con molduras sencillas rodeaban suelos de roble melado de tablones anchos. Las abundantes claraboyas inundaban el espacio de luz natural. Pero ese día, debido a lo temprano que era y a la tormenta que se avecinaba, una suave iluminación artificial hacía el trabajo. Los muebles eran escasos, y los pocos que había parecían antigüedades caras. Sencillos y elegantes, pero con una energía definida. Exuberancia.

Como era sábado por la mañana temprano, solo estaba abierto uno de los estudios, y Sunny dirigía la clase. Kate miró a través del cristal y se quedó atónita. Había más de veinte alumnos. Algunas caras le resultaban familiares, gente que había visto por la ciudad, pero a la que aún no conocía. La mayoría eran totalmente desconocidos. Pero a algunos, como Bridget O'Hanlon y Rosie Armand, sí que los reconocía. Se alegró de haber horneado una docena extra. El lema del pastelero: demasiado es perfecto; uno menos es un desastre.

Sunny, vestida con un maillot rosa empolvado y medias a juego, se levantó con gracia de su esterilla color chocolate, se estiró y la saludó desde el frente de la clase. Kate le devolvió el gesto y se

sintió tímida de repente. Dejó las bandejas sobre el gran mueble de pino, que ya estaba repleto de mantequilla, tarros de mermelada y confitura, además de un surtido de pequeños platos de porcelana, tazas de té y cubiertos. Encima del aparador, alguien había colocado un termo grande, que, a juzgar por el olor, contenía un océano de té verde caliente.

—¿Cómo va todo con la gran reapertura? —preguntó Sunny, cerrando la puerta del aula en silencio detrás de ella—. ¿Estáis preparadas?

—Todo lo preparadas que podemos estar —dijo Kate—. Solo queda esperar y que venga la gente. Ha sido una semana dura, sobre todo para Sam.

—A la gente de Coral Cay le encanta cualquier excusa para una fiesta. Irán. Cuando llegue el Festival Pirata este verano, verás lo que quiero decir. Espero que ese viejo tonto sepa lo afortunado que es de tenerte, y más le vale pagarte bien.

—Ahora mismo, la verdad es que me conformaría con que asistiera bastante gente.

—Bueno, he llamado a algunos viejos amigos de fuera de la isla, profesores y demás, para correr la voz. Y sé que Bridget y Andy se lo han contado a todos los turistas, así que puede que también vayan algunos. Y es positivo que no conozcan a Sam Hepplewhite. Ese hombre no es un asesino, pero puede ser insoportable.

Kate sonrió.

—¿Por qué no te quedas a comer algo? Tengo un alumno que me encantaría que conocieras: Glen. Es fotógrafo. No vive en la isla, pero viene a mis clases de los sábados. Soltero… y muy flexible. —Terminó con un guiño.

—El sábado que viene seguro —prometió Kate—. Pero Maxi está con Peter defendiendo el fuerte, así que tengo que volver. Esperemos que me necesiten.

—Seguro que sí, todo irá bien. —Sunny se detuvo y ladeó la cabeza, observando a Kate durante una fracción de segundo—. ¿Quieres un pequeño consejo no solicitado? Este día pasará en un

abrir y cerrar de ojos —dijo chasqueando los dedos—. Deja de preocuparte y disfrútalo. Pásalo bien, es una celebración. Y, por cierto, buena decisión lo de la bici. Es la mejor manera de moverse por la isla.

Kate sonreía mientras pedaleaba de vuelta a The Cookie House. A Sunny no se le escapaba una, pero no estaba preparada para una cita, todavía no, aunque había visto a Glen por la ventana, y Sunny tenía razón: era guapo o, como diría Sunny, «estaba buenísimo».

Lo otro que había mencionado Sunny seguía rondando por su cabeza. ¿Podría dejarse llevar y disfrutar? Durante toda su vida adulta, siempre había sentido que no tenía margen de error. Por eso siempre lo organizaba todo con planes de contingencia y planes de doble contingencia, por si acaso. La primera vez que no lo hizo, acabó en Main Street, sin dinero, sin trabajo y con el coche averiado. Pero había sobrevivido y prosperado y había encontrado su camino.

Un relámpago anunció un trueno a lo lejos. Se avecinaba una tormenta, y si el oscurecimiento del cielo era una pista, iba a ser una buena tormenta. Aterradora pero estimulante, como su vida últimamente. Kate aceleró y se puso de pie sobre los pedales, para llegar a la panadería antes de que empezara el diluvio. Se había divertido más en las últimas semanas que desde que había roto con Evan. Posiblemente incluso antes. Así que tal vez podría seguir viviendo el momento, al menos un día más.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

—Ahí fuera está diluviando —anunció Kate al entrar por la puerta principal de la panadería con la bicicleta—. Está lloviendo a cántaros.

—Oh, alguien se ha calado hasta los huesos —dijo Maxi—. Te traeré unas toallas de papel.

Kate echó un vistazo a la tienda vacía. No sabía si sentir pánico porque ya eran las 8:05 h o alivio porque no hubiera nadie para presenciar su improvisado concurso de camisetas mojadas.

—Me llevo esto arriba —dijo, haciendo rodar la bici por el obrador —. Está cayendo demasiado fuerte como para dejarla fuera. Oye, ¿dónde están Oliver y Peter?

—Mi chico está haciendo de repartidor con un par de pedidos de flores para los resorts —dijo Maxi, mirando a Kate de arriba abajo antes de entregarle finalmente el rollo de papel de cocina—. Pero antes dejará al señor Oliver en casa con mi madre y los niños.

—Ya echo de menos al pequeñajo —dijo Kate, limpiando la cesta primero—. Pero tienes razón. Es mejor que no esté en la panadería durante la reapertura. Estará mejor en casa, especialmente con esta tormenta.

—Si te hace sentir mejor, lo he mandado a casa con una bolsa de galletas de jengibre. Si se le acaban, estoy segura de que volverá; ese pequeño es muy independiente. Y las toallas de papel eran para ti, la bici no se va a resfriar.

—Sí, pero a mí no me tienes que devolver a la tienda de Claire si no consigo hacer el próximo pago. ¿Algún cliente ya?

Maxi negó con la cabeza.

—No creo que venga ninguno durante un rato. Ni siquiera se ve la acera de enfrente. ¿Y lo de poner globos? Olvídate. Menos mal que los he dejado en la floristería.

Quince minutos después, Kate reapareció en el obrador con una camiseta azul marino limpia.

—Desde aquí se oye la lluvia sobre el techo de zinc, pero arriba suena como si hubiera una manada de elefantes bailando claqué.

—Hay café en la encimera —dijo Maxi, levantando su taza—. Es ese americano flojo que pediste al proveedor de comida, así que no es tan bueno como el brebaje al que ya estás acostumbrada. Oye, ¿cómo has secado los vaqueros?

—Con el secador. Dale las gracias a Peter por meterlo en la bolsa.

—Supuso que necesitaríamos ducharnos en algún momento, después de tanto tiempo en el obrador.

—Bueno, yo ya me he duchado fuera, aunque me faltaba la pastilla de jabón.

—¿Cómo está Sunny?

Kate cogió una fregona y limpió el reguero que había desde el obrador hasta la puerta principal.

—Ha llamado a algunos amigos y los ha invitado a la reapertura, así que puede que vengan un par de personas de fuera de la isla. Esa mujer es como un anuncio viviente de yoga. Y quería emparejarme con uno de sus alumnos.

—Ya. Me preguntaba cuándo empezaría a intentarlo. Eres la nueva soltera guapa de la ciudad, acostúmbrate a decir que no muchas veces. O que sí. El caso es que todo el mundo tiene un hermano, un sobrino, un vecino o un primo que querrán que conozcas.

—¿A ti también te ha pasado?

—Aquí no. Peter y yo no nos mudamos hasta después de casarnos. ¿Pero en Miami? Ay, no podía caminar por la calle sin que

una de mis tías me fuera presentando a hombres solteros. Qué pesadilla.

—Sé que puede sonar desagradecido, pero es demasiado pronto. Acabo de romper mi compromiso. Estábamos planeando una vida juntos. No puedo hacer como si nada.

—Pues tú dile eso. O que no tienes citas durante los meses que no llevan «r». O que aún quieres a tu último novio, pero no recuerdas dónde lo enterraste.

—Esa me gusta, siempre y cuando no esté Kyle Hardy cerca. Además, a la que habría querido enterrar es a ella, y eso no es justo. ¿A que no?

—A él lo querías —dijo Maxi, quitándose la harina del delantal— y todo iba bien hasta que ella apareció. Por eso una parte de tu corazón dice: «Oye, debe de ser culpa suya».

—Buena explicación. Todavía no puedo creer que Evan contratara a un detective privado.

—Lo que yo no puedo creer es que consiguieras que el detective vaya a trabajar para ti. Parece sacado de una película de espías. Es un agente doble.

—No estoy segura de que Manny Stenkowski fuera un buen agente doble. Ni siquiera estoy segura de que sea buen detective, pero, al menos, no tengo un acosador. Y además está dispuesto a investigar qué tramaba Lord en Coral Cay.

—Dile que investigue rápido. Por cierto, si no viene nadie, ¿puedo comerme todas las galletas? —dijo Maxi, rellenando su café.

—Creo que nos sobrarán unas cuantas galletas aunque vengan clientes —contestó Kate—. Mi idea es seguir horneando a lo largo del día, pero quería adelantarme para que el local estuviera abastecido y listo.

—Prepárate para el éxito —dijo Maxi alegre, seleccionando una galleta de pepitas de chocolate de una cesta de la encimera y otra de chocolate y mantequilla de cacahuete.

Su comentario le recordó a Kate lo que había dicho Sunny sobre disfrutar el momento.

—¿Tiene Sam por aquí algo para reproducir música? —preguntó Kate.

—Claro, tiene una radio vieja con radiocasete, y creo que también tiene un reproductor de CD, pero no sé si hay discos.

Kate buscó en el obrador y encontró el pequeño Sony plateado metido en uno de los armarios inferiores. Lo colocó junto a la cafetera, lo enchufó y empezó a cambiar de emisora.

—Por favor, dime que la señal de radio es mejor que la de los móviles.

—Mucho mejor —dijo Maxi—. En una noche despejada, puedes escuchar música cubana, directamente desde La Habana. Pero hoy tendremos suerte si oímos las emisoras de Florida de la península. Si es que conseguimos oír algo más que la música de nuestro propio tejado.

—Sí, suena como una banda de tambores de acero, pero tiene su encanto.

Kate jugó con los botones y por fin dio con un canal que no estaba medio estático.

—WRAB —dijo suavemente el locutor—. El hogar del *rhythm and blues* clásico del sur de Florida.

—¡Genial! —dijo Kate.

—Seguro que a Francine le gustaría —dijo Maxi mientras masticaba—. ¿Vas a invitarla a la fiesta?

Kate sonrió y cogió una galleta de chocolate y mantequilla de cacahuete para ella.

—A este paso, puede que sí. ¿Sabes qué es lo primero que deberíamos comprar con todos nuestros millones? Un iPod y un par de altavoces decentes. —Subió el volumen mientras los Four Tops cantaban *It's the Same Oíd Song*.

—¿Después de que paguemos el bólido carísimo que le has comprado a Claire? —se burló Maxi.

—Exacto. ¿Tú qué vas a comprar primero?

—Una cama decente para una amiga que tengo. Me cuesta creer que seas capaz dormir en ese montón de palitos de helado de

arriba.

—Es como una hamaca —admitió Kate tímidamente—. Es muy cómoda una vez que te haces a ella, pero resulta un poco complicado entrar y salir.

—Es una trampa mortal. En serio, si tuviéramos ratas, podríamos poner un trozo de queso en medio y utilizarla para capturarlas, pero solo a las que se movieran muy despacio.

—Oye, yo soy una de las que se mueven muy despacio, y me gusta ese catre. Puede que no sea de calidad, pero es mejor que la habitación de invitados de mi hermana.

—Que no es ni de lejos tan buena como mi habitación de invitados porque la suya no tiene las sábanas de Star Wars con cortinas a juego. No las tiene, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Kate—. No tiene nada por debajo de los ochocientos hilos. Además, odia esa película.

—¿No le gusta Luke Skywalker? ¿Y Yoda? ¿A quién no le gusta Yoda?

—Cree que toda la saga es subversiva. Jeanine no es fan de nada que sugiera que los niños desafíen a sus padres. Es un poco estirada. —Kate suspiró—. También está enfadada conmigo por haber dejado a Evan. ¿En parte por eso no he cargado el móvil?

Maxi asintió.

—Sé que va a haber como una docena de mensajes suyos exigiendo que me reconcilie con él. Escucharla es como bañarse en vinagre: no cambia nada, solo duele.

—¡Au! ¿Y por qué es tan importante para ella?

—Evan es un Thorpe.

—¿Y qué?

—Los Thorpe, ya sabes, los del *Mayflower*, generaciones de ricos, muchos contactos.

—Sí, sé quiénes son, pero ¿y qué?

—Es horrible decir esto de mi propia hermana, pero creo que le encantaba la idea de estar relacionada con Evan. Quiero decir que no sé lo que se imaginaba, exactamente. No es que su madre fuera

a invitarlos también a ellos a la cena de Acción de Gracias. Pero creo que Jeanine vio nuestra boda como la puerta a un nuevo mundo. Y tal vez no tanto para ella como para los gemelos.

—¿Cómo las puertas del club de campo y las de la Ivy League? —preguntó Maxi.

—Exactamente. Ahora esa puerta imaginaria se está cerrando y ella está lívida.

—Pues que se case ella con él.

Kate soltó una risita.

—¿Sabes? Si alguna vez cargo ese teléfono, podría decirle exactamente eso.

—¡Eh, señora de las galletas! ¿Está abierto?

—Dios mío —susurró Maxi—. ¡Tenemos un cliente!

Kate se apresuró a entrar en la tienda y se encontró con un grupo de adolescentes calados y vestidos con trajes de surf.

—Hola, Justin. Está abierto, pero no creíamos que viniera nadie con este tiempo. ¿Qué tal un café caliente para entrar en calor? Y tenemos toallas si queréis secaros.

—No, estamos bien. Solo queríamos salir de la playa hasta que pase la tormenta. Les he dicho a los chicos que podíamos venir aquí. Hemos dejado las tablas en el porche, si te parece bien.

—Por supuesto. Entonces, ¿qué os apetece tomar?

Mientras decía eso, Maxi atravesó las puertas batientes con una bandeja de tazas humeantes.

—Aquí tenéis. Esto os ayudará a entrar en calor y va muy bien con cualquier tipo de galletas.

—Oh, gracias, señora Más-Buchanan —dijo una chica rubia con un traje de neopreno negro mientras el resto se agrupaba alrededor de la bandeja.

—Gracias —murmuró otra.

—Tenemos más —dijo Maxi—. Acabo de hacer una olla grande.

—Les he hablado de tu truco —dijo Justin—, el que le hiciste a mi hermana para adivinar su galleta favorita.

—Sí —dijo la chica rubia—, pero no le creemos. ¿Cómo es

posible?

—Es algo así como estar de pie en una tabla sobre una ola de agua en movimiento —dijo Kate—. No parece posible al principio, pero con suficiente práctica se puede conseguir.

Justin sonrió cuando Kate le ofreció una bandeja de galletas. Cogió cuatro de un zarpazo y ella dejó la bandeja sobre el mostrador para que todos pudieran servirse.

—Y algo me dice que eres una chica de pepitas de chocolate —dijo Kate, sacando otra bandeja y colocándola con cuidado sobre el mostrador.

—¿Y yo? —preguntó una adolescente en bañador azul con un parche de la Union Jack.

—Avena —dijo Kate, colocando otra bandeja sobre el mostrador —. Aquí las tienes.

—¡Qué ricas están! —dijo Justin alegremente—. Son muy cremosas.

—Y tú… —le dijo Kate a una chica tímida con una sudadera azul empapada de los Gators que se había quedado cerca de la puerta con su taza de café—. Algo me dice que te gustan las galletas de mantequilla de cacahuete. —Kate dejó una cuarta bandeja sobre el mostrador—. Pero quizá también quieras probar estas —dijo sacando una quinta bandeja—: mantequilla de cacahuete con pepitas de chocolate. Podrían convertirse en tus nuevas favoritas.

—Esas me encantan —admitió Maxi—. Saladas y dulces.

Algo vacilante, la chica se acercó al mostrador y cogió una. Mientras mordisqueaba el borde, su rostro esbozó una sonrisa.

—Justin, no sé si has podido verlo bien, pero The Cookie House está preciosa. Habéis hecho un trabajo increíble.

—Bueno, si te encuentras con mi padre, no le digas que participé. Mi madre lo sabe, pero él cree que estaba pillando olas.

Kate hizo la mímica de cerrarse la boca con una cremallera imaginaria.

—Haciendo surf en la playa, entendido. Pásate más tarde y podrás llevarte a casa unos panes. No tienes que decir de dónde los

has sacado.

—¡Oh, carbohidratos de contrabando! Me encanta. —Justin se rio.

—¿Es una fiesta privada o se puede entrar? —dijo Ben, llamando a la puerta.

—¿Cómo te gusta el café? —le preguntó Maxi por encima del mostrador.

—Bueno, eh…

—Tranquilo, es tipo americano flojo —añadió.

—En ese caso, solo, una taza bien grande. Está diluviando. Llega directo desde el mar, es mitad lluvia, mitad sal. Brutal.

Maxi apareció en la tienda con una bandeja que contenía una taza humeante y una jarra de cristal llena de café. Le pasó la taza a Ben con un guiño.

—Es la taza más grande que tenemos. Pero podéis repetir todo lo que queráis —dijo rellenando la taza de cada uno.

—¿Qué vas a desayunar, detective? —preguntó Kate—. Tenemos galletas, cruasanes y unos panecillos dulces buenísimos.

—Y si eliges galletas, ella adivina cuáles son las que más te gustan —dijo la chica del traje mojado—. Es flipante.

Ben se rascó la barbilla.

—Bueno, tengo que admitir que nunca he visto a nadie hacer eso, así que adelante…

Kate respiró hondo y se olvidó de todo lo demás. En ese segundo, casi pudo saborearla: una rica galleta de chocolate con una ligera capa de azúcar glas.

—Estás de suerte. Hicimos un lote justo antes del amanecer. Las tenemos atrás, recién espolvoreadas.

Reapareció del obrador con una cesta llena de galletas de chocolate y azúcar en polvo.

—¿Cómo lo haces? —dijo Ben.

—Observación, deducción y unos cuantos años como pastelera.

Ben cogió un puñado y se metió una en la boca. Luego cerró los ojos y sonrió.

—Guau, esto me lleva de vuelta a la cocina de mi abuela. Señorita, tiene usted un gran talento. Y no me refiero a lo de adivinar galletas.

—Gracias. A partir de ahora tendremos galletas —dijo Kate—. Y también quiero hacer una especie de concurso de galletas, pero aún tengo que planificarlo.

—Están buenísimas —dijo Justin después de probar una galleta de chocolate—. ¿Cómo consigues que queden tan chocolatosas?

—Cacao en polvo sin azúcar y un poco menos de azúcar. Así saboreas de verdad el chocolate.

—Están deliciosas —dijo Ben, cogiendo delicadamente otras dos con su enorme mano y llevándose una a la boca—. A este paso, puede que ponga una tienda de campaña en el porche. Buena música, por cierto.

—Es una fiesta —dijo Kate—. ¿Y qué es una fiesta sin música?

—En eso tienes razón —secundó Maxi, dando vueltas por la tienda con la jarra de café—. ¡Eh, creo que está dejando de llover!

En ese momento, la puerta se abrió y más gente se agrupó en la tienda.

—Hola, Andy, ¿cómo van las cosas en el *pub*? —preguntó Ben.

—Un sábado típico, aunque creo que la lluvia ha desanimado a algunos. Ahora mismo está lleno, así que tengo que volver rápido.

—¿Un café caliente? —preguntó Maxi.

—He tomado tantos que casi estoy volando. Bridget ha pensado que podríais necesitar algunas mesas plegables para la reapertura. Las tengo en el todoterreno. Y no rechazaría un par de barras de pan. Lo que tengas. La gente del desayuno nos está dejando sin nada hoy.

—Tenemos de todo —dijo Kate—, excepto de masa madre. Todavía no la he metido en el horno. Ve al obrador y elige lo que quieras. Luego iremos a por las mesas.

—Yo me encargo —dijo el detective—. Pásame las llaves. —Andy se las lanzó y Ben las pilló al vuelo—. Guárdame un par más de esas galletas —dijo el detective, mientras salía por la puerta.

—Podemos ayudarte a cargarlas —dijo Justin—, no vaya a ser que alguien nos estropee la pintura.

Una hora más tarde, el sol brillaba y el porche estaba lleno. La mayoría de la gente había salido al césped con tazas calientes y galletas en la mano. Alguien, Kate no sabía quién, les había prestado un iPod y lo habían conectado en el porche. Kate y Maxi habían colgado una pancarta con globos para decorar el porche y Maxi había atado ramos de globos de color rosa, blanco y fucsia a la barandilla, el buzón y las mesas de comida.

Amos Tully apareció con tres bolsas de la compra llenas de platos, servilletas y tazas de papel.

—Todo es biodegradable —le aseguró a Kate.

Se marchó con tres docenas de galletas variadas y media docena de barras de pan «para la tienda». Kate lo estudió mientras charlaba con Maxi y le metió una docena más de galletas de avena con pasas. Solo para él.

Harper Duval contribuyó con unas cuantas tarrinas grandes de queso de untar caro y una deliciosa mantequilla irlandesa, «para acompañar los panes». Luego le entregó discretamente a Maxi una botella de champán francés, «para descorcharla más tarde a modo de celebración».

Maxi había cogido tres de los cubos de basura verdes de tamaño industrial que utilizaba en la tienda y los había colocado a intervalos regulares sobre el césped.

—Si no, mañana nos pasaremos todo el día recogiendo basura —explicó. Incluso ató globos a las asas de cada cubo para que la gente se fijara en ellos.

A mediodía, Peter apareció con los niños, Esperanza y Oliver. Para entonces, la reapertura parecía una fiesta de barrio. Un cuarteto de *jazz* se había instalado en el césped junto al porche, el té helado había sustituido al café caliente y la afluencia de turistas desde los resorts era tan constante que parecía un desfile por Main Street. No había dónde aparcar.

En medio de todo aquel alboroto, Kate consiguió colarse de

nuevo en el obrador. Durante un minuto, intentó asimilarlo todo: la música, el alegre murmullo de la gente mezclado con los olores a canela, mantequilla, levadura y chocolate de la panadería, el brillante sol de verano que se filtraba a través del húmedo aire salado, la hierba verde y las coloridas flores de Maxi.

Kate se metió un caramelo de jengibre en la boca y pensó en Oliver. El travieso cachorro resultó ser el embajador de Coral Cay y de The Cookie House. Peter le había puesto una pajarita azul de lunares y todo el mundo quería hacerse *selfies* con él. Por suerte, al cachorro le encantaba ser el centro de atención, sobre todo si ello iba acompañado de una galleta de jengibre.

Kate abrió uno de los cajones del obrador, metió la mano hasta el fondo y sacó con cuidado una página doblada de un crucigrama. La leyó despacio dos veces. Luego volvió a doblar el papel y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

Midió la harina, la vertió en el cuenco azul, añadió un poco de agua del grifo y, por último, pero no menos importante, echó mano de la célebre Francine. Kate empezó a preparar una tanda de la mítica masa madre de Sam.

La fiesta de reapertura —y la limpieza— duró hasta bien entrada la noche. Mientras Maxi se quejaba de los turistas, Kate reconocía muchas de las caras que se quedaron hasta el final. Y las dos estaban encantadas.

—Vamos a descorchar la botella —dijo Maxi cuando por fin llegaron a casa—. ¿Qué tipo de galletas va mejor con el champán?

—Galletas suecas de mantequilla y las galletas de anís y almendra de mi abuela. ¿Has visto que alguien ha puesto un bote de propinas?

—¡Con la cara de Sam! Para el fondo de su defensa. La foto era de nuestra última fiesta de iluminación del árbol de Navidad. Lo recuerdo porque llevaba una camisa de franela roja y estaba sonriendo.

—¿Quién ha puesto el bote? —preguntó Kate.

—Ni idea, pero hay algunos cheques nada desdeñables. Le he pedido a Peter que lo guarde en la caja fuerte de mi despacho. Podemos contarlo el lunes y llevarlo al banco de Sam.

—Vaya —dijo Kate en voz baja—. Y yo que temía que no viniera nadie. Lo hemos conseguido. Lo hemos conseguido de verdad.

—Lo hemos conseguido. Nosotras y todo el pueblo. Hasta ha venido el bobo.

—Estás de broma —dijo Kate—. No lo he visto. ¿Estás segura?

—Estaba en la parte de atrás. Iba con una cita y no se han quedado mucho tiempo. Pero hay que reconocer que ha venido. Oye, ¿y qué tal la masa madre?

—¿Quieres saber qué va mejor con el champán? La masa fermentada.

—Yo descorcho, si tú cortas —dijo Maxi.

—Si se parece en algo a la segunda hornada, vamos a necesitar más que un cuchillo de pan para cortarlo.

—Si se parece en algo a la segunda hornada, me lo saltaré y tomaré otra copa de burbujas.

Maxi cogió un paño de cocina naranja y retorció el corcho hasta que se oyó el taponazo. Luego dejó la botella sobre la encimera y se dirigió a la nevera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kate mientras rebanaba el pan.

—Oye, si voy a comer masa madre después de medianoche, quiero la experiencia completa. Voy a por mantequilla, ¿te parece?

Kate cortó dos rebanadas y le ofreció una a Maxi. Mientras la florista untaba el pan con mantequilla, Kate olisqueó el suyo, partió un trozo y se lo llevó a la boca. Sonrió.

—Debe de ser una buena señal —dijo Maxi—. Si hasta a ti te gusta… Umm, ¡está bueno! Tiene la misma calidad que el de Sam. ¿Cómo lo has hecho al final? ¿Cuál es el gran secreto?

—Sam me dio su receta —dijo Kate—. Receta por llamarla de alguna manera. Y también me dio una charla de motivación. Creo que eso último era lo que realmente necesitaba.

—Entonces, ¿mañana podemos vender todo el cargamento al *pub*? —preguntó Maxi—. ¡Hola, dinero!

—Sí, justo después de dejarle los dos primeros panes a Gabe en el garaje. A ese hombre le encanta la masa madre.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Mientras el cielo matutino pasaba del rosa al fuego, Kate plantó un pie firmemente sobre su toalla de playa naranja, se estiró con todas sus fuerzas y se esforzó por no caerse. Más abajo, en la playa, se oían las olas que bañaban la orilla mientras las gaviotas chillaban en lo alto.

—Relájate y respira. —Sunny le dio instrucciones rítmicas—. Como la marea frente a ti. Inspira… Y espira… Inspira… Y espira…

—¿Cómo voy a relajarme, estirarme y respirar? —murmuró Maxi al lado de Kate—. Elige una, ¿no?

—Lo del yoga al amanecer fue idea tuya —susurró Kate, esforzándose por mantener la postura—. Dijiste que era calmante.

—Pues sí —replicó Maxi—, porque si sobrevives, sientes que puedes hacer cualquier cosa. Además, las clases al aire libre de Sunny son una excusa para venir a la playa.

—Y abajo… —dijo Sunny—. Ahora, la pose del hombre muerto.

—Por fin, una que puedo hacer —dijo Kate suavemente mientras todos yacían en sus esterillas.

—Los muertos no hablan —la amonestó Sunny con un guiño—. Al menos, no los que yo he visto.

La mayoría de las dos docenas de alumnos iban en bañador, incluida Sunny, que se veía esbelta y firme con un traje de baño de color celeste. Y, aunque algunos habían llevado obedientemente esterillas de yoga, otros, como Kate y Maxi, se habían presentado

con toallas de playa de colores.

—Son más fáciles de limpiar —explicó Maxi en su accidentado viaje en *jeep* antes del amanecer.

Los visitantes de los complejos turísticos, que habían llegado en masa en una lanzadera, lucían esterillas de yoga, diademas y botellas de agua a juego. Incluso llevaban bolsas de deporte azul marino idénticas.

—Es una secta —dijo Maxi en voz baja mientras la multitud se apeaba de la pequeña furgoneta blanca.

Kate tuvo que admitir que Maxi había acertado al animarla a dar su primera clase en la playa. Entre el ejercicio, el sonido de las olas y el aire marino, estaba tan relajada que se sentía débil. Le costaba no quedarse dormida entre postura y postura.

Pero los «estiramientos suaves» de Sunny, que parecían un cruce entre fisioterapia y Twister, la estaban dejando destrozada. En Nueva York, como ahí, Kate iba caminando a todas partes, y tener que subir una tercera planta era un buen ejercicio cardiovascular. Pero la flexibilidad, por lo visto, era harina de otro costal.

Kate decidió dejarse llevar y seguir adelante. ¿Y qué si su primera clase de yoga era también la última?

Entonces algo hizo clic, literalmente. Mientras exhalaba un montón de estrés y preocupaciones, sintió cómo se le movían las vértebras y oyó un crujido. Luego se inclinó hacia delante de manera casi imperceptible.

—Eso es —la animó Sunny desde su izquierda—. Relájate. Déjate llevar. Vacía tu mente. Solo existís la playa y tú.

Kate se concentró en el horizonte. Los reflejos se habían vuelto dorados a medida que el sol se elevaba lentamente sobre el agua, abriéndose paso entre las finas nubes. Debajo, el golfo era de un azul profundo y tranquilo.

Todo lo demás se desvanecía. Kate percibía el sonido en sus oídos, las olas de fondo y las instrucciones melódicas de Sunny a lo lejos. El aire era fresco y limpio. La arena era suave y acogedora. En un momento dado, dos mariposas de color amarillo limón pasaron

revoloteando, casi como si jugaran a perseguirse. Olía a coco (el bronceador de alguien) y a las rosas silvestres que crecían cerca de la playa.

Y entonces se acabó. Kate no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido. Era como si hubiera estado en otra parte. Pero en realidad había estado allí, totalmente inmersa en el momento. Todo lo demás se había desvanecido.

—La clase ha terminado —dijo Sunny—. ¡Salid y pasad un nuevo día maravilloso y aprovechadlo al máximo!

Kate se levantó y movió los hombros. Se sentía feliz, llena de energía y tranquila al mismo tiempo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Maxi.

—¿Estás de broma? —dijo su amiga mientras veían a sus compañeros correr hacia las olas—. Esta es la mejor parte. Ahora vamos al agua.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Mientras recogía los platos del almuerzo de la mesa exterior en casa de Maxi, Kate repasaba su lista mental. La gran inauguración había dejado la tienda prácticamente vacía. Quería pasar la tarde horneando para estar preparada la mañana siguiente. Además, había estado dando vueltas a una idea para una nueva receta de galletas que quería probar. Una con café y chocolate, inspirada en el brebaje especial de Esperanza.

Kate se sorprendió cuando Maxi sugirió pasar por la floristería.

—Necesito ver los tulipanes para esta semana —dijo la florista—. Y quiero echar un vistazo a las plantas de parterre de atrás. Claro que, si quieres empezar ofreciéndome una taza de café y unas galletas que han sobrado de acompañamiento, no me opondré, aunque sea ese café americano flojucho.

Veinte minutos más tarde, Kate estaba de pie en la puerta de su habitación en The Cookie House mirando una preciosa cama nueva. Era de diseño japonés y de poca altura, y el colchón parecía flotar sobre una plataforma horizontal. La madera era de color caoba oscuro y lustroso, y estaba flanqueada a ambos lados por una delicada lámpara de papel de arroz. El cabecero era lo bastante alto para permitirle sentarse y leer en la cama. Estaba cubierta con sábanas de color aguamarina y un grueso edredón turquesa.

—Lo mejor de todo es que tiene dos cajones grandes para que tengas más espacio de almacenamiento —dijo Maxi—. Un espacio

pequeño tiene que estar muy bien organizado. Lo aprendí viendo un programa de gente que vive en casas diminutas.

—Esto es… Es absolutamente… No puedo creerlo —titubeó Kate.

Maxi rodeó el hombro de su amiga con un brazo mientras Kate lloraba.

—Es precioso —terminó Kate en un susurro.

—Sí, tiene una pinta estupenda —dijo Maxi con alegría—. Como si estuviera hecho para esta habitación.

—¿Lo tenías planeado desde el principio? —preguntó Kate.

—No solo yo. Casi todo Coral Cay —dijo Maxi—. Rosie la encontró. André y sus chicos la han transportado y la han montado esta mañana mientras estábamos en yoga. Todo a precio de coste, y todos hemos contribuido a costearlo. Ah, y Mitzy Allen ha proporcionado las sábanas, las almohadas y el edredón de su tienda. Pensó que te gustarían los colores de la playa. Claro que creo que es porque no tenía nada con Yoda.

—No puedo aceptarlo —susurró Kate mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—No estás aceptando nada —dijo Maxi con naturalidad—. Si estuviera aquí, mi padrino te estaría pagando un sueldo y tú estarías dando vueltas por la ciudad comprando todo lo que necesitas. Pero, en vez de eso, estás sin dinero, con toneladas de trabajo, ¿y vas a dormir en ese montón de palillos de madera? No, no, ni hablar. En este pueblo, cuidamos de los nuestros.

—No puedo creer que sea la misma habitación —dijo Kate, con la voz entrecortada—. Esto supera a cualquier *suite* del resort.

—Pues sí —dijo Maxi, dándole un apretón en el hombro a Kate—. Esto es un hogar.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Esa misma tarde, Kate preparó su último experimento con galletas: barquillos de moka finos y crujientes. Puso uno de los pequeños hornos de la panadería a ciento ochenta grados y luego volvió a mezclar la masa.

Técnicamente, The Cookie House estaba cerrada, y el cartel de la puerta lo anunciaba, pero Kate la había dejado abierta para Maxi o para cualquiera que tuviera una urgencia pastelera. Por eso no le sorprendió oír que la puerta principal, junto con el tintineo de la campana, la avisaba de que había alguien en la tienda.

—Tú quédate aquí —oyó decir a un hombre—. Ahora vuelvo, te lo prometo.

Kate atravesó las puertas batientes justo a tiempo para ver a Manny Stenkowski vacilando junto a la puerta principal.

—Hola, tengo noticias y se me ha ocurrido venir a informarte —dijo, echando una mirada furtiva al porche.

—¿Quién está ahí fuera? —dijo Kate, señalando.

—Hoy tengo la custodia de John Quincy. Y, ya que tenía que venir, he pensado que le enseñaría la ciudad.

Kate echó un vistazo y vio dos inteligentes ojos almendrados que le devolvían la mirada y sonrió.

—Acomódate en el porche y te llevaré café. Creo que también tengo algo que le gustará a él.

Minutos después Kate atravesó la puerta con una bandeja.

—Te perdiste nuestra reapertura ayer —dijo—. Pensé que vendrías con el teleobjetivo.

—Oye, por lo que hice ayer deberían darme la paga de un mes entero. Pensé que la mejor manera de conocer a tu amigo Lord sería aventurarme en su jungla, y si te digo la verdad, fue brutal.

—¿A qué te refieres con su jungla? —preguntó Kate. El Lord que había conocido no viajaba a ninguna parte sin trajes a medida, una limusina y un chófer uniformado.

—Un elegante club de campo. En el hoyo diecinueve, concretamente.

Kate estaba desconcertada.

—El bar de su campo de golf favorito. Privado, naturalmente. Tuve que mover algunos hilos para entrar, pero, por suerte, conozco a un tipo que conoce a otro que abastece las máquinas expendedoras. Da igual, el caso es que tu amigo Evan tuvo que correr con los gastos, pero mereció la pena.

Kate cogió una galleta de jengibre y se la ofreció a John Quincy. El beagle la olisqueó y luego la lamió. Debió de gustarle el sabor, porque se la comió de un bocado. Se acomodó a sus pies y la miró esperanzado. Kate le ofreció otra, y cuando miró hacia atrás una fracción de segundo después, ya se la había zampado. John Quincy la miró con sus inocentes ojos marrones. Ella no pudo evitar sonreír. Dejó que le olisqueara la parte superior de la mano y le rascó detrás de la oreja. Su pelaje era como terciopelo caliente. Manny sonrió.

—Es un encanto —dijo el detective con orgullo—. En fin, parece que durante los últimos dos meses tu amigo Lord estuvo haciendo correr la voz de que formaba parte de un consorcio que iba a comprar Coral Cay y desarrollarlo, empezando por el centro.

—Pero ya está desarrollado. Algunos de estos edificios llevan aquí más de cien años, incluido este.

—Para ese tipo, eran solo marcadores de posición, hasta que él y sus amigos pudieran construir lo que quisieran. Pero en los últimos tiempos todo cambió. Estuvo contando que el grupo había echado el freno y se había retirado de Coral Cay y abandonado el proyecto.

—¿Por qué? ¿Cuándo?

—Hace poco menos de un mes.

—Eso no tiene sentido. Lord estaba tratando de comprar The Cookie House el día que murió. ¿Dijo por qué se retiró el grupo?

—Sí, ese es el titular, y lo habría sido de verdad si siguiera vivo. En realidad, todavía podría serlo —dijo Manny, acariciando el lomo de John Quincy y tendiéndole una galleta de jengibre, que enseguida desapareció—. El consorcio encargó una especie de informe sobre las tierras —continuó el investigador privado—, la calidad del suelo y del agua. Al parecer, son operaciones habituales antes de lanzar algo tan grande. Luego, antes de que se concedan los permisos definitivos, el Gobierno hace un segundo informe. Ya sabes, poner los puntos sobre las íes. Pero ese era el primer informe, el privado, solo para el consorcio, para que pudieran decidir si el acuerdo merecía su tiempo y su dinero. Y el centro de Coral Cay suspendió a lo bestia. Lord le fue contando a la gente que toda la zona está levantada sobre un enorme socavón.

CAPÍTULO CINCUENTA

Maxi estaba sentada en la mesa del obrador de la panadería mientras Kate aporreaba una reluciente bola de masa. Oliver dormitaba acurrucado a los pies de la florista y el sol se ocultaba rápidamente sobre el golfo.

—Vale, ¿qué cara estás viendo mientras le das puñetazos a esa pobre e indefensa bola de masa? ¿La de Stewart Lord o la de la estúpida esa de la inmobiliaria?

—Si fuera cierto, si realmente hubiera un socavón, ¿por qué querría Lord comprar el centro? Quiero decir, ¿qué se puede hacer con la tierra cuando hay un socavón?

—Nada de nada. Toda la zona quedaría inutilizada. Ni siquiera se podría aparcar coches en ella. Sería un pozo de dinero de verdad.

—Pero Lord estaba tratando de comprar parcelas.

—A precios superbajos —intervino Maxi.

Kate asintió, golpeando la masa con el puño.

—Y les decía a los propietarios que sus propiedades iban a perder valor.

—Mientras les contaba a sus amigos lo del socavón —terminó Maxi—. ¿Y quiénes eran sus colegas? No puedo imaginarme a nadie que quisiera ser amigo de ese imbécil.

—Eso mismo le pregunté a Manny. Por lo visto, mucha de la gente del consorcio era de su club, el Emerald Coast Golf and Country Club. Por lo que dice Manny, es precioso. Está en la

península, justo en la costa. Y está repleto de gente de éxito: médicos, dentistas, quiroprácticos… Gente con dinero extra para invertir.

—Y da la casualidad de que nuestro amigo Lord tenía un lugar donde invertirlo —dijo Maxi.

—Y experiencia en el sector —dijo Kate. Hizo una pausa, dando vueltas a la nueva información en su mente, como si fuera un rompecabezas tridimensional—. Vale, ¿por qué provocas un incendio? —dijo de repente.

—Ay, ¿es este uno de los acertijos de Javier?

—Más o menos. Es una vieja broma en los círculos gastronómicos. Un hombre dirige un restaurante durante años y el lugar no deja de perder dinero. Justo antes de quebrar, se incendia y reclama el seguro. Pero es un pésimo pirómano, y lo pillan. El perito de la aseguradora le pregunta: «¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha provocado un incendio?». Y el tipo responde: «Tuve que provocar un incendio porque no puedo provocar una inundación».

—No lo entiendo.

Kate sonrió.

—Es humor negro de una industria en la que trabajas a todas horas y nunca sabes si vas a tener trabajo la semana que viene. Creo que Lord estaba haciendo el socavón, o el rumor de un socavón, porque así conseguiría lo que quería.

—¡El centro de Coral Cay! —exclamó Maxi.

—Exactamente.

—Utilizaba el socavón para hundir el valor de la propiedad —dijo la florista.

—Lo único que tenía que hacer era iniciar el rumor y asegurarse de que se extendiera. No solo todos los vecinos del centro intentarían vender, sino que él conseguiría los terrenos a bajo precio.

—Pero él quería construir —replicó Maxi.

—Después de conseguir el terreno, encarga otro informe. Este revela que el primer informe estaba mal, que el terreno es sólido, y él ya es dueño de todo. Ni siquiera tiene que compartirlo con sus

socios del consorcio. Supongo que solo eran una excusa conveniente para difundir la información falsa.

—Si alguno de ellos sospechaba que los estaba dejando fuera del trato de Coral Cay, podrían haberlo matado —dijo Maxi.

Kate asintió.

—Y todos esos médicos y dentistas de su club de campo no tendrían ningún problema en conseguir el medicamento que los mató a él y a Muriel Hopkins.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

El lunes por la mañana temprano, cuando Kate entró en As Time Goes By, se sorprendió por lo cálido y acogedor que era el lugar. La tienda de antigüedades no se parecía en nada a los oscuros y diminutos locales que había visitado en sus viajes. Ese espacio era amplio y luminoso, como una casa particular. La madera tenía un brillo pulido. Todo estaba reluciente y no había ni una mota de polvo, ni ese desagradable olor a moho y naftalina que tenían algunas tiendas de antigüedades como una presencia espectral. En su lugar, olía a cera para muebles, velas de vainilla y un sutil aroma a perfume. Perfume caro.

Rosie salió de la trastienda con una agenda de piel de color tostado en una mano y un bolígrafo dorado en la otra.

—Hola, Kate, me alegra que hayas venido.

Kate sonrió.

—Sé que, en comparación, esto es poca cosa —dijo, tendiéndole la gran caja blanca de pastelería—. Son las galletas navideñas especiales de mi abuela. Las he horneado esta mañana. Es mi forma de daros las gracias.

—No era necesario, pero nunca rechazaríamos unas galletas —dijo Rosie con un brillo en la mirada—. Especialmente mi media naranja. ¡André, tenemos visita!

André Armand asomó la cabeza por la cortina burdeos del fondo de la tienda. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡No aceptamos devoluciones!

—¡Ni loca! —contestó Kate.

—Ha traído galletas. ¿Nos tomamos un café? —preguntó Rosie.

—*Ah, très bien!* Lo preparo ahora mismo.

—Este sitio es precioso —dijo Kate, girando la cabeza—. Y es tan soleado y luminoso. Normalmente las tiendas de antigüedades son… —empezó a decir antes de callarse.

Rosie se rio.

—Lo sé, ¿verdad? Como el viejo desván polvoriento de alguien. Y eso es exactamente lo que no queríamos. Me encantan las antigüedades, pero no quiero pasarme el día trabajando a oscuras entre telarañas y blondas. Y ese tampoco es el ambiente que les gusta a los clientes. Queríamos que fuera como visitar la casa de un amigo, un amigo con muy buen gusto.

—Es exactamente así —admitió Kate. Si la madre de Evan encontrara ese sitio, lo dejaría limpio en menos de una hora. Hasta los delicados candelabros de plata.

André salió del almacén minutos más tarde con una cafetera francesa y tres exquisitas tazas de porcelana con sus platitos a juego sobre una brillante bandeja de plata. Puso la bandeja en una otomana color chocolate que había entre ellos.

Kate cogió la taza y se la acercó a los labios. El café era fuerte y negro, contenido en una vajilla tan frágil que le recordó la cáscara de un huevo.

André abrió la caja de la panadería.

—*Oh, magnifique!*

—Mi abuela solía servirlas en Navidad —dijo Kate—. Pero Maxi dice que ahora nos vendrá bien un poco de magia navideña.

André sacó una galleta espolvoreada de azúcar de la caja y se la llevó a la boca.

—*Oh, bon! Très, très bon!* —dijo feliz.

Rosie mordió una galleta.

—Qué buena está.

Se la acabó rápidamente y cogió otra.

—Anís y almendra —dijo Kate—. De niña las llamaba «galletas de pepinillo», porque tienen la forma de pepinillos de cóctel.

—¡Ja! Qué bueno —dijo André, sacando varias más de la caja y poniendo otra delante de Rosie.

—Son dulces, pero no demasiado —dijo su mujer sonriendo—. Deliciosas.

—Llevan mucha mantequilla —dijo Kate con pesar—. Creo que por eso mi abuela solo las hacía en Navidad. Si las hubiéramos tenido en la despensa todo el año, habría sido peligroso. Además, las almendras le dan una cierta contundencia.

—Me alegro de tener algo bueno que asociar con el anís —dijo Rosie—. Algo rico y alegre.

André asintió y se metió otra galleta en la boca, crujiendo satisfecho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kate, sacando otra galleta de la caja.

Rosie negó con la cabeza.

—Es por algo que me contó Muriel una vez. Otro hábito de su encantador jefe. Era fumador, pero no quería que nadie lo supiera, y por eso siempre estaba tomando pastillas de anís para el aliento. Según ella, apestaba a anís.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Tras poner el cartel de Abierto en la puerta de la panadería, Kate cogió el antiguo teléfono fijo y llamó a la floristería. —Flowers Maximus, soy Maxi.

—Maxi, no puedo salir de la tienda en este momento, pero me he enterado de algo que podría ayudarnos. ¿Puedes venir en tu próxima pausa para el café?

—Por supuesto. Hasta ahora.

Kate se quedó mirando el teléfono mientras la línea se cortaba. Se encogió de hombros. La florista debía de tener un cliente.

Maxi entró por la puerta principal en menos de un minuto, con Oliver a su lado.

—¿Qué noticias hay?

El cachorro estiró el cuello, levantó el morro y olfateó con ansia. Luego trotó hasta el obrador y se colocó junto a la mesa como un guardia alerta.

—Como Oliver ya ha deducido, tengo algunas galletas de *cheddar* enfriándose. ¿Qué tal si nos sirves un par de tazas de café mientras traigo un plato?

—No mantengas en vilo a una pobre vieja florista. ¿Qué pasa?

—Creo que sé quién entró en la panadería.

—Bueno, yo sigo sin creer que fuera Carl. O Harp.

—Stewart Lord —dijo Kate.

—¡No!

Kate asintió.

—Piénsalo. El tipo siempre iba impecablemente vestido, hasta la suela de sus zapatos hechos a mano. Y Rosie y André me han contado que era fumador y que tomaba constantemente pastillas de anís para el aliento. Muriel comentó lo del olor. Y, como él justo murió al día siguiente, nunca lo consideramos sospechoso.

—¿Pero por qué iba a entrar en la panadería?

—Ni idea, pero tengo la sensación de que tenía algo que ver con sus planes de comprar la tienda y Coral Cay.

—Tal vez estuviera buscando algo —dijo Maxi—. Algo que pudiera usar contra Sam, para obligarlo a vender.

—Supongo que no sabía que yo estaba arriba cuando entró, pero se debió de dar cuenta enseguida. Así pues, probablemente no tuvo oportunidad de terminar lo que empezó.

—Y al día siguiente se murió —dijo Maxi—, así que no pudo intentarlo de nuevo.

—Lo que explica por qué el robo fue un hecho aislado.

—Tiene sentido. Pero ¿podemos estar seguras al cien por cien?

—No —admitió Kate, negando con la cabeza—. Todavía no. Olí tres cosas en la tienda justo después del robo: cigarrillos, anís y algo más. Algo empalagoso, como un jabón dulce, una colonia o un desodorante. Y hasta ahora solo puedo relacionar a Stewart Lord con dos de las tres.

—Y los zapatos rígidos —añadió Maxi.

—Y los zapatos —concedió Kate.

—También hemos averiguado que en Coral Cay hay muchos más fumadores de lo que pensábamos —dijo Maxi, alcanzando una galleta, partiendo un trozo y dándoselo a Oliver— y que algunos de ellos también tienen zapatos rígidos.

—No puedo demostrarlo, pero tiene todo el sentido. Es una jugada astuta y Lord era muy astuto. Encaja con los hechos que tenemos. Quiero decir que a Harp le gusta el anís, pero no tanto como para que lo hayamos olido en él. Y tanto él como Carl fuman, pero tan en secreto que no lo habíamos olido.

—Sí, porque sus esposas los matarían —dijo Maxi.

—Exacto. Pero Stewart Lord iba por ahí exudando una nube de anís. Y… —Kate hizo una pausa. Recordó el momento en que Lord entró en la panadería. Algo en él le había puesto la piel de gallina.

—¿Qué pasa? —preguntó Maxi.

—Cuando Lord entró en la panadería, por alguna razón me dieron ganas de salir corriendo.

—Bueno, ya, era un auténtico cabrón.

—No, quiero decir que fue algo visceral, antes de que abriera la boca. Antes de saber quién era o por qué estaba allí.

—Su olor —dijo Maxi.

Kate asintió.

—Puede que no me diera cuenta en aquel momento, no conscientemente, pero la última vez que había olido ese aroma había temido por mi vida.

—Así que cuando de repente vuelve a estar ahí, pum, pum, pum, el corazón te da un mambo y quieres salir corriendo.

Kate asintió.

—Quiero saber con seguridad si fue él y por qué. Eso podría ayudar mucho a Sam. Pero ¿cómo lo averiguamos?

—Tengo una idea —dijo Maxi, sonriendo—. ¿Qué te parece si hacemos un pequeño viaje por carretera?

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Mientras cruzaban el puente hacia Florida, Maxi encendió la radio.

—¡Pitbull! —exclamó—. Me encanta esta canción.

Kate se dio cuenta de que era la primera vez que salía de la isla desde que había llegado. Esta vez, con todas las ventanillas bajadas y la brisa de la bahía, ni siquiera necesitaban aire acondicionado.

—¿Estás segura de esto? —gritó Kate por encima del viento—. Me refiero al plan.

—Podemos esperar hasta que se nos ocurra algo mejor o podemos seguir con lo que hemos planeado —dijo su amiga, frenando el *jeep* por el tráfico—. ¡Yo digo que a por ello! ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Kate tuvo una imagen mental: las dos compartiendo celda junto a Sam, y Peter, al otro lado de los barrotes, moviendo la cabeza con tristeza. La descartó y trató de concentrarse en el sol radiante y en el agua azul que brillaba bajo el puente.

—¿Crees que Justin se apañará en la tienda? —preguntó Kate.

—Sí, claro, es muy responsable. Siempre lo llamo para que me cuide la floristería.

—¿Y qué pasa con la floristería? No quiero que esto afecte a tu negocio.

—Suelo cerrar los domingos y los lunes, o casi todos los lunes. Pero también he desviado los teléfonos a la panadería. De esa

manera, Justin está realmente vigilando ambas tiendas. No hay problema. Y tiene mi número de móvil si nos necesita. Cuando eres propietaria de una tienda, no puedes preocuparte por todo. Si lo haces, el estrés te acabará matando, pero antes te hará muy infeliz.

Cuarenta minutos más tarde, se detuvieron en un parque de oficinas a las afueras de Bonita Springs. Era un conjunto de edificios redondeados con espejos, algunos altos, otros bajos.

—¿Ves ese de ahí? —dijo Maxi, señalando el más alto del conjunto—. Lord Enterprises está en el último piso.

—Si esto no funciona, ¿Peter pagará mi fianza también?

—Relájate —dijo Maxi, cogiendo una caja dorada y larga del asiento trasero—. Ten un poco de fe en el poder de las flores.

—¿No deberíamos parecer más bien repartidoras? —preguntó Kate mientras cruzaban el aparcamiento.

—Tengo noticias para ti: parecemos repartidoras. Yo hago entregas todo el tiempo y las hago con lo que llevo puesto, vaqueros y una camiseta. Toma, si te hace sentir mejor, puedes sujetar esto —dijo, entregándole a Kate un portapapeles y un bolígrafo—. Te acabo de contratar. Ahora eres oficialmente empleada de Flowers Maximus, pero no dejes que el poder se te suba a la cabeza.

Kate respiró hondo. El corazón le latía con fuerza y sentía sus extremidades como si fueran de plomo.

—Ya sabes lo que hay que hacer, ¿verdad? —preguntó Maxi mientras cruzaban la puerta principal y se dirigían a un grupo de ascensores.

—Después de localizar el despacho de Lord, mientras tú distraes a su nueva secretaria —susurró Kate—, yo entraré en su despacho y husmearé.

—Estate tranquila, no te pasará nada.

—Nunca he hecho nada parecido. ¿Y si me pillan? —preguntó Kate mientras entraban en el ascensor y Maxi pulsaba el piso 20.

—No vas a entrar a robar. Nos van a dejar pasar. Si aparece alguien, di que te has perdido. Este edificio es grande y redondo. Seguro que pasa constantemente.

Kate no parecía muy convencida.

—Vale, se me ocurre un truco, pero guárdalo para cuando lo necesitas de verdad —dijo Maxi—. Saltas de un pie a otro y dices que estás buscando el baño y que es muy urgente.

—¿Eso funciona?

—Es mejor si llevas a un niño pequeño inquieto de la mano, pero tenemos que apañarnos con lo que tenemos.

Cuando la puerta se abrió, estaban frente a un mostrador de recepción. Al parecer, toda la planta pertenecía a Lord Enterprises. Pero el mostrador estaba vacío.

—¿Descanso para café o despidos? —preguntó Kate *sotto voce*.

Maxi se encogió de hombros.

—Vamos —dijo, caminando rápidamente hacia la parte de atrás.

—¿Adónde vas? —preguntó Kate en voz baja mientras la seguía.

—Al despacho de Lord. Hago entregas en sitios como este a menudo. Su despacho estará lo más lejos posible de la recepción y tendrá la mejor vista y el ventanal más grande.

Cuando llegaron al otro extremo de la oficina, Kate lo vio: dos puertas de madera de cerezo y un cartel con letras doradas en relieve que decía: STEWART LORD, ABOGADO, PROPIETARIO Y FUNDADOR.

Pero al otro lado de la puerta se encontraron con un escollo secretarial: un grupo de tres mesas, todas ocupadas.

—Oh, ooh —dijo Kate en voz baja.

—Pásame el portapapeles y prepárate para lo tuyo —dijo Maxi en voz baja.

La florista se plantó delante de la primera mesa del grupo, justo delante de la puerta de Lord.

—Señoras, tengo una entrega de flores para esta oficina y espero que puedan ayudarme. Antes de morir, su jefe, el señor Lord, pidió una docena de rosas rojas de tallo largo para una de ustedes. La tarjeta es muy personal y emplea un apelativo cariñoso. El adolescente que tomó el pedido por teléfono desafortunadamente anotó mal el nombre real. Cuando yo misma llamé para hablar con el señor Lord, me enteré de la terrible noticia. Les doy mi más sentido

pésame. Pero el señor Lord pagó por estas rosas para una dama, así que debo encontrarla y darle su bonito regalo.

Las tres mujeres se agruparon en torno a Maxi y la caja dorada, hablando todas a la vez. Mientras lo hacían, Kate se deslizó hasta el despacho de Stewart Lord. Las luces estaban apagadas, pero una pared era de cristal y la luz del sol inundaba la estancia. De repente, aquello le pareció una idea realmente descabellada. Lord llevaba muerto más de una semana. A saber cuánta gente había entrado y salido de aquel despacho desde entonces.

Kate se quedó parada y trató de asimilar lo que veía. La palabra «ostentoso» se quedaba corta. Aquello parecía un apartamento de lujo. A un lado, Lord (o más bien sus lacayos) había instalado una especie de salón con un sofá, varias sillas acolchadas, una alfombra persa y una chimenea de mármol (de gas, supuso Kate).

El escritorio y las estanterías de Lord se encontraban sobre una plataforma elevada frente a la ventana panorámica, como un altar. En el otro lado de la habitación, a su izquierda, había un bar que parecía más bien una pequeña cocina. Al lado, otro par de puertas dobles.

Curiosa, Kate se acercó y las abrió lentamente. Las luces se encendieron, sobresaltándola. Detectores de movimiento. Esperaba no haber activado también una alarma.

En el cuarto de baño —aunque llamar baño a aquello era como llamar chalet a Versalles— cada centímetro de la enorme habitación estaba cubierto de mármol. En un extremo, una bañera encastrada. En el otro, lo que parecía ser una sauna. En el centro, un sillón de barbero acolchado y ajustable que podía servir de camilla de masaje. Ideal para narcisistas.

El tocador de mármol tenía un lavabo dorado de gran tamaño, con forma de concha gigante. A cada lado, toalleros dorados ofrecían toallas blancas de felpa, como las de los *spas*. El espacio quedaba realzado por un enorme espejo con un marco barroco de pan de oro.

Kate abrió una puerta blanca a la izquierda del lavabo. El aroma

casi la asfixió: cigarrillos, anís y aquella empalagosa colonia. Una selección de media docena de trajes colgaba ordenadamente en el centro. A ambos lados, unos huecos de mármol perfectamente cuadrados contenían camisas de vestir, calcetines y otras prendas cuidadosamente dobladas. En el suelo, varios pares de zapatos hechos a mano en negro, azul marino, granate, marrón y tostado: un arcoíris *ombré* neutro. ¿Cuáles debía de llevar la noche del robo?

Porque ya no albergaba ninguna duda, había sido Steward Lord. Pero ¿qué estaba buscando en The Cookie House?

El hueco de arriba a la derecha era curioso. Desconcertante. Solo contenía dos objetos: una botella marrón grande y una pulsera de plata. Se acercó al armario para poder observar mejor. El olor era sofocante.

La botella de cristal era de ron Isla Tropical. No era una marca conocida, pero debía de estar bueno porque solo quedaba un poco.

Qué raro, a Lord no le pegaba ser bebedor de ron. Según Harp, el promotor prefería el *whisky* caro, y el decantador de cristal que había en el bar de la oficina parecía contener precisamente eso. ¿Era ese su escondite secreto?

Casi instintivamente, Kate cogió la pulsera y le dio la vuelta. Los eslabones de plata eran sólidos y pesados, pero al mismo tiempo elegantes. La mayoría de los colgantes que tenía eran delicados, ligeros y etéreos, pero algunos eran de colorines, baratos y casi infantiles. Sin duda era de mujer y no encajaba en aquel santuario de masculinidad, oro y opulencia.

Volvió a mirar la puerta principal. Se sentía como si hubiera estado allí durante horas. ¿Cuánto tiempo podría Maxi mantener a raya a la pandilla de secretarias? Y, aunque entrar a hurtadillas era muy fácil, ¿cómo iba a salir sin que la vieran? Sin pensarlo, Kate se metió la pulsera en el bolsillo, cerró con cuidado las puertas del baño y se dirigió de puntillas a la puerta principal. Oía la voz de Maxi en medio del alboroto de las mujeres.

Miró hacia el escritorio de Lord. No sabía si jugársela y revisarlo. Seguramente la policía ya lo habría hecho. Pero él era la victima, no

el asesino, y, por lo que había oído en Coral Cay, el abogado de la empresa de Stewart Lord se enfadaba cada vez que los investigadores mencionaban que querían algo relacionado con los archivos de la empresa. Así que tal vez no lo habían hecho.

Llevaba demasiado tiempo ahí dentro. Tenía que irse ya. Ansiosa, accionó la palanca de la puerta con un gesto de milésimas de segundo para que nadie notara que se movía. Luego la abrió con un movimiento suave, salió y la cerró sigilosamente tras de sí. Durante unos segundos, Kate permaneció de pie frente a la puerta, como si hubiera estado allí todo el tiempo, mientras el corazón le latía a un ritmo desenfrenado en el pecho.

—Señoras, una vez más, siento mucho su pérdida —dijo Maxi—. Estoy segura de que el señor Lord era un hombre muy especial.

Kate se colocó detrás de Maxi mientras se dirigían a la recepción y al ascensor. Por suerte, la cabina estaba vacía. Se apresuraron a entrar y Kate pulsó dos veces la planta 0. Tras una eternidad, las puertas se cerraron por fin.

Entonces Kate se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Maxi metió la marcha atrás en el *jeep* mientras las palabras salían de su boca:

—Vale, ¿era Stewart Lord nuestro ladrón o no?

—Fue él —dijo Kate—. Sin duda fue él. La oficina tenía el mismo olor horrible.

—Bien, porque odiaría pensar que he pasado por ese trago para nada. Esas chicas se creen que están en una telenovela o en un programa de esos sobre amas de casa ricas que son solteras y no se ocupan de la casa.

—Ahora que sabemos el quién, tenemos que averiguar el por qué. —Kate hizo una pausa—. ¿Recuerdas si Cookie llevaba a veces una pulsera con colgantes?

Maxi negó con la cabeza.

—No, odiaba las pulseras. Por lo general ni siquiera llevaba reloj. Le estorbaba cuando trabajaba con la masa. ¿Por qué?

Kate enarcó las cejas. Cuanto más oía hablar de Cookie Hepplewhite, más se sorprendía de lo mucho que tenían en común. Quizá fuera cosa de pasteleros.

—El despacho de Lord es más bien un piso —dijo Kate—. Y quizá un piso compartido porque he encontrado una pulsera de mujer en un armario con ropa.

—¿Crees que tenía novia?

—No lo sé. No lo parecía. Quiero decir que no había más cosas

de mujer, ni siquiera un cepillo de dientes. Solo un pequeño estante con la pulsera y una botella de ron.

—Quizá salía con una dama pirata.

Kate se rio.

—¿Y qué han dicho las chicas de la oficina? ¿Al final han decidido quién se queda con las rosas?

—La rubia delgada. Jura que ella y Lord estaban «prácticamente prometidos».

—Tal vez la pulsera sea suya —dijo Kate.

—¿Cómo era? —preguntó Maxi.

—De plata pesada, posiblemente antigua.

—No. A la rubia le gusta el oro, llevaba mucho, y no tiene pinta de que le guste mezclar.

—Otra a la que le gusta el oro… Deberías haber visto el baño de Lord, lo tenía por todas partes, y no color oro, sino oro de verdad.

Maxi sacudió su brillante cabello negro.

—Qué manera de tirar el dinero. Además, ¿cómo se supone que se tiene que limpiar eso? Porque en mi casa, cuando hay que hacer los baños, más vale que uses un buen estropajo. O dinamita.

—¿Alguna de las mujeres ha mencionado a Muriel? —preguntó Kate, tocándose el bolsillo de los vaqueros donde guardaba la pulsera.

—Una de ellas, la señora mayor con el pelo pelirrojo. Ha dicho que la echa de menos, pero tampoco parece que estuvieran muy unidas. Y la rubia flaca ha dicho que a Muriel le gustaba Lord.

—Bueno, sabemos que eso no es cierto —dijo Kate—. Más bien todo lo contrario.

—Lo sé. También ha dicho que Muriel le hizo un regalo en secreto: una caja de bombones.

—¿Los bombones envenenados?

—No lo sé. Ha dicho que Stewart Lord iba contando por ahí que una admiradora secreta le había regalado bombones caros. Y también le dijo a todo el mundo que había visto a Muriel colarse y dejarlos en su escritorio, que estaba enamorada de él y que era

embarazoso porque él no estaba interesado en ella, pero que quiso ser amable y le dijo a Muriel que podía quedárselos porque a él no le gustaba el chocolate.

—Sí, claro, como él siempre era tan amable… Además, si Muriel hubiera envenenado los bombones, no se los habría comido. Pero, como era la asistente de Lord, si alguien enviaba algo para él, ella tenía que dejarlo en su escritorio.

—Esto suena como las peleas de patio de colegio con tanta mentira y tanto drama.

Durante los minutos siguientes, viajaron en silencio mientras Maxi se enfrentaba a las carreteras de asfalto, el tráfico intermitente y los conductores locos. A pesar de todo, con el cálido sol atravesando el parabrisas, Kate sintió que le entraba sueño.

—Es una lástima que no hayas sacado una foto de esa pulsera —dijo Maxi cuando se detuvieron en un semáforo—. Podríamos preguntar por ahí a ver si alguien la reconoce.

Kate metió la mano en el bolsillo y sacó la pulsera con cuidado. La sostuvo en alto.

—Aún estamos a tiempo.

—¡Dios mío! ¿En serio? Vale, pero no podemos decírselo a Peter. Nunca lo entendería.

—Yo tampoco estoy segura de entenderlo —confesó Kate—. Lo único que sé es que parecía estar fuera de lugar, como si fuera lo único de la habitación que perteneciera a una persona auténtica, y no podía dejarla ahí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Kate notó el alivio en la cara de Justin cuando Maxi y ella entraron por la puerta principal de la pastelería.

—Hola, señora de las galletas —dijo él—. Tío, ha sido una locura desde que os habéis ido. Nos hemos quedado sin masa madre y sin galletas de chocolate y galletas de mantequilla de cacahuete. Bueno, puede que me haya comido unas cuantas… Y ha llamado Andy Levy. Quiere hacer un pedido fijo de masa madre, junto con pan de molde blanco y de trigo para sándwiches. También quería saber si podrías darle una docena de panecillos de masa madre para algo nuevo que están probando en el *pub*. Una especie de experimento con sándwiches de carne asada. Suena bastante bien, la verdad. Y también ha habido tres llamadas de gente que quiere galletas para fiestas de cumpleaños y una para un *gender reveal*[1], aunque no sé qué es eso.

—Es una nueva tradición que significa más negocio para nosotras. Así que genial —dijo Maxi, dándole una palmada en la espalda a su amiga—. Cuando llamen pregúntales si quieren globos también. Hago unos arreglos preciosos.

—Oh, ¿señora Más-Buchanan? Usted también tiene un par de mensajes. El señor Kim quiere flores para la señora Kim. Uno de los resorts ha llamado porque quieren flores para una gran cena con baile. Y una vecina suya quiere saber si puede hacer que su jardín se parezca al de aquí.

Maxi sacó dos billetes de veinte de su bolso y se los dio a Justin.

—¿Alguna de tus amigas lleva pulseras con colgantes? —le preguntó Kate.

—No que yo sepa. Al menos, no en la playa.

—A la plata no le van bien la arena y el agua salada —dijo Maxi —, a no ser que solo se la pusiera en ocasiones especiales.

—¿Por qué? ¿Quiere que pregunte por ahí? —ofreció Justin.

—¿Podrías? —preguntó Kate—. Pero con discreción, no quiero meter a nadie en un lío. —Y añadió en silencio—: Sobre todo a mí.

—Claro, tranqui. Voy a por algo de picar y hierba. Nos vemos.

—¿Qué te dije? —dijo Maxi, rebuscando entre los mensajes después de que se fuera Justin—. No solo todo va bien, sino que tenemos nuevos clientes. Vaya, ¿Delores Philpott quiere que haga que su jardín se parezca al de The Cookie House? Esa mujer va a necesitar un camión lleno de semillas de centeno y unos cuantos gatos menos.

Kate dejó sus mensajes de teléfono sobre el mostrador. ¿Cómo se organizaría una mujer de negocios inteligente? Primero devolver las llamadas y luego preparar más galletas y masa madre.

Mientras Kate ordenaba los papeles, Maxi preparó otra cafetera. En cuanto encendió el interruptor, chasqueó los dedos.

—¿Recuerdas lo que has dicho cuando te he pedido que me describieras la pulsera?

—Que era de plata pesada —contestó Kate, estudiando los mensajes del teléfono y tomando notas en un pequeño bloc.

—Y que parecía una antigüedad. Apuesto a que Rosie o André podrían decirnos cuál de las tiendas de antigüedades locales está especializada en algo así, y de ser así, tal vez averigüemos algo más.

—¡Muy buena idea! —dijo Kate—. Si pudiéramos averiguar cuándo se fabricó, o en qué país, o qué significan algunos de los colgantes… Cualquier dato de ese estilo podría ayudarnos a localizar a la propietaria.

—Sería gracioso que perteneciera a Mary Larde o a su mamacita —dijo Maxi—. Un pequeño recuerdo que Roly Paulie birló cuando se

escapó de casa.

—Si es así, podemos devolvérselo cuando aparezca para hacerse cargo de Lord Enterprises. Me encantaría estar allí la primera vez que entre por aquella puerta. ¿Te imaginas la cara que pondría al ver el lavabo de oro?

—¿Y la rubia? Esa chica está sentenciada.

—Al menos se llevará unas flores. Por cierto, ¿cuánto te debo?

—Nada, esas flores son un símbolo de amor verdadero, y no puedes ponerle precio al amor verdadero, aunque Leonard Kim sí que lo hará. Y apuesto a que serán unos cincuenta dólares.

—Al menos déjame pagar la mitad. Y no creas que no te he visto pasarle el dinero a Justin. Eso es un gasto de The Cookie House.

—No, es un gasto para sacar a Sam de la cárcel, pero ya te enviaré una factura. En vez de números, serán dibujitos de las galletas que quiero, y tal vez algunos panecillos de masa fermentada, que tenían muy buena pinta.

—¡Anda! Nos hemos saltado la comida. Con razón tenemos tanta hambre. Hagamos un trato: si vigilas la tienda durante diez minutos, le llevaré a Andy media docena de panes de sándwich y pillaré algo de comer. ¿Quieres algo en especial?

—Cualquier cosa que tenga para llevar. Me muero de hambre.

—Dos platos especiales para las chicas repartidoras, oído cocina —dijo Kate—. También estaba pensando que si empaqueto mis cosas después del trabajo podría mudarme esta noche.

—Esta noche, mañana, la semana que viene… No creo que Javier y Michael vayan a renunciar a la tienda de campaña, hagas lo que hagas. Y yo ya me he acostumbrado a tener galletas recién hechas todas las mañanas.

—Ya va siendo hora —dijo Kate, sacudiendo la cabeza—. Peter y tú me abristeis las puertas de vuestra casa cuando no tenía adónde ir. Eso no lo olvidaré nunca. Y si me voy antes de que tu pobre marido se harte de mí, puede que no le importe que vaya a comer de vez en cuando. Ya sabes, siempre y cuando lleve pan. O *pizza*. Además, ya no tengo acosador y creo que podemos estar bastante

seguras de que el ladrón no va a volver.

—No, a menos que su fantasma ronde por aquí —dijo Maxi.

—Genial —replicó Kate, haciendo una mueca—. Ahora tendré pesadillas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

A la mañana siguiente, mientras Kate metía dos bandejas de panecillos de masa fermentada en uno de los hornos dobles, la campana anunció la llegada de un cliente a la tienda.

—Hola, soy yo —dijo una voz familiar.

—Hola, Rosie —dijo Kate asomando la cabeza por encima de las puertas batientes—. ¿Tienes tiempo para un café? Acabo de sacar una hornada de panecillos de masa madre.

La anticuaría soltó una risita.

—No debería; acabo de tomarme dos en el estudio de Sunny, pero qué diablos…

—Por cierto, esa cama es un sueño —dijo Kate—. Ha sido la mejor noche que he pasado en una década.

—Me alegro mucho —dijo ella—. Tuvimos que elegir el colchón un poco a ojo. Y la señora Allen escogió las sábanas y el edredón. Me encanta el verde-azul profundo, me recuerda al mar.

—Es perfecto. Creo que no estuve despierta ni dos minutos después de que mi cabeza se apoyara en la almohada.

Omitió la parte de compartir la cama con Oliver. Después de haber limpiado el obrador de la panadería, había subido las escaleras y se había encontrado al cachorro acurrucado a los pies de la cama, profundamente dormido.

—Me alegro de que ya te estés instalando —dijo Rosie—. ¿Has oído algo más sobre el caso de Sam?

—Nada. El fiscal le ofreció un trato si se declaraba culpable, pero lo rechazó de pleno. Dijo que no iba a confesar algo que no había hecho. Y tenías razón, no recuerda haber conocido a Muriel Hopkins. Su abogado le enseñó una foto.

—Creo que ella tampoco mencionó nunca la panadería —dijo Rosie—. Por sus problemas cardíacos, era muy estricta con la dieta. Además, su debilidad eran los bombones y Sam no los vendía.

Kate puso dos tazas llenas sobre la mesa y siguió con un plato de panecillos de masa madre, mantequilla y un tarro de mermelada de fresa.

—¿Leche y azúcar?

—No, gracias —dijo Rosie, poniendo una generosa cucharada de mermelada en su panecillo—. Con esto es suficiente.

—No sé si Maxi te lo ha contado, pero ayer fuimos a la oficina de Stewart Lord.

—¡No! ¿En serio? ¿Averiguasteis algo interesante?

—Aparte de que el hombre era aún peor de lo que pensábamos, hay un par de novedades. Stewart Lord dijo que alguien, de forma anónima, le había enviado bombones el día que Muriel murió. También contó a varios empleados que había visto a Muriel poniéndolos en su escritorio y dijo que se los había enviado ella porque estaba enamorada de él.

—¡Menuda rata! Si alguien se merecía lo que le pasó, era ese cerdo. No entiendo cómo ella lo podía soportar y que no se fuera.

—Si te hace sentir mejor, su hermana probablemente lo heredará todo. Y es la hermana a la que robó para lanzar su negocio.

—¿Le robó a su propia hermana?

—El pago de la póliza de entierro de su difunta madre, para ser precisa.

—Ese hombre era una auténtica pieza —dijo Rosie, sacudiendo la cabeza—. Apuesto a que la hermana está bailando sobre su tumba. Entonces, ¿esos bombones eran los envenenados?

—No tengo ni idea, pero, a menos que hubiera más cajas por ahí, parece probable. ¿Puedes guardar un secreto? Un secreto de

verdad.

—Sí, claro, qué intriga —dijo Rosie—. ¿De qué se trata?

—La razón por la que fuimos es que sospechaba que Lord podría haber sido el que entró en la panadería. Por lo que dijiste de sus caramelos de anís. Justo después del robo, después de que el ladrón saliera corriendo, entré en la tienda. Y olía a cigarrillos, anís y una colonia muy fuerte.

—¿Era él?

Kate asintió.

—No me cabe la menor duda, pero ese no es el secreto.

Rosie puso mermelada en la otra mitad de su panecillo y le dio un mordisco.

—El despacho de Stewart Lord parecía sacado de otra época. Mármol, oro, vista panorámica, chimenea… y un baño más grande que mi apartamento de Manhattan.

Rosie asintió.

—Muriel lo describió bastante bien. ¿Qué fue lo que dijo? Que era como lo habría decorado María Antonieta si hubiera tenido dinero de verdad.

Kate sonrió.

—Lo clavó. En fin, el caso es que, ya que estaba allí, husmeé un poco.

Rosie se inclinó hacia delante mientras cogía otro panecillo.

—Suéltalo.

—Encontré algo que desde luego no pertenecía a aquel Versalles junto al mar: una pulsera de mujer. Parece que podría ser una antigüedad. Me encantaría averiguar un poco más sobre ella y tal vez encontrar a la dueña. Si te la enseño, ¿podrías recomendarme a algún anticuario especializado en…, bueno…, lo que sea?

—Por supuesto. ¿Tienes una foto?

—No exactamente. Esa es la parte secreta. Tengo la pulsera.

La cara de Rosie se iluminó.

—Bueno, seguro que no pertenece a Lord Stewart Lord. Y está claro que él no la va a devolver. En mi opinión, este es un claro caso

de «el que lo encuentra se lo queda».

—Ben Abrams probablemente discrepará. Peter Buchanan, también. Y tarde o temprano voy a tener que decírselo o devolvérsela a su legítima propietaria. Probablemente ambas cosas.

—Mientras tanto —dijo Rosie, enderezándose en su asiento—, echémosle un vistazo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Kate depositó con delicadeza un pañuelo de lino blanco sobre la mesa, delante de Rosie, y lo desplegó lentamente. Le había parecido desconsiderado guardar la pulsera en el bolsillo, así que la había envuelto cuidadosamente y guardado en uno de los cajones que había debajo de su nueva cama. Los ojos de Rosie se abrieron de par en par al coger la pulsera.

—¿Dónde la encontraste exactamente?

—En el cuarto de baño del despacho de Stewart Lord. Tenía un armario donde guardaba media docena de trajes, zapatos y cosas así… Esto estaba separado en la parte superior junto con los restos de una botella de ron.

—Era de Muriel —dijo Rosie en voz baja. Cogió la pulsera y la puso sobre la palma de su mano—. La compró en su última visita a la isla unas dos semanas antes de morir. ¿Por qué la tenía él?

—Ni idea. Supongo que Muriel no bebía ron.

—Muriel no bebía nada. Hasta era prudente con el consumo de café, solo tomaba descafeinado. —Rosie sacudió la cabeza—. Qué raro.

—¿Qué? —preguntó Kate.

—Esta pulsera tenía más colgantes. ¿Ves estos de aquí? —dijo, pasando ligeramente el dedo por la pulsera de plata—. También son de plata de ley y originales de la época. —Después señaló tres llamativos discos de plástico del tamaño de una moneda de

veinticinco centavos—. Pero estos no estaban, no los había visto.

—También me extrañó verlos —dijo Kate—. Son de colores y no pegan nada, no tienen nada que ver con el resto.

—¿Colgantes de plástico rosa, naranja y azul en una joya eduardiana? Desde luego que no. Muriel nunca habría hecho esto. Ella apreciaba las cosas bellas.

—Tal vez significaban algo para ella; ya sabes, valor sentimental.

—Tal vez —contestó Rosie—. Lo raro es que en su última visita estaba furiosa con Stewart Lord, pero también la vi feliz.

—¿Qué quieres decir?

—Había estado mirando casas por aquí —recordó Rosie—. Quería comprar. Hasta entonces había sido solo una idea, un deseo. —Kate asintió—. Pero esa vez era diferente —continuó Rosie—. Ella estaba diferente: enfadada, al menos con Lord, pero proactiva y contenta también. ¿Tiene sentido?

Kate asintió.

—Más de lo que crees.

—Fue como si hubiera tenido una especie de revelación, como si hubiera decidido pasar a la acción. Muriel Hopkins iba a cambiar de vida.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Kate estaba haciendo galletas para tres cumpleaños diferentes. Por suerte, dos clientas las querían de chocolate, pero mientras una quería galletas normales —cuatro docenas para una fiesta infantil—, la otra quería una galleta gigante.

—Como una *pizza* —explicó la mujer—, pero con «Feliz cumpleaños», Mike escrito encima con glaseado rojo. Le gusta el rojo. También le gusta mucho el golf. ¿Podrías dibujarle un campo de golf?

Kate convenció a la mujer de que no dibujara un campo de golf entero, sino solo el *putting green* con una bandera roja. Sonrió al colgar el teléfono. La escuela culinaria la había preparado para trabajar en una cocina, pero ¿tratar directamente con el público? Eso era harina de otro costal. Tenía que ser en parte panadera, en parte psiquiatra y en parte adivinadora.

Entre la preparación de galletas y panes, creó una paleta de colores de glaseados rosas, una parte del trabajo realmente divertida. Se decidió por un delicado rosa concha para el *gender reveal*.

Cuando sonó el teléfono, Kate lo cogió y manchó el auricular y el delantal con varios tonos de glaseado.

—The Cookie House, soy Kate.

—Tengo noticias —dijo Maxi rápidamente—. Ni buenas ni malas, noticias a secas.

—Yo también. Me moría por llamarte, pero los pedidos de galletas se están retrasando. Acércate antes de irte a casa, que tengo una pequeña sorpresa. Mi forma de darte las gracias.

—Sé que dije que echaría de menos tener mi propio duende de las galletas, pero no tienes por qué hacerlo.

—No son galletas —dijo Kate—. Es la cena, un plato que aprendí de un chef griego con mucho talento: *kreatopita*, un pastel de carne. Lleva ajo y hierbas frescas y está envuelto en hojaldre crujiente. Y si por la noche te entra hambre, frío está igual de bueno.

—De acuerdo, entonces acepto la sorpresa. Mi mami sale con sus amigas esta noche. Le dice a todo el mundo que van a jugar al *bridge*, pero yo sé que en realidad juegan al póker y a veces incluso al dominó, pero no le digas que te lo he contado. Los buenos cubanos no juegan al dominó.

—¿Cómo podrás soportar la vergüenza? —bromeó Kate.

—Todo depende de cuánto dinero gane.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Cuando Maxi entró en el obrador de la panadería, había cuatro pasteles de carne enfriándose sobre una rejilla. —¡Oh, esto huele delicioso! ¿Pero por qué este tiene un agujerito en el centro? ¿Y ese que es tan pequeño?

—Esa es una porción individual para Sam. Y el del agujero es para Oliver y para mí. No lleva ajo ni cebolla porque son malos para los perros, pero sí zanahoria rallada y romero, tomillo y albahaca. Le he dado una forma diferente para no confundirlos.

—Si quieres, puedo llevarle la cena a Sam antes de ir a casa. La noticia que te decía es que he hecho el recuento de las donaciones del sábado y he llevado el dinero al banco de Sam. Su abogado ha tenido que pasarse a firmar para que pudieran ingresar el dinero en su cuenta.

—Nunca lo he entendido. Quiero decir que firmar para retirar dinero, sí, claro —dijo Kate, lavándose enérgicamente las manos para eliminar todo rastro de glaseado—, pero si algún extraño quiere ingresar unos dólares en mi cuenta, por mí ningún problema.

—Sí, pero esto era algo más que unos pocos dólares. Entre los cheques y el efectivo, nueve mil seiscientos cincuenta y tres dólares.

—¡Dios mío! ¿Qué ha dicho Sam? —preguntó Kate.

—Todavía no se lo he dicho, pero creo que se alegrará, aunque no lo admita. Es una demostración de que la gente cree en él.

—Desde luego, y es fantástico.

—Y eso no es todo —dijo Maxi, recolocándose en su silla—. Mientras esperábamos a que el director del banco lo tuviera todo firmado, su abogado, Bob Gifford, me ha dicho que el ayudante del fiscal del Estado está teniendo problemas para vincular a Sam con el medicamento que mató a Muriel Hopkins y a Stewart Lord. Por eso quiere volver a proponer un trato: si Sam se declara culpable de dos cargos de homicidio involuntario, pedirá de diez a quince años de prisión. Y esta vez no tendría que dar ningún detalle, solo firmar el papel y decir que lo hizo. Bob dice que Sam podría salir en siete años o incluso menos.

—¿Y qué dice Sam? —preguntó Kate, tensa.

—Sam dice: «¡De ninguna manera!». Mi padrino no confesará algo que no ha hecho.

—Menos mal.

—Pero que el ayudante del fiscal del Estado ofrezca otro trato es muy buena señal.

—Sí que lo es, desde luego. ¿Qué dice Bob Gifford?

—Que todavía tienen un largo camino por recorrer para exculpar a Sam, pero que pinta mejor.

—Vaya, sí que son buenas noticias.

—¿Y cuál es tu chisme? ¿O cojo los pasteles de carne y me voy a casa directa?

—La pulsera era de Muriel.

—¡No! ¿Quién te lo ha dicho?

—Rosie. Muriel la compró en su tienda la última vez que visitó Coral Cay, unas dos semanas antes de morir.

—¿Y cómo la consiguió el baboso de Lord?

—Ese es el enigma. Supongo que podría haberla encontrado en la oficina después de su muerte, o cuando estaban limpiando su escritorio alguien pudo haberla visto y se la dio. Pero nada de eso explica lo del ron. Ah, y hay otra cosa extraña: la pulsera y la mayoría de los colgantes son de plata esterlina y antiguos. Eduardiana, según Rosie. Pero los colgantes de plástico de colores brillantes no estaban en la pulsera cuando Muriel la compró, alguien

los añadió después, y Rosie está convencida de que no fue Muriel.

—Eso es superextraño.

—¿A que sí? Un montón de pequeños y molestos detalles que no parecen importantes, como los trocitos pequeños que se desprenden de una masa. ¿Pero por qué no puedo quitarme la sensación de que significan algo?

CAPÍTULO SESENTA

A la mañana siguiente, Kate bajó las escaleras, le abrió la puerta de atrás a Oliver y encendió la cafetera de Sam. Era un modelo anticuado de los años noventa que probablemente el panadero había comprado entonces; de plástico negro, con una jarra de cristal, hacía hasta doce tazas a la vez; y ella agradecía cada gota de cafeína.

Mientras Oliver bajaba las escaleras al trote y se escabullía silenciosamente por la puerta, Kate sacó la pulsera de Muriel del bolsillo de la bata y la colocó con cuidado sobre la mesa del obrador. Mientras la cafetera borboteaba y gorgoteaba, se quedó mirando la pulsera y finalmente la cogió y la estudió. La giró y tocó cada uno de los colgantes. Los discos de plástico eran modernos y alegres, pero al lado de la plata antigua parecían baratos y fuera de lugar. Muriel compró la pulsera, pero Stewart Lord acabó quedándosela. ¿Quién añadió los nuevos colgantes? ¿Y por qué? Kate recordó el enfado de la anticuaría cuando se fijó en los adornos de colores; casi parecía que Rosie fuese a arrancarlos.

Oliver entró corriendo por la puerta trasera y dio una vuelta rápida por el obrador. Desapareció en la tienda y volvió con su juguete rojo brillante, que había sido un regalo de Barb Showalter, y al cachorro le encantaba. Kate se sirvió una taza de café y le echó un poco de leche. Cuando se sentó, Oliver dejó caer suavemente el juguete cónico junto a su silla y la miró a los ojos.

Antes de dárselo a Oliver, Barb había explicado que no era solo un juguete, sino también un juego. «Un perro inteligente como Oliver necesita estimulación mental», le había explicado la librera. El juguete de goma tenía un pequeño agujero en el interior en el que se podía poner mantequilla de cacahuete, queso o una salchicha. El Kong era un rompecabezas, una golosina y un juguete, todo en uno.

Por desgracia, a Oliver se le daban bien los rompecabezas. Localizó y se comió las golosinas escondidas en un santiamén. Kate sospechaba que le gustaba la mantequilla de cacahuete tanto como a ella el chocolate.

—¿Ya toca rellenarlo? —le preguntó al ansioso cachorro—. ¿Otra vez? Un día de estos te voy a poner un cronómetro —le dijo suavemente, acariciándole la sedosa cabeza—. Creo que has batido un nuevo récord.

Metió la mano en la nevera y sacó un bote de mantequilla de cacahuete. Untó un poco en una toallita de papel y metió la cantidad que pudo en el hueco del juguete, que luego le ofreció a Oliver.

—Bien, esto mantendrá ocupado tu astuto cerebro durante unos minutos. En serio, creo que tardo yo más en poner la mantequilla de cacahuete que tú en sacarla.

Oliver se tiró al suelo, rodó sobre el lomo y sujetó el Kong con las dos patas delanteras, luchando enérgicamente con él.

Lástima que no pudiera ayudarla a resolver el rompecabezas que tenía ella delante, el rompecabezas de la pulsera. Quizá si le untaba mantequilla de cacahuete…

De repente, Kate cogió la pulsera de la mesa. La giró con cuidado hacia el colgante de plástico azul oscuro e intentó sacarlo de la pulsera. Como no lo consiguió, cogió un tenedor pequeño del cajón de los cubiertos y deslizó suavemente una púa por la argolla metálica del dije. Cuando la abrió lo suficiente, lo sacó con cuidado de la pulsera.

El colgante pesaba más de lo que esperaba, teniendo en cuenta que estaba hecho de plástico y cromo. Lo observó en la palma de la mano. Era perfectamente redondo, un poco más grande que una

moneda de veinticinco centavos y de medio centímetro de grosor, y todo el contorno tenía una banda de cromo brillante.

Agarró la parte superior y tiró. Nada. Puso el pulgar y el índice en la parte delantera y trasera del dije, apretó con fuerza, dio un tirón rápido al eslabón de la parte superior y se abrió en dos.

Las dos partes encajaban tan bien que parecían una sola. La primera pieza era la mayor parte del colgante: dos finos discos redondos de plástico junto con casi toda la banda cromada. Era hueca. La segunda pieza era más pequeña, solo el eslabón de metal que unía el colgante a la pulsera, el resto de la banda cromada y, sobresaliendo de este, una pequeña memoria USB.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Kate estaba sentada frente al ordenador en la floristería mientras Maxi daba vueltas cerca de ella.

—No me puedo creer que hayas encontrado esto en una joya —dijo Maxi en voz baja—. ¿Quién crees que lo puso ahí?

—Yo diría que Muriel. Ella compró la pulsera. Y, por lo que dijeron Rosie y André, estaba harta de Lord. Por lo visto, la última vez que Muriel estuvo en Coral Cay tuvo una especie de epifanía. Creo que había tomado la decisión de destapar a Stewart Lord.

—Eso es algo muy arriesgado —dijo Maxi, sacudiendo la cabeza —. ¿Pero por qué la pulsera? ¿Y las memorias secretas?

—Podría estar muy equivocada, pero creo que estaba recopilando pruebas para acabar con él. Muriel tenía acceso a sus registros de negocios, archivos informáticos, papeleo, listas de contactos… Todo. Pero necesitaba un lugar para esconderlo. Un lugar a mano, pero también oculto. Y, seamos honestas, ¿quién mira dos veces la pulsera de una mujer de mediana edad?

—Y el hecho de que la comprara en Coral Cay y la estuviera usando para ayudar a salvar la ciudad…

—Un pequeño gesto de justicia —dijo Kate, sonriendo.

—¿Pero por qué la tenía Lord? Lo lógico es que la hubiera tirado o destruido.

—Es muy posible que lo hiciera —dijo Kate abatida—. Estas dos primeras memorias están vacías.

—¿Estás segura? —preguntó Maxi.

Kate asintió con gesto adusto y cogió la tercera.

—Allá vamos —dijo, introduciéndola en la ranura de la parte trasera de la torre del ordenador de Maxi.

Kate pulsó unas teclas y en la pantalla salió un menú. Abrió un documento y lo leyó en diagonal. Luego otro. Y otro más.

—¿Qué pasa? —preguntó Maxi, acercándose a la pantalla.

—Esta no está vacía —dijo Kate en voz baja—. Claramente no está vacía. Está llena de documentos. Todos relacionados con Lord Enterprises y Coral Cay: informes, facturas, recibos, esquemas, planos, archivos del Gobierno… Vamos a necesitar mucho tiempo para revisar esto, pero parece que podría ser la clave.

—Mira cuándo se guardaron en la memoria —dijo Maxi.

—Déjame ver… —dijo Kate mientras seguía tecleando—. Vale, el primero se guardó el mes pasado, el día once a las seis y catorce de la mañana. Y el último documento se incluyó el día quince a las nueve y cincuenta y dos de la noche.

—¿Y nada más desde entonces? —preguntó Maxi ansiosa.

—No, y Muriel murió al día siguiente. Tienes razón, esa fecha lo confirma. Tienen que ser de ella.

—Muy astuta —dijo Maxi—. Investigaba temprano por la mañana o tarde por la noche, probablemente cuando no había nadie más en la oficina.

—Y, como era la secretaria personal de Lord, era lógico que fuera la primera en llegar o la última en irse. La típica asistente diligente y comprometida.

—¿Y cómo se enteró Lord? —preguntó Maxi.

—Eso —dijo Kate— es exactamente lo que me gustaría averiguar. Y creo que sé a quién llamar.

—Sí, ya he visto más de uno de este tipo de volcados de documentos —dijo Manny mientras sus gruesos dedos tecleaban en el ordenador de Maxi.

Llevaba una camisa hawaiana roja y había cambiado los pantalones cortos por unos vaqueros. Kate se dio cuenta de que no

llevaba sombrero, pero sí unas gafas de sol en la cabeza.

—No tenéis ni idea de la cantidad de casos de espionaje empresarial que llevo —dijo él—. Eso y los divorcios me pagan la comida del perro.

—Nos va a llevar una eternidad leerlos —dijo Maxi.

—No, el secreto es seleccionarlos bien. ¿Qué es lo que más os interesa?

—Si Stewart Lord descubrió que Muriel estaba tras él —preguntó Kate—. Y, si fue así, de qué manera.

—Esa parte es pan comido o, en tu caso, unas cuantas galletas de jengibre. A John Quincy le gustan mucho.

—Trato hecho —dijo Kate, sonriendo—. ¿Y cómo podemos averiguarlo?

—Gran parte de lo que guardó esa señora son fotos, fotos de documentos en papel. Empieza por esas.

—¿Por qué? —preguntó Maxi.

—Por dos razones —dijo Manny, levantando dos dedos bronceados—. El papel significa que alguien no lo introdujo en el ordenador. Probablemente son cosas que vuestro amigo empresario no quería tener en el disco duro de la empresa. Dos, muchas de las fotos son recibos.

—Sigue el dinero —dijo Kate, recordando el consejo del doctor Patel.

—Sí —dijo Manny, mientras tecleaba—. Qué raro esto…

—¿El qué? —preguntó Maxi.

—¿Ves este recibo? ¿Syntegration Solutions?

—Sí —dijeron Kate y Maxi al unísono.

—Es un programa espía de una empresa bastante conocida en ciertos círculos. He visto ese programa en acción y es increíble. Si lo metes en el teléfono de alguien, te lo dirá todo, menos lo que ha comido, aunque… probablemente eso también.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maxi.

—Bueno, básicamente, es un micrófono oculto. Graba llamadas, copia correos electrónicos e incluso puede rastrear a alguien en la

vida real mediante GPS, y eso, en mi opinión, es hacer trampa. Si no eres capaz de hacer un seguimiento a la antigua usanza, no tienes nada que hacer como espía.

Kate miró a Maxi a los ojos e intentó no sonreír.

—Lo raro es que, según el recibo, vuestro amigo compró dos docenas de copias —dijo Manny señalando el monitor—. Eso significa que pudo ponerlo en veinticuatro teléfonos diferentes. En la mayoría de los casos, solo se hace una vez. Suele ser uno de los cónyuges o socios espiando al otro.

—¿Recuerdas nuestra visita a la empresa? —dijo Maxi—. Las chicas de la oficina estaban asombradas de cómo Lord lo recordaba todo acerca de toda la gente de la oficina. Sabía quién estaba peleado con su pareja o a qué hijo le iba mal en la escuela. Una vez, uno de sus ejecutivos solicitó una entrevista de trabajo; Lord lo llamó cinco minutos después y lo despidió.

—Lord espiaba a sus empleados —dijo Kate con calma—, probablemente a los ejecutivos y a los asistentes ejecutivos.

Las dos se quedaron en silencio al sentir el horror.

—Manny, ¿hay alguna manera de enviar por correo electrónico todos estos archivos a alguien de forma anónima? —preguntó Kate.

—Eh…, puede que sepa algo sobre ese tema —dijo él, crujiéndose los nudillos sobre el teclado—. Pero no lo haría desde aquí, sería demasiado fácil de rastrear. Lo mejor es una biblioteca.

—¿Y las cámaras de vídeo de la biblioteca? —preguntó Maxi—. ¿No podrían encontrarte desde ellas?

—No, las bibliotecas llevan años sin fondos —dijo—. La mitad de las veces, esas cámaras ni siquiera funcionan. Y conozco unos cuantos lugares en los que sin duda es así. No me preguntéis cómo. Así pues, si alguien entrara y enviara un correo electrónico, ¿quién querríais que fuera el afortunado destinatario?

—El detective Ben Abrams —dijo Kate—, del Departamento de Policía de Coral Cay.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Ya había pasado la hora punta del mediodía, cuando Kate por fin tuvo tiempo de pensar en la comida. Calentó algunos restos de *kreatopita*. Como por arte de magia, en cuanto abrió la puerta del horno caliente, Oliver bajó trotando las escaleras.

—¿Has dormido bien? Adivina, ya es la hora de comer. De hecho, hace rato que lo es, y seguro que tu olfato te lo ha chivado. Pero, primero, vamos a dejar que esto se enfríe —dijo, pasando el pastel con cuidado a una rejilla en la parte posterior del mostrador—. Confía en mí.

Sonó el teléfono. Automáticamente, Kate lo cogió. Oliver soltó un suave quejido.

—Lo sé, lo sé —dijo ella, tapando el auricular—, pero los negocios son los negocios. Más juguetes para cachorros y enormes tarros de mantequilla de cacahuete.

Oliver se relamió.

—The Cookie House, soy Kate —anunció alegremente al teléfono.

—Kate, soy Annie Kim. Oye, he estado investigando y creo que he encontrado algo interesante.

—¿Has almorzado ya?

—No, y no se lo digas a mi madre —susurró Annie al teléfono—. Se enfadaría conmigo.

—No eres vegetariana, ¿verdad?

—Ni loca.

—En ese caso, vente. Los clientes del mediodía ya se han ido, Oliver está aquí y tengo un pastel de carne que te va a encantar.

—Oh, Dios, qué bueno está —dijo Annie—. Mi madre hace uno parecido, lo llama «pastel de mano», pero la corteza es diferente. Y me encanta el relleno que lleva este. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—*Kreatopita*. O, mejor dicho, mi versión apta para perros de la *kreatopita*.

Annie sonrió.

—Sí, al pequeño también le gusta mucho.

Ambas miraron a Oliver, que se estaba comiendo su propia porción. Movía la cola con entusiasmo, y el plato de papel que tenía delante estaba casi limpio.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Kate cuando ya no pudo contener su curiosidad.

Annie tragó saliva, sonrió y cortó otro bocado con el tenedor.

—¿El medicamento que mató a Stewart Lord y Muriel Hopkins? Ya os dije a vosotras y a la policía que Sam no tenía acceso a él. Al menos, hasta donde yo sé. El caso es que ni siquiera puedo encontrar a alguien que Sam conozca que lo haya tomado. Aunque esto es confidencial.

Kate asintió, devorando otro bocado de pastel.

—Pero hay un tipo en la oficina de Lord que lo toma con regularidad. Recogió el medicamento con la receta mensual el día once del mes pasado, pero volvió y compró para un mes más el día dieciséis.

—El día en que Muriel murió —dijo Kate.

Annie asintió y tomó otro bocado del sabroso pastel.

—Tuve que pedir algunos favores y, francamente, no estoy segura de que sea estrictamente legal —dijo dibujando unas comillas con los dedos—, pero conseguí que su farmacéutico examinara sus pautas de consumo. Regular como un reloj. Lleva años tomándolo.

Nunca había perdido ni una sola pastilla y, palabra de farmacéutica, eso pasa continuamente. Pero este tiene su rutina, suele recoger la nueva receta el fin de semana antes de que se le acabe la anterior.

—Todo el mundo aprovecha el fin de semana para hacer recados —dijo Kate.

—Exacto —secundó Annie, sirviéndose otro trozo de pastel de carne—. Toma una pastilla al día y deberían habérsele terminado el martes, para empezar el nuevo frasco el miércoles, pero el jueves volvió a la farmacia diciendo que se le había acabado el medicamento.

—¿Quién es? —preguntó Kate—. ¿Puedes decírmelo?

—Técnicamente, las normas del colegio de farmacéuticos me impiden compartir información. Pero, entre nosotras, voy a llamar a Ben para decirle que debería investigar más a fondo al abogado de Stewart Lord.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Mientras la luna se alzaba sobre el golfo, Kate se inclinaba sobre la encimera del obrador de The Cookie House, poniendo con cuidado glaseado rosa pálido en una bandeja de crujientes y finas galletas de mantequilla. Tenía el café sobre la encimera. Maxi se sirvió otra taza, añadió dos cucharaditas de azúcar y un poco de leche.

—Si Muriel estaba husmeando en la empresa, ¿podría Lord haberla matado para callarla? —aventuró la florista.

—Eso tiene sentido. Pero ¿quién mató a Lord? ¿Y cómo encaja en esto el abogado de la empresa?

—Bien, tal vez Lord le dijo al abogado que Muriel estaba revisando archivos y el abogado se puso nervioso y la mató. Eso explicaría por qué le daban ataques de histeria cada vez que la oficina de Peter preguntaba por los archivos de la compañía.

—O podría ser simplemente que el abogado actúa como un abogado —dijo Kate, alisando hábilmente el glaseado con una espátula de ángulo recto—. Sobre todo si sabía que nuestro amigo Lord pasaba de las normas y los reglamentos. Aceptémoslo, cualquiera que trabajara para esa empresa tenía las mismas razones para matar a Muriel Hopkins. Lord Enterprises estaba inyectando mucho dinero en muchos bolsillos y las investigaciones de Muriel amenazaban con cerrar la espita. ¿Pero por qué matar también a Lord? ¿Y cómo? ¿Alguien ha llegado a investigar al chófer de Lord?

Ese tipo estaba en la escena en ese momento.

—Está completamente limpio —dijo Maxi, mirando a su amiga terminar cada galleta con una pizca de azúcar multicolor—. Peter me dijo que es un universitario que quiere ganar dinero extra en verano. Lord alquiló el coche a un servicio que también proporciona los conductores. Y el pobre chico no tenía ningún vínculo con Stewart Lord. O Paul Larde. Pero se asustó mucho cuando murió su primer pasajero.

—Ahora me siento mal —dijo Kate, levantando la vista—. Eso tuvo que ser horrible.

—¿Y si Lord mató a Muriel y luego el abogado mató a Lord como venganza —dijo Maxi— porque estaba locamente enamorado de ella en secreto?

—Vale, ¿alguien ha estado viendo telenovelas otra vez? —se burló Kate mientras ponía glaseado en una segunda bandeja de galletas.

—Encendí la tele y apareció una —dijo Maxi, sonriendo—. Fue el destino.

—Claro, alguien podría haber matado a Lord al enterarse de que había asesinado a Muriel, pero ¿no habría sido más fácil delatarlo?

—Tal vez lo sabían, pero no podían probarlo.

—Ron y una pulsera —murmuró Kate mientras repartía el glaseado rosa sobre una galleta—. ¿Por qué un tipo sin novia al que le encantan las cosas ostentosas y el *whisky* caro esconde una botella de ron casi vacía y una pulsera de plata con colgantes en su armario privado?

—Porque significan algo para él —concluyó Maxi.

—Estoy de acuerdo. ¿Pero qué?

—¿Y si Lord descubrió que el abogado mató a Muriel y lo estaba chantajeando?

—Vale, eso parece plausible —dijo Kate mientras igualaba el glaseado con la espátula—, pero sigue sin explicar lo del ron.

—Qué pena que Sam esté en la cárcel. Es nuestro experto en ron.

—¿Qué marca bebe?

—Una de aquí —dijo Maxi—: Isla Tropical.

—¡Esa era la marca de la botella de Lord! —dijo Kate.

—Es muy conocida en Coral Cay y muy buena, y aquí a la gente le gusta apoyar el comercio local.

—No sabía que hubiera una destilería en la isla —dijo Kate, cogiendo el recipiente de azúcar grueso de colorines.

—No la hay —dijo Maxi—. Está al otro lado del puente, en el continente. Es muy pequeña, pero muy chula. Y los chicos que la dirigen están por aquí a menudo, por los resorts. Creo que uno de ellos incluso vino a la reapertura el sábado.

—¿Tienes idea de cuánto apoyaba Sam a ese negocio local en particular? —preguntó Kate con cautela mientras empezaba a glasear una tercera bandeja.

—Ya no mucho —dijo Maxi—. Bueno, justo después de que Cookie muriera, sí. ¿Pero ahora? Solo bebe un sorbito de vez en cuando.

—¿Y la botella que hay debajo del mostrador? —preguntó Kate—. Cuando llegué aquí por primera vez, prácticamente todo el mundo en el pueblo me habló de la botella del mostrador.

—Es como una leyenda urbana —explicó Maxi, gesticulando con las manos mientras hablaba—. Pero no puedes trabajar las horas que trabajaba Sam si estás borracho o con resaca. Ese hombre trabajaba a muerte y no comía ni dormía lo suficiente. ¿Y lo de la botella? Es para su tranquilidad; no la necesita, pero saber que está ahí le hace sentirse seguro.

—Entonces, ¿dónde se puede comprar una botella de Isla Tropical?

—En la destilería o en alguna de las licorerías.

—¿Solamente? ¿Ni en los complejos turísticos ni en la tienda de Harp?

—No —dijo Maxi—, al menos no en Florida. Aquí la ley es muy estricta. Harp tiene una tienda de vinos y puede vender vino y cerveza, pero nada más. Y en los resorts venden ron en los

combinados, como los de las sombrillitas. Pero si quieres comprar una botella entera, solo puedes hacerlo en las licorerías y la destilería. Y la destilería solo puede vender un cierto número de botellas a la misma persona, así que son muy cuidadosos con los registros.

Kate dio a cada galleta unos cuantos toquecitos con la espátula y el glaseado rosa brilló. Cuando puso el azúcar multicolor, los cristales captaron la luz y destellearon.

—Creo que nos estamos complicando demasiado —dijo Kate, apartándose de la encimera para evaluar su trabajo—. Algo que se aprende en la cocina es que los humanos son criaturas sencillas. Dales un poco de carne a la parrilla, una guarnición con mantequilla y algo dulce de postre y serán felices.

—Como nuestro chico Oliver —dijo Maxi.

Ambas miraron al cachorro, que se había quedado dormido bajo la mesa del obrador, acurrucado alrededor de su corderito de peluche.

—Exacto —dijo Kate en voz baja—. Y estoy dispuesta a apostar a que esto es lo mismo. No se trata de una gran trama enrevesada, es bastante sencillo. Simplemente, no lo estamos viendo.

—Necesitamos la pizarra de asesinatos de Harp —dijo Maxi.

—Necesitamos algo —admitió Kate—. Un momento, tengo una idea.

Abrió un cajón y rebuscó en él hasta sacar un bloc de *post-it* y un rotulador. Se los dio a Maxi.

—Escribiremos lo que sabemos —explicó Kate—. Podemos pegarlos en la nevera y así tendremos el panorama completo de un vistazo. Si descubrimos que falta algo, pegamos otra nota adhesiva. Uno de mis instructores solía hacer esto para ayudarnos a analizar lo que iba bien y lo que iba mal después de un servicio.

—Lord tenía una botella casi vacía de Isla Tropical —dijo Kate— y Sam bebe Isla Tropical.

—Lord también tenía la pulsera de Muriel —añadió Maxi—, junto a la botella de ron.

—¡Ron! —exclamó Kate—. Ese es el ingrediente secreto de los panecillos de Sam. Esa mañana salió y cogió la botella de debajo del mostrador. Cuando me vio, dijo que era solo para aromatizar. Pensé que estaba avergonzado de que lo hubiera pillado cogiendo la botella. ¿Y si era verdad?

Maxi escribió «Panecillos dulces con ron» y lo pegó en la nevera.

Bajo la mesa, Oliver se revolvió, se estiró, agarró con fuerza su corderito de peluche y se dio la vuelta. Mientras su pecho peludo se movía rítmicamente arriba y abajo, roncaba suavemente.

—Entre las cosas que la policía confiscó y analizó, ¿había una botella de ron? —preguntó Kate.

—Ni idea, pero sé a quién podemos preguntarle —dijo Maxi entrando en la tienda.

Mientras Maxi hablaba por teléfono con Peter sobre los deberes de los niños, los planes de Esperanza para la noche y, evidentemente, su propuesta de preparar un par de hamburguesas y verduras a la parrilla, Kate se obligó a concentrarse en el *collage* de la nevera. Movió un par de *post-its*. Luego devolvió uno a su lugar original. Poco a poco, la información se filtró en su cerebro.

Lord mentía.

Lord espiaba.

Lord engañaba.

Lord irrumpió en la panadería.

Lord disfrutaba presionando a los débiles.

Así que si alguien en Empresas Lord envenenó a Muriel Hopkins, Stewart Lord mismo era la solución más simple.

Entonces tomó la pulsera de Muriel. Maxi tenía razón: como no la destruyó, no debía de saber lo de los lápices de memoria. Era un recuerdo.

Se quedó mirando una nota: Lord tenía la marca de ron de Sam.

Cogió el grueso rotulador negro del mostrador y corrigió. Ahora se leía: Lord tenía el ron de Sam.

Otro recuerdo de un posible asesinato, solo que esa vez algo salió mal.

Pero ¿cómo podía Lord haber robado el ron de Sam durante el allanamiento si la botella estaba debajo de la caja registradora a la mañana siguiente?

Kate suspiró, dio la espalda a la nevera y volvió a ocuparse de sus galletas.

Oliver gimió suavemente y se levantó. El cordero lanudo, ahora ligeramente húmedo, seguía firmemente agarrado a su boca.

—¿Has tenido una pesadilla? —le preguntó, acariciándole el flanco sedoso mientras él ladeaba la cabeza y la estudiaba con sus brillantes ojos negros—. Todo está bien, estás a salvo y tu amigo Peter está hablando de preparar unas hamburguesas para cenar. Sé que te gustan.

—Es oficial, soy la anfitriona de una barbacoa —dijo Maxi, entrando por las puertas batientes—. Mi mami está invitando a algunas de sus compañeras tahúres y Javier está con una amiga de la escuela, que no es Jessica la mordedora, gracias a Dios. Y Delores Philpott quiere pasarse y hablar de los grandes planes para su jardín.

Oliver dejó caer su juguete delante de Kate. Cuando ella lo cogió, él se lo arrebató y se alejó trotando. Luego lo dejó justo al lado de su regazo. Entrando en el juego, ella extendió lentamente la mano hacia el cordero. En el último segundo, el cachorro se lo quitó y corrió alrededor de la mesa.

—Uno de los juegos favoritos de Oliver —explicó Maxi mientras servía más café—. Hablando de eso, se espera que ambos asistan a mi muy elegante reunión de esta noche. Solo guantes blancos, por favor, y haremos que el pequeño vuelva a llevar pajarita.

—Solo si puedo contribuir con algo. ¿Qué tal unos panecillos para las hamburguesas?

—Sí, pero, aun así, tienes que llevar traje de noche y cambiar de tema cuando Delores pregunte por su jardín.

—Vale, pero te aviso: no he traído mi mejor tiara.

Oliver dejó caer el cordero debajo de la mesa y corrió hacia la puerta trasera, gimiendo con urgencia.

—Creo que esa es mi señal —dijo Kate, abriendo la puerta

trasera y observando cómo el cachorro corría hacia el patio.

—Ah, y Peter me ha dicho que no había ron en la lista, y lo ha comprobado dos veces. ¿Qué crees que significa eso? —preguntó Maxi.

—No lo sé —dijo Kate, estirando el cuello para no perder de vista a Oliver—. Tenía una teoría, pero no encaja. Robaron en la panadería el miércoles por la noche; el jueves de madrugada, para ser exactos. Y Lord murió más tarde ese mismo día. Estaba pensando que la botella de ron de la oficina era de Sam y que Lord se la llevó durante el robo.

—¿Por qué?

—El medicamento era de alguien de la oficina de Lord. Y, como espiaba a su gente, habría sabido qué recetas tenía cada uno. También sabría que el mes pasado Muriel había empezado a descargar archivos y copiar documentos sensibles. Creo que robó las medicinas de su abogado, envenenó los bombones y se los dio. Probablemente le dijo que se los habían regalado, pero que no los quería.

—¿Pero para qué les dijo a los demás que ella era la admiradora secreta?

—Porque era un abusón —dijo Kate mientras limpiaba en el fregadero—. Quería avergonzarla, hacerla quedar como una tonta. Y ella ya no podría contradecirlo. Además, si alguna vez se sabía que había sido envenenada…

—Parecería que alguien estaba tratando de matarlo —dijo Maxi lentamente—. Porque si la caja hubiera sido entregada, Muriel habría sido quien la habría colocado en su escritorio.

—Claro, simplemente diría que se equivocó con la identidad de su admirador y la policía estaría buscando a alguien que guardara rencor a Lord.

—Una lista muy larga —dijo Maxi—. Pero ¿y la pulsera y el ron?

—Aunque suene horrible, creo que se llevó la pulsera como trofeo. Tienes razón: no tenía ni idea de que tres de los colgantes eran memorias.

—¿Y el ron? —preguntó Maxi.

—Creo que planeaba matar a Sam de alguna manera —dijo Kate —. Con lo que quedaba del medicamento para el corazón. Para acelerar el calendario de su proyecto de Coral Cay. Creo que de eso iba el allanamiento. Primero he pensado que también se había llevado la botella de ron de Sam como otro recuerdo.

—¡Esa rata!

—Pero esa parte de la teoría no tiene sentido —dijo Kate sacudiendo la cabeza— porque la botella seguía allí a la mañana siguiente. Sam utilizó el ron para dar sabor a los rollos de canela.

Kate agarró el asa de la taza de café con tres dedos y bebió un buen trago de café, pero lo dejó caer sobre la encimera cuando el café le escaldó la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó Maxi.

—Mi café lleva siglos aquí —dijo Kate, cogiendo una toalla—. Creía que ya estaría helado.

—Es otra taza. La he cambiado por una nueva mientras le abrías la puerta a nuestro amigo Oliver. Has estado trabajando toda la tarde, te mereces un café caliente en una taza limpia y una buena cena de hamburguesa. No puede ser que te conviertas en Sam.

—No es la misma taza —dijo Kate lentamente—. La has cambiado.

—Sí, la otra estaba ya sucia. Era asqueroso, como dicen mis niños.

A Kate se le iluminó la cara.

—Maxi, eres brillante. Eso es.

—Pues claro. ¿Por qué soy brillante? ¿Además de por mi amor por el café excelente?

—Creo que lo has resuelto. Mañana, a primera hora, necesito ver a un hombre por el tema del ron.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

A la mañana siguiente, después de hacer su entrega para la clase de yoga de Sunny, Kate se hallaba en la trastienda de In Vino Veritas compartiendo una taza de café al estilo de Nueva Orleans con Harper Duval.

—Bueno, es una pregunta muy peculiar —dijo él.

—Lo sé —contestó Kate—, pero podría ser la clave para liberar a Sam y demostrar quién mató realmente a Muriel Hopkins y a Stewart Lord. Entonces, ¿es posible? ¿Al menos en parte?

—Bueno, no estoy seguro —admitió Harp—. Tal vez, pero sé a quién preguntar, y atenderá mi llamada. ¿Tienes una horquilla temporal? ¿Cuándo podría haber ocurrido?

—No lo sé —dijo Kate—. Mi teoría es que en algún momento entre primeros de mes y el día antes de que Lord muriera, aunque, por alguna razón, creo que debió de ser durante los últimos días de ese lapso: lunes, martes o miércoles. No era el tipo de persona que esperara para obtener satisfacción.

Harp llenó su taza de café.

—¿Traicionarías tu secreto si te pido que me digas cómo afecta esto a la situación de nuestro amigo Sam?

—Prefiero no decirlo. Es solo una idea. Y, por el bien de Sam, quiero explorar todas las posibilidades.

—Lo entiendo, no quieres decírselo al viejo Harp —dijo con ligereza.

—Si al final resulta que estoy equivocada, preferiría arder sola en las llamas —dijo Kate.

Harp sonrió cálidamente.

—Eso, querida, seguro que no ocurrirá.

Por suerte, la pastelería estuvo abarrotada toda la mañana. Los turistas pedían galletas por docenas. Los lugareños se sentían aliviados de que sus panes favoritos, especialmente la preciada masa madre de Sam, volvieran a las estanterías. A Amos Tully incluso se le escapó que cierto agente estirado había comprado en su tienda media docena de galletas de mantequilla de cacahuete de la panadería junto con un litro de leche. El policía se había apresurado a asegurar al propietario que era estrictamente por motivos de investigación.

Pero, por muy ocupada que estuviera, Kate seguía encontrando tiempo para mirar el reloj. Y ese día las manecillas se arrastraban por la esfera con lentitud.

Maxi entró por la puerta con una gran sonrisa.

—¿Cómo ha ido la entrega para el *gender reval*? —preguntó Kate ansiosa—. ¿Les han gustado las galletas?

—Les han encantado: un éxito total —dijo la florista—. A todos les ha chiflado el color. La abuela ha dicho que tenía miedo de que tuvieran mal aspecto, pero que tus galletas eran bonitas y delicadas, como de restaurante. Yo le he dicho: «Oiga, señora, que no vivimos en el campo. Mi mejor amiga es una sofisticada pastelera de Nueva York que se graduó en la mejor escuela de cocina de todo el país». No, en serio, solo he dicho: «Gracias». Una de las coordinadoras de eventos del resort estaba allí y he notado que estaba muy impresionada, así que creo que podrías conseguir más encargos allí también. Ah, y aquí está tu cheque.

—Ni siquiera cubrirá la factura de la luz —dijo Kate, deslizándolo en la caja registradora—, pero algo ayudará.

—¿Alguna noticia de ya-sabes-quién?

—Nada —dijo Kate—, pero tengo los dedos cruzados.

—Yo tengo todo el cuerpo cruzado, pero de lo que me ha costado hacer la entrega.

Kate dio un respingo cuando sonó el teléfono. Ella y Maxi intercambiaron miradas. Kate respiró hondo y cogió el teléfono verde aguacate.

—The Cookie House, soy Kate. —El corazón le latía con fuerza—. Sí, eran mías —dijo—. Kate McGuire… Ah, ¡encantada de saludarte también! En el CIA, ¿cómo lo sabías? Repostería. Por todo Manhattan. Hoteles y restaurantes de lujo.

Kate se quedó callada, sosteniendo el teléfono, mientras Maxi formulaba una pregunta de una sola palabra:

—¿Quién?

Kate se encogió de hombros.

—Bueno, eso es interesante… No, me parece justo. Lo tendré en cuenta. ¿Qué te parece si me pongo en contacto contigo esta misma semana? Genial, gracias.

—¿Quién era? ¿Otro pedido de galletas?

—No exactamente —dijo Kate—. Era la coordinadora de eventos del resort donde has hecho la entrega esta mañana. Quieren contratarme.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Cuando Kate sacó la rejilla del horno, una ola de calor se extendió y llenó el obrador de olor a masa madre recién hecha. Por fin, el teléfono se había quedado en silencio y ella se alegró en secreto. Mientras no supiera nada con certeza, había esperanza.

Curiosamente, cuando llegó a la ciudad lo único que quería era un trabajo, cualquier trabajo, pero ¿un puesto en uno de los resorts? Eso ya sería lo más, su sueño. Aunque si lo hubiera conseguido nada más llegar, no habría conocido el centro de Coral Cay o a la gente que ya consideraba amigos. Ahora sus aspiraciones eran más altas, quería algo más que un trabajo con un sueldo fijo.

Kate oyó el familiar tintineo de la campana, seguido del sonido sordo de las almohadillas de las patas de Oliver correteando por el suelo de la tienda.

—Vale, parece que sabes adónde vas —dijo un hombre con voz de barítono con un toque de humor—. Guíame.

Kate entró en la tienda y encontró a Oliver sentado en posición de firmes delante de la vitrina de la panadería, con un hombre alto y apuesto a su lado. Habría jurado que el cachorro tenía una sonrisa traviesa en la cara. El visitante llevaba vaqueros y una camisa blanca de vestir, y sus ojos grises se arrugaron cuando vio a Kate.

—Hola, ya sé que este pequeñajo no debería estar aquí —dijo, alisándose un mechón rebelde de pelo oscuro—, pero estaba

intentando encontrar su casa y ha entrado aquí como si fuera el dueño del lugar. ¿Por casualidad no sabrás dónde vive?

—Es una larga historia. Por cierto, soy Kate McGuire —dijo ella, tendiendo la mano por encima del mostrador.

En ese momento, la expresión «galletas de chocolate» le vino a la cabeza. Casi podía saborearlas.

—Jack Scanlon. La verdad, no acostumbro a seguir a perros extraños. Soy veterinario.

—¿Así que persigues nuevos clientes? —dijo ella con ligereza.

—Más o menos —dijo él con ironía—. De hecho, estoy en la ciudad buscando casa. Me mudo el mes que viene para abrir una consulta en la isla. He visto a este chico a una manzana de aquí, pero no parecía estar con nadie, y obviamente tiene que pertenecer a alguien. Por eso lo he seguido y he terminado aquí. —Se encogió de hombros.

—Jack, te presento a Oliver. Es como si fuera el perro del pueblo y tiene vía libre. Pero está al día de las vacunas, y esto es como su sede. No se lo digas al Departamento de Sanidad.

—Palabra de *boy scout* —dijo él levantando una mano—. Entonces, ¿eres la dueña de este sitio? ¿The Cookie House?

—Lo llevo temporalmente para un amigo. Me acabo de mudar aquí desde Manhattan. Soy pastelera.

—¿En serio? Yo soy de Denver.

—¿Harto de la nieve?

—Mucho. Es genial si esquías como yo, pero el resto del tiempo el invierno es un rollo. Me apetecía la idea de un clima cálido y estar cerca de la playa, así que cuando oí que este lugar necesitaba un veterinario, me pareció una buena opción.

—En ese caso, doctor Scanlon, bienvenido a Coral Cay.

Justo cuando Jack Scanlon se marchó —con una docena de galletas de chocolate recién salidas del horno—, sonó el teléfono. Automáticamente, Kate lo cogió sin pensar.

—The Cookie House, soy Kate.

—Resulta que no era una pregunta peculiar, sino muy perspicaz —dijo Harp.

—¿Ah, sí? ¿Qué has averiguado? —preguntó Kate, con el corazón a mil.

—Tu amigo Sam carga todas las botellas que compra en una tarjeta de crédito, la misma tarjeta que usa para todo, cosa, por cierto, que no es muy buena idea. Una tarjeta de empresa le daría mucha más flexibilidad y mejores ventajas, pero me estoy yendo por las ramas. Compró la última botella de Isla Tropical en Causeway Liquors el día cuatro del mes pasado y, como se trata de un producto de microlotes y están increíblemente orgullosos de él, llevan un número de lote y de botella. Tengo ambos.

—¡Fantástico! Casi me da miedo preguntar por el otro tipo, pero…

—También una pregunta muy astuta. Alguien que coincide con la descripción de tu caballero amigo compró una única botella de Isla Tropical la misma noche del robo. Pagó en efectivo.

—En efectivo —dijo Kate, abatida—. Debería haberlo imaginado.

—Ah, pero no todo está perdido. Al dueño de esta tienda le preocupa mucho la seguridad y tiene instaladas cámaras ocultas digitales, y tu amigo sale en ellas, desde diferentes ángulos. La verdad es que no es muy fotogénico.

—¿Estás seguro?

—Eso es lo que me ha llevado tanto tiempo, querida señora. He tenido que esperar a que el dueño lo revisara, encontrara las secciones relevantes y me las enviara por correo electrónico, junto con el recibo que nos da el lote y el número de su botella. Le he prometido una buena cosecha de champán por su trabajo. ¿Quieres que te reenvíe el correo electrónico?

—¡Harp, esto es maravilloso! —dijo Kate—. Gracias. Envíaselo a Maxi; aquí no hay ordenador y todavía no he cargado el móvil, pero ella sí que tiene en la floristería.

—Ah, es verdad —dijo Harp—. Siempre me olvido de que la

panadería de Sam es el agujero negro tecnológico de Coral Cay. ¿Un teléfono fijo verde aguacate? Realmente deberíamos arrastrar a ese hombre a la era moderna uno de estos días.

—Espera, ¿Sam compró su botella a principios del mes pasado? Eso significa que la tuvo durante casi dos meses.

—Así es —dijo Harp—. Parece que nuestro amigo ha ralentizado su alcoholismo prácticamente hasta detenerlo. Podría haber ido a algún otro establecimiento, por supuesto. Y la policía podría comprobar los registros de su tarjeta para estar seguros. Pero Sam es un animal de costumbres. Causeway es la licorería más cercana a Coral Cay, y el propietario, un tal Frank G. Cooke, lo conoce de vista. Parece que hace tres años nuestro panadero compraba regularmente y en cantidades alarmantes. Pero ya no es el caso. Se lleva una botella de vez en cuando, además de un par de boletos de lotería. Le dice a Frank que no sabe qué compraría si le tocara, porque ya vive en el paraíso.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Ben Abrams se sentó en una de las butacas mullidas de la floristería para relajarse. En su enorme mano derecha sostenía una taza de café caliente del termo que Kate le había llevado de The Cookie House. En la mesita baja, situada frente a él, había una bandeja repleta de pequeños sándwiches. Oliver se colocó junto a la mesa y observó el plato con interés.

—Ni se te ocurra, colega —le advirtió el detective.

Impertérrito, Oliver se acercó dos pasos a la butaca de Ben y apoyó el hocico en la rodilla del detective, mirándolo a los ojos. Ben le rascó el suave pelo de la parte superior de la cabeza. Luego le dio un sándwich.

—Además de comer, ¿alguien quiere decirme qué hago aquí? —preguntó el detective.

—Es una historia un poco larga —empezó Kate.

—Hay una cafetera y un plato lleno de sándwiches —dijo él, encogiéndose de hombros—, así que casi podemos decir que es mi pausa para cenar.

—Sabemos quién mató a Muriel Hopkins y a Stewart Lord —dijo Maxi, incorporándose en su silla.

—Saberlo es una cosa —dijo Ben, cogiendo un sándwich de queso y pepinillos—. Demostrarlo es otra.

—Por eso es una historia tan larga —dijo Kate—. Pero tenemos pruebas, muchas pruebas.

Ben se terminó el sándwich en dos bocados, dio un trago de café y miró hacia el ordenador de la tienda.

—Vosotras dos no sabréis nada de un volcado de documentos que recibí sobre nuestro amigo Stewart Lord, ¿verdad? ¿Un gran archivo ZIP con remitente anónimo?

—¿Qué es un archivo ZIP? —preguntó Maxi con total ingenuidad.

—El pobre Kyle Hardy ha estado enterrado en una montaña de papeles y ha tardado, pero ha conseguido alguna información interesante. Nada que pueda compartir con vosotras, ya que no sabéis nada al respecto.

Kate y Maxi intercambiaron una mirada nerviosa.

—Vale —dijo él, cogiendo otro sándwich—. Me ha picado la curiosidad. Disparad.

—Todo empezó hace poco más de un mes —dijo Kate—. A Muriel Hopkins le encantaba Coral Cay, venía a menudo y estaba planeando jubilarse aquí. —Ben asintió. Oliver lo miró expectante—. Como ya sabes, Muriel trabajaba directamente para Stewart Lord —continuó Kate—. Llevaba mucho papeleo en Lord Enterprises. Sabía que Lord pretendía transformar Coral Cay. Lo conocía y estaba segura de que mentiría, engañaría y robaría para poner en marcha su plan. Expulsaría a los residentes y a los dueños de los negocios, compraría sus propiedades por una miseria y ampliaría la zona turística: bloques de apartamentos, hoteles, campos de golf, aeropuerto para la *jet set*… Pero el Coral Cay de siempre, la pequeña ciudad trabajadora, desaparecería, lo borraría del mapa.

—Y Muriel se había enamorado de Coral Cay —dijo Maxi—. Era el lugar de sus sueños.

Ben cogió otros dos sándwiches. De uno salían gruesas lonchas de jamón, mientras que el segundo parecía ser de queso ahumado con mayonesa. Le ofreció el de jamón a Oliver, que se lo retiró suavemente de la mano.

—De momento os sigo —dijo el detective.

—Así que Muriel decidió que iba a desbaratar sus planes —dijo Kate—. Desde dentro. Buscó informes y registros, pruebas de lo que

Lord estaba haciendo y de las mentiras que estaba difundiendo.

—Lord le dijo a todo el mundo que Coral Cay estaba asentado sobre un socavón gigante —añadió Maxi.

—¿Es cierto? —preguntó Ben, inclinándose hacia delante.

—No, era solo un bulo que quería difundir —dijo Kate, sonriendo ligeramente—. Y seguramente habrá algo al respecto en esa montaña de papeleo que Kyle está revisando.

—Pero ¿qué relación tiene esto con los dos asesinatos? No tengo prisa por saberlo, siempre y cuando tengáis muchos de estos —dijo agitando un sándwich en el aire mientras Oliver lo seguía con la mirada. Partió la mitad y se la dio al cachorro.

—La estaban espiando —dijo Maxi—. A Muriel.

—Lo que Muriel no sabía era que Stewart Lord había instalado *software* de vigilancia en los teléfonos de sus empleados —dijo Kate —. De los directivos y de los asistentes directivos, por lo que hemos podido averiguar. El programa lee los correos electrónicos, escucha las llamadas y te geolocaliza.

—¿Hay algo sobre eso en la documentación? —preguntó Ben.

Kate se encogió de hombros.

—Tal vez podrías hacer que tus técnicos revisaran algunos de los móviles de los empleados.

—Así que Lord sabía que Muriel iba tras él —dijo Ben.

—No, se enteró de que ella estaba tramando algo contra él —rebatió Kate— para evitar que consiguiera lo que más quería y reaccionó como un niño pequeño cuando le quitas su juguete favorito: pura rabia.

—¿Cómo lo sabéis?

—Muriel y Lord fueron envenenados con la misma droga, un medicamento para el corazón. Lord vigilaba a sus empleados, conocía las dolencias que tenían y qué tomaban para tratarlas. Quería deshacerse de Muriel y necesitaba algo que no dejara rastro.

Ben se quedó callado, miró a Kate y a Maxi y luego de nuevo a Kate, y asintió.

—Apostaría una docena de galletas a que alguien de la oficina de

Lord perdió un frasco lleno de ese medicamento poco antes de que Muriel Hopkins muriera —dijo Kate—. Y apostaría doble o nada a que el empleado en cuestión guardó esos medicamentos en la oficina.

Ben dejó de masticar a medio bocado y la miró con dureza.

—Son suposiciones.

—Sobre esa parte, sí, pero sería fácil demostrarlo o refutarlo.

—El frasco de medicina estaba en un maletín, de hecho —dijo Ben—, pero el tipo siempre tenía el maletín abierto sobre la mesa cuando estaba en la oficina. ¿Y qué pasó después?

—Stewart Lord puso la droga en un bombón —dijo Kate—. Tenía que ser de chocolate, porque era la única debilidad de Muriel, el único capricho que se permitía. La caja tenía que ser pequeña, solo un par de bombones, para asegurarse de que se lo comiera todo.

—Porque si los compartía y un par de personas enfermaban y nadie moría, su plan podría ser descubierto —añadió Maxi.

—Sabía que Muriel llegaba pronto y se quedaba hasta tarde rebuscando en los archivos —continuó Kate—. Así que se presentó temprano y le dio los bombones, diciendo que alguien se los había enviado. Probablemente le dijo que los tirara y supongo que cuando llegaron sus compañeros ya se los había comido. Un par de horas después, estaba muerta.

—Y todo el mundo pensó que había sido el corazón —dijo Maxi—, incluso su médico.

—De modo que el primer asesinato de Stewart Lord fue un éxito —dijo Kate—. Su enemiga había desaparecido y el proyecto de desarrollo de Coral Cay volvía a estar en marcha y nadie se había enterado. Supongo que a esas alturas Lord ya estaría insoportable.

—No es la palabra que utiliza la mayoría de la gente, pero va por ahí —dijo Ben con una sonrisa irónica.

—No me extraña —dijo Kate—. Siempre había sido un ególatra, pero después de comprobar que podía salirse con la suya ya nada iba a poder pararlo.

—¿Por qué tengo la impresión de que ahora viene un pero? —

dijo Ben mientras Oliver se estiraba como una esfinge a sus pies.

Kate sonrió.

—Pasaron unas semanas y, a pesar de sus esfuerzos, Lord no consiguió afianzarse en Coral Cay, pero estaba convencido de que si conseguía hacerse con una sola propiedad en el centro, el resto irían detrás.

—Como fichas de dominó —dijo Maxi, sonriendo.

—Tenía dos candidatos: Sam Hepplewhite y Harper Duval. Sam llevaba tiempo sobreviviendo a duras penas. Y Harp, bueno…, estaba planteándose deshacerse de su tienda por razones personales.

—Sí, he oído lo de Caroline —dijo Ben—. Una pena.

—Pero Harp no tenía claro lo de vender y Lord subestimó seriamente la tenacidad de Sam y su amor por The Cookie House.

—Mi padrino es duro. Duro como un cubano.

—Bueno, Stewart Lord no era una persona paciente —dijo Kate— y puso su atención en la panadería. Sabía que Sam es un hombre orgulloso que también tenía muchas deudas comerciales y médicas por la enfermedad de Cookie. Y a Lord le encantaba extorsionar y avergonzar; era su naturaleza. Probablemente pensó que podía obligar a Sam a vender. En caso contrario, habría perjudicado al negocio lo suficiente como para que la panadería se fuera a pique. Pediría algunos favores y conseguiría que los proveedores cortasen el crédito. Intentaría convencer a un amigo prestamista para que cancelase un préstamo o aumentase las tasas. Si la panadería entraba en ejecución hipotecaria, Lord podría quedársela por una miseria. Y una transacción de propiedad en Coral Cay significaba que podría conseguir un poco de credibilidad con la historia falsa del socavón. Algunos comerciantes escucharían el rumor y querrían vender. Los bancos, nerviosos, dudarían en conceder los préstamos y Lord llegaría con sus ofertas a la baja y dinero en efectivo y compraría todo lo que pudiera.

—Y, a medida que la ciudad comenzase a perder comercios y líderes empresariales, el centro de la ciudad se iría debilitando —dijo

Maxi—. Algunas personas se irían de la ciudad, por lo que los negocios se hundirían. Luego se iría más gente y fracasarían más negocios.

—Estaba creando la tormenta perfecta —dijo Ben.

—Así es —dijo Kate—, pero necesitaba una propiedad para desencadenarlo todo.

—La primera ficha de dominó —añadió Maxi—: The Cookie House.

—Stewart Lord irrumpió en la panadería ese jueves por la mañana temprano. Forzó la cerradura, cosa que no era un gran desafío para él, ya que había sido un delincuente de poca monta en su Londres natal, hace años —dijo Kate.

—¿Pero de qué le servía entrar si quería comprarla? —Ben preguntó.

—Porque iba a matar al dueño —dijo Kate.

—Pero Sam no estaba allí en mitad de la noche —argumentó Ben —. Sam estaba en casa, durmiendo en la cama.

Kate asintió.

—Pero el ron de Sam estaba allí. Todo el mundo sabía que guardaba una botella debajo del mostrador. Lord lo mencionó cuando entró en la panadería aquella última mañana. Así que seguro que lo sabía.

—¿Entonces Lord entró y echó la droga en el ron de Sam? —preguntó Ben.

—No —dijo Kate—. Como antiguo matón callejero, Lord no quería quedarse más tiempo del necesario. Iba preparado. Tenía su propia botella de ron, comprada esa misma noche. Probablemente tiró la mayor parte. Pensó que Sam era un borracho y que si encontraba un poco menos en la botella, asumiría que se lo había bebido. No era un problema. Lord adulteró el ron restante con el medicamento para el corazón. Luego entró y cambió las botellas.

—Espera —dijo Ben, levantando una palma fornida—. ¿Podéis probarlo?

—Podemos —dijo Kate—. El ron que compra Sam es Isla Tropical.

Numeran cada lote y cada botella. Sam compró su botella en Causeway Liquors a principios del mes pasado; está registrado en su tarjeta de crédito. Y tengo una copia del recibo con los números de lote y botella. Stewart Lord compró una botella del mismo ron la noche del robo en una licorería a unos cuarenta kilómetros al norte de aquí. Te daré el recibo, también. Lord pagó en efectivo, pero, además, tengo las imágenes de la cámara de seguridad de la tienda. Lo decisivo es que, después de que Lord cambiara las botellas, se quedó con la de Sam como trofeo. Está en el baño de su oficina. Si compruebas el número de la botella, verás que coincide con el del recibo de Sam.

—¿Qué pasó con la botella de Lord? —preguntó Ben.

—Tendremos que preguntarle a Sam. Supongo que usó lo que quedaba y tiró la botella vacía a la basura.

—El reciclaje se deja en la parte de atrás —dijo Maxi—. Vienen los jueves por la tarde.

—Entonces ya había desaparecido cuando vinimos con los técnicos de criminalística al día siguiente —dijo Ben, sacudiendo la cabeza.

—Si puedes localizar esa botella, verás que coincide con el número del recibo de Lord —dijo Kate con naturalidad—. También debería contener restos de la droga que mató a Muriel Hopkinsy a Stewart Lord. Y, si tenemos suerte, puede que hasta encuentres un par de huellas de Lord.

—Espera un minuto. Si Sam bebió el ron envenenado, ¿por qué no está muerto? —preguntó Ben, exasperado—. ¿Y qué demonios le pasó a Stewart Lord?

—Para ser un tipo que come sándwiches gratis, está de muy mal humor —le susurró Maxi a Kate.

—Ahora llegamos a eso —dijo Kate, sonriendo—. A la mañana siguiente, Lord se pasó por The Cookie House para inspeccionar su obra. Para su sorpresa, Sam estaba perfectamente, trabajando en el obrador como siempre. Así que Lord decidió poner las cosas en su sitio. Montó una escena y avergonzó a Sam para intentar que tirara

de la botella.

—¿Pero no funcionó? —aventuró Ben.

Kate negó con la cabeza.

—Para cuando Stewart Lord entró por la puerta, Sam llevaba diez horas de pie horneando. Estaba agotado y no tenía ganas de pelea. Le dio a Lord media docena de rollos de canela solo para que se fuera. Sam los había hecho para él; era su receta especial.

—Sam tenía intención de comérselos en la playa —dijo Maxi—, en plan pícnic.

—Pero había una cosa que Stewart Lord no sabía —dijo Kate.

—¿Qué? —preguntó Ben, incorporándose.

—Que el ingrediente secreto de esos rollos de canela era ron.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Kate dejó la jarra de limonada en la nevera mientras Maxi y Peter entraban por la puerta principal.

—¡Peter me ha ayudado a colocar los globos y quedan fantásticos! —dijo Maxi con orgullo.

—No están mal, la verdad —convino él—. Este sitio se parece mucho al de la reapertura, salvo por las hordas de gente.

—Queríamos algo sencillo y con clase —dijo Maxi—. Sam no es muy fan de las multitudes. Unas galletas y limonada en el obrador, y luego una comida casera y caliente.

—¿De casa de quién? —bromeó Peter.

—De Bridget, y si no te andas con cuidado, también te tendrá que hacer la cena a ti —advirtió Maxi, dándole una palmada juguetona en el hombro.

—Por lo visto, sus sándwiches de estofado irlandés son los favoritos de Sam —explicó Kate—, aunque yo no se lo diría a Esperanza. Bridget dijo que traería la cena en cuanto viera el coche de Ben.

—Hemos dejado la puerta principal abierta, pero hemos puesto el cartel de cerrado —dijo Peter—, y así hoy no entrarán más clientes.

Kate negó con la cabeza.

—No sé qué le parecerá a Sam lo de cerrar dos horas antes.

—Es nuestro último acto oficial como gerentes de The Cookie House —dijo Maxi—. Yo digo que adelante con ello. Todavía no

puedo creer que hayan tardado una semana entera en sacarlo de la cárcel, incluso después de que se supiera que es inocente.

—Oye, solo los detectives de la tele pueden resolver un crimen en una hora —dijo Peter, sacudiendo la cabeza—. Las pruebas forenses del mundo real llevan tiempo de verdad. Y si Kyle Hardy no se hubiera tropezado literalmente con esa botella de ron en el centro de reciclaje, ni siquiera lo habríamos conseguido.

—Sí, supongo que voy a tener que dejar de llamar bobo al bobo —dijo Maxi.

—Me alegro de que la botella siguiera ahí —dijo Kate—, sobre todo después de que hubiera pasado tanto tiempo.

—Nunca lo dudé —dijo Maxi—. Fui de acompañante cuando la clase de Michael estuvo de visita en el centro de reciclaje el año pasado. Yo también pensaba que reciclar significaba meterlo todo en una gran máquina y, ¡bum!, aparecían cosas nuevas, pero no. Primero lo guardan durante un tiempo, como las ardillas, y luego lo procesan.

—Bueno, ese margen ha resultado ser una victoria para los buenos —dijo Peter—. La botella no solo contenía residuos de ron y de la droga, sino que también tenía una jugosa huella del pulgar de un tal señor Paul Larde, alias Stewart Lord.

—Carl rebuscó en su cajón de chatarra y encontró los herrajes que había quitado de la puerta trasera de la panadería después del robo —dijo Kate—. El equipo de Ben sacó un par de huellas dactilares de Lord también de ahí.

—Que el bobo podría haber encontrado hace semanas, si se hubiera molestado en mirar —protestó Maxi.

—Bueno, hoy es un nuevo día —dijo Peter, tirando de Maxi hacia él y besando la punta de su nariz—. Es hora de olvidarse de los bobos.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

—Entonces, ¿vas a aceptar el trabajo en el resort? —preguntó Maxi, limpiando la encimera del obrador mientras Kate hacía lo propio con el fregadero.

—Bueno, Sam querrá recuperar su obrador y si acepto el trabajo podré quedarme en Coral Cay, así que sí. El gerente dice que incluso me darán alojamiento unas semanas hasta que encuentre un apartamento. —Miró a su alrededor—. Pero voy a echar mucho de menos este sitio. Y mi horario en la cocina será bastante brutal, al menos, al principio. Voy a odiar no poder pasarme por aquí todo el tiempo.

—Admítelo, es mi café lo que realmente vas a echar de menos.

—Por supuesto. Y esa crema de coco.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó Maxi.

—En diez días —dijo Kate, antes de hacer una pausa—. Hasta entonces, supongo que podré echarle una mano a Sam y tener la panadería bien surtida, si es que me deja hornear. Tienes que ayudarme a convencerlo de que siga con las galletas.

—¿Convencerlo? Ese hombre hace que una mula parezca fácil de llevar, pero tengo una cosita que podría ayudar.

Se secó las manos, se acercó a la mesa, cogió un cuaderno del que sacó una hoja con un gráfico de barras de colores impreso y se lo mostró a Kate.

—¿Qué es esto? —preguntó Kate.

—He utilizado nuestro acceso a la panadería para poner orden en las cuentas de Sam. Esto muestra cómo iba el negocio antes de que tú aparecieras y esto —dijo señalando con el dedo— son las dos semanas siguientes a la gran reapertura, mientras vendías galletas y hacías pedidos especiales.

—¡Maxi, esto es genial!

—Sí. Alguien como Sam necesita ver los hechos en negro sobre blanco. O azul, verde y rojo, gracias a mi maravillosa impresora. El profesor de Javier las llama ayudas visuales. Y, ahora que Sam ha descansado un poco y ha engordado unos kilos, puede que le vea sentido a hacer algo que realmente haga crecer su negocio.

—Bueno, yo tengo mi propia ayuda visual —confesó Kate, enjuagándose las manos y secándoselas rápidamente—. Te la enseñaré, pero tienes que prometerme que me darás tu sincera opinión. Si está mal, necesito saberlo. Estoy tan cansada que ya no sé qué pensar.

—Oye, cuidado que también puedo ser supermala como los jueces de ese programa de cantantes.

Kate levantó con cuidado una caja de cartón alta del mostrador y dio un paso atrás para que Maxi viera mejor lo que había debajo.

—¡Dios mío! —dijo la florista, juntando las manos bajo la barbilla —. ¡Somos nosotras! Es The Cookie House hecha de galletas. ¿Cómo lo has hecho? Es una maravilla.

Kate sonrió. Maxi sacudió la cabeza, asombrada.

—Si hasta tiene las jardineras con los arbustos nuevos. Y el color es exactamente el mismo. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Kate suspiró.

—He tardado un poco y no he dormido mucho las dos últimas noches, pero quería sorprender a Sam y mostrarle lo que este lugar puede volver a ser. El pan es importante para que sobreviva, pero la gente necesita reunirse, celebrar… Un pastel de bodas, una tarta de cumpleaños, una galleta especial…: todo eso alimenta el alma y también es importante, marca la diferencia entre sobrevivir y vivir.

—¿Esto de aquí es…? —preguntó Maxi, señalando.

—Oliver. Tenía la impresión de que faltaba algo y entonces me di cuenta.

—Es tan real, se parece a él tan peludito.

—Bueno, es que ha hecho de modelo al natural. El pequeño es muy paciente.

—Incluso has puesto mis flores delante —se maravilló Maxi.

Kate asintió.

—¿Sabes? Sé que solo llevo aquí unas semanas, pero lo cierto es que este sitio es ya como mi casa. No solo Coral Cay, sino esto, The Cookie House. No se lo digas a Sam, pero voy a echarla mucho de menos.

—Tal vez te deje alquilar la habitación de arriba —dijo Maxi.

—Esperaba que lo hiciera, pero creo que los del resort no lo verían con buenos ojos. Acabo de enterarme de que quieren que firme un documento en el que me comprometo a no dedicarme a la repostería comercial fuera del trabajo. Por eso, si descubren que vivo en la panadería donde solía trabajar…

—Eso es muy egoísta. ¿Qué pasa si mis hijos quieren unas galletas?

—Los regalos para amigos y familiares están permitidos. Incluso me han dicho que puedo contribuir a ventas benéficas de pasteles. Pero eso es todo.

—Ay, qué buenos son que te «dejan», sobre todo porque es tu tiempo y tu talento…

—¿Oliver visita alguna vez la zona turística? —preguntó Kate de repente.

—A dónde va Oliver es un verdadero misterio —dijo Maxi—. Ese cachorro tiene vida propia, pero nunca lo he visto por allí. Y tampoco estoy segura de que sea un buen sitio para él. Son supercstrictos con las normas y esas cosas, y él es un espíritu libre. ¿Por qué lo preguntas?

Kate sintió que se le saltaban las lágrimas. Era estúpido, pero había llegado a pensar que Oliver era «suyo». ¿O era al revés? Maxi observó a su amiga y le tendió un pañuelo de papel.

—Puedes alquilar una vivienda en la ciudad en la que admitan perros. Te ayudaré a encontrar algo este fin de semana en tu tiempo libre, cuando Sam no te tenga encadenada al horno.

Kate se secó los ojos.

—¿De verdad? Sería estupendo. Así podremos quedar para tomar un café o para comer. Y las dos podremos estar pendientes de Sam y de lo que pase en la ciudad.

—Y podrías asistir a las clases de Sunny —dijo Maxi—. También tienes que cuidarte. Si no, acabarás como ya sabes quién.

Las dos oyeron la campana de la tienda y levantaron la vista. Kate bajó rápidamente la caja y cubrió la casa.

—No puede ser él todavía, no estamos preparadas.

—Tenemos adornos y comida y una casa hecha de galletas; estamos preparadas, y la pastelería está preciosa. Sam va a pensar que se ha equivocado de sitio.

—Hola, señoritas, he traído unos aperitivos para el hombre del momento.

—Harp —dijo Kate—. Pasa.

—Esto es un kit de fiesta —dijo, poniendo una bolsa de lona sobre la mesa del obrador—: un poco de sidra espumosa, estrictamente alcohólica, junto con algunas galletas saladas y un buen trozo de este magnífico queso blando belga. Acabo de conseguirlo. ¡Maravilloso!

—¡Oohh, qué bueno! —dijo Maxi, colocándolo todo sobre la mesa —. ¡Gracias!

—¿Ya está aquí? —preguntó Amos Tully desde la puerta.

—Todavía no —dijo Kate—. Ben lo va a traer. Por lo visto, primero tienen que firmar unos papeles.

—No entiendo por qué tardan tanto —comentó el tendero—. El hombre es inocente, abre la puerta de la celda y déjale salir, así de sencillo.

—Debería serlo —dijo Peter, dándole una palmada en la espalda —. Mientras llega, ¿te traigo un vaso de limonada?

—No diría que no —contestó Amos—. Pensé que necesitaríais

algunas provisiones para la fiesta. He traído vasos y platos de papel, un paquete del café que le gusta a Sam y unas latas de atún y jamón. A Sam le gusta la carne enlatada.

Maxi miró a Kate, que intentó no soltar una risita.

—A Sam le encantará —dijo la florista, levantando la bolsa de papel marrón—. Las pondré en la despensa.

—Hola, ¿llegamos demasiado tarde? —Se oyó una voz de mujer desde la tienda que les resultaba familiar.

—¡Rosie! —contestó Kate—. Estamos aquí detrás, en el obrador.

Rosie y André entraron apresuradamente por las puertas batientes.

—Ya sabemos que es como llevar leña al monte, pero queríamos traer algo dulce —dijo André.

—Pralinés —dijo Rosie—. Un pequeño regalo de bienvenida a casa para Sam.

—Tienen una pinta deliciosa —dijo Kate.

—Deberían serlo —dijo Rosie con una sonrisa—. Son los auténticos de Nueva Orleans, de una pequeña tienda de dulces justo al lado de Bourbon Street.

—Llegáis con tiempo de sobra —dijo Peter, consultando su reloj —. Todavía no han llegado, pero deben de estar al caer.

—¿Es que no sabéis que si dejáis la puerta abierta cualquiera puede entrar? —dijo Sunny entrando en el obrador—. He traído un guiso de pavo, para que Sam se lo pueda calentar más tarde —dijo, depositando una fuente de horno cubierta sobre la mesa abarrotada.

—Pronto vamos a necesitar un obrador más grande —le susurró Maxi a Kate—. ¿Quién es el rubio que está detrás de Sunny?

—No lo conozco —dijo Kate en voz baja—. Debe de ser amigo suyo.

—Hmmm —dijo Maxi, examinándolo—. Muy guapo el amigo.

—¡Hola! ¿Llegamos demasiado tarde? ¿Ha vuelto ya Sam?

—¡Ven, Gabe! —gritó Maxi—. Estamos todos en el obrador.

—¡Eh, menuda fiesta! —dijo alegremente, levantando un objeto del tamaño de una pelota de baloncesto envuelto en papel de

aluminio.

—No sabíamos muy bien qué traer —dijo Claire— y nos hemos decidido por un jamón de esos que se cortan en espiral. Debería durarle un tiempo a Sam.

—Yo también le he traído jamón —resopló Amos—. Y el mío no se estropea.

—Por cierto, Carl y Minette venían por la calle detrás de nosotros —le dijo Gabe a Peter—. Creo que traen un pastel. El doctor ha dicho que pasará, si termina temprano. Y he visto a Barb Showalter y a la señora Kim viniendo hacia aquí con bolsas de regalo.

—No habrás visto el coche de Ben, ¿verdad? —preguntó Peter.

El mecánico negó con la cabeza.

—¿Adivina quién está aquí? —gritó Minette.

—¿El jefe de bomberos? —le susurró Maxi a Kate—. Porque este obrador está realmente abarrotado.

—Madre mía —dijo Minette mientras ella y Carl entraban en el obrador—. ¿Somos los últimos en llegar?

—En breve vamos a tener que trasladar esta fiesta al jardín —le dijo Maxi a Kate.

—La verdad es que no es mala idea —dijo Kate—. Chicos, si nos vamos todos al porche, podremos saludar a Sam en cuanto salga del coche. Maxi y yo pondremos bebidas y algo de comer en el mostrador de la pastelería. De esa manera, todo el mundo puede servirse.

—Por aquí —dijo Peter, abriendo una de las puertas batientes—. Traeré una bandeja con limonada fría y unas galletas para que todo el mundo empiece.

—No tienes que pedírmelo dos veces —dijo Gabe alegremente, dando un paso atrás para dejar que Claire fuera primero.

—El obrador está demasiado abarrotado —dijo Amos—. Nos vendrá bien un poco de aire fresco.

Veinte minutos y varios visitantes más tarde, el porche era una fiesta. Los invitados se mezclaban, comían queso importado, jamón, galletas saladas y panecillos de masa madre. Kate también sacó un

par de platos de galletas, por si a alguien le apetecía algo dulce.

—¿A cuánta gente has invitado? —le preguntó Kate a Maxi mientras se retiraban al obrador para preparar otra tanda de limonada.

—Peter, Bridget, tú y yo —dijo sonriendo—. Bienvenida a la vida de pueblo. Aquí no hay secretos ni fiestas pequeñas.

—¡Ya viene! —gritó Peter a través de la puerta de la tienda—. ¡Están llegando!

Kate cogió la jarra y salieron a toda prisa por la puerta principal. Oliver, que había estado durmiendo en uno de los bancos, se incorporó. El coche de Ben se acercó a la acera y se detuvo, pero, nada… No se abrió ninguna puerta.

—Qué raro —le dijo Maxi a Kate en voz baja.

Ben y Sam parecían estar hablando. Sam se secó la cara con la manga. Entonces Kate vio que Ben se quitaba las Ray-Ban y se las entregaba al panadero.

Un minuto después, Ben salió, se acercó al lado del copiloto y abrió la puerta delantera. Sam, con gafas de sol, camisa hawaiana verde mar y vaqueros, salió del coche y le dijo algo a Ben, que sonrió. El detective señaló la casa.

Sam saludó con la mano. Todo el mundo en el porche rompió en un fuerte y largo aplauso. Sam miró a Ben, que asintió. El panadero sacudió la cabeza, cuadró los hombros y tomó el camino de entrada, con Ben a su lado.

Al final de la escalinata, la gente se apartó y Peter se adelantó corriendo y le dio a Sam un vaso de limonada.

—Todo el mundo quería darte la bienvenida —dijo Peter.

Al verlo de cerca, Kate se dio cuenta de que Sam tenía un aspecto más sano. Había engordado y ya no parecía tan demacrado y atormentado, incluso tenía las mejillas sonrosadas. O quizá estaba ruborizado.

—Qué distinto está esto —dijo el panadero mirando a su alrededor—. Mucho mejor.

—¡Tú también! —gritó uno de los adolescentes desde el fondo

del porche—. ¡Molan tus gafas de sol!

Sam levantó su vaso, dio un sorbo, se aclaró la garganta y se limpió la mejilla.

—No me gustan los discursos —dijo el panadero entrecortadamente—, pero gracias a todos. A todos. He tenido que pasar por algo muy malo para darme cuenta de todo lo bueno que tengo en mi vida. Y nunca lo olvidaré.

—¡Por Sam! —dijo Peter, levantando su copa como respuesta—. ¡Bienvenido de vuelta!

—¡Bienvenido de vuelta! —gritaron todos.

—Venga —dijo Peter, tirando del panadero hacia las escaleras—, tenemos todo tipo de comida.

—Sí —dijo Maxi—, debes de estar hambriento.

Sam asintió, sonriendo ligeramente.

—La verdad es que sí.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

Cuando Kate bajó las escaleras a las cuatro y cuarto de la mañana siguiente, Sam estaba sentado a la mesa del obrador bebiendo café y leyendo el periódico.

—Buenos días —dijo levantando la taza—. Café recién hecho.

—Me vendría bien un poco.

—He oído hablar de tu oferta de trabajo —dijo Sam mientras pasaba una página y doblaba el periódico—. ¿Uno de los resorts?

—Sí, por fin han probado algunas de mis cosas —dijo Kate, llenando una taza—. Quieren ponerme en el equipo de eventos especiales.

—Imagino que pagan bien —dijo.

—No está mal. Y me han prometido aumentos y primas, si les gusta mi trabajo. Pero son muchas horas, así que no me veréis mucho por la ciudad.

Sam asintió.

—He hecho algo que quería enseñarte —dijo Kate—. Es un regalo para darte las gracias.

Se acercó al mostrador, levantó con cuidado la caja de cartón y dejó al descubierto la casita de galleta. Sam se quedó mirándola, paralizado. Caminó hacia ella. A un palmo del mostrador, se inclinó, ladeando la cabeza como si buscara algo. Lentamente, extendió un dedo índice y tocó suavemente una ventana, el escaparate con la flor roja. Su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Maravilloso.

—Las galletas hacen feliz a la gente —dijo Kate—. A mí me hacen feliz cuando las horneo y cuando veo que otras personas las disfrutan. La gente necesita eso. La gente de Coral Cay lo necesita.

—He visto la gráfica de Maxi —admitió Sam.

—No se trata de la gráfica o de ganancias y pérdidas. La gente quiere celebrar los buenos momentos. Unas veces eso significa compartir galletas de chocolate en la playa con tus pequeños. Otras veces es cantar alrededor de una tarta de cumpleaños o una galleta de cumpleaños, que, lo creas o no, son increíblemente populares.

Sam sonrió y levantó las manos.

—Vendido.

—¿En serio?

—Últimamente he tenido tiempo para pensar —dijo, mientras observaba la casa—. Me he dado cuenta de algunas cosas. Me encanta este lugar. Me encanta hornear. Pero no puedo pasar aquí todos los días. —Se calló y miró al suelo—. Necesito una socia —siguió—. Una socia minoritaria que tenga nuevas ideas, pero no ideas locas. Alguien con cabeza. No puedo ofrecer mucho, ya has visto las cuentas.

—Así que, básicamente, ¿me estás pidiendo que renuncie a un generoso salario y beneficios a cambio del cincuenta por ciento de un negocio en quiebra? —resumió Kate.

—Cuarenta por ciento.

—Cuarenta y nueve por ciento —replicó ella—. Además, me quedo con la habitación de arriba y me ayudas a esconder a Oliver cuando venga la inspección de Sanidad.

—Trato hecho —dijo él.

El panadero miró con nostalgia la casita de galleta.

—¿Ponemos esto en la tienda para hacer publicidad?

—Podríamos —dijo Kate—. O podríamos comérnosla.

Sam negó con la cabeza.

—Hay mucho trabajo ahí. ¿Es pan de jengibre?

—Tu favorito.

—Solo un trocito de prueba —dijo—. El buzón tiene buena pinta.

—Parte un trozo grande —dijo Kate alegremente—. Son galletas, podemos hornear muchas más.

AGRADECIMIENTOS

Un sincero agradecimiento al maravilloso equipo de St. Martin's Press, especialmente a mi editora, Alexandra Sehulster, que ha defendido este libro y The Cookie House desde el principio. Para ti, un vaso grande de limonada fría, un lote de galletas calientes y un «¡gracias!» de corazón.

Muchas gracias también a la ayudante editorial Mara Delgado Sánchez, por su infinita paciencia y amabilidad.

Muchas gracias a la perspicaz correctora Barbara Wild, por mantener la trama anclada en la realidad, y a Maxi en el coche correcto.

Un gran ramo de flores para Kayla Janas y Holly Rice, del Departamento de Publicidad de St. Martin's. Sois unas campeonas.

Por último, y no menos importante, gracias a la mejor agente del mundo, Erin Niumata, de Folio Literary Agency. Has sido mi amiga y mi caja de resonancia en todo momento.





EVE CALDER es autora de las misteriosas historias de The Cookie House, protagonizadas por la chef pastelera y detective aficionada Kate McGuire, entre ellas *Y solo quedaron las migas (And Then There Were Crumbs) y Sugar and Vice.* Es nativa de Florida y sostiene que las galletas siempre saben mejor cuando las compartes en la playa.

Notas

[1] Fiesta en que se revela el sexo del bebé. <<